



LOS COMUNISTAS Y LA PAZ

Jean-Paul Sartre

LOS COMUNISTAS Y LA PAZ



Colección

SOCIALISMO y LIBERTAD

Libro 207

Imagen de Tapa: Simone Segouin, alias “Nicole Minet”,
partisana del FTP (Francs-Tireurs et Partisans)
durante la liberación de París. 19 al 25 de agosto de 1944
Fotografía de Robert Capa

Colección
SOCIALISMO y LIBERTAD

Libro 1 LA REVOLUCIÓN ALEMANA

Víctor Serge - Karl Liebknecht - Rosa Luxemburgo

Libro 2 DIALÉCTICA DE LO CONCRETO

Karel Kosik

Libro 3 LAS IZQUIERDAS EN EL PROCESO POLÍTICO ARGENTINO

Silvio Frondizi

Libro 4 INTRODUCCIÓN A LA FILOSOFÍA DE LA PRAXIS

Antonio Gramsci

Libro 5 MAO Tse-tung

José Aricó

Libro 6 VENCEREMOS

Ernesto Guevara

Libro 7 DE LO ABSTRACTO A LO CONCRETO - DIALÉCTICA DE LO IDEAL

Edwald Ilienkov

Libro 8 LA DIALÉCTICA COMO ARMA, MÉTODO, CONCEPCIÓN y ARTE

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 9 GUEVARISMO: UN MARXISMO BOLIVARIANO

Néstor Kohan

Libro 10 AMÉRICA NUESTRA. AMÉRICA MADRE

Julio Antonio Mella

Libro 11 FLN. Dos meses con los patriotas de Vietnam del sur

Madeleine Riffaud

Libro 12 MARX y ENGELS. Nueve conferencias en la Academia Socialista

David Riazánov

Libro 13 ANARQUISMO y COMUNISMO

Evgueni Preobrazhenski

Libro 14 REFORMA o REVOLUCIÓN - LA CRISIS DE LA SOCIALDEMOCRACIA

Rosa Luxemburgo

Libro 15 ÉTICA y REVOLUCIÓN

Herbert Marcuse

Libro 16 EDUCACIÓN y LUCHA DE CLASES

Aníbal Ponce

Libro 17 LA MONTAÑA ES ALGO MÁS QUE UNA INMENSA ESTEPA VERDE

Omar Cabezas

Libro 18 LA REVOLUCIÓN EN FRANCIA. Breve historia del movimiento obrero en Francia 1789-1848. Selección de textos de Alberto J. Plá

Libro 19 MARX y ENGELS

Karl Marx y Friedrich Engels. Selección de textos

Libro 20 CLASES y PUEBLOS. Sobre el sujeto revolucionario

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 21 LA FILOSOFÍA BURGUESA POSTCLÁSICA

Rubén Zardoya

Libro 22 DIALÉCTICA Y CONCIENCIA DE CLASE

György Lukács

Libro 23 EL MATERIALISMO HISTÓRICO ALEMÁN

Franz Mehring

Libro 24 DIALÉCTICA PARA LA INDEPENDENCIA

Ruy Mauro Marini

Libro 25 MUJERES EN REVOLUCIÓN

Clara Zetkin

Libro 26 EL SOCIALISMO COMO EJERCICIO DE LA LIBERTAD

Agustín Cueva - Daniel Bensaïd. Selección de textos

Libro 27 LA DIALÉCTICA COMO FORMA DE PENSAMIENTO - DE ÍDOLOS E IDEALES

Edwald Ilienkov. Selección de textos

Libro 28 FETICHISMO y ALIENACIÓN - ENSAYOS SOBRE LA TEORÍA MARXISTA EL VALOR

Isaak Illich Rubin

Libro 29 DEMOCRACIA Y REVOLUCIÓN. El hombre y la Democracia

György Lukács

Libro 30 PEDAGOGÍA DEL OPRIMIDO

Paulo Freire

Libro 31 HISTORIA, TRADICIÓN Y CONSCIENCIA DE CLASE

Edward P. Thompson. Selección de textos

Libro 32 LENIN, LA REVOLUCIÓN Y AMÉRICA LATINA

Rodney Arismendi

Libro 33 MEMORIAS DE UN BOLCHEVIQUE

Osip Piatninsky

Libro 34 VLADIMIR ILICH Y LA EDUCACIÓN

Nadeshda Krupskaya

Libro 35 LA SOLIDARIDAD DE LOS OPRIMIDOS

Julius Fucik - Bertolt Brecht - Walter Benjamin. Selección de textos

Libro 36 UN GRANO DE MAÍZ

Tomás Borge y Fidel Castro

Libro 37 FILOSOFÍA DE LA PRAXIS

Adolfo Sánchez Vázquez

Libro 38 ECONOMÍA DE LA SOCIEDAD COLONIAL

Sergio Bagú

Libro 39 CAPITALISMO Y SUBDESARROLLO EN AMÉRICA LATINA

André Gunder Frank

Libro 40 MÉXICO INSURGENTE

John Reed

Libro 41 DIEZ DÍAS QUE CONMOVIERON AL MUNDO

John Reed

Libro 42 EL MATERIALISMO HISTÓRICO

Georgi Plekhanov

Libro 43 MI GUERRA DE ESPAÑA

Mika Etchebéherè

Libro 44 NACIONES Y NACIONALISMOS

Eric Hobsbawm

Libro 45 MARX DESCONOCIDO

Nicolás González Varela - Karl Korsch

Libro 46 MARX Y LA MODERNIDAD

Enrique Dussel

Libro 47 LÓGICA DIALÉCTICA

Edwald Ilienkov

Libro 48 LOS INTELLECTUALES Y LA ORGANIZACIÓN DE LA CULTURA

Antonio Gramsci

Libro 49 KARL MARX. LEÓN TROTSKY, Y EL GUEVARISMO ARGENTINO

Trotsky - Mariátegui - Masetti - Santucho y otros. Selección de Textos

Libro 50 LA REALIDAD ARGENTINA - El Sistema Capitalista

Silvio Frondizi

Libro 51 LA REALIDAD ARGENTINA - La Revolución Socialista

Silvio Frondizi

Libro 52 POPULISMO Y DEPENDENCIA - De Yrigoyen a Perón

Milcíades Peña

Libro 53 MARXISMO Y POLÍTICA

Carlos Néelson Coutinho

Libro 54 VISIÓN DE LOS VENCIDOS

Miguel León-Portilla

Libro 55 LOS ORÍGENES DE LA RELIGIÓN

Lucien Henry

Libro 56 MARX Y LA POLÍTICA

Jorge Veraza Urtuzuástegui

Libro 57 LA UNIÓN OBRERA

Flora Tristán

Libro 58 CAPITALISMO, MONOPOLIOS Y DEPENDENCIA

Ismael Viñas

Libro 59 LOS ORÍGENES DEL MOVIMIENTO OBRERO

Julio Godio

Libro 60 HISTORIA SOCIAL DE NUESTRA AMÉRICA

Luis Vitale

Libro 61 LA INTERNACIONAL. Breve Historia de la Organización Obrera en Argentina.

Selección de Textos

Libro 62 IMPERIALISMO Y LUCHA ARMADA

Marighella, Marulanda y la Escuela de las Américas

Libro 63 LA VIDA DE MIGUEL ENRÍQUEZ

Pedro Naranjo Sandoval

Libro 64 CLASISMO Y POPULISMO

Michael Löwy - Agustín Tosco y otros. Selección de textos

Libro 65 DIALÉCTICA DE LA LIBERTAD

Herbert Marcuse

Libro 66 EPISTEMOLOGÍA Y CIENCIAS SOCIALES

Theodor W. Adorno

Libro 67 EL AÑO 1 DE LA REVOLUCIÓN RUSA

Víctor Serge

Libro 68 SOCIALISMO PARA ARMAR

Löwy -Thompson - Anderson - Meiksins Wood y otros. Selección de Textos

Libro 69 ¿QUÉ ES LA CONCIENCIA DE CLASE?

Wilhelm Reich

Libro 70 HISTORIA DEL SIGLO XX - Primera Parte

Eric Hobsbawm

Libro 71 HISTORIA DEL SIGLO XX - Segunda Parte

Eric Hobsbawm

Libro 72 HISTORIA DEL SIGLO XX - Tercera Parte

Eric Hobsbawm

Libro 73 SOCIOLOGÍA DE LA VIDA COTIDIANA

Ágnes Heller

Libro 74 LA SOCIEDAD FEUDAL - Tomo I

Marc Bloch

Libro 75 LA SOCIEDAD FEUDAL - Tomo 2

Marc Bloch

Libro 76 KARL MARX. ENSAYO DE BIOGRAFÍA INTELECTUAL

Maximilien Rubel

Libro 77 EL DERECHO A LA PEREZA

Paul Lafargue

Libro 78 ¿PARA QUÉ SIRVE EL CAPITAL?

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 79 DIALÉCTICA DE LA RESISTENCIA

Pablo González Casanova

Libro 80 HO CHI MINH

Selección de textos

Libro 81 RAZÓN Y REVOLUCIÓN

Herbert Marcuse

Libro 82 CULTURA Y POLÍTICA - Ensayos para una cultura de la resistencia

Santana - Pérez Lara - Acanda - Hard Dávalos - Alvarez Somoza y otros

Libro 83 LÓGICA Y DIALÉCTICA

Henri Lefebvre

Libro 84 LAS VENAS ABIERTAS DE AMÉRICA LATINA

Eduardo Galeano

Libro 85 HUGO CHÁVEZ

José Vicente Rangél

Libro 86 LAS GUERRAS CIVILES ARGENTINAS

Juan Álvarez

Libro 87 PEDAGOGÍA DIALÉCTICA

Betty Ciro - César Julio Hernández - León Vallejo Osorio

Libro 88 COLONIALISMO Y LIBERACIÓN

Truong Chinh - Patrice Lumumba

Libro 89 LOS CONDENADOS DE LA TIERRA

Frantz Fanon

Libro 90 HOMENAJE A CATALUÑA

George Orwell

Libro 91 DISCURSOS Y PROCLAMAS

Simón Bolívar

Libro 92 VIOLENCIA Y PODER - Selección de textos

Vargas Lozano - Echeverría - Burawoy - Monsiváis - Védrine - Kaplan y otros

Libro 93 CRÍTICA DE LA RAZÓN DIALÉCTICA

Jean Paul Sartre

Libro 94 LA IDEA ANARQUISTA

Bakunin - Kropotkin - Barret - Malatesta - Fabbri - Gilimón - Goldman

Libro 95 VERDAD Y LIBERTAD

Martínez Heredia - Sánchez Vázquez - Luporini - Hobsbawn - Rozitchner - Del Barco

Libro 96 INTRODUCCIÓN GENERAL A LA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

Karl Marx y Friedrich Engels

Libro 97 EL AMIGO DEL PUEBLO

Los amigos de Durruti

Libro 98 MARXISMO Y FILOSOFÍA

Karl Korsch

Libro 99 LA RELIGIÓN

Leszek Kolakowski

Libro 100 AUTOGESTIÓN, ESTADO Y REVOLUCIÓN

Noir et Rouge

Libro 101 COOPERATIVISMO, CONSEJISMO Y AUTOGESTIÓN

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 102 ROSA LUXEMBURGO Y EL ESPONTANEÍSMO REVOLUCIONARIO

Selección de textos

Libro 103 LA INSURRECCIÓN ARMADA

A. Neuberg

Libro 104 ANTES DE MAYO

Milcíades Peña

Libro 105 MARX LIBERTARIO

Maximilien Rubel

Libro 106 DE LA POESÍA A LA REVOLUCIÓN

Manuel Rojas

Libro 107 ESTRUCTURA SOCIAL DE LA COLONIA

Sergio Bagú

Libro 108 COMPENDIO DE HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Albert Soboul

Libro 109 DANTON, MARAT Y ROBESPIERRE. *Historia de la Revolución Francesa*

Albert Soboul

Libro 110 LOS JACOBINOS NEGROS. *Toussaint L'Ouverture y la revolución de Haití*

Cyril Lionel Robert James

Libro 111 MARCUSE Y EL 68

Selección de textos

Libro 112 DIALÉCTICA DE LA CONCIENCIA - *Realidad y Enajenación*

José Revueltas

Libro 113 ¿QUÉ ES LA LIBERTAD? - *Selección de textos*

Gajo Petrović - Milán Kangrga

Libro 114 GUERRA DEL PUEBLO - *EJÉRCITO DEL PUEBLO*

Vo Nguyen Giap

Libro 115 TIEMPO, REALIDAD SOCIAL Y CONOCIMIENTO

Sergio Bagú

Libro 116 MUJER, ECONOMÍA Y SOCIEDAD

Alexandra Kollontay

Libro 117 LOS JERARCAS SINDICALES

Jorge Correa

Libro 118 TOUSSAINT LOUVERTURE. *La Revolución Francesa y el Problema Colonial*

Aimé Césaire

Libro 119 LA SITUACIÓN DE LA CLASE OBRERA EN INGLATERRA

Federico Engels

Libro 120 POR LA SEGUNDA Y DEFINITIVA INDEPENDENCIA

Estrella Roja - Ejército Revolucionario del Pueblo

Libro 121 LA LUCHA DE CLASES EN LA ANTIGUA ROMA

Espartaquistas

Libro 122 LA GUERRA EN ESPAÑA

Manuel Azaña

Libro 123 LA IMAGINACIÓN SOCIOLOGICA

Charles Wright Mills

Libro 124 LA GRAN TRANSFORMACIÓN. *Critica del Liberalismo Económico*

Karl Polanyi

Libro 125 KAFKA. *El Método Poético*

Ernst Fischer

Libro 126 PERIODISMO Y LUCHA DE CLASES

Camilo Taufic

Libro 127 MUJERES, RAZA Y CLASE

Angela Davis

Libro 128 CONTRA LOS TECNÓCRATAS

Henri Lefebvre

Libro 129 ROUSSEAU Y MARX

Galvano della Volpe

Libro 130 LAS GUERRAS CAMPESINAS - REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN EN ALEMANIA

Federico Engels

Libro 131 EL COLONIALISMO EUROPEO

Carlos Marx - Federico Engels

Libro 132 ESPAÑA. Las Revoluciones del Siglo XIX

Carlos Marx - Federico Engels

Libro 133 LAS IDEAS REVOLUCIONARIOS DE KARL MARX

Alex Callinicos

Libro 134 KARL MARX

Karl Korsch

Libro 135 LA CLASE OBRERA EN LA ERA DE LAS MULTINACIONALES

Peters Mertens

Libro 136 EL ÚLTIMO COMBATE DE LENIN

Moshe Lewin

Libro 137 TEORÍAS DE LA AUTOGESTIÓN

Roberto Massari

Libro 138 ROSA LUXEMBURG

Tony Cliff

Libro 139 LOS ROJOS DE ULTRAMAR

Jordi Soler

Libro 140 INTRODUCCIÓN A LA ECONOMÍA POLÍTICA

Rosa Luxemburg

Libro 141 HISTORIA Y DIALÉCTICA

Leo Kofler

Libro 142 BLANQUI Y LOS CONSEJISTAS

Blanqui - Luxemburg - Gorter - Pannekoek - Pfemfert - Rühle - Wolffheim y Otros

Libro 143 EL MARXISMO - EL MATERIALISMO DIALÉCTICO

Henri Lefebvre

Libro 144 EL MARXISMO

Ernest Mandel

Libro 145 LA COMMUNE DE PARÍS Y LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA

Federica Montseny

Libro 146 LENIN, SOBRE SUS PROPIOS PIES

Rudi Dutschke

Libro 147 BOLCHEVIQUE

Larissa Reisner

Libro 148 TIEMPOS SALVAJES

Pier Paolo Pasolini

Libro 149 DIOS TE SALVE BURGUESÍA

Paul Lafargue - Herman Gorter - Franz Mehring

Libro 150 EL FIN DE LA ESPERANZA

Juan Hermanos

Libro 151 MARXISMO Y ANTROPOLOGÍA

György Markus

Libro 152 MARXISMO Y FEMINISMO

Herbert Marcuse

Libro 153 LA TRAGEDIA DEL PROLETARIADO ALEMÁN

Juan Rústico

Libro 154 LA PESTE PARDA

Daniel Guérin

Libro 155 CIENCIA, POLÍTICA Y CIENTIFICISMO – LA IDEOLOGÍA DE LA NEUTRALIDAD IDEOLÓGICA

Oscar Varsavsky - Adolfo Sánchez Vázquez

Libro 156 PRAXIS. Estrategia de supervivencia

Ilienkov – Kosik – Adorno – Horkheimer - Sartre - Sacristán y Otros

Libro 157 KARL MARX. Historia de su vida

Franz Mehring

Libro 158 ¡NO PASARÁN!

Upton Sinclair

Libro 159 LO QUE TODO REVOLUCIONARIO DEBE SABER SOBRE LA REPRESIÓN

Víctor Serge

Libro 160 ¿SEXO CONTRA SEXO O CLASE CONTRA CLASE?

Evelyn Reed

Libro 161 EL CAMARADA

Takiji Kobayashi

Libro 162 LA GUERRA POPULAR PROLONGADA

Máo Zé dōng

Libro 163 LA REVOLUCIÓN RUSA

Christopher Hill

Libro 164 LA DIALÉCTICA DEL PROCESO HISTÓRICO

George Novack

Libro 165 EJÉRCITO POPULAR – GUERRA DE TODO EL PUEBLO

Vo Nguyen Giap

Libro 166 EL MATERIALISMO DIALÉCTICO

August Thalheimer

Libro 167 ¿QUÉ ES EL MARXISMO?

Emile Burns

Libro 168 ESTADO AUTORITARIO

Max Horkheimer

Libro 169 SOBRE EL COLONIALISMO

Aimé Césaire

Libro 170 CRÍTICA DE LA DEMOCRACIA CAPITALISTA

Stanley Moore

Libro 171 SINDICALISMO CAMPESINO EN BOLIVIA

Qhana - CSUTCB - COB

Libro 172 LOS ORÍGENES DE LA CIVILIZACIÓN

Vere Gordon Childe

Libro 173 CRISIS Y TEORÍA DE LA CRISIS

Paul Mattick

Libro 174 TOMAS MÜNZER. Teólogo de la Revolución

Ernst Bloch

Libro 175 MANIFIESTO DE LOS PLEBEYOS

Gracco Babeuf

Libro 176 EL PUEBLO

Anselmo Lorenzo

Libro 177 LA DOCTRINA SOCIALISTA Y LOS CONSEJOS OBREROS

Enrique Del Valle Iberlucea

Libro 178 VIEJA Y NUEVA DEMOCRACIA

Moses I. Finley

Libro 179 LA REVOLUCIÓN FRANCESA

George Rudé

Libro 180 ACTIVIDAD, CONCIENCIA Y PERSONALIDAD

Aleksei Leontiev

Libro 181 ENSAYOS FILOSÓFICOS

Alejandro Lipschütz

Libro 182 LA IZQUIERDA COMUNISTA ITALIANA (1917 -1927)

Selección de textos

Libro 183 EL ORIGEN DE LAS IDEAS ABSTRACTAS

Paul Lafargue

Libro 184 DIALÉCTICA DE LA PRAXIS. El Humanismo Marxista

Mihailo Marković

Libro 185 LAS MASAS Y EL PODER

Pietro Ingrao

Libro 186 REIVINDICACIÓN DE LOS DERECHOS DE LA MUJER

Mary Wollstonecraft

Libro 187 CUBA 1991

Fidel Castro

Libro 188 LAS VANGUARDIAS ARTÍSTICAS DEL SIGLO XX

Mario De Micheli

Libro 189 CHE. Una Biografía

Héctor Oesterheld - Alberto Breccia - Enrique Breccia

Libro 190 CRÍTICA DEL PROGRAMA DE GOTHA

Karl Marx

Libro 191 FENOMENOLOGÍA Y MATERIALISMO DIALÉCTICO

Trần Đức Thảo

Libro 192 EN TORNO AL DESARROLLO INTELECTUAL DEL JOVEN MARX (1840-1844)

Georg Lukács

Libro 193 LA FUNCIÓN DE LAS IDEOLOGÍAS - CRÍTICA DE LA RAZÓN INSTRUMENTAL

Max Horkheimer

Libro 194 UTOPIA

Tomás Moro

Libro 195 ASÍ SE TEMPLÓ EL ACERO

Nikolai Ostrovski

Libro 196 DIALÉCTICA Y PRAXIS REVOLUCIONARIA

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 197 JUSTICIEROS Y COMUNISTAS (1843-1852)

Karl Marx, Friedrich Engels y Otros

Libro 198 FILOSOFÍA DE LA LIBERTAD

Rubén Zardoya Loureda - Marcello Musto - Seongjin Jeong - Andrzej Walicki

Bolívar Echeverría - Daniel Bensaïd - Jorge Veraza Urtuzuástegui

Libro 199 EL MOVIMIENTO ANARQUISTA EN ARGENTINA. Desde sus comienzos hasta 1910

Diego Abad de Santillán

Libro 200 BUJALANCE. LA REVOLUCIÓN CAMPESINA

Juan del Pueblo

Libro 201 MATERIALISMO DIALÉCTICO Y PSICOANÁLISIS

Wilhelm Reich

Libro 202 OLIVER CROMWELL Y LA REVOLUCIÓN INGLESA

Christopher Hill

Libro 203 AUTOBIOGRAFÍA DE UNA MUJER EMANCIPADA

Alexandra Kollontay

Libro 204 TRAS LAS HUELLAS DEL MATERIALISMO DIALÉCTICO

Perry Anderson

Libro 205 CONTRA EL POSTMODERNISMO – UN MANIFIESTO ANTICAPITALISTA

Alex Callinicos

Libro 206 EL MATERIALISMO DIALÉCTICO SEGÚN HENRI LEFEBVRE

Eugenio Werden

Libro 207 LOS COMUNISTAS Y LA PAZ

Jean-Paul Sartre

EL SUDAMERICANO



<https://elsudamericano.wordpress.com>



La red mundial de los hijos de la revolución social

LOS COMUNISTAS Y LA PAZ

Jean-Paul Sartre

*

Les Temps Modernes

(1954)¹

ÍNDICE

I. La Manifestación del 28 de mayo

II. La Huelga del 4 de junio

III. Las Causas

¹ En Francés: *Les Temps Modernes*, n.º 81, julio de 1952, n.º 84-85, oct.-nov. de 1952, n.º 101, abril de 1954. Edición en castellano: *Situations VI*, Ed. Losada. Bs. As. 1964

Cuando los C.R.S.² cargaron contra los mineros, la prensa de derecha publicaba boletines de victoria: esto es lo que me hizo creer que *Le Figaro* no quería a los obreros. Pero me equivocaba. Presento mis excusas a todo el mundo y en especial a Robinet. Porque Robinet adora a los obreros. No quería confesarlo, me figuro que por pudor. Pero después del motín de las fábricas *Renault*, declaró por fin su hermoso sentimiento. Confieso que al principio me sorprendió leer ese título, en gruesos caracteres: “Victoria obrera”. Porque, en fin, me decía, *sobre quién* ha podido alcanzar la clase obrera esa victoria sino sobre los patronos y los guardias móviles, es decir, sobre los lectores del *Figaro*. Pero no era nada de eso: no, el proletariado no ha vencido a la policía. Ni a la burguesía. Ha triunfado del Partido Comunista –la única organización que le representa en la Asamblea– y de la C.G.T. –la más grande y antigua de las federaciones sindicales–. En resumen, se ha desguarnecido, ha arrojado las armas; se espera de él un último esfuerzo; que disuelva sus sindicatos, que vote por los Independientes en las elecciones parciales, entonces conocerá la victoria más hermosa: la que se alcanza sobre sí mismo. Así es como se ama a los trabajadores: sin armas, con las manos vacías, con los brazos abiertos. ¡Qué bello era el pueblo, en Fourmies, el 1º de mayo de 1891!; entonces no había tropas de choque ni organizaciones paramilitares; gente en las calles, mucha gente: en desorden. Niños, lirios, una muchacha llevaba una rama de muérdago. Los soldados del comandante Chapuis pudieron apuntar sin prisa y disparar a quemarropa.

Quizás vuelvan esos tiempos propicios; y comprendo que uno se pueda felicitar de ellos: la *matanza de Fourmies* pertenece seguramente a esa categoría de espectáculos que Mauriac llama “escandalosos pero en el mejor sentido”. Pero lo que va más allá de mi entendimiento, es el contento imbécil que testimonian ciertos hombres y ciertos periódicos “de izquierda”.

Pobres gentes; una vez más el P.C. ha logrado sus fines: lo amaban, lo han dejado con pena; los ha avergonzado, lo detestan. Un asunto sentimental. A veces encuentro a esos excluidos; han conservado su tierna sonrisa, pero su mirada es ligeramente torva: la contradicción de nuestro tiempo se ha instalado en ellos. ¿Cómo se puede creer *a la vez* en la misión histórica del proletariado y en la traición del Partido

² “Los CRS” se refiere a los miembros de las *Compagnies républicaines de sécurité* (Compañías republicanas de seguridad), un cuerpo especial antidisturbios y antimotines de la Policía Nacional francesa.

Comunista, si se constata que el uno vota por el otro? Se las arreglarán, de todos modos, pero penosamente; cada cual recorre, en más o menos tiempo, las cuatro etapas fatídicas.

Primera etapa:

“El P.C. se equivoca, pero *de todos modos* no se puede ir contra el proletariado.”

Segunda etapa:

“La clase obrera, es siempre mi amor: pero *de todos modos* hay que reconocer que no es muy perspicaz”. Mirad a los trabajadores alemanes: “se han dejado seducir por las palabras de Hitler”.

Tercera etapa:

“La clase obrera me ha dejado de interesar desde que tolera sin indignación los campos de concentración soviéticos.”

Cuarta y última etapa: el Apocalipsis:

“Hemos concertado una Alianza con los Estados Unidos. Punto. Usaremos las armas atómicas contra Rusia. Punto. Ahorcamos a los comunistas. Punto. Y sobre las ruinas reconstituiremos el verdadero socialismo, internacionalista, democrático y reformista.”

No hay duda: la victoria más hermosa de la clase obrera, la alcanzarán las tropas norteamericanas sobre las tropas de la URSS; pero para atreverse a decirlo en alta voz, hay que ser completamente traidor o estar enloquecido de pena, lo que viene a ser lo mismo. En general, se quedan en las medias tintas y van a censurar a los salones reaccionarios para ver más de cerca al enemigo; o, también, dosifican: entran en favor de los indochinos y los republicanos españoles, contra los chinos y los griegos; en favor de Lenin, ese gran liberal, y contra Stalin el autócrata. Eso no se sostiene, ya se sabe y repiten en voz baja: “Si esa maldita clase obrera se decidiera de una vez a abandonar el P.C.” Tómese, por ejemplo, a Altman. Yo lo conozco bien: no es un traidor, ni siquiera un mal hombre. Pero los comunistas lo han tratado de acuerdo a la técnica de Charles Boyer en *Luz de gas*: se hace creer al paciente mediante estratagemas repetidas que está loco o es malo. Al cabo de tres años de ese régimen, Altman está casi convencido. Y he aquí lo que escribe, el 29 de mayo en *Franc-Tireur*:

“La excitación contra todo lo que es “norteamericano” ha tomado de ahora en adelante la forma de la rabia maníaca y asesina. Se tiene un perfecto derecho a criticar la política norteamericana, si a uno le parece bien. Pero se tiene derecho a demostrar, por todos los medios, desde la calumnia al sabotaje, que no se tolerarán más que hombres, que aliados, a nuestro lado para hacer frente a una eventual agresión... Se tiene derecho para lanzar a la calle hombres, mujeres y niños mediante consignas que recuerdan pura y sencillamente el racismo. Aquí ya no se trata de comunismo, sino de rusismo... Todo lo que no sirve a la Rusia de Stalin... todo lo que va en favor de la libertad tal como existe aun más allá de la cortina de hierro, todo eso debe ser aniquilado antes de ser exterminado...”.

Habéis advertido: “si a uno le parece bien”. Cuánta sutileza, cuántos sobrentendidos en esas seis palabras, y cómo se moriría gustoso por la lengua y la cultura que permiten esos matices. Si se estima bueno: eso parece simplemente querer decir: “Si ésa es su opinión”. Pero sería olvidar el ligero desfavor que se da a la expresión “Ya que a usted le ha parecido bien el comprometerme sin pedirme mi opinión...” Se ha comprendido: critique a sus *aliados* norteamericanos, si le parece bien. A Altman no le parece bien, pero le deja en libertad, aunque le previene discretamente que va a cometer un error. ¡Ay!, yo temo que se pierdan esas sutilezas: los norteamericanos que lean el artículo no están aún preparados mediante una enseñanza básica para gustarlas como es necesario. En todo caso, son nuestros *aliados*: eso no nos lo dice Altman. Por otra parte tiene razón, una perfecta razón: el gobierno francés —en realidad, ¿cuál?— ha firmado el *Pacto Atlántico*.³ En resumen: el obrero disfruta de libertades democráticas; puede pensar, hablar, votar. Entonces, ¿qué necesidad tiene de ir a pelear en las calles como un granuja? ¡Ah, es que se ve empujado por el stalinismo! Ese stalinismo, su mal genio, el eterno agitador, *rusista* de hoy, alemán antes de ayer, sembrador de oro inglés en 1789 y ya de oro ruso en 1840, atizando el descontento de las masas y aprovechándose de él para lanzarlas a la política. Fanatizadas por sus pérfidos discursos, salen de la legalidad y son las primeras víctimas de su violencia. Él es, hoy lo sabemos, el que precipitó a la canalla al asalto de la Bastilla, él que se valió del despecho de algunos esclavos

³ El *Tratado del Atlántico Norte* o *Tratado de Washington* dio origen a la OTAN. Fue firmado en Washington el 4 de abril de 1949.

negros, quizá castigados con demasiada severidad, para hacernos perder Santo Domingo; él fue quien financió la conspiración de los Cuatro Sargentos, las jornadas de junio de 1848, las innumerables huelgas de fines de siglo y, para terminar, los motines de 1917. ¿Cómo frustrar sus tretas? ¿Cómo reducirlo al fin a la impotencia? Altman nos lo dice: “Si una democracia social, audaz supiera arrebatarse a los stalinistas el monopolio de la defensa de los trabajadores, no estaríamos así.” Eso no nos rejuvenece: desde hace ciento sesenta y dos años, ni el remedio ni el mal han cambiado. Y la audacia democrática de Altman nos recuerda el progresismo prudente de aquel conde de Morny que, ya en enero de 1898, escribía en la *Revue des Deux Mondes*:

“El comunismo mina sordamente la base de las sociedades y de los gobiernos. Las concesiones moderadas, las reformas inteligentes, un estudio concienzudo de las cuestiones financieras y sociales, el celo piadoso de las clases ricas en favor de las clases pobres, al mismo tiempo que una resistencia valerosa a las facciones, ¿impedirán los males que nos amenazan? He aquí la verdadera cuestión.”

Acepto la democracia social audaz: concesiones moderadas a los sindicatos, celo piadoso de los patrones por los trabajadores, resistencia audaz a los facciosos *separatistas*. ¿Pero dónde están los elementos? ¿Dónde está el equipo político que va a aplicar el programa? ¿Dónde la mayoría que lo llevará al poder? Altman no se engaña: sabe muy bien que se necesitan años antes de que un grupo político tenga la influencia suficiente para hacerse representar en la Asamblea. Ahora bien, está convencido de que la guerra es *mañana*, la guerra provocada por los rusos y la guerra perdida, si no se encuentra un medio de sustraer *desde hoy*, las masas a la influencia del Partido. ¡Pobre Altman!, con lo que conoce a los comunistas, después de treinta años: sabe muy bien que no soltarán la presa. Entonces, a veces, su razonamiento favorito, se revuelve por sí solo en su cabeza y dice: ya que el Partido D.S.A. (democrático, social, audaz) no está aún en el poder, ¿no hay que reconocer que el P.C. es, en este momento, el único representante *posible* de los electores obreros? ¡Esos días, lo digo gustosamente, Altman duerme mal! Porque forma parte de un grupo bastante extendido, que es, con relación a la guerra próxima lo que la *Asociación de Antiguos Combatientes* fue para la del 14, el

Círculo de los Futuros Fusilados. Con frecuencia me han invitado a sus banquetes, pero yo no he tenido el valor de ir a ellos y compartir su alegría viril y fúnebre. “Venga, pues –decían– ¡usted es de los nuestros!” Pero, si estalla la próxima guerra, veo tantas razones para que todos dejemos el pellejo en ella, que no voy a perder el tiempo enumerando las mías particulares.

Aquí está el 4 de punió, el oro de mil trompetas: la proporción de los huelguistas es del 2 %. Altman exulta, se siente revivir; ¡2 %! Por fin el obrero ha comprendido, se ha cansado de sacar las castañas del fuego a la URSS, y demuestra su desafío al Partido que le quería enfrentar a las instituciones republicanas; harto de violencia, vuelve a su jardincito del suburbio, a la dulzura tan ensalzada de sus costumbres. En seguida, todo el mundo se ofrece a guiarlo. F.O. le abre los brazos, Altman llega a preguntarse seriamente si no podría ingresarlo en su D.S.A.

Niños bonitos, queridas ratas viscosas, ¡corréis a la guerra! Me podéis creer. Os habla una rata viscosa. Corréis a la guerra y nos arrastráis a ella. La indiferencia de los obreros no frena el deslizamiento a la matanza: lo acelera; si fuese definitiva, podríais congratularos. A fuerza de buscar las faltas al partido comunista, os habéis hecho miopes; y deploráis con tanta frecuencia que el P.C. “tenga el monopolio de la defensa de los trabajadores” que habéis terminado por creer que ese privilegio le venía del azar. Decís que es el partido de los histéricos, de los asesinos, de los mentirosos, incita al odio y sus argucias son tan groseras que vuestros periódicos, cada mañana, las descubren sin esfuerzo. Es, pues, necesario que todo el proletariado sea criminal, mentiroso e histérico. Sino, ¿cómo explicar que siga siendo comunista? ¿Quizás la nariz de Stalin, si hubiera sido más corta...?

Aun teniendo que envenenar su alivio tardío, hay que llamar a la decencia a esas almas turbadas y hacerles recordar algunas verdades desagradables: que no se puede combatir a la clase obrera sin convertirse en enemigo de los hombres y de sí mismo, pero que, si le parece al P.C. y aunque no hayáis levantado el meñique, la clase obrera estará contra vosotros; que no basta para ser traidor que los comunistas os acusen de traición; pero que hay que mantener la cabeza clara porque el despecho, el odio, el miedo quizás y las sonrisas de la derecha pueden de un día a otro haceros caer en la traición; que, por fin, no hay que contar con la liquidación del P.C.; es

cierto que el proletariado le pone mala cara en estos tiempos, pero es una pequeñez que quedará entre ellos, el Comité Central ha aprendido ya la lección. He aquí la situación: vosotros no podéis hacer nada, yo tampoco. Si la encontráis demasiado dura, abrid el gas o pescad con caña; pero no comencéis a engañaros, pues terminaréis, como uno que yo conozco, predicando la guerra en Carnegie Hall y asqueando a los mismos norteamericanos. Cuando os enterásteis de la manifestación contra *Ridgway* demostrásteis una indignación sin límites: todo estaba allí, ¡todo!; todos los intolerables defectos comunistas: la ilegalidad, la violencia y esa manía nefasta de movilizar a los trabajadores sindicados con consignas de orden político. Pues bien, yo temo que no engañéis; me pregunto si ese vicio incurable que reprocháis al P.C. no es sencillamente la naturaleza singular del proletariado.



Sartre en las calles de París. Mayo de 1968

Los hechos están ahí: la manifestación, la huelga fracasada subsiguiente, las elecciones parciales, en *Renault* y luego en la Asamblea. Líneas un poco confusas, contradictorias en apariencia. No importa, dejémosles hablar. Os dirán, quizá, si sois traidores o, sencillamente, ratas viscosas.⁴ Os dirán, en otros términos, en qué medida el P.C. es la expresión *necesaria* de la clase obrera y en qué medida es su expresión *exacta*.

⁴ La *rata viscosa* no ha traicionado. Pero el Partido está seguro de que lo habría hecho si se le hubiera presentado la ocasión. En resumen, es una palabra que designa esa categoría de individuos –desgraciadamente muy extendida en nuestra sociedad–: el culpable al que no se le puede reprochar nada.

I. LA MANIFESTACIÓN DEL 28 DE MAYO

1º *Sacarle las castañas del fuego a la URSS*

“El obrero se ha cansado de ser el juguete de Moscú. Se ha negado a tomar parte en la manifestación porque desaprobaba el principio de ella”.

¿Qué sabéis de ello? ¿Lo habéis oído quejarse con *vuestros propios oídos*? *Nosotros* somos los que vemos por todas partes la mano de Moscú. No digo que estemos siempre equivocados: pero el obrero no es como nosotros. Es un “gran interprete”, como el burgués, pero su maniqueísmo es inverso al nuestro; él descubre el oro norteamericano detrás de todos nuestros gastos. Decir que *se ha dado cuenta* de que se abusaba de él, es suponer que nuestro sistema de interpretación ha sustituido al suyo. ¿Acaso Robinet *se ha dado cuenta* de que era el juguete de los Estados Unidos? ¿Y Altman? Además, el P.C. francés no ha ocultado jamás que alineaba su política de acuerdo a una política general cuyas directivas se elaboraban en el *Komintern* y luego en el *Kominform*. En las tesis votadas por el IIIº Congreso Mundial de la IIIª Internacional, se lee que “el Partido, en su conjunto, está bajo la dirección de la Internacional Comunista”. Y que “las decisiones de la Internacional Comunista son obligatorias para el Partido y para cada uno de sus miembros”. Ahora bien, en aquella época (1921), de los cinco miembros del “*Presidium* del Comité Ejecutivo”, tres eran rusos, uno alemán y otro húngaro. Eso no impidió que, después del Congreso de Tours, 130.000 socialistas franceses formasen el partido comunista, mientras que 30.000 permanecían con Blum. Además, las diferencias profundas que separan al P.C. italiano, del partido francés, prueban que se deja una gran iniciativa a los dirigentes regionales. Vosotros pretendéis que esta política sirve exclusivamente los intereses de la URSS. Pero es inútil. Hay que ver, en efecto, que la IIIª Internacional ha nacido de una necesidad de autoridad. El fracaso del movimiento pacifista del 14, la impotencia de los obreros y la connivencia de los jefes socialistas con el gobierno burgués de la unión nacional, inclinaban al rigorismo a los militantes. Los congresos de la IIª Internacional “eran sólo asambleas académicas que terminaban en resoluciones sin valor”.

En todos los escalones de la S.F.I.O.⁵ reinaba la anarquía. Ahora bien, la mayoría de los militantes estaban convencidos de que “la lucha de clases entraba en su período de guerra civil”. Tenían, pues, el deseo de forjar un nuevo partido que fuese un arma. Autoridad, eficacia, jerarquía, eso es lo que pedían a la IIIª Internacional; y sin duda preferían seguir las directivas de los extranjeros que habían vencido a la burguesía de sus países antes que obedecer a franceses que habían colaborado con la burguesía francesa. Lo que deseaban los 130.000 adherentes del P.C. lo que realizaron, fue la *centralización democrática*, especie de movilización total y permanente que aseguraba a cada cual el máximo de eficacia. Desde aquella época, los dirigentes se defendieron contra los dos reproches que no cesó de hacerseles a continuación:

“La centralización tiene que realizarse en forma tal que sea para los miembros del Partido un refuerzo... de su actividad... De lo contrario, se aparecerá a las masas como una simple burocratización del Partido”.

“Los gritos acerca de la dictadura de Moscú son *un medio de diversión vulgar*.”⁶

Pero el aparato así concebido es, por esencia, ambiguo. Porque si la acción obrera está concebida y elevada a la escala internacional, por un partido centralizado, esas consignas, cualquiera que sea su fin, aparecerán en tal o cual sector local, como imperativos abstractos; cada proletariado regional será tratado como el medio de este fin incondicionado que es la Revolución mundial y, a falta de un conocimiento minucioso de todos los acontecimientos –que sólo es posible para el historiador y retrospectivamente–, únicamente la confianza decidirá que no se ha sido engañado y que los sacrificios consentidos eran legítimos. Como siempre, los hechos no dicen ni sí ni no: después de Pearl Harbor, el Partido Comunista de los Estados Unidos pidió a sus adherentes negros que pusiesen sordina a su campaña antirracista porque consideraban que era inútil alimentar la propaganda nazi. Muchos negros que habían ingresado en el Partido porque era el único que los defendía: se consideraron *sacrificados* y lo dejaron. No se los puede censurar por ello; ¿pero cuál era la meta final

⁵ SFIO: *Section Française de L'Internationale Ouvrière*, fue el partido político de los socialistas franceses, miembro de la IIª Internacional, desde su fundación en 1905.

⁶ V. Lenin, “Mensaje a los obreros alemanes y franceses”.

de la consigna? ¿Miraba únicamente los intereses de la URSS, o los de Europa y el mundo? Para decidirlo, habría que sostener primero que el conflicto de 1940 sólo fue una guerra imperialista. Eso es, en efecto, lo que piensan los trotskistas y son consecuentes, ya que condenaron la Resistencia en el 42. Pero los resistentes de izquierda, les seguirían de mala gana. De todas maneras, no se decidirá la cuestión más que después de haber tomado posición en cuestiones mucho más vastas y, para acabar, en la del valor de la Revolución Rusa y del marxismo.

Se ha visto, precisamente en 1921. Después de la guerra, los socialistas franceses tendían a volver al pacifismo absoluto que, a pesar del fracaso de 1914, había permanecido en la tradición francesa. Lenin quería que hiciesen una distinción entre las guerras imperialistas y las guerras revolucionarias. Los anarquistas de extrema izquierda se negaron a ello durante mucho tiempo: eran pacifistas integrales y reclamaban el derecho de gritar: “*Abajo todos los ejércitos, incluso el Ejército Rojo*”.

¿Quién tenía razón? Eso depende, sin duda del *valor* de la URSS para la Revolución, luego, del valor de la Revolución en la URSS. Y podríais, según vuestras convicciones, mostrar que la exigencia de Lenin rompe una tradición profunda de la vida socialista francesa, que introduce por la fuerza una *excepción absurda* en el centro de un sistema coherente, o que la situación que legitimaba el pacifismo absoluto de antes de la guerra había sido ampliamente superada después de la Revolución de Octubre. Uno se creería metido en una de esas interminables discusiones donde se enfrentan los filósofos optimistas y los discípulos de La Rochefoucauld: en ellas se pasa revista a las acciones humanas, y cada cual las explica de acuerdo a su criterio; éste por motivos altruistas, aquél por móviles interesados. Si esos disputadores no pueden entenderse, es que han decidido *a priori* el valor humano. Y si vosotros no podéis entenderos con los comunistas es porque os “habéis hecho *a priori* una opinión acerca del valor de la experiencia rusa.

En enero de 1918, Lenin escribió:

“La República de los Soviets permanecerá como un ejemplo vivo a los ojos de los pueblos de todos los países y la fuerza de penetración revolucionaria de este ejemplo será prodigiosa.”

Y en marzo de 1923:

“Lo que nos interesa, no es la *inevitable* victoria final del socialismo. Lo que nos interesa es la táctica que debemos seguir, *nosotros, el partido comunista de Rusia*, nosotros, el poder de los Soviets de Rusia, para impedir que nos aplasten los Estados contrarrevolucionarios occidentales”.

En esos dos textos reside todo el problema. Para un comunista convencido, en efecto, el socialismo debe triunfar necesariamente porque el capitalismo lleva en sí la muerte. Eso quiere decir que Rusia no es el único camino que lleva al resultado final. Nacida de los antagonismos que provocaron la guerra del 14, puede desaparecer: los antagonismos la sobrevivirán y las naciones capitalistas terminarán por derrumbarse. En ese sentido tan preciso, la salvaguardia de la URSS, no es la condición *necesaria* de la Revolución mundial. Pero esas consideraciones no son *históricas*: históricamente la oportunidad del proletariado, su “ejemplo” y la fuente de “la fuerza de penetración revolucionaria” es la URSS. Además de eso, es *por sí sola* un valor histórico que hay que defender, el primer Estado que sin realizar, sin el socialismo, “contiene las premisas de él”. Por esas dos razones, el revolucionario que vive en nuestra época y cuya tarea es preparar la Revolución con los medios a su alcance y en la situación histórica que le corresponde, sin perderse en las esperanzas apocalípticas que terminarán desviándolo de la acción, debe asociar indisolublemente la causa de la URSS y la del proletariado. He aquí, al menos, lo que pensaba Lenin y lo que se ve claramente en los dos textos confrontados. Pero, por otra parte, la URSS aparece como la *oportunidad histórica* de la revolución y no como su condición *necesaria* (en el sentido matemático); parece, pues, en todos los casos, que pudiera ser distinta de lo que es, sin que el porvenir de la Revolución quedase comprometido, que pudiese, por ejemplo, exigir *menos* sacrificios a las democracias del Este. Cuanto más peligrosa sea su situación, más *necesaria* será para ella la ayuda que pida a los proletariados europeos; cuanto más duras sean sus exigencias, más tenderá a pasar a los ojos de las democracias populares y de los proletariados, por una simple nación particular. Así, en el caso más favorable, la identificación de la URSS y de la causa revolucionaria no será nunca completa y los anticomunistas podrán siempre volver a enseñar al obrero francés que “saca las castañas del fuego a Moscú”.

Pero, a la inversa, él sólo podrá hacer la prueba *en un caso*: si puede demostrar que los dirigentes soviéticos no creen ya en la revolución rusa, o que piensan que la experiencia se ha liquidado mediante un fracaso. No hay que decir que, aun siendo eso cierto, cosa que dudo mucho, la demostración de ello no sería hoy posible.⁷ De acuerdo a otra hipótesis el Politburó se puede equivocar, tomar un mal camino, cometer errores mortales (la Revolución es ineludible, pero la URSS puede desaparecer); haga lo que haga, no sacrificará el trabajador a la *nación rusa*.

En la manifestación del 28 de mayo, hallamos una ilustración perfecta del conflicto de opinión que enfrenta irreconciliablemente anti-comunistas y comunistas; unos y otros son impermeables a la experiencia porque ya han tomado su partido, pero los primeros, sensibles a la sangre derramada, solo han visto una especie de violencia cruel y guerrera; los otros han podido juzgarla torpe e inoportuna; pero de todos modos sigue siendo a sus ojos un momento de la gran partida de ajedrez que el proletariado juega contra el capitalismo internacional.

2º “Moscú quiere la guerra”

De todos modos, el verdadero problema está en otra parte y los que hablan de Moscú quieren extraviarnos. Porque no es verdad que la URSS haya ordenado esa manifestación. Inspira, convengo en ello, la política de los partidos nacionales, pero en una escala muy amplia. Billoux,⁸ a su regreso de Moscú, ha escrito un artículo anunciando la ruptura del P.C. con “la burguesía que entrega el país a la colonización del nuevo ocupante”. Pero aun admitiendo que le hubiera sido dictado —cosa que me parecería simplista—, los actos que anuncia son mucho más graves que una simple manifestación, aun estando acompañada de motines; la manifestación debió ser decidida con los asuntos corrientes por la Oficina política y bajo su responsabilidad.

Y en realidad, ¿cuál es su fin? Porque la prensa habla de trastornos, de desorden, de odio, pero sin dar la razón de todo ese alboroto. “¿Su fin?”, el anticomunista se ríe de mi candor. “¡El de preparar la guerra, claro está!” ¡Evidentemente! Cómo no se me había ocurrido: el Partido

⁷ Volveré a hablar de ello en la segunda parte.

⁸ Él es, en efecto, el que será más severamente condenado en el informe de Fajon.

Comunista y los Combatientes de la Paz incitan al pueblo parisiense a manifestarse en contra de la guerra; es la prueba decisiva de que la URSS nos quiere atacar. Decisiva, en efecto, ya que se inspira en la doctrina de nuestros ministros: *si vis pacem para bellum*, de donde se deduce por consecuencia lógica: *si vis bellum para pacem*. Después de la firma del *Pacto Atlántico*, las imágenes de quietud campestre están comúnmente asociadas a la vista de un uniforme militar; y el encuentro inopinado de un carro de asalto produce sobre los nerviosos el efecto de una poción calmante. Por el contrario, el civil es sospechoso, ya que no lleva uniforme. ¿Acaso no quiere la paz? Precisamente la pide a gritos: ya no hay duda, es un faccioso. Evidentemente, ha elegido ese traje para ofrecernos la imagen desalentadora del desarme; y sus llamadas a la concordia no tienen más fin que el desorganizar la defensa. ¿Recordáis nuestro enfado cuando, en algún momento, la guerra fría nos dejaba un poco de respiro? Uno se preguntaba: ¿qué oculta eso? Y todavía ayer, el general Clark se ha visto presa de la angustia al ver que ya no se combatía en el frente de Corea; hubo necesidad de cinco bombardeos masivos para calmarlo. Desde hace un tiempo, hay extraños silencios que hacen temblar a la gente. Comunista o no, el hombre que quiere la paz está unido por nosotros a esos malestares: forzosamente está a sueldo del enemigo. ¿Qué ocurrirá si su conducta se inspira en la violencia que rechaza? Y reconozco que el P.C. tiene la voz fuerte: grita con tal fuerza su voluntad de paz, que cada cual cree llegada su última hora.

Pero vosotros, vosotros que os fingís los indignados, ¿qué otra cosa hacéis? ¿Acaso no pretendéis también que deseáis la paz? Ahora bien, yo busco el ramo de oliva y sólo veo bombas. ¿Decís que hacéis demostración de vuestra fuerza para no tener que servir de ella? Pero hacer demostración de la fuerza, es ya violentar. Para obtener la sumisión de un reyezuelo negro, cubrís con vuestros bombarderos el cielo de África; esa violencia blanca es peor que la otra; el reyezuelo se inclinará sin que hayáis disparado un fusil, pero habréis roto su voluntad por el terror. Ved, por otra parte, ved el resultado de vuestras pacíficas amenazas: engendran pacíficas respuestas que son matanzas. Publicáis el resultado de vuestras experiencias atómicas y os vanagloriáis de poder destruir Moscú en veinticuatro horas: en interés de la paz, sin duda, y para desanimar al eventual agresor. Pero también el gobierno soviético trata de desanimar al agresor abate un

avión sueco para mostrar que su espacio aéreo es inviolable. En Grecia, en Berlín, en Corea, incluso en París, mueren hombres todos los días, de agresión desalentada en agresión desalentada; y he aquí vuestra Paz: la Paz por el Miedo. Si la URSS tuviera tanto miedo como vosotros, vuestra paz se habría convertido en guerra.

Porque la URSS quiere la paz y lo prueba cada día. Vuestros aliados norteamericanos repiten que sólo se evitará el conflicto armándose al extremo. “La URSS no nos inquietará ya cuando seamos más fuertes que ella.” Más fuertes; capaces de aplastarla si se mueve. Admitamos que habéis alcanzado ese grado de potencia: ¿quién decidirá que se ha movido? ¿Cuáles serán los límites de vuestra paciencia? ¿Será necesario que invada un país aliado, o bastará que un Estado satélite encarcele a un cardenal? El gobierno norteamericano afirma que no atacará sin motivos muy graves. Querría creerlo. ¿Pero los rusos? ¿Cómo queréis que lo crean? ¿Cómo fiarse de las promesas de un gobierno demócrata que no es siquiera capaz de parar el brazo de sus generales y que, dentro de seis meses quizás, ceda el lugar a un gobierno republicano? No dudo, seguramente, de la pureza de las intenciones norteamericanas, pero desgraciadamente sé que un cambio del potencial militar produce necesariamente un cambio en los espíritus. No hay necesidad de recurrir a los análisis marxistas para saber que una nación, cualquiera que sea, tiene la política extranjera de su armamento: está muy cerca aún la época tan lamentada en que los norteamericanos odiaban la guerra porque no tenían cañones. Ahora bien, vosotros pretendéis que los dirigentes soviéticos son monstruos que no aprecian la vida humana y que pueden desencadenar la guerra de una palmada. Entonces, *¿por que no atacan?* ¿Por qué no atacan cuando es tiempo aún, cuando su armamento es superior al del enemigo y cuando les bastan ocho días para que sus ejércitos cubran Europa? “Porque”, decís, “tienen miedo de nuestras bombas atómicas”. Comprendo: esperan, pues, que el *stock* se triplique y esté listo el Ejército Atlántico. ¡Oh cálculo miserable! La URSS quiere la guerra, dentro de tres años la perderá y no la hace cuando puede ganarla aún. Aquellas gentes tienen que estar locas. A menos que, sencillamente, quieran la paz.

¿La Paz? Os veo reprimir una sonrisa: un neutralista aún, uno que cree en los Reyes Magos... Perfecto: vosotros sois realistas. Durante la guerra del 40, se llamaba *realista* a los que colaboraban con el ejército alemán; hoy un *realista* es el francés que cree que la URSS es el diablo y se refugia llorando en las faldas de Norteamérica. Luego, *sabéis* que los miembros del Politburó son perros rabiosos. ¿Y quién os lo ha dicho? ¿Qué pruebas tenéis? Elijo al más sutil de los cronistas del *Figaro*, Raymond Aron, y leo esto:

“(el neutralista)... se complace en imaginar una Unión Soviética estrictamente a la defensiva, inquieta por los preparativos norteamericanos, únicamente deseosa de asegurar su seguridad. Basta recordar la diplomacia llevada por la Unión Soviética entre 1943 y 1947, cuando los occidentales multiplicaban los esfuerzos de colaboración, para comprender la ilusión en que se funda la actitud neutralista”.⁹

Basta, ya lo habéis leído. He aquí los argumentos que nos dan. Es de creer que Aron no habla en serio: porque, en fin, aunque considere, como él me invita, la “diplomacia” soviética, no logro desprenderme de mis ilusiones. Esa diplomacia no es cortés; es brutal, sin escrúpulos, respira la desconfianza y el odio. Visiblemente la URSS, mal informada sin duda, no ha tomado en serio el esfuerzo de colaboración de los europeos. Toma precauciones siempre que puede y, a veces, a riesgo de aumentar peligrosamente la tensión internacional.¹⁰ No, yo no daría a la URSS el premio a la virtud. Pero si fuese invencible en Europa, el rearme norteamericano –según confiesa el mismo Aron– no se habría comenzado, y *nunca* hizo un gesto susceptible de desencadenar la guerra. Además, el Partido Comunista colaboraba con los partidos burgueses en las democracias occidentales y su consigna era: *producir*. Si acusáis a la URSS de haber saboteado, *a partir del 47*, la reconstrucción europea, reconoced, al menos, que *antes* la estimulaba. Y si en ese sabotaje véis una prueba de sus intenciones belicosas, entonces, por amor a la lógica, ved en el stajanovismo de Marcel Paul una prueba de sus intenciones pacíficas.

Me parece, por el contrario, que la actitud presente de la URSS, sus vacilaciones y el doble sentido de su diplomacia, han sido definidos perfectamente treinta años antes por un artículo de Lenin:

⁹ R. Aron: *Las dos tentaciones del europeo*, “Preuves”, junio de 1952.

¹⁰ Pienso especialmente en el asunto del Irán.

“...No nos será fácil mantenernos hasta la victoria de la revolución socialista en los países más adelantados... Ese sistema de las relaciones internacionales es ahora tal que en Europa uno de los Estados –Alemania– está sojuzgado por los Estados vencedores. En seguida una serie de Estados y, digámoslo. entre os más viejos de Occidente, se encuentran, al día siguiente de su victoria, en condiciones tales que se pueden servir de esa victoria para hacer concesiones a sus clases oprimidas, concesiones que, aun siendo mediocres, retrasan el movimiento revolucionario en esos países y crean un remedo de «paz social».

“Al mismo tiempo toda una serie de países –Oriente, India, China–, precisamente a consecuencia de la última guerra imperialista, se han hallado arrojados definitivamente fuera del surco. Su desarrollo se ha orientado claramente en el camino general del capitalismo europeo. En esos países, ha comenzado la fermentación que se opera en toda Europa. Y ahora es evidente para el mundo entero que se han lanzado a un camino de desarrollo que sólo puede terminar en una crisis de conjunto del capitalismo mundial.

“En la hora actual nos vemos, pues, ante este interrogante: ¿Podremos mantenernos con nuestra pequeña producción campesina, en el estado de ruina de nuestro país, hasta que los países capitalistas de Europa occidental hayan terminado su desarrollo hacia el socialismo? Pero no lo hacen como nosotros pensamos antes. Lo harán no por una «maduración» regular del socialismo en su interior, sino por la explotación de unos Estados por otros, por la explotación del primer Estado vencido en la guerra imperialista, explotación unida a la de todo el Oriente... El Oriente ha entrado... definitivamente en la órbita del movimiento revolucionario mundial.”

“¿Qué técnica impone esta situación a nuestro país? Sin duda la siguiente: debemos dar prueba de la mayor prudencia con el fin de conservar nuestro poder obrero, mantener bajo su autoridad y dirección a nuestros pequeños campesinos... Tenemos la desventaja de que los imperialistas han logrado dividir el mundo en dos campos; y esta escisión se complica por el hecho de que Alemania, país donde la cultura capitalista está realmente

adelantada, hoy sólo podría levantarse difícilmente... Por otra parte el Oriente entero... está colocado en condiciones en que sus fuerzas físicas y materiales no podrían en forma alguna sostener la comparación con las fuerzas físicas, materiales y militares de cualquier país mucho más pequeño de la Europa occidental.”

“¿Podemos conjurar el choque futuro con esos países imperialistas? ¿Podemos esperar que los antagonismos y los conflictos internos entre los países imperialistas prósperos de Occidente y los países imperialistas prósperos de Oriente nos den una tregua por segunda vez, como lo han hecho por vez primera, cuando la cruzada emprendida por la contrarrevolución occidental para venir en ayuda de la contrarrevolución rusa fracasó a consecuencia de las contradicciones que existían en el campo de los contrarrevolucionarios...?”

“Me parece que hay que responder a esta pregunta en el sentido de que la solución depende aquí de un número de factores demasiado grande, que lo que permite, en suma, predecir el resultado de la lucha, es el solo hecho de que la inmensa mayoría de la población del globo está, en fin de cuentas, instruida y educada para la lucha por el propio capitalismo.”

“El resultado de la lucha depende finalmente de que Rusia, India, China, etc., forman la inmensa mayoría de la población del globo... A este respecto no puede haber la menor sombra de duda en cuanto al resultado final...”

“Pero lo que nos interesa, no es esa inevitable victoria del socialismo. Lo que nos interesa es la táctica a seguir para impedir que nos aplasten los Estados contrarrevolucionarios occidentales. Para que podamos subsistir hasta el próximo conflicto militar entre el Occidente imperialista contrarrevolucionario y el Oriente revolucionario y nacionalista, entre los países más civilizados del mundo y los países atrasados como los del Oriente y que sin embargo forman la mayoría... es necesario que esa mayoría tenga tiempo de civilizarse. Nosotros también carecemos de civilización para pasar directamente al socialismo, aunque tengamos las premisas políticas de él...”. (Sigue un plan de conjunto para la economía interior de la URSS.)¹¹

¹¹ Publicado en *Pravda*, el 2 de marzo de 1923. *Oeuvres completes*, II, 1041.

¿Qué ha cambiado después de ese texto de admirable lucidez?

– La URSS se ha industrializado. Pero el esfuerzo colosal de los Estados Unidos tiende a mantener la distancia entre la producción de Occidente y la de Oriente.

– El movimiento revolucionario chino se ha terminado por una revolución. Pero la industrialización de China ni siquiera ha comenzado aún. La India se ha quedado fuera del movimiento: allí pueden nacer, de un día a otro, conflictos que beneficiarán a la URSS. Pero aún no hemos llegado a eso.

– No se podría, en 1952, hablar de “prosperidad”, como después del 18. Ni tampoco de paz social. Pero la clase obrera está en reflujo y los gobiernos burgueses tienen la decisión firme de reprimir por todos los medios las perturbaciones sociales. La acción centralizadora del imperialismo norteamericano impide provisionalmente que se agraven los conflictos nacionales e internacionales. Al parecer, los rusos han contado con una crisis económica de los Estados Unidos, que no se ha producido aún.

En conjunto, sigue habiendo una real desproporción entre el bloque oriental y el bloque occidental. Aunque los Estados Unidos y China estén prácticamente en estado de guerra, esa guerra entre un país aún muy atrasado económicamente y el más “civilizado” de los países capitalistas, no se parece en nada a la que predijo Lenin, y de la cual esperaba el golpe decisivo al capitalismo. En una palabra, si se trata de imaginar, refiriéndose a ese artículo, lo que su autor podría escribir acerca de la política a seguir por la URSS en el día de hoy, parece evidente que no repetiría las frases claves:

“Debemos dar pruebas de la mayor prudencia... ¿Podemos conjurar el choque futuro con esos países imperialistas? ¿Podemos esperar que sus antagonismos nos den una tregua por tercera vez?... La solución depende de un número de factores demasiado grande para que se pueda predecir nada... Pero no caben dudas acerca del resultado de la lucha.”

No veo que Stalin haya seguido otra política. Veo, en primer lugar, al gobierno soviético despreciando a la Sociedad de Naciones, ese instrumento del imperialismo burgués; luego, a partir del momento en que el Japón y la Alemania hitleriana comenzaron a inquietarlo,

acercándose a la S.D.N., sosteniendo en Ginebra la teoría de la paz indivisible y colocándose del lado de las naciones "conservadoras" frente a las naciones "proletarias". Era la época en que Stalin declaró: "No deseamos una pulgada del territorio de otro, ni permitiremos que nadie se apodere de una pulgada de nuestro territorio." La URSS irá hasta firmar un pacto de ayuda mutua con Francia. Hasta Munich, hará el juego a las democracias, limitándose a recomendar más firmeza. La actitud del P.C. francés, considerada en unión con la política exterior de la URSS es muy significativa. De 1928 a 1930, temiendo que las potencias capitalistas lanzasen un ataque contra la Rusia Soviética, estableció su programa de lucha contra la guerra imperialista y definió las principales medidas a tomar en caso de conflicto. A partir de 1935 y hasta 1938, ante la amenaza interior y exterior del fascismo, se considera y luego se realiza, la unidad de acción con los socialistas. Conocidos son las cóleras y los celos de la URSS después de Munich:

"la tentativa de los reaccionarios de Inglaterra y de Roma de unirse con los fascistas de Alemania y de Italia a espaldas de la Unión Soviética".

Es cierto que la URSS ha temido el cerco y la guerra. En vano los gobiernos inglés y francés, ante la urgencia del peligro, solicitan, en 1938-39, la alianza rusa. La desconfianza de los Soviets no cede: están convencidos de que Alemania se encuentra en la encrucijada y que, según el juego de las alianzas, se lanzará sobre sus vecinos del oeste o sobre los del este. Ribbentrop y Molotov firman el pacto germano-ruso. Se ha dicho todo sobre el procedimiento y es cierto que carece de delicadeza; pero ¿quién puede negar que Rusia, en lugar de la paz del mundo, trataba de preservar *su* paz? Será necesario que Alemania la ataque, en 1941, y las primeras operaciones parecen indicar que el ejército soviético no estaba preparado enteramente para el choque. Después de 1944, el derrumbamiento de Alemania despierta la obsesión de la cruzada antisoviética. La URSS trata de protegerse por todos los medios y por todas las políticas. A partir de 1947, los P.C. europeos quedan eliminados de los puestos de mando; nueva rigidez soviética. Por mucho que busque no encuentro, durante el curso de esos tres decenios, ninguna voluntad de agresión en los rusos; veo una nación desconfiada y acosada, que recuerda aún la intervención aliada de 1918 y la cuarentena que la siguió, una nación

que preferirá todo al aplastamiento, incluso una guerra mundial, pero que busca por todos los medios evitar dicha guerra, grosera, sí, y despreciativa, irritable y mala en ocasiones; pues si es cierto que los partidos revolucionarios, inspirándose en ella, no contribuyen en nada a calmar los espíritus, inversamente las injurias de que se los colma en las democracias burguesas, las represiones policiales y, en los países fascistas, el exterminio sistemático de los jefes comunistas no podían dejar de aumentar la tensión. Porque es al mismo tiempo a la URSS que los burgueses detestan en los comunistas, y a los comunistas que detestan en la URSS. Lo que no es dudoso, en todo caso, es que nuestra obsesión de la agresión rusa corresponde exactamente a la obsesión rusa del cerco.

No hay que engañarse en esto: si la URSS perdiese un día toda esperanza de evitar la guerra, desencadenaría el conflicto ella misma. ¿Y quién se lo podría censurar? Pero sus dirigentes están tan divididos como los nuestros. Desde 1946, Molotov creía la guerra inevitable. El caso yugoslavo ha mostrado que no había convencido enteramente a sus colegas, de los cuales algunos, al parecer, piensan que el conflicto se podía haber retrasado hasta que una crisis decisiva conmoviese al mundo occidental; las resistencias alemanas, las reticencias inglesas, las fluctuaciones de la opinión en Francia y en Italia, la derrota de los norteamericanos en Corea, la agitación del mundo árabe, la guerra del Vietnam, sin otras tantas cartas que quedan por jugar. Según la coyuntura internacional y, quizá también, según las relaciones de fuerza en el interior del Politburó, prevalece una u otra de esas concepciones, siempre moderada por la de la minoría.

Esas alternaciones se reflejan en la política del P.C. y en ese clima hay que situar la manifestación del 28 de mayo. Frecuentemente la han unido al artículo publicado por Billoux después de su viaje a la URSS. Pero ese artículo, como ha mostrado muy bien Gilíes Martinet en *L'Observateur*, más que una "vuelta" del Partido, anunciaba un retorno a la línea de 1950. Aquel año, en el XII Congreso del Partido, Thorez denunció:

“los gobiernos marshallizados que se han hecho feudatarios de los capitalistas norteamericanos... y... que recurren, contra la clase obrera, a los métodos del asesinato y el terror”.

Por el contrario, en septiembre de 1951, Jaçques Duclos declaraba en la sesión del Comité Central:

“Patronos y obreros pueden perfectamente encontrarse en el mismo campo para la reconquista de la independencia francesa.”

Y, en mayo de 1952, Billoux reanuda los temas de Thorez:

“La defensa de la industria francesa no puede ser emprendida en una «unión nacional» de los obreros, de la clase media y de los industriales.”

Así se vuelve sencillamente a la intransigencia de 1950, para volver un mes más tarde, con el informe de Fajon al Comité Central (19 de junio de 1952), a la tendencia Duelos: el patronato no es homogéneo, muchas industrias francesas están amenazadas de ruina por la política de armamento; el artículo de Billoux ha sido mal entendido, hay que abandonar el sectarismo, tender la mano a las masas campesinas y a las clases medias, a los intelectuales y “a aquellos patronos perjudicados por la dominación norteamericana”. Esta vez la oscilación es más rápida y más amplia. Billoux fue más lejos que Thorez, Fajon va más lejos que Duelos. Al parecer, el péndulo se enloquece. Se ha dicho que sus períodos correspondían al ritmo de la situación internacional; pero eso no es del todo exacto: es cierto que, en abril de 1950, Thorez declara que “la paz pende de un hilo”, pero la guerra de Corea no había estallado aún (¿sabía que estaba próxima?) y el rearme norteamericano data del otoño siguiente; en septiembre de 1951, re registra una ligera tregua con relación al mes de enero, pero sin embargo sobre el mundo pesan las mismas amenazas: se ha decidido el rearme alemán, las negociaciones de armisticio, en Corea, se alargan, la victoria de los conservadores en las elecciones inglesas se da por cierta, va a inaugurarse la *Conferencia de Ottawa*. En cuanto a las últimas oscilaciones, tienen lugar en una atmósfera amenazadora y tensa, y ese doble golpe de teatro no va acompañado de ninguna modificación sensible de la actitud soviética, que permanece bastante ambigua. Por lo demás, no se hallará nada análogo en Italia durante el mismo período, y es notable que Togliatti unos días después de la publicación del artículo de Billoux, haya hecho proponer por Nenni a De Gasperi, un frente común contra los monárquicos y neofascistas. Solo esto serviría para excluir la idea de una orquestación de los

movimientos comunistas nacionales.¹² Las oscilaciones de la política comunista en Francia son la característica del P.C. francés que, por las razones que explicaré más tarde, reproduce, amplificándolas, las alternaciones rusas; su ritmo, su periodicidad, su amplitud, dependen al menos de tres factores: la coyuntura internacional, la vida interior del Politburó, la vida interior del Comité Central francés. La manifestación del 28 de mayo se decidió en un clima de pesimismo. Era un supremo esfuerzo en favor de la paz; pero ya no se cree en él, lo que explica la voluntad de fracaso y el recurso a la violencia. El P.C. espera lo peor:

“ningún país capitalista, –dijo Stalin en 1927–, se lanzaría a una guerra de envergadura, sin haber previamente asegurado su retaguardia, sin haber «sojuzgado» a sus obreros, a «sus colonias”.

Persuadido de que va a ser disuelto, el Partido considera ya entrar en la clandestinidad. El informe de Fajon hace explícitamente alusión a ese derrotismo: “Todas las actividades del Partido deben proseguir a la luz del día su trabajo de conjunto”, dice, como si quisiera a la vez tranquilizar a los militantes y desautorizar las conclusiones demasiado precipitadas. Cuando la Oficina política decide la manifestación, le importa poco que vaya a ella el pueblo parisiense; ya sabe que su orden no será atendida:¹³

“Fue, –dice Pierre Thibault en *France-Soir*,– una acción concertada de comandos que iban mediante una consigna a una batalla perdida de antemano”.

Batalla perdida de antemano: es cierto, la manifestación *debía fracasar*. Pero es cierto también que las victorias del proletariado son a largo plazo y con frecuencia nacen de batallas perdidas antes. Lo que no podemos comprender nosotros, burgueses que sólo queremos conservar el recuerdo de nuestras medias victorias, es la gran paciencia del obrero y esa mezcla de fatalismo, de desesperación y de valor que, bajo la presión de una situación intolerable, le hace a veces

¹² En su discurso de junio, con el pretexto de atacar a De Gasperi, Togliatti reprendió claramente al P. C. francés: “¡No somos tan necios!” dijo de substancia. “Habéis llenado las calles de Roma con vuestra policía y vuestro ejército, pero nosotros no hemos caído en la trampa, ni hemos respondido a vuestra: provocaciones”. De ahí se sacará fácilmente la conclusión de la opinión que tenía de la manifestación del 28 de mayo.

¹³ Cómo no iba a saberlo, puesto que, como dice Duverger, “construyó un método científico que le permitía... estar a la escucha de las masas?” Se dice que los dirigentes locales informaron mal a los dirigentes superiores. Es posible: en tal caso, la verdad quedaría alterada, pero no totalmente oculta.

emprender un combate en el cual está casi seguro de ser vencido. Al decidir, contra toda probabilidad, esa “jornada” absurda, el P.C. se inspiraba, a pesar de todo en la tradición obrera.

Pero, sobre todo, *interpretaba* el pacifismo acendrado de las masas y mentís a sabiendas cuando felicitáis al obrero por no haberse dejado movilizar por intereses que no son los suyos. Uno de los sentimientos más profundos y sencillos del proletariado, una de las ideas fundamentales de su conciencia de clase, es ese concepto de sí mismo como pura *presencia* sin relación de solidaridad con el todo social. No está integrado en la sociedad, *reside junto a ella*, en una semisegregación que se le impone y que termina por reivindicar. En períodos de tensión internacional, sus lazos sociales se aflojan aún más, cuando p>or lo demás se aprietan por todas partes; ¿cómo iba a ponerse al nivel de la tensión psíquica y social de la pequeña burguesía que le rodea? Ese contraste entre la falta de interés y la sobreexcitación universal le inclina al pacifismo. Y el pacifismo, inversamente, es *en primer lugar* la reafirmación de la soledad obrera en medio de una sociedad de *explotación*; luego, *sólo después*, una declaración de solidaridad con la clase obrera de la nación enemiga. Mientras las otras clases proyectan del otro lado de la frontera su propia sociedad, pero cambiándole el signo y como imagen diabólica de la Sociedad, el obrero se proyecta a sí mismo y sin cambio de signo, porque la negación de sí es la clase burguesa de su país. Así, la actitud más sencilla, la más cercana a la espontaneidad, la que mejor expresa su sentimiento es el internacionalismo. Los obreros mas viejos recuerdan quizás aún la llamada lanzada en enero de 1906 por el Comité Confederal de la C.G.T.:

“*Guerra a la guerra*. Trabajadores.. la guerra está a la merced del menor incidente. La prensa sabe cosas... y se calla. Es porque se quiere poner al pueblo en la obligación de marchar, pretextando el honor nacional, a la guerra inevitable porque es defensiva. Ahora bien, el proletariado no quiere la guerra... La clase obrera no tiene ningún interés en la guerra. Ella es quien la paga, con su trabajo y con su sangre. Luego a ella es a la que incumbe decir en alta voz *que quiere la paz*.”

Ya lo hemos visto, la constitución en *Nación* de la Revolución Rusa ha complicado un poco las cosas. Al pedir al proletariado que hiciera una excepción en su antimilitarismo, el P.C. introdujo una contradicción que

debía, finalmente, enturbiarlo todo y privar el sentimiento espontáneo de su expresión. Desde el 28, se ha querido derivar en beneficio de la URSS la potencia *sagrada* de ciertas palabras, de ciertas situaciones. En lugar de explicar al obrero los lazos de solidaridad real e insoluble que le unían a la URSS, se hizo de la URSS la patria socialista del trabajador y, del obrero, el soldado de la URSS, combatiente de detrás de las líneas. Al mismo tiempo, las técnicas de lucha contra la guerra se perfeccionaron y a la vez se militarizaron; El P.C., instruido por el fracaso del 14, sustituyó la vaga y solemne “huelga general”, con sabotajes, una propaganda derrotista e ilegal, etc. Ya, hacia el 28 y el 30, la clase obrera pareció desconcertada, y la “Jornada roja internacional contra la guerra” fue un fracaso (1º de agosto de 1929), muy semejante al del 28 de mayo de 1952. Hoy, como era de esperar, el internacionalismo, que supone la yuxtaposición inorgánica de las masas (están unas *junto* a las otras, separadas por fronteras y no manda ninguna, las asambleas de sus representantes son parlamentarias), ha estallado bajo la acción de la *centralización*. El principio de la 57 “tesis de septiembre de 1921”: “El Comité Director del Partido es responsable ante el Congreso del Partido y ante la Dirección de la Internacional Comunista”, podría expresarse simbólicamente por esta frase: El obrero tiene dos patrias, la suya y la República de los Soviets rusos. En el fondo, la aparición de las patrias termina el tabicado horizontal. El P.C. en la escala internacional, se da una articulación tan fuerte como en cada país singular: igual que las células las naciones sólo se comunican entre sí por medio del escalón superior. Pero, por encima de esos tabiques destinados a estrechar los lazos y a afirmar la autoridad del Poder Central, el interés del proletariado y el de la URSS siguen siendo idénticos: se privan de los argumentos de Greffuelhe que llegaban tanto al corazón de los sindicalistas. (“¿Defender el suelo de la Patria? No veo ningún inconveniente en ello, a condición que el defensor sea el dueño de ese suelo.” Encuesta del movimiento socialista, agosto de 1905.) Pero hay que reconocer también que la nueva propaganda tiende a emancipar al obrero, a proporcionarle inmediatamente un medio de salir de sí, un lazo de trascendencia con el Otro... desgraciadamente, bajo la forma del imperativo kantiano y del deber militar. El lenguaje adoptado es militar también: “(Esta jornada de 1929) marcará el paso del proletariado a la contraofensiva en el frente internacional...” Pero detrás de este idioma de comunicado, y por palabras tomadas a las propagandas de

los nacionalistas, una especie de subconversación se continúa entre un proletariado que ha seguido siendo fundamentalmente pacifista –simplemente porque su situación es serlo– y los militantes que, detrás de su aparato ideológico y verbal, quizás han continuado siéndolo también. En resumen, es uno de los graves síntomas de la *afasia* como fenómeno internacional: se comunican mediante el lenguaje; pero contra él los cuadros y las tropas usan palabras que mienten pero se entienden tácitamente para restituir la verdad. Se habla a los viejos sindicalistas de la contraofensiva del proletariado y ellos oyen una vieja voz anterior al 14 que les murmura:

“Trabajadores... En Alemania como en Francia, la comunión de las ideas es terminante acerca de ese punto: el proletariado de los dos países se niega a hacer la guerra. Luego, por nuestra acción común y simultánea obliguemos a nuestros gobiernos respectivos a tener en cuenta nuestras voluntades”.

En un cierto sentido, la manifestación del 28 de mayo –que fue mucho más obra de militantes entrenados que una manifestación espontánea– tenía por fin dar a las masas una representación trágica de sus aspiraciones, un poco como, según Nietzsche, la representación “figurada” en la tragedia griega revela los más profundos instintos del coro.

En resumen, esos buenos señores tienen que convencerse; el proletariado no tiene ninguna razón para batirle. Diariamente se le explica al obrero que la URSS ha traicionado a la Revolución; él se sorprende, no creía que eso podía producir tanta pena; y para decirlo todo, no cree una sola de las palabras que le dicen; cuando *Le Fígaro* publica el informe oficial acerca de la embajada rumana, eso divierte seguramente a las viudas nobles; pero es porque las viudas nobles aman a los ayudas de cámara. Los obreros no los aman particularmente. Incluso si algún obrero, por alguna locura, leyese regularmente ese diario y se dejase convencer de la traición soviética, esa sería quizás una razón para no batirse en las filas del Ejército Rojo, pero no para batirse contra él. Pero sí, diréis: para liberar al infortunado proletariado ruso. Sí. Pues bien; yo tengo la impresión de que la propaganda no está perfeccionada totalmente; y no creo que alistéis a mucha gente si la pedís que reanuden la cruzada antibolchevique que predicaba Hitler y se coloquen al lado de Chiang-Kai-shek, contra los chinos de Mao Tse-tung, al lado de Franco contra los republicanos

españoles, de Syngman Rhee contra todo el pueblo coreano, al lado de los asesinos de Beloyannis frente a los padres y los hermanos de los deportados de Makronissos, al lado de la oligarquía de los colonos frente a los tunecinos, los malgaches y los vietnamitas.

Me figuro que os habréis dado cuenta de que eran demasiadas exigencias y habéis renunciado a adoctrinar. Cuando a pesar de todo querráis, para descargo de la conciencia, dar algunas razones de morir por los Estados Unidos, organizad exposiciones de arte, conferencias y conciertos, librad en breve lo que se llama desde hace poco una “batalla cultural”. Pero poned gran cuidado en doblar el precio de las entradas: para estar seguros al menos de “estar entre los vuestros”. O bien pasead por París, Londres y Berlín una serie de intelectuales pálidos y suaves como señoritas que reciten los cumplidos aprendidos acerca de la cultura y la libertad. ¿Pero a quién queréis que convenza esa orquesta femenina, aparte del público de los *Anuales*? La cultura está bien muerta, cuando los escritores la *defienden* en lugar de *hacerla*. En cuanto al obrero, de todos modos le importa poco. Porque para que se interesase por la cultura, habría habido que dársela en primer lugar, y luego que la cultura hablase de lo que le interesa. Una colocadora de placas que trabaja en una refinería tiene que atender un grupo de cuatro máquinas y cada máquina llena treinta placas en dos minutos y medio; una placa pesa ochocientos gramos. Así, la obrera transporta cien kilos cada dos minutos, unas veinte toneladas por día. Id a preguntar a su hijo y a su marido, explicadle que es para liberar a las pobres “colocadoras de placas” soviéticas, que no tienen el derecho de expresar su opinión acerca de la pintura abstracta o las teorías de Lissenko; hacédle comprender que los Estados Unidos van a perfeccionar una bomba de hidrógeno, y preparan calladamente la admisión de España en la ONU¹⁴, con el fin de que las “colocadoras de placas” de las democracias occidentales puedan continuar pensando y expresando su pensamiento con toda independencia. No temáis; no os pegará; está demasiado cansada. Vosotros seréis los que os indignaréis contra ella y saldréis deplorando que se haya perdido en Europa el sentido de la libertad. Y sin embargo, ella también desea la liberación. Pero la libertad que reclama no se parece a la vuestra; y creo que ella renunciaría gustosa a la libertad de expresión de que tan buen uso se hace en la sala Gaveau, si se la liberase del ritmo

¹⁴ Se refiere al reconocimiento y la legitimación del gobierno fascista del tirano Francisco Franco por parte de la llamada “comunidad occidental”. (N. a la Ed.)

lancinante de las máquinas, de la heteronimia de las tareas, del frío, de la triste decoración de las fábricas. Mirad, para que se sintiese libre, más libre de lo que se ha sentido nunca, bastaría –provisionalmente– que pudiese, en el mismo tiempo y por el mismo salario, transportar diez toneladas en lugar de veinte. ¿Qué esperáis? Habríais hecho un bien a la cultura. ¿Decís que no podéis, que se necesita paciencia y que los nietos de la colocadora de placas serán liberados por el progreso técnico? Perfecto: entonces, si queréis hacer la guerra, esperad a que nazcan. Y no penséis en convencer a su futura abuela, ponderándole los altos sueldos norteamericanos y la superioridad de la vida material en los Estados Unidos. ¿Qué le importan las perpetuas comparaciones entre la URSS y los Estados Unidos? Porque en su caso no se traía de trabajar en Stalingrado o en Chicago, sino en una Francia en paz o en guerra. Vosotros, caricaturas, tenéis tanto miedo del régimen soviético que hacéis cuanto podéis por sondearlo. Porque hoy estamos en paz, los norteamericanos están aquí y los rusos en Rusia, pero si mañana hay guerra, los norteamericanos estarán en Norteamérica y los que estarán aquí serán los rusos. Los trabajadores lo saben: desde el comienzo de las hostilidades, perderán hasta ese salario miserable que se llama el “mínimo vital”; no tienen interés en estar “ocupados”, ni aun por el Ejército Rojo; quieren a los rusos en la URSS, y a los norteamericanos en los EE.UU. Si el 28 de mayo no se molestaron, es porque juzgaban –por las razones que examinaré más tarde– que aquello no merecía la pena; pero el desacuerdo no ha influido jamás en el principio de la manifestación. Y creed que no sienten un afecto particular por Ridgway, ni por ningún otro norteamericano. Porque ya lo sabéis, ratas viscosas, y el mismo *Le Figaro* comienza a sospecharlo: los norteamericanos son admirables propagandistas; pero su mejor propaganda es en favor de los rusos.

3º “El P.C. y la C.G.T. cansan a los trabajadores imponiéndoles manifestaciones políticas.”

He aquí un argumento nuevo: los obreros reprocharían al P.C. haber falseado su único instrumento de defensa derivándolo hacia usos para los cuales no está hecho; habrían demostrado su buen sentido e indicado a los agitadores “rusistas” que pensaban mantener la separación entre lo político y lo económico.

Si habéis dicho la verdad, han hecho a los patronos el más lindo regalo: porque el patronato tiene interés en esta separación; más aún, quizás, que el que los hombres de 1789 tenían en la separación de poderes. Cuando los puritanos hubieron laicizado el comercio y la industria, fue necesario, en ese sector, reemplazar a Dios por una ley de bronce: inflexible, esta ley devolvía la inocencia a los explotadores; divina, justificaba el éxito; se podía probar, gracias a ella, que el rico era bueno y el pobre malo.

Aquella era la ley de la oferta y la demanda:

“verdadero mecanismo regulador, que ajustaba el precio, eliminando ciertos aspirantes a vendedores y ciertos aspirantes a compradores..., estimulando la producción en caso de insuficiencia, desalentándola en caso de plétora”.¹⁵

Nos permite recobrar el optimismo, establecer que la riqueza está en proporción de la utilidad social y que el mejor comerciante es el que vende más barato; por lo tanto, el elegido de Dios y el bienhechor de la humanidad. La ley se aplicaba maravillosamente a las relaciones del patrono y el empleado; el trabajo era una mercadería y el salario su precio. Nadie podía culpar a los patronos: el salario era cada instante lo que *podía ser*, nada más y nada menos, ya que la regulación era automática. Así, el dominio de lo económico se convirtió en el de la necesidad, mientras que el dominio de la política permaneció siendo el de la libertad. Todo va bien mientras los dos reinos están separados; se admitirá, en rigor, que la economía influye en la política, pero la intrusión de la política en la economía turba las conciencias y escandaliza: la acción del político tiende a probar que la necesidad de lo económico no es autónoma quizás y que su curso se modifica al actuar sobre otros factores. Algunos teóricos propusieron reducir la política a lo económico; pero la burguesía se negó; prefiere la compartimentación. Dividir para reinar. Se tomó sencillamente la costumbre de llamar *demagógica* toda concesión que la política concede a las clases pobres, sin que le haya sido arrancada. La generosidad, por principio, es *falsa* generosidad “Esta reforma, generosa en apariencia...” Eso significa que toda tentativa de sustituir por un orden humano el orden mecánico, está condenada al fracaso. Sólo hay un modo de ser bueno: adaptarse al orden natural, obedecer a la ley, hacer trabajar a todos lo más posible y pagarles lo menos

¹⁵ Robert Mossé: *Les Salaires*, “Rivière”, 1952, p. 40.

posible; se servirá a la sociedad entera, produciendo al precio más bajo. Esa loable preocupación de justificar el lucro está en el origen de una teoría muy cómica: la de la *bondad terrible*, que se encuentra en Claudel y en los hitlerianos. Si el trabajador se vale de sus derechos sindicales para mezclar la economía y la política, sólo se logrará estropear la mecánica armoniosa. Todo va bien, si el obrero reserva la acción sindical para la defensa de sus intereses. En el fondo, hay que reconocer que las fluctuaciones del mercado tienden a separar un poco el salario medio de lo que se llamaba piadosamente en el siglo XVIII el salario *natural* y que Turgot definía: “lo que es necesario al obrero para procurar su sustento”. El sindicato sólo intervendrá sustituyendo un contratante único a varios vendedores. No puede modificar las leyes eternas de la economía; pero se le reconoce un cierto poder, desde el momento en que funciona simplemente como un monopolio. Por lo tanto, se valdrá de él para distribuir el salario bruto, debido al solo juego de las fuerzas económicas, y para acercarlo lo más posible al salario natural.

De este modo, la economía clásica describe lo que ocurriría si las relaciones entre los hombres fuesen rigurosamente asimilables a las relaciones de las cosas entre sí. O, si se prefiere, establece las leyes de un universo donde el hombre es perfectamente inhumano para el hombre. El sindicato es tolerable si se coloca, a título de caso particular (el de un solo vendedor y varios compradores), en el cuadro de esas leyes rigurosas. No se le tolerará si se propone humanizarlas. Pero aunque el punto de vista burgués sea por sí solo bastante claro, dejo de comprenderlo si trato de considerar las cosas desde el punto de vista del asalariado; y la distinción de lo económico y lo político se hace tan fugaz y vaga, que me cuesta trabajo creer que existe. Primero, no sé muy bien lo que se entiende cuando se quiere que el obrero se limite a defender sus intereses. ¿Hay un interés del obrero? Más bien me parece que el interés del obrero es dejar de ser obrero. Como dice Marx: “El proletario tiene necesariamente como tarea real la de revolucionar sus condiciones de existencia.” Ya veo alzarse de hombros al anticomunista; al parecer no hablo en serio y esos juegos bizantinos perdieron a Francia en 1939. Bien. Hablemos, pues, en serio. Hay un interés del obrero *en cuanto obrero*. Es decir, que debe, *para comenzar*, aceptar su situación en su conjunto. Una vez hecho esto, se le concede el derecho de mejorarla en los detalles. Así, la tesis

burguesa (tanto bajo la forma un poco gastada de la economía clásica, como de la forma moderna de la colaboración de clase), es que el obrero debe permanecer obrero. Nada de asombroso, ya que está hecho para ello como el patrono para ser patrono. Se dirá que una huelga es subversiva cuando las reivindicaciones de los huelguistas se inspiran en una concepción del hombre. Cuando el patrono declara que el proletario es proletario de nacimiento y debe seguir siéndolo, no hace política; presenta los principios de la economía. El obrero lo hace, por el contrario, cuando quiere suprimir el proletariado. Toda la historia de la legislación obrera revela, en el magistrado burgués, la preocupación de distinguir las huelgas malas y buenas. Ya en 1872, Depeyre defendiendo ante la Asamblea un proyecto de ley que castigaba la afiliación a la Internacional declaraba que la intención del legislador había sido “proteger a los obreros” contra toda tentativa de huelga que “sería el resultado de un mal pensamiento, de un complot contra el orden social”. Y todavía hoy, en términos más atenuados, el Consejo de los Vocales de los Comités Paritarios del Sena (decisión del 26 de marzo de 1947), toma por su cuenta la teoría de la “huelga abusiva”:

“Conviene aplicar ese derecho (de huelga) teniendo en cuenta el principio absoluto de que el ejercicio de un derecho está limitado por el abuso que podría hacerse de él; que un derecho no es nunca ilimitado en una sociedad organizada; que encuentra su límite natural, a falta de reglamentación particular, en los derechos ajenos y de la colectividad...”

Bellas y justas palabras: lo malo es que la “sociedad organizada” donde vive el obrero y cuyos derechos debe respetar, sea precisamente la sociedad capitalista que le oprime. Así la decisión burguesa de limitar el derecho de huelga a las reivindicaciones profesionales es *política* ya y descansa en toda una concepción del mundo y del hombre.

Y bien, incluso aceptando ese concepto, incluso definiendo *con* el patronato los intereses del obrero, no llego a comprender cuáles son. Esta fábrica pone un lavabo a disposición de su personal: *el interés* del personal es que la cañería de desagüe no se tape. El país de esos trabajadores se ve arrastrado a la guerra por una política imbécil: *el interés* de los trabajadores es que la guerra no tenga lugar. Entre el primero y el segundo ejemplo, hay lugar para toda la vida social. ¿Decís que el segundo es de orden *político*? ¿Tan seguro es? En caso

de conflicto, la clase campesina suministra el “material humano” y se beneficia, a cambio, del alza de los productos alimentarios; en resumen, le compran litros de sangre: la situación del proletariado es exactamente la inversa: sus pérdidas en vidas humanas son menores; sufre *económicamente*. Al principio no, sino más tarde, cuando la hipertrofia de la industria pesada y las dificultades de la reconversión traen las crisis y el desempleo. En 1938, el total de los salarios era el doble del de los impuestos; en 1950 el total de los impuestos es igual al de los salarios. El trabajador podría declarar, con razón, que los conflictos militares le perjudican en sus intereses materiales. Más aún: si declaráis que la guerra es un hecho político rechazáis la explicación socialista de la guerra y el círculo infernal: superproducción –busca de mercados– conflictos. No digo que estéis equivocados, ni que esa teoría sea cierta; eso no importa aquí. Oigo solamente que hacéis entrar en vuestra definición de lo que es político y de lo que no lo es, juicios de valor, presuposiciones, una ideología. Sin duda, la teoría marxista de las crisis cíclicas, las tesis de Lenin sobre el imperialismo capitalista son verdaderas o falsas. Pero la demostración incumbe a los especialistas. La mayoría de las gentes las rechazan o las aceptan, sin conocerlas siquiera, y les costaría gran trabajo discutir las. Sin embargo, Merheim declara, en un orden del día que hace votar en Marsella en 1908, que “toda guerra es un atentado contra la clase obrera, un medio sangriento y terrible de desviación de sus reivindicaciones” y todos los confederados repiten después de él la fórmula *como si la comprendiesen*. Y los nacionalistas responden acusando a esos “derrotistas” de estar vendidos al enemigo, *como si lo supiesen*. Se enfrentan dos concepciones del mundo vividas y sentidas, más que pensadas. Entre ambas parece imposible toda conciliación: en particular el “retornismo” trae a las reivindicaciones obreras una detención brusca y voluntaria, que parece perfectamente injustificable. Se debe juzgar por lo que ocurrió en 1908; dos años antes, un congreso votó un orden del día preconizando “la propaganda antimilitarista y antipatriótica”. Niel, sindicalista reformista y líder de las minorías, acaba de exponer su punto de vista en Marsella; va en contra del antipatriotismo que agrupa *políticamente* a los militantes. Janvion sostiene el mismo punto de vista: la Alemania victoriosa impondría fácilmente una multa, cuya mayor parte pagarían los trabajadores. Uno se sentiría, pues, tentado a creer que los dos oradores se pronuncian en contra del antimilitarismo, *por las mismas*

razones. Nada de eso; el antimilitarismo, según Niel, permanece en el terreno sindical “teniendo por fin luchar contra la intervención del ejército en las huelgas”. Lo que no parecerá abstracto ni absurdo a los que recuerdan las matanzas de Fourmies (1891), de la Martinica (1900), de Châlons sur-Marne (1900), de Raon l'Étai. pe (1907), de Draveil-Vigneux y Villeneuve Saint-Georges (1908). Había que luchar contra el ejército, ya que el ejército era la represión. Pero el razonamiento es igualmente insostenible: la provocación de los militares a la desobediencia de una acción política. Y si la corriente de antimilitarismo es lo bastante fuerte, corre el riesgo de debilitar la defensa nacional de dar la victoria a Alemania y de exponer a los trabajadores al pago de esa fuerte multa que Janvion les quería evitar.

No, hay que convencerse de ello: el sindicalismo sólo tiene dos posiciones coherentes. O bien se limita a sostener las reivindicaciones inmediatas, o bien defenderá, a los trabajadores en todos los sectores de la actividad nacional. Pero el trabajador que se atenga a las reivindicaciones elementales debe saber que ha tomado ya una actitud política: no sólo rechaza la Revolución, sino, con su ejemplo, las huelgas de solidaridad; se resigna con su suerte y traiciona a la clase obrera.

La verdad es que no *puede* atenerse a las reivindicaciones inmediatas: Marx lo ha dicho muy bien:

“Una lucha por un aumento de salario no hace más que seguir las modificaciones anteriores. Es el resultado necesario de las fluctuaciones previas en la cantidad de producción, en la fuerza productora del trabajo, en el valor del trabajo, en el valor de la moneda, en la extensión o la intensidad del trabajo a presión, en las oscilaciones de los precios del mercado que defienden las fluctuaciones de la oferta y la demanda, y que se producen conforme a las diversas fases del ciclo industrial; en resumen, son tantas reacciones de los obreros frente a las acciones anteriores del capital.”

Pero, en ese caso, el obrero interviene *demasiado tarde* y:

“en un 99 % de los casos sus esfuerzos para elevar los salarios no son más que tentativas para mantener el valor dado al trabajo”.¹⁶

¹⁶ Karl Marx: *Salario, Precio y Ganancia*

Para que el proletariado pudiera defenderse, sería pues necesario que el sindicato pudiera actuar *sobre las causas*, más que sobre los efectos. Si se le niega el derecho de influir en la *coyuntura* con todas sus implicaciones políticas y económicas, nacionales e internacionales, se rebajan sus reivindicaciones al nivel de ciegos impulsos, se le quita la posibilidad humana de prever y de prevenir. Se hace del trabajador un vientre hambriento y una boca que grita. En una palabra, el sindicato “tiene necesariamente por tarea real” el exigir, y obtener, en la escala de la empresa, el derecho de participar en la gestión, en la escala nacional, el de controlar las consecuencias económicas de la política gubernamental. Y ésta, ya sea reformista o revolucionaria, desde el solo punto de vista de los intereses “del obrero como tal”.

Porque el *hecho económico*, como el *homo œconomicus*, es un ente de razón. O, mejor, simboliza correctamente ciertas situaciones límites en las cuales el opresor está en condiciones de tratar al oprimido como un canto rodado. En el A.O.F., por ejemplo, el racismo y la insuficiencia del sindicalismo negro crean un subproletariado indígena que se mantiene sistemáticamente en todos los dominios en un nivel de vida inferior al del blanco menos favorecido.¹⁷ Además “en la práctica, la remuneración tiende a estar determinada por el juego de la oferta y la demanda”.¹⁸ Dicho de otro modo, la ideología racial permite rebajar al trabajador indígena al nivel de hecho económico puro. No del todo, sin embargo; por las razones que son de adivinar, sucede que la autoridad administrativa, fija la tasa del salario mínimo. Así, la ideología política del racismo (con sus infraestructuras económicas) y la ideología política del paternalismo (metrópoli-burocracia) se conjugan para determinar el nivel de vida que se estima “justo” y “suficiente” para un negro. Ahora bien, ocurre precisamente que, en la metrópoli, los economistas burgueses han renunciado a fundar la teoría del salario en la ley de la oferta y la demanda.

¹⁷ Las concesiones familiares son distribuidas del modo siguiente: Europeos: 1er. hijo, 173; 2º hijo, 550; etc.; 6º hijo, 2.350 francos. Africanos: 1er. hijo, 93,72; 2º hijo, 137,50; etc.; 6º hijo, 597 francos. Se indemniza a los franceses por toda clase de accidentes; los negros sólo son indemnizados cuando el accidente está ocasionado por un explosivo o una máquina “movida por una fuerza distinta de la de los hombres o la de los animales”. Para comprar un kilo de pan blanco el peón de Dakar tiene que trabajar 1 hora 27 minutos, el peón parisiense 25 minutos. Para comprar un huevo el negro de Dakar trabaja 29 minutos, el parisiense 11 minutos.

¹⁸ William Top: “Valor del trabajo de los asalariados africanos” *Le Travail en Afrique Noir. “Présence Africaine”*, n.º 13, p. 252

“El trabajo, —escribe Messé—, no es una mercadería. El salario no es un precio que se forma en el mercado... Es imposible afirmar si hay una relación y cuál es, entre el salario de un obrero y su productividad, entre el nivel general de los salarios y el empleo, la producción, los precios, la moneda, etc.”

Hoy se considera que el problema de los salarios se ha convertido en un problema de reparto de la renta nacional entre las personas y los grupos sociales. ¿Y quién va a fijar las tasas? Un conjunto complejo de factores donde entran las representaciones colectivas y sus valores, las ideologías, las relaciones de fuerza entre los grupos y los datos puramente económicos.

“Más que un precio, —escribe Mossé— el salario es una participación en un resultado global en el seno del cual es imposible la ventilación entre 'os elementos imputables a tal o cual factor. O quizás es un *descuento*, comparable a un impuesto por su modo de establecimiento y sus incidencias. O también es la *f fuente* que alimenta las necesidades individuales y familiares. Si es así, el problema de los salarios se convierte en un problema de relaciones humanas, de psicología, de relaciones de fuerzas: *en una palabra, un problema político, dominado por ideologías y credencias concernientes a la justicia, la equidad, y la jerarquía social*”.¹⁹

Los economistas se enternecen: “Hemos”, dice uno, “pisado de la neutralidad al humanismo”. Y el otro: “De la economía objetiva a la economía normativa, política”. ¿Qué ha sucedido? Sencillamente que el proletariado ha entrado, por la violencia, en la especie humana. Hasta 1848, el obrero de las fábricas, aislado, no está maduro para una prueba de fuerza. *Por lo tanto*, es sólo una bestia; su relación con el patronato tiende a identificarse, con la pura relación económica. Durante la segunda mitad del siglo XIX, el proletariado se constituye como una fuerza social independiente. Simultáneamente, la burguesía *reconoce* a los trabajadores la dignidad de hombre. A partir de ahí, el *humanismo* de que estaba tan orgullosa es habitado por la contradicción: el obrero es hombre porque asusta, pero el orden social exige que le mantengan en su condición de bestia. La contradicción vivida y sufrida por el proletariado, se convierte en la contradicción del pensamiento burgués. Cada cual propone su solución. Y cada cual, en

¹⁹ Mossé; *Les Salaires*, p. 128, El subrayado es mío.

nombre de los humanismos que pululan (reformismo, colaboración de clases, corporatismo, radicalismo, socialismo cristiano, etc.), buscará las medidas que permitan a la sociedad burguesa digerir su proletariado. El problema era sencillo, pero difícil de resolver: ¿a qué condiciones debe responder una criatura de apariencia humana para que podamos a la vez darle el título *de hombre* y tratarla como una bestia? No se ha encontrado aún la solución. Así, por su sola presencia silenciosa, por la amenaza tranquila que su orden riguroso y consentido hace pesar sobre el orden establecido, por su mirada, esos hombres aparecen de repente cómo una sociedad en la sociedad, provocan perturbaciones en el paraíso y hacen estallar el humanismo: he aquí un *acto político*, sin duda, y el más importante, quizás desde el 89. Se comprenderá fácilmente que toda acción común de los oprimidos, aun cuando se contenga dentro de los límites estrictos de la reivindicación profesional, es *por sí sola*, y como un acontecimiento de un cierto orden que se produce en una cierta sociedad, una acción política: porque revela el grado de cohesión de los grupos obreros, su clima moral, la fuerza y extensión del movimiento reivindicatorio, y, según el resultado de la batalla, esta fuerza se acrecentará tomando conciencia de ella misma o disminuirá, los lazos que unen a los sindicatos se apretarán o se aflojarán, la relación entre patronato y salariado evolucionará en un sentido o en otro. Los obreros son profundamente conscientes de esa relación de profundidad que les une a toda la clase obrera y les enfrenta con la clase burguesa. También una huelga, cualquiera que sea, es siembre más y algo distinto de una huelga. Una asociación obrera grande, no se limita a hacer frente a los jefes de industria: se preocupa también de los consumidores, del *público*. Hay que meterlo en su juego, no hacerse impopular, hacer apreciar la importancia que tiene en la economía nacional, hacer que la opinión haga presión en los patronos. Con gran frecuencia el mejoramiento de las condiciones de vida no es el fin *en sí* de la acción sindical: se quiere ganar por el prestigio, para conservar a los adherentes, para aumentar el número de ellos. En cuanto al propio huelguista, para él se trata, *en todo caso*, de algo mayor y distinto de su interés inmediato: más que la pobreza, más que la miseria, lo que le determina es la cólera, su confianza en los dirigentes, la necesidad de afirmar que es un hombre frente a los que le tratan como una cosa. Digamos que el sindicalismo es una *manera de ser hombre*.

Objetivamente, el sindicalismo es político. Comprende naturalmente el *hecho obrero*; las limitaciones que se le imponen tienen, sin excepción alguna, origen en su segunda intención política. Evidentemente, el reformista es tímido, conservador, secretamente tentado por la burguesía; las fronteras que prescribe a la acción sindical tienen que proceder necesariamente de compromisos secretos, ya que en ningún caso podrían explicarse por la situación objetiva; y es evidente que el alejamiento de Niel de toda manifestación antipatriótica tenía su raíz en una patriotería inconfesa. Pero hay que añadir que los militantes sindicales siempre han tenido conciencia de la importancia *política* del sindicato. Sin duda, en los tiempos heroicos del anarcosindicalismo, han mostrado su desafío a los partidos, pero era “por un sentimiento de brutal oposición a la burguesía”. Greffuelhe nos dice que “quieren *ferozmente* ser conducidos por los obreros”. Lo quieren precisamente porque para ellos los reaccionarios y los socialistas son lobos de la misma camada; *harán la Revolución por sí solos*. El mismo Congreso, en 1888, invita a los trabajadores “a separarse de los políticos que los engañan” y a poner sus esperanzas en la huelga general, la única que “puede llevarlos a su emancipación”. A continuación se puede constatar en el seno de la C.G.T. una cierta alteración del reformismo y del sindicalismo revolucionario. Pero los militantes de uno y de otro bando están de acuerdo en desarrollar *en todos los sentidos* la acción sindical. Para el revolucionario, el obrero es, en sí, la mayor contradicción de la sociedad burguesa, la negación del sistema de propiedad. Sus reivindicaciones tendrán un doble fin: satisfacerlas, mejorarán su suerte realizando el derrumbamiento progresivo del orden capitalista. La huelga general terminará la obra. El reformista, en el fondo, quiere alcanzar la misma meta final, pero mediante un progreso continuo. De todos modos, estará “en todas partes donde se discutan los intereses de los trabajadores” y reclamará “la participación directa y en todos los aspectos en el hecho económico”.

Una y otra tendencia, habrían aprobado *sin reserva* el programa de la C.G.T., llamado “*Programa de 1949*”, donde se dice, especialmente:

“La condición fundamental está dictada por la experiencia del primer plan de modernización y de equipo y de lo que le ha ocurrido por la intervención del *Plan Marshall*. (Hay) que librarse del *plan Marshall*... denunciar los acuerdos militares del bloque occidental, restablecer las relaciones normales entre los

Estados, exigir que nos sean entregadas las reparaciones"... *Lo mismo que las determinaciones que condicionan el empleo del programa confederal de reincorporación económica y social, el cual condiciona a su vez su realización entera...*"

Porque vuestro odio al comunismo, oh, queridas ratas viscosas, os ha hecho olvidar que está *en retirada* con relación a las campañas de agitación de esta época. Entre 1905 y 1910 vuestros padres vivían con el miedo de un golpe de fuerza. Por las cercanías del 19 de mayo de 1906, sus capitales se fueron donde hoy se van los vuestros. Para devolver el oro y la confianza, hubo que inventar un complot y encarcelar a varios sindicalistas. Nuestros comunistas son nacionalistas, no lo olvidéis. Están en contra de una *cierta política*, pero no contra la defensa nacional. Encarcelamos por cinco años a Henri Martin, culpable de haber distribuido unos folletos que denunciaban la abyecta necesidad de la guerra del Vietnam: pero no incitaba a los soldados a la desobediencia. Por el contrario, en los primeros años del siglo, la propaganda antimilitarista era cotidiana. Se ha protestado mucho porque ciertos dirigentes del partido comunista declararon públicamente que el proletariado no se batiría contra la URSS. Pero los sindicalistas franceses, creyéndose de acuerdo con los obreros alemanes, declararon también públicamente e hicieron conocer al país por medio de carteles que recurrirían a la huelga general para impedir la guerra. Y si bien ese género de fantasía carece de interés, si se supone, un instante, a los Greffuelhe y los Merrheim colocados en una situación análoga a la nuestra, no se dudará que habrían arrastrado al congreso federal a condenar por anticipado toda cruzada antisoviética. Así, cuando nuestra buena prensa habla con nostalgia de una 'edad de oro', donde los sindicatos presentaban a los patronos sus reivindicaciones como un cumplimiento de Fin de Año, sueñan. Quieren cubrir el hecho de la explotación, que los militantes sindicalistas no pierden de vista jamás; para ellos el sindicalismo es un arma que el patronato ha dado libremente a los obreros para que las discusiones pudiesen tener lugar en la igualdad.

Pero los obreros saben bien que sus organizaciones han sido prohibidas y perseguidas; saben que el sindicato, con o sin la ayuda del P.C. tiene por fin original "cambiar el mundo". Ese malentendido aparente es el que da su ambigüedad al hecho sindical. Pero los patronos no se engañan y saben cantar dos aires muy diferentes.

Cuando las organizaciones de la clase obrera parecen oponerse al rearme o a una política de guerra, alzan las cejas, dolorosamente asombrados, “dicen”: ¿Cómo, así es como nos dais las gracias? La política no tiene nada que ver con el sindicalismo. Pero cuando una huelga les inquieta o les molesta, aunque sea puramente económica, pretenden romperla en nombre de la política. En 1910, los ferroviarios paran. Briand detiene al comité de huelga. Interpelado por los socialistas, declara:

“Se trata de un derecho superior a todos los demás, el derecho de una colectividad nacional de vivir con su independencia y su orgullo. Ahora bien, un país no puede permanecer con las fronteras abiertas; no, eso no es posible... Si para mantener la seguridad, hubiera habido que recurrir a la ilegalidad, no habría vacilado.”

El principio está presentado: toda huelga puede ser prohibida, en nombre de intereses superiores. Los sindicatos no tienen el derecho de resistirse a la guerra; pero en nombre de las necesidades de la guerra se pueden suprimir los sindicatos. El 13 de enero de 1915, Millerand declara a la delegación de los metalúrgicos: “Ya no hay derechos obreros, ni leyes sociales, no hay más que la guerra.” De este modo se suprimen los derechos sindicales, en nombre de una guerra que los sindicalistas no tenían el derecho de rechazar.²⁰

“Sí lo tenían”, –me dice el anticomunista indignado–. “Sí tenían el derecho. ¿Acaso no votaban sí o no?”

El argumento lo repite de toda buena fe, estoy seguro de ello. Thibault redactor político del periódico “*France-Soir*”:

“Las elecciones libres, como están muy lejos de conocerse en los paraísos comunistas, tienen lugar en todos los países de Europa occidental después de la firma del *Pacto del Atlántico*. La mayoría de los electores se ha pronunciado claramente en todas partes y es una impostura, cuando los agitadores comunistas pretenden hablar en nombre del pueblo francés, que ha definido su posición perfectamente.”

²⁰ Hay que añadir que, si es absurdo, en la economía liberal, el limitar la acción sindical a la defensa de los intereses profesionales, es completamente imbécil querer mantener esas limitaciones hoy en día, cuando el Estado ha asumido nuevas funciones económicas y sociales. ¿Cómo se puede distinguir lo político de lo económico cuando es el Estado con quien tiene que habérselas el obrero?

No se sabe si hay que hallar regocijantes o siniestros, esos diálogos de sordos que los bloques y las clases prosiguen desde hace siete años y que casi todos los hombres encuentran en el fondo de sí mismos cuando han cerrado sus periódico. Porque, al fin, Thibault no espera turbar a un marxista mediante esta evocación del sufragio universal. En caso de que creyese su argumento realmente sin respuesta, le recordaría ese texto de Lenin, elegido casi al azar entre otros cien semejantes:

“Los parlamentos burgueses tienen una dependencia mayor de la Bolsa y de los banqueros, cuando la democracia está más desarrollada. Eso no quiere decir que no haya que servirse del parlamentarismo burgués y los bolcheviques se han servido de él con más éxito que ningún partido del mundo... Pero se deduce que sólo un liberal es capaz de olvidar *la estrechez y la relatividad* del parlamentarismo burgués. En el Estado burgués más democrático, las masas obreras oprimidas chocan cada vez con la contradicción irritante entre la igualdad *formal*, proclamada por la «democracia», los capitalistas, y los millares de restricciones y de artificios reales que hacen de los proletarios esclavos asalariados.”

Entre 1941 y 1947, el P.C. ha ayudado a la clase burguesa a reconstruir su aparato estatal: es porque contaba servirse del parlamentarismo para apoderarse del poder y, con ello, transformarlo; pero permaneció fiel a la doctrina leninista según la cual la potencia de la clase obrera sólo se manifiesta realmente en el terreno de la lucha de clases. Desde 1946, se halla desgarrado entre su política parlamentaria y los conflictos sociales: en el Estado burgués sus ministros figuraban como rehenes y el Partido hallaba de nuevo en su seno, bajo el aspecto de una tensión creciente entre sus diputados y sus militantes, el conflicto de las clases poseedoras y el proletariado. Después de su salida del Gobierno el aparato estatal cae enteramente en manos de la burguesía, que reemplaza en todos los puestos clave a los comunistas por hombres hechura suya; el conjunto de las instituciones republicanas funciona contra el Partido. Por lo tanto, se hará intérprete de la voluntad popular en otro terreno, el de las manifestaciones callejeras.

He aquí al menos lo que respondería un comunista. Pero esta respuesta no satisfaría a Thibault, como su pregunta no turbaría a Fajon. Trataré de exponer los hechos fuera de todo espíritu sistemático, y de explicar, todo lo sencillamente posible, que un obrero tiene derecho, hoy, si vota por los comunistas, de considerar nula su papeleta.

Recuerdo, de pasada, lo que habéis hecho de él; un ciudadano de segunda clase. Apenas ha decidido votar por el P.C. su voto ha sufrido una misteriosa degradación, tiene *ipso facto*, un potencial electoral menor al de su vecino. Para enviar 103 comunistas a la Cámara, se necesitan 5 millones de votos como el suyo; para enviar a 104 socialistas sólo se necesitan 2.750.000, y para 95 M.R.P. 2.300.000. Al perder 400.000 votos, el Partido pierde 79 bancas. —En el total completo—, el voto del portuario vale la mitad que el del farmacéutico, la mitad que el del sacristán o el de su hermano político, el secretario de ayuntamiento. Hay que reconocer que los R.P.F. tampoco tienen buena cara. Pero con 900.000 votos de menos que el P.C. tienen 15 bancas más: ése no es tan mal negocio; la operación ha sido llevada brillantemente contra los dos extremismos, pero uno de ellos es más extremista que el otro. “¿Entonces, yo soy un subhombre?”, dice nuestro portuario. Sí, es un “políticamente débil”. Y, completamente por azar, da la casualidad de que se trata de un obrero. ¡Oh, ya lo sé!: es legal; no hay nada que decir. ¿Había, no es cierto, que hacer una ley electoral? Y luego, después de todo el P.C., no tenía más que emparentarse. La moción terminal del Congreso M.R.P. lo declara con todas sus letras:

“Los que se nieguen al respeto de las reglas democráticas, como al respeto de las diversas familias políticas, se excluyen ellos mismos de esta unión y tienen la responsabilidad de ello.”

En resumen, si hay alguien que se enfada ¡peor para él! Solo que ¿con quién queráis que se emparentase el P.C.? ¿Con el M.R.P.? ¿Con el R.G.R.? Y, por lo respectivo a un acercamiento a la S.F.I.O., Guy Mollet no le ha enviado a decir: Con un partido comunista *francés*, unidad de acción Y en seguida: Con el partido ruso ¡nunca! En resumen, la jugada está hecha: en el cuadro de las instituciones universales de la democracia se ha votado con toda legalidad una ley antidemocrática que concierne expresamente a un partido determinado. Entre nosotros, hay motivos suficientes para salir a la calle y romper varios escaparates o

varias caras. Hace precisamente un siglo, el 31 de mayo de 1850, se burló a los portuarios de la época mediante una combinación análoga. No se suprimía el sufragio universal, no; se pedía sencillamente que el elector llevase domiciliado tres años en el ayuntamiento. Como los obreros se habían desplazado mucho, en busca de trabajo, durante los años de la crisis 1847-49, esta medida significaba privar al proletariado industrial de su derecho de voto. De un plumazo, se suprimían 2.600.000 electores. El método de 1951 es mucho más elaborado: se suprimen también dos millones y medio de electores, ya que se necesitan 5 millones de votos comunistas para elegir 103 diputados. Solo que nadie sabe qué hombre de esos 5 millones van a ser condenados a la papeleta en blanco. De cada dos electores comunistas, hay siempre uno que no significa nada, pero se ignora cuál es. Y luego, el proletariado no es designado groseramente por caracteres exteriores: el P.C. se designa a sí mismo como el partido de los malos al negarse a emparentarse y el elector se designa a sí mismo como proletario si vota a los comunistas.

El portuario conserva un poco de esperanza. Después de todo, el P.C. es el primer partido de Francia. Quizás esos 103 diputados harán una buena labor. No entrarán, seguramente, en una coalición gubernamental. Pero la oposición tiene un papel que representar: critica, modera, excita, influye. Quizás dará al Gobierno el valor de decir algunos no a Washington. Desgraciadamente, figuran en la oposición como miembros del P.C.; en la Cámara hay dos oposiciones, una que cuenta y otra que no cuenta. El R.P.F., actúa a distancia –sobre la política de Indochina, por ejemplo–, el P.C. no actúa. Los votos de sus elegidos están prácticamente neutralizados: el Gobierno les hace entrar a título de constante negativa en el cálculo de su mayoría. Complican un poco el juego parlamentario y hay que tomar precauciones antes de presentar la cuestión de confianza, pero eso es todo: en lugar de jugar la partida de billar clásica, nuestros campeones juegan al billar cuadrado. También, cuando Bruñe reprocha a Duclos el recurrir a la agitación, antes que exponer su opinión en la Cámara, cuando Bony proclama altamente en *L'Aurore* que todo ciudadano francés tiene el derecho de persuadir, creo que quieren reír. ¡Que me digan, en efecto, *con quién* puede discutir Jaques Duclos en la Asamblea! Imaginad que una inspiración genial le lleva a la tribuna. Habla, entusiasmo, fustiga, hace llorar a las tribunas.

¿Y luego? Recibirá los aplausos monótonos de sus partidarios y las injurias más monótonas aún de sus adversarios. ¿No ha conmovido, pues, a los diputados? Ni a uno solo: no le escuchaban. En la historia parlamentaria ha sucedido que el discurso de un opositor ha hecho caer a un ministro. Pero es que entonces se creía aún que un opositor podía decir la verdad. Hoy se *sabe* que el opositor miente; ¡si es comunista, vamos! El mayor partido de Francia, está separado de los demás partidos por una barrera invisible: los diputados del proletariado no dejan nunca de dar su opinión sobre el asunto de que se trata, pero es pura ceremonia. De los dos portuarios que se pasean juntos por los muelles del Havre, el uno no tiene derecho a votar y el otro ha votado en balde. Creéis que el partido comunista estaba tan lejos de expresar la opinión de sus electores cuando anunciaba implícitamente, al día siguiente de las elecciones, la manifestación del 28 de mayo, diciendo:

“El Partido deberá recurrir a otras formas de acción indispensables para luchar contra una mayoría ferozmente reaccionaria.”

Para castigar a esos diputados de segunda clase, la mayoría decidió privarlos de su inmunidad parlamentaria.

Pero nuestro portuario no ha terminado todavía. Quince años antes, podía esperar aún que su gobierno, por un brusco sobresalto de independencia o de orgullo, se apartase un momento de la estela inglesa. Hoy sabe pertinentemente que *“la continuidad de nuestra política”* es la continuidad tranquila de la servidumbre. Nosotros sólo nos mostramos intratables con los malgaches y los tunecinos. ¿Vendidos? Ni siquiera eso: es peor. Los norteamericanos nos han comprado por nada. Si en ese momento recuerda la frase de Lenin:

“En el Estado burgués más democrático, las masas obreras oprimidas chocan a cada paso con una contradicción irritante entre la igualdad *formal* proclamada por la democracia de los capitalistas y los millares de restricciones y de artificios *reales* que hacen de los proletarios esclavos asalariados”

Y si dice, entonces: “Una vez más, Lenin tiene razón”, ¿quién será el culpable, oh, gran familia de los Petsche, Bidault, Lussy, Pinay y emparentados? Un día se hartará; y su compañero también. Ellos dos, en lugar de descargar las ametralladoras norteamericanas, las arrojarán al agua. Y los policías que los detengan les dirán indignados:

“¡Banda de canallas! Si estábais en contra del *Pacto del Atlántico*, habríais podido decirlo, ¿no? En lugar de deteriorar el material. Aquí todo el mundo es libre. Todo el mundo tiene derecho a votar.”

4º “El P. C. lleva a los trabajadores por el camino de la ilegalidad y de la violencia”.

La manifestación del 28 de mayo era deliberada e insolentemente ilegal: ¡Con qué altivez se desdeñó el pedir la autorización! El miércoles 27, la prefectura dio un comunicado a los periódicos:

“Al no haberse pedido ninguna autorización, se prohíbe toda formación de grupos en la vía pública.” A la misma hora, por medio de carteles, el P.C. invitaba tranquilamente a los parisienses “a responder en masa al llamamiento del consejo de la Paz”.

¿Diré que ese declarado desprecio de la ley no me inquieta? Esta confesión, si la leyesen, desolaría a ciertos pensadores profesionales de los Estados Unidos. “Debilitamiento de la conciencia democrática entre los intelectuales europeos”, diagnosticarían. Sin embargo, les costaría trabajo exigir que los intelectuales franceses se asombren de los actos ilegales del P.C., ya que, desde 1920, en “el Mensaje del 26 de julio a los miembros del Partido Socialista francés”, la IIIª Internacional pidió que la propaganda “donde sea difícil, por causa de las leyes de excepción, se realizase ilegalmente”. El texto añadía: “Negarse a ello sería una traición con respecto al deber revolucionario.” En aquella época, los socialistas no se asustaron ni por las palabras, ni por el concepto. Y León Blum, en el *Congreso de Tours*, hizo, a este respecto, una curiosa distinción:

“Sin duda no hay ningún socialista que se deje encerrar en la legalidad.. Pero la ilegalidad es una cosa y la clandestinidad es otra”.²¹

²¹ Desgraciadamente, la ilegalidad no podría mantenerse sin que las decisiones se tomaran en la clandestinidad. Y, de todos modos, en el caso que nos ocupa, la ilegalidad no se apoyaba en una clandestinidad: por el contrario, se había publicitado, buscado.

Hasta aquí no veo problema: un partido declara que, si es necesario, recurrirá a la ilegalidad. La democracia lo tolera en nombre de la libertad de pensamiento. Ese partido organiza una manifestación prohibida. La policía se opone a ella por la fuerza y detiene a los manifestantes que se le resisten. Todo eso es *normal* y Cachin no había nacido cuando se produjo el primer choque entre los manifestantes y la policía de la segunda República. Por el contrario, se logrará difícilmente que yo deplore de buena fe la ilegalidad de la demostración comunista sin denunciar al mismo tiempo la arbitrariedad de la represión, que es también manifiesta. ¿Qué es lo que justifica el arresto de Duclos? ¿El flagrante delito de complot contra la seguridad del Estado? Eso no existe. E incluso siendo concebible, ¿cómo sería un flagrante delito a las dos horas de la manifestación? ¿Uso de armas prohibidas, entonces? Qué confesión: un diputado lleva en su auto una porra y un revólver; por ese delito se le detiene a pesar de la inmunidad parlamentaria, se le encarcela y se le mantiene así, sin concederle siquiera la libertad provisional. ¡Vamos! Se ha detenido a Duclos porque actuaba como secretario general del Partido y porque el Partido había organizado la manifestación; todas las precauciones tomadas desde hace siglo y medio por los magistrados y juristas para racionalizar la venganza pública, han sido abandonadas por el Gobierno, se ha vuelto a la noción más grosera de la responsabilidad; el poco cuidado que pone en justificar sus actos inquietará aún más: sabía que la opinión sería cómplice. No, el intelectual occidental no es quien ha perdido el sentido de la República, es la sociedad entera. Que el Partido Comunista afirme desde hace treinta años su desdén por la legalidad burguesa y que lo haga impunemente: he aquí lo que prueba la fuerza de nuestras instituciones; que se pueda, según los gustos, tener la ocasión de admirar la grandeza de la democracia o de denunciar sus contradicciones. Que un Pinay juegue un poco brutalmente con las instituciones republicanas y corra el riesgo de descomponerlas, no es todavía un gran mal: ese señor no es nadie; hace unas cuantas semanas que ha salido de la sombra; ya se reparará el aparato gubernamental cuando haya vuelto a sus tinieblas. Pero que Francia haya sorprendido a su Presidente del Consejo en flagrante delito de violación de la ley y no se haya movido: he aquí lo que tiende a probar que la República tiene plomo en el ala. ¡Y qué argumentos se han dado para justificar ese arresto! Ved a Robinet y Brisson: Duverger explicaba muy tranquilamente en *Le Monde*, que

quizás no había urgencia en disolver el P.C. Ante esto, esos dos señores han perdido la paciencia y le han mordido:

“¿Un complot? ¿Qué complot? ¡El P.C. entero es un complot!
¡Se jacta de ello hace treinta años! ¿Qué más queréis?”

Pero, diréis, esos altos personajes están obligados a practicar el antisovietismo de choque. Sea. Pero Duverger, como nos cuenta en un nuevo artículo, ha recibido un gran número de respuestas que prueban que la opinión general de los apacibles lectores del *Monde* es perfectamente antidemocrática. “¿De qué os quejáis? No impedáis que el Gobierno haga su política: que nos libre de Duclos.” O bien: “Es preciso que los jefes paguen como sus tropas”. O todavía: “Pinay ha tenido razón, ya que los comunistas no se han movido.” O: “No hay ilegalidad cuando se actúa fuera de la ley.” A decir verdad, Duverger no cita las respuestas en esos términos; yo soy quien las ha redactado, porque me las han dado y las he reconocido de pasada en su artículo. Severa advertencia al Partido comunista; todo eso prueba que ha asustado a la pequeña burguesía y a las clases medias. En efecto, se comprende que los jefes de industria no se preocupen de las libertades democráticas: ¿qué queréis que hagan de la libertad de pensamiento? Cuando la tienen, disfrutan tanto de ella como la colocadora de placas de una refinería; pagan a algunos bufones para que la disfruten en su lugar; la libertad que exigen, la única, es la de llevar a su antojo las batallas de la producción; eso se llama liberalismo.

Para ellos la ventaja de Pinay sobre De Gaulle, es que escamotea las libertades sin tocar al liberalismo, mientras que los degaullistas, si creemos a Vallon, sueñan con “sustituir por una economía consciente una economía ciega”. Entre la alta burguesía, que reclama el poder concreto de hacer, de adquirir, de atribuirse el beneficio, y el proletariado que reclama ante todo el derecho de vivir, la pequeña burguesía, sola, defiende ordinariamente las libertades formales de nuestras democracias; sin duda, son negativas y limitativas; separan a los hombres más que los unen; pero, precisamente a causa de eso, protegen el *statu quo* y permiten una cierta previsión, estableciendo una especie de ventilación en el seno de una sociedad más integrada cada día. La pequeña burguesía fue la que apresuró el advenimiento del sufragio universal, la que, en su mayoría, dará los cuadros de la oposición al Segundo Imperio y el personal del partido radical y radical-socialista, después de 1880. Esta clase ha hecho la república, se

violan las instituciones republicanas bajo sus ojos y se calla. ¿Tiene miedo? Ya volveremos a eso. Pero lo que parece claro, en todo caso, es que el régimen democrático es hoy en día sólo una fachada; todos los verdaderos conflictos se desarrollan fuera de él. En su último artículo, Duverger presenta la cuestión muy bien: en términos estadísticos. Cuando el P.C. nos dice, ha ganado la quinta o la cuarta parte del cuerpo electoral, sus adversarios pueden hacer aun la economía del fascismo: vivimos mezquinamente en república. Pero si recibe el 50 o el 51 % de los sufragios: “Ya no se trata de mantener la democracia, sino sólo de optar entre los regímenes subsiguientes.” El P.C. de Francia recibe la mayoría de los votos obreros: la naturaleza del régimen político depende, pues, únicamente de la importancia que las organizaciones del proletariado pueden tener en la vida de la nación. Se juega aquí un *bridge* en “zonas peligrosas”; pasado un cierto límite, es la reacción y el fascismo. Pero si se pasa rápidamente “la zona peligrosa”, los partidos obreros toman el poder y forman una “Democracia popular”. Como se ve, el reproche de ilegalidad no llega al fondo de la cuestión. Sencillamente, estamos en el umbral de la zona peligrosa y esas escaramuzas en torno de la vieja legalidad son, al mismo tiempo, los primeros anuncios de una legalidad nueva, que se funda en la soberanía de las masas, de los notables o del Partido.

La realidad que se oculta bajo esas indignaciones, es la lucha de clases. Si lo habéis comprendido, os sentiréis molestos, quizás, para reprochar al Partido Comunista su violencia o la ilegalidad de sus actos; hoy día, toda violencia directa o indirectamente, viene del proletariado, que nos devuelve lo que le hemos dado. Todos los derechos obreros, incluso los que se han “consentido libremente” han sido arrancados mediante dura lucha; en medio de los limpios derechos de la jurisprudencia burguesa, parecen advenedizos, se los tiene en cuarentena, y los puristas manejan con precauciones el derecho de huelga aunque la constitución de 1946 lo reconozca expresamente. ¿En qué queréis fundarlo? ¿En la excelencia de la naturaleza humana? Entonces sería superfluo. ¿En la libertad? Pero el huelguista ejerce una violencia. ¿En la igualdad entonces? Pero si, al contrario, es el reconocimiento implícito de la desigualdad. “Por definición, la huelga tiene por derecho el perjudicar; más que un derecho es un arma.” ¿Y vosotros dáis a ciertos hombres el derecho de perjudicar a otros? “Es el derecho de legítima defensa aplicado a un grupo.”

¿Un contrato es, pues, una agresión? Nuestra sociedad no puede justificar la huelga sin reconocer en primer lugar y altamente que es una sociedad de opresión.

“Después de medio siglo, la reglamentación del derecho de huelga es de actualidad cada vez que se presentan conflictos sociales.”

¡Claro!, se ha reconocido esta práctica para canalizarla y limitarla mejor. Para terminar, un jurista confiesa suspirando que:

“el hecho de la huelga (es) un fenómeno del género de las erupciones volcánicas... refractario per naturaleza a mostrarse en el orden de las reglas de derecho”.

Extraña función del obrero: es la fuente ilegal de la legalidad. En mayo de 1936, Blum declaró:

“No considero las ocupaciones de las fábricas como algo legal... No están conformes, con las reglas ni con los principios de la ley civil francesa. En realidad, son un atentado al derecho de propiedad”.

A lo cual Thorez respondía, con justicia: “Dicen ilegalidad. ¡No! Es que se forma una nueva legalidad.” Se podría objetar, sin embargo, que esta nueva legalidad no es concebible en ningún régimen; contradice el principio fundamental de la sociedad burguesa y, en la sociedad socialista, ya no tiene razón de ser. Irracional, sancionando apresuradamente la *práctica* obrera, sólo tiene sentido en nuestro mundo intermedio y contradictorio; es la misma imagen del obrero, negación de sí mismo y de la sociedad, cuya función *real* es destruir el orden que le aplasta destruyendo su propia condición de proletario. Aun cuando no considera dejar el trabajo, un trabajador sabe que puede hacer la huelga y que esta amenaza permanente actúa sobre los salarios como un elemento regulador. Él es esta amenaza y siente su violencia: en una sociedad fundada en la opresión, una injusticia suprema quiere que la violencia sea, en primer lugar, el acto del oprimido. Todo sería más claro si, contra los opresores, se pudiera apelar a su propia justicia. Pero no: el opresor es tranquilo y fuerte, pone su fuerza al servicio de la ley; si mata, es legalmente. Claro: él es quien hace las leyes. Y luego, como Engels ha demostrado:

“la burguesía ha creado el proletariado, sin ninguna intervención cabalística de violencia, por caminos puramente económicos”.

Y añade:

“Incluso aun suponiendo que toda propiedad individual reposa en su origen en el trabajo personal del poseedor y que, en el curso ulterior de las cosas, sólo ha cambiado valores iguales por valores iguales, de todos modos llegamos necesariamente, por el desarrollo progresivo de la producción y el cambio, a la forma actual de producción capitalista, al monopolio de los medios de producción y de subsistencia entre las manos de una clase poco numerosa; a la reducción de la otra clase, que forma la inmensa mayoría, al estado de proletarios sin propiedad.”

El obrero es oprimido, hace un trabajo excesivo; y sin embargo, si piensa en el encadenamiento de las cosas, no encuentra ni robo ni violencia: todo se ha hecho por las buenas. Mejor: él ha *aceptado* incluso su condición, al menos durante un tiempo:

“Mientras el mundo de la producción se halle en la rama ascendente de su evolución, es aclamado por los mismos perjudicados por el modo de repartición correspondiente. Es la historia de los obreros ingleses al advenimiento de la gran industria.”

Cuando viene la crisis y el modo de reparto parece injusto de repente ¿*quién es pues*, responsable? El trabajador, por mucho que se remonte al pasado, se encuentra *ya metido* en una sociedad que tiene su código y su jurisprudencia, su gobierno, su noción de lo justo y lo injusto, y, hecho más grave aún, cuya ideología comparte espontáneamente.²² Le imponen un destino, unos límites; le infligen sistemáticamente tareas parcelarias y semiautomáticas cuyo sentido y ley se le escapan, enfermedades profesionales. Mediante la fatiga y la miseria, obligándolo a recomenzar mil veces por día el mismo gesto, se le desalienta para ejercer sus cualidades humanas, se le encierra en el mundo insípido de la repetición; poco a poco se convierte en *cosa*. Pero cuando busca los responsables, no los halla; todo es justo, le han pagado lo debido.

²² “El desarrollo espontáneo del movimiento obrero termina prontamente subordinándolo a la ideología burguesa”. Lenin: “¿*Qué hacer?*”, *œuvres*, edición de Moscú, 1948, I, p. 206.

En 1930, muchos trabajadores norteamericanos se negaban a inscribirse en las cajas de paro, apresuradamente improvisadas: tenían vergüenza del desempleo y se sentían culpables. El trabajador europeo, más despierto, vive en la ambigüedad esta situación intolerable, la rechaza, sin duda, con todas sus fuerzas, pero la acepta a su pesar porque ha nacido en ella y en la misma medida trata sencillamente de mejorarla. El Obrero Especializado (OE), fuerza el compás para alcanzar las ganancias del profesional, luego para compensar las desigualdades humillantes, y para sentirse más un hombre, pero sólo lo logra haciéndose más una cosa. Preferirá quizás el trabajo en cadena, negará su apoyo a las secciones sindicales que tratan de limitar el compás o de regularlo. Y cuando se halla de nuevo en su trabajo, agotado, sometido a leyes que vienen de fuera, su rechazo espontáneo, mudo pero constante de verse reducido al estado de máquina choca con su voluntad de mantener un modo de producción que le hace ganar más. En suma, no sabe en primer lugar si es responsable de esta sociedad donde ha nacido, que no tiene instituciones que le protejan, ni palabras para denominar el daño que le han hecho. Las otras clases soportan valerosamente su miseria y le explican que es necesaria para el equilibrio colectivo. Es objeto de la solicitud del Estado que le da un sobresueldo, subsidios; y sin embargo, no se puede persuadir de que sea enteramente solidario de una comunidad que da cada día sentencias de muerte por motivos económicos y que dejará morir dos hijos de pobres por un solo hijo de rico.

Mortalidad por 1.000 niños nacidos vivos y de menos de 1 año (1939)		
a)	Alta burguesía, altos funcionarios, dirigentes	26,8 %
b)	Agricultores, empleados, funcionarios medios, pequeños comerciantes	34,4 %
c)	Artisanos obreros calificados	44,4 %
d)	O. E. (Operarios Especializados)	51,4 %
e)	Peones	60,1 %

Cómplice a medias, víctima a medias, solidario y mártir, quiere lo que no quiere y rechaza con todo su ser, lo que acepta con toda su voluntad de vivir; odia ese monstruo en que le convierte la mecanización y sabe sin embargo que no puede ser otro sin cambiar el universo.

La contradicción no está solo en él: se la imponen, la producción en masa exige que sea contradictorio. Hombre y máquina a la vez: se recurre a sus servicios siempre que es demasiado difícil o costoso construir una máquina de control automático; los progresos de la cibernética le harán inútil. De este modo, se le pide que añada al equilibrio del espíritu una cierta vigilancia difusa, estar presente y ausente a la vez. Ser hombre *hasta un cierto punto*: porque los industriales no tendrán reparos en decir que la instrucción general perjudica el rendimiento del O.E. y, sin embargo, sus ojos de hombre no pueden ser aún reemplazados por células fotoeléctricas. Así, la violencia original no es la opresión; ésta se confunde, en efecto, con la justicia y con el orden; es la *opresión interiorizada*, la *opresión vivida* como conflicto interior, como violencia ejercida por la mitad de sí mismo contra la otra mitad. La primera violencia la ejerce el obrero contra sí mismo en la medida en que se *hace* obrero. El hambre o la angustia del desempleo no son aún violencias sufridas, se convierten en ello cuando las *toma por su cuenta* y se hace su cómplice por obligarse a aceptar un trabajo pagado por debajo de la tarifa sindical. Un patrono necesita una mecanógrafa: se presentan treinta personas, igualmente capaces, con los mismos diplomas. El patrono las llama a todas juntas y les pregunta simplemente que le digan la remuneración que quieren. Entonces se instituyen horribles subastas al revés: el patrono no ha hecho —en apariencia— más que aplicar la ley de la oferta y la demanda; pero cada mecanógrafa, al pedir el salario *menos elevado*, hace violencia a las demás y a sí misma, y contribuye, en la humillación, a rebajar un poco más el nivel de vida de la clase obrera. Finalmente se tomará a la que, gracias a una pequeña renta (una pensión de viuda, o una muchacha que vive con su familia), pide una remuneración *inferior* al mínimo vital, es decir, la que ejercerá sobre sí y sobre todas, la acción destructora que el patrono se habría cuidado de ejercer él mismo. Ser obrero, es *obligarse a serlo* haciendo la condición obrera cada vez más invivible para sí y para todos. Se simula creer que la violencia nace de repente, en el momento del motín o de

la huelga: pero no es así; en los períodos de crisis se *exterioriza*, eso es todo; la contradicción se invierte; dócil, el obrero rechazaba en sí mismo lo humano; rebelde, rechaza lo inhumano. Ese rechazo es por sí solo un humanismo, contiene a exigencia de una nueva justicia. Pero ya que la opresión no es un delito visible, ya que la ideología de a clase dominante define lo justo y lo injusto, ya que no se obtendrá nada si no se rompe por la fuerza un orden sagrado, la afirmación por el obrero de su propia realidad, se descubre a sus propios ojos como una manifestación de violencia. Además, apenas ha levantado el dedo, la sociedad moviliza sus fuerzas de policía; se cambia la decoración en torno de él, se le *prepara* su violencia, se hace de modo que la lleve al extremo. Su descontento *debe* cambiarse en huelga, su huelga en tumulto y el tumulto en crimen. Cuando haya caído en la trampa y cuando se pregunte, con estupor, cómo la reivindicación política de sus derechos de hombre le ha arrastrado a herir, a matar hombres, comenzará la represión. Y la vuelta a la calma no será una pacificación, sino un retorno a la violencia original. La contradicción primitiva reaparece, pero reforzada; el huelguista ha experimentado la contraviolencia de la sociedad, ésta actúa aún en él, y él reacciona a ella por dos sentimientos contradictorios, el miedo y el odio; al mismo tiempo se descubre y entonces sabe que la violencia es la ley de su acción. Sin embargo, la burguesía contempla con miedo y con asco esta brusca explosión que refleja, en suma, la opresión que ella ejerce; a esta clase tan política y tan civilizada, le parece que la violencia *tiene su origen* en el oprimido y que se debe a su barbarie; por ella el obrero se convierte en la insondable violencia *hecha objeto*. El obrero no lo ignora, sabe que asusta a los burgueses y, por una reacción nueva a la “personalidad proyectiva” que le confieren, reivindica fieramente esa violencia con que le agravian. Esas advertencias tenían por objeto mostrar la ambigüedad de la condición obrera: porque el proletariado es justiciable de un derecho histórico que no existe aún y que quizá no existirá jamás; considerada desde el punto de vista de una sociedad futura que nacerá gracias a sus esfuerzos, su violencia es un humanismo positivo ²³; considerada en nuestra sociedad actual, es parcialmente un derecho (huelga) y parcialmente un crimen. En realidad, humanismo y violencia son los dos aspectos indisolubles de su esfuerzo para superar la condición de oprimido.

²³ No un medio de alcanzar el humanismo. Ni siquiera una condición necesaria. Sino ese mismo humanismo, en cuanto se afirme contra la “reificación”.

Las ratas viscosas son de una naturaleza amable y la violencia les horroriza: no hay que asombrarse de ello, puesto que son burgueses. Lo malo es que tienen una inclinación marcada por la clase obrera. Para salir del paso, han inventado el mito del dolor obrero: la violencia ha hecho su aparición en el mundo con la IIIª Internacional. Extraña perversión: porque, en fin, la evidencia es que la violencia obrera constituye la sustancia misma y la fuerza del P.C.; la ha captado, se nutre de ella y si los jefes son comprendidos por los obreros, es porque hablan su lenguaje. Es cierto que, con el Partido, esa violencia pierde su carácter de erupción *inmediata*: es “mediatizada” consciente, se determina por su representación de sí; el P.C. es la voluntad *manifestada*, hipostasiada. No importa; cuando haya un cierto desplazamiento entre la manifestación de la violencia y la violencia original de donde emana, sólo queda que la clase obrera *se reconozca* en las pruebas de fuerza que el P.C. instituye en su nombre.

¿Qué he querido probar? ¿Que la manifestación del 28 de mayo era hábil, eficaz, loable? Nada de eso. Sino sencillamente que entra en el cuadro de las manifestaciones populares.

“Si se hubiera disuelto, –diréis–, el Partido Comunista, nosotros habríamos puesto en su lugar una “verdadera izquierda”, afable cortés, presta a los distingos, a las reservas sutiles, que combatiría al capitalismo haciendo justicia a las personas, que, sin rechazar la violencia, sólo usaría de ella en último recurso y que, sabiendo alentar los generosos entusiasmos de los proletarios, los protegería contra sus excesos en caso necesario.”

Admirable programa: sólo que si os entregasen a esa izquierda, mediante un golpe de varita mágica (porque no me imagino que pudierais tenerla de otro modo), no le doy más de ocho días para que estallase; encontraríais a algunos de sus miembros en el grupo socialista de la Asamblea o en la redacción de *Franc-Tireur*, mientras que los otros, en las calles, se manifestarían contra Ridgway.

“Esa argumentación, –diréis–, es muy linda. Sólo que debe tener un punto débil, ya que el 28 de mayo la clase obrera no se ha molestado, y la manifestación en masa, se ha hecho sin las masas”.

Podéis reír, ratas viscosas. Pues bien, volvamos atrás y veamos...

II. LA HUELGA DEL 4 DE JUNIO

El 28 de mayo y el 4 de junio, el Partido Comunista organizó dos manifestaciones. ¿Qué esperaba de ellas? ¿Cuál era su verdadera significación? Si es cierto que fueron fracasos, ¿qué es lo que las hizo fracasar? ¿Qué sentido hay que dar a esa doble derrota? ¿Cuáles serán sus consecuencias? Y, si al parecer son nefastas para la clase obrera, para toda la colectividad francesa y para la paz, ¿hay medios para remediarlas? Esa madeja de preguntas es la que yo querría tratar de desenredar.

¿Qué podía esperar el Partido Comunista del 28 de mayo? Cuando la policía es numerosa, ¿qué puede manifestar una multitud como no sea su *pasión* en todos los sentidos de la palabra? Ya que el poder prohíbe desfilar, ¿cómo se puede desfilar a menos que se tome el poder? Eso se ha visto: las grandes indignaciones han lanzado a la calle a los parisienses, han desfilado y a veces se han apoderado al pasar de un inmueble; la Revolución de Febrero devolvió el Gobierno a las manos de una burguesía loca de terror. Hoy en día se han tomado las precauciones para evitar los golpes de fortuna; la vida política se ha hecho tan seria, que un partido no se puede permitir el dejarse llevar al poder a su pesar. En 1952, una manifestación callejera puede *en rigor* dar la señal de una insurrección —a condición de que sea convenido así de antemano— pero no desencadenarla de improviso. Siempre a mitad de camino entre el motín y la ceremonia, entre el martirio y el desafío, esos desafíos interrumpidos llaman la violencia pero es para sufrirla; son conductas de fracaso, gestos que se desean ineficaces, y cuya ineficacia *testimonian*; se muestra a las masas sus inmensos poderes y su impotencia provisional: sacándolas del paciente trabajo de la *organización*, esas fiestas explosivas les hacen ver la necesidad de ella; en resumen, es el “trato callejero” que deseaba Artaud: el papel del pueblo parisiense, está ordinariamente representado por el mismo pueblo parisiense que se encarga de evocar a sus propios ojos su destino glorioso y, sobre todo, su pérdida espontaneidad: todo está hecho para que se haga la ilusión de ser aún esa multitud tan antigua que ha recorrido nuestros bulevares durante todo el siglo pasado; lo es, en efecto, en cuanto los manifestantes son convocados, encuadrados, conducidos, y se les prohíbe tocar los escaparates y tomar nada de pasada, ni aun la Bastilla.

Es necesario que una manifestación prohibida termine en un fracaso; pero eso no quiere decir que deba comenzar también por él; ahora bien, los organizadores preveían una derrota dolorosa y en absoluto simbólica; sabían que las masas no se molestarían. *Lo sabían*; al cabo de dos años, que desde los diarios a los periódicos, desde los grandes órganos de derecha a las hojas de la oposición obrera, toda la prensa señala y comenta el “desaliento de los trabajadores”, ¿la Oficina Política habría de ser la única que no se iba a dar cuenta? Hojead más bien el carnet de Jacques Ducros: nada está dicho claramente, sin duda; pero veréis repetida cien veces la palabra “explicar”; *explicar* a los portuarios marseleses..., *explicar* a los trabajadores..., no se ha *explicado* bastante..., sentiréis crecer la inquietud y la voluntad “de intensificar el combate” contra ciertas vacilaciones de la opinión obrera; observad cómo vuelven siempre a las mismas preocupaciones, a los mismos temas: esas gente; son perfectamente conscientes de sus dificultades. En esas condiciones, diréis ¿por qué elegir ese momento para invitar a los parisienses a una demostración política? Respondo: porque estaban *obligados* a ello. Cuando se anuncia una comitiva a largo plazo, el comité de festejos encuentra difícil anularla, aun cuando el tiempo se eche a perder. Ahora bien, la manifestación contra Ridgway estaba anunciada desde hacía muchos meses: exactamente después de la manifestación contra Eisenhower. Al protestar contra ese general, el Partido había contraído el compromiso tácito de protestar contra todos sus sucesores. Un partido de masas no puede contentarse con auscultar la opinión; tiene que ampliar las tendencias inciertas, precisarlas y hacerlas aparecer a la luz; tiene, en fin, que reflejarlas en el público; ¿y qué mejor resonador que las mismas masas? Las arrastrará a darse la representación objetiva de sus voluntades, a ponerlas enteras en actos que las superen y las arrastren aún más lejos; si el pueblo parisiense está en contra del Pacto del Atlántico, es preciso que adquiera la conciencia de esa hostilidad; ahora bien, una acción violenta y arriesgada es la única que se lo puede hacer conocer. ¿Los parisienses no son demasiado celosos en ese momento? Razón de más para decidir la manifestación popular. Como toda relación *real*, el vínculo de un partido con las masas es ambiguo: por una parte, se regula por ellas, por otra parte las “organiza” e intenta su “educación”; y como no se trata de cambiarlas, sino de ayudarlas a ser lo que son, es al mismo tiempo, su simple *expresión* y su *ejemplo*. Cuando se dirige a ellas en sus manifiestos, emplea tan pronto el imperativo, tan pronto el

futuro, tan pronto el indicativo presente para designar esa misma realidad, el movimiento que es hecho y valor a la vez:

“Los trabajadores franceses sabrán recordar... las masas laboriosas no se dejan engañar por esa grosera maniobra... Trabajadores, exigid que se libere”, (etc).

Lo que representa a sus ojos son sus aspiraciones, sus tendencias, sus voluntades pero *llevadas al rojo, es decir*, al nivel más alto de *eficacia*. A veces le siguen y a veces incluso lo arrastran, pero también pueden quedarse atrás. No importa: si se está seguro de hablar en nombre de las masas, si se considera que sólo un accidente les impide que sigan, se va adelante; se actúa por ellas y en su nombre. Las masas son acción y pasión a la vez; terminarán cambiando el mundo, pero, por el momento, el mundo las aplasta; su impulso puede ser a veces irresistible, pero el frío, el hambre, la represión policial, pueden vencerlas momentáneamente: el Partido, es *acción pura*; tiene que avanzar o desaparecer; es la fuerza de los obreros que están al final de sus fuerzas y la esperanza de los que desesperan. Renunciar a la manifestación del 28 de mayo era “dar un paso atrás”: no se podía tener en consideración la fatiga de los trabajadores sin correr el riesgo de acrecentarla e inclinarlos a la resignación. Quizás se ha comprendido, desde ese momento, en la Oficina Política, que había que cambiar pronto de táctica: pero de todos modos, sólo podía ser *después* de la manifestación. Las masas no conocerán su laxitud; se manifestarán a través de otras personas; se cubrirá su flaqueza con la violencia de los motines, se les mostrará su acción *como habría debido ser*. Se encargará a equipos especializados ejecutar ante ellas los gestos de la violencia, verán su propia violencia viva y separada de ellas; desde sus arrabales, desde sus suburbios, asistirán al combate de los manifestantes contra la policía, símbolo fácil de la lucha de clases.

En suma, ¿qué quería el Partido, cuando enviaba a sus militantes al asalto de la plaza de la República? ¿Apoderarse del poder? ¿Secuestrar a Ridgway? ¿Derribar al ministerio? Nada de eso: quería hacerse sentir, sencillamente. ¿Qué arriesgaba? Si las cosas hubieran ocurrido como de ordinario, la prensa burguesa habría comentado los acontecimientos sin pasión y todo habría vuelto pronto al orden.

Pinay no lo pensaba así. ¿Crea, pues, en el complot? ¡Claro que no! Seguía el ejemplo de esos grandes ministros que han inquietado a la nación sin motivos para lograr sin trabajo la gloria de haberla tranquilizado. Para lanzar el empréstito, el Gobierno recurre a un procedimiento clásico: desvía en beneficio suyo la propaganda de la competencia. Ved cómo aviva el debate, cómo devuelve el tono a las polémicas, prohibiendo sin motivo la obra de Vailland. Ese clima de violencia fue creado por misteriosos personajes que golpearon a los actores con puñetazos norteamericanos. En seguida se susurra que el ministro ha cedido a las presiones de la embajada norteamericana: excelente publicidad; a la futura clientela del empréstito le gusta hallar el dedo de Dios en los detalles; si los Estados Unidos, en unas circunstancias tan pequeñas, se han dignado defendernos contra nuestra culpable tolerancia, ¿qué no harán en las grandes? La emoción tiende a calmarse cuando la visita de Ridgway proporciona el tema de la segunda campaña publicitaria. Se comienza deteniendo a André Stil. La astucia está en que la detención es manifiestamente arbitraria: la gran burguesía francesa detesta la república y desconfía del fascismo, pero la enloquece lo arbitrario, que le parece aristocrático y le ofrece a la vez la imagen de la anarquía de que goza y de la autoridad con que sueña para los otros; levanta la cabeza y se pregunta, pensativamente, si no ha puesto la mano sobre ese ave: un Liberal con puño de hierro. Viene el día de la manifestación; Baylot y el Gobierno organizan el pánico; aquél certifica que las masas no se moverán, éste que está sobre la pista de un complot cuya importancia nos invita a medir por el número de los policías encargados de reprimirlo. ¿El fin de los conjurados? ¿Cómo queréis que se sepa ya que la vigilancia del ministerio ha frustrado sus proyectos? La fortuna sonríe a Pinay. Todo le sirve, incluso la sangre derramada. Los agentes, como es sabido, tiraron al aire. Una bala rebotó contra el cielo y cayó sobre la multitud. ¿Iba a herir a un francés? No: el dedo de Dios la desvió a tiempo contra un nor-argelino. Ya sabéis el partido que se sacó de ello: ¡había, *pues bicots*²⁴ entre las filas de los separatistas! ¿Y qué hacían allí? Que se empleen regimientos africanos para sojuzgar a los malgachés, bien está: es indígena contra indígena. Pero hay que ser enemigo de Francia para mezclar a los árabes en las querellas entre franceses. En resumen, cuando cayó la noche, las fuerzas del orden habían ganado la partida. Una pequeña partida, una victoria

²⁴ Nombre despectivo dado a los árabes. (N. del T.)

pequeña: un solo cadáver y dos sacerdotes golpeados, eso no ha bastado nunca para lanzar un empréstito.

La manifestación ha terminado; las gentes vuelven a sus casas, irritadas, cansadas, vagamente decepcionadas; en los barrios obreros se sabe ya la noticia: un fracaso más. Se callan, ocultan la amargura y la tristeza con el mal humor. Es el momento elegido por Pinay para hacer detener a un jefe comunista en plena calle. Conocemos la piadosa leyenda que la prensa difundió al día siguiente: Duclos fue pillado con las manos en la masa; en un instante de terror, los agentes entrevieron las consecuencias, quizás incalculables, de su arresto; luego, por civismo, por amor desinteresado a la legalidad, se deciden a detenerlo. Eso podía pasar, si hubiese habido leyes que defender, pero justamente no las había; había un ciudadano que volvía a su casa en automóvil y que las circunstancias hacían *legalmente* intocable. Extraño amor a la ley que le hace sufrir los últimos ultrajes bajo pretexto de que acaba de ser violada. No comprendéis, nos dicen: era un caso de extrema urgencia; y se ha dado vacaciones a la legalidad porque la República estaba en peligro. ¡Un complot! ¡Ya se sabe lo que creía Pinay en el complot! ¡Y también Pleven! ¡Y la prensa de derecha! Mirad, hacedles la pregunta, decidles de *qué* complot se trataba, insistid en que os den pruebas o al menos indicios: os responderán noblemente que el Partido Comunista es un complot *permanente* y que se le debería disolver al día siguiente del Congreso de Tours. No; la maniobra apesta; a la inversa de Lyautey, el Gobierno se ha valido de su fuerza para poder mostrarla. ¿Y a quién había de mostrarla? Claro está: a su futura clientela.

Si se la mira sin prejuicios, la operación Pinay desconcierta: que se trata de un acto de violencia y que debe, en definitiva, comprometer la causa que pretende salvar, es algo que nadie duda; la burguesía dedica toda su propaganda a las libertades formales; si las destruye con sus propias manos, ¿qué pretenderá defender? Pero si se examinan con detalle las circunstancias del arresto, todo se confunde. Se diría que es un guión escrito en colaboración por dos actores, uno de los cuales es muy astuto y el otro idiota. Si el Gobierno quería mostrar su fuerza, ¿qué le impedía poner en libertad a Duclos inmediatamente después del fracaso de la huelga? ¿Era realmente necesario que toda Europa oyese el ruido de las bofetadas distribuidas por los jueces y magistrados a las mejillas ministeriales? ¿Por qué

mentir acerca de la hora de la detención? ¿Y la emisora de radio? ¿Por qué esas necedades de las palomas mensajeras? ¿Y por qué recurrir a esa venerable paparrucha del complot que tiene ciento diez años? La prensa liberal no parece haber sido sensible a esas contradicciones: en esta época tomaba aun a Pinay por Parsifal. Pero si no compartís esa opinión, tendréis quizás el sentimiento de que la decisión de los ministros les ha sido quizás soplada por algún Maquiavelo, que la han entendido mal, la han ejecutado sin fortuna y, para terminar, se han hallado ante unas consecuencias que estaban más allá de sus talentos. En cuanto al Maquiavelo, yo no garantizo su existencia; en esa operación hábil y aturdida, el aturdimiento procede de los ministros y la habilidad procede de fuera; pero pueden ser sencillamente las circunstancias.

Pinay seguía su idea; y su idea era el empréstito. A los pocos días, un periódico dijo estas sinceras palabras:

“La manifestación termina en un fracaso y el empréstito se anuncia como un éxito: ¿de qué lado están los buenos franceses? Eso está bien claro: los buenos franceses suscriben los empréstitos, y no andan por las calles; Pinay no esperaba su recompensa de la calle, sino de las tiendas, de los bancos y de la Asamblea. Lo que preparaba con tanta insistencia, no era la disolución del P.C. sino la dislocación del R.P.F.; si trataba de aplastar a la oposición de izquierda, era para amordazar mejor a la de derecha, y si mantenía encerrado a su molesto cautivo, era sencillamente para hacer cantar a sus colegas: bien se vio cuando impuso la confianza a la Asamblea helada de terror: “Mi lugar es vuestro, pero el que lo tome, tendrá que tomar con él mi prisionero”. Aquel día, Duclos salvó el ministerio.”

En resumen, nos han hecho la comedia del peligro rojo; una farsa que no data de ayer, pero que aún sirve. Sólo que Pinay no le ha dado su forma clásica e incluso, al decir de los expertos, es una herejía el haberla intentado en esas circunstancias; para que el truco tenga éxito, se juzga indispensable, de ordinario, *que no haya* peligro rojo. Mirad los norteamericanos: ¡qué sentido innato de la propaganda y qué admirable conocimiento del corazón no han necesitado para perfeccionar ese procedimiento un poco gastado que les venía de Europa! ¿Y creéis que habrían podido hacer de él ese maravilloso instrumento de propaganda, *el anticomunismo*, si hubiese habido

comunistas en los Estados Unidos? Si encontráis militantes del P. C. cada día o incluso cada mes, ¿cómo creer que se comen a los niños? Pero si no los habéis visto, ¿cómo probar que no se los comen? Y luego, se realiza una economía de personal: si nadie es “staliniano”, todo el mundo es sospechoso de serlo; el *average man* hace los dos papeles: denunciador con todos, denunciado cuando está solo. Claro está que las víctimas no probarán nunca su inocencia, ya que la acusación no sabe lo que les reprocha. Por haber aplicado el procedimiento sin discernimiento, Pinay corría el riesgo de darse cuenta, a expensas suyas, de que *hay* comunistas en Francia.

Pues bien, no: todo ocurrió como si no hubiera. ¿Hay que creer, en realidad, que un Maquiavelo aconseja al Gobierno? La explicación es verosímil, pero no necesaria. Esta operación a corto plazo venía a su hora en una batalla que dura desde la Liberación y en la cual la burguesía francesa ha sabido conquistar y conservar la iniciativa. El maquiavelismo está en las cosas: hiciera lo que hiciese Pinay, su acto, llevado, servido, rodeado, nutrido por otras maniobras menos visibles y más profundas debía reflejar una inteligencia prestada; en un cierto momento de las batallas, si uno de los adversarios tiene la ventaja, todo le beneficia, el mismo azar gira en favor suyo. Pinay detiene precipitadamente a Duclos en el momento en que resulta hábil detenerle. Hay un sentido *objetivo* del “golpe del 28 de mayo” que no ha aparecido, *quizás*, a ninguno de los autores, pero que salta a la vista después de él; se convierte en símbolo de una estrategia que trataré de definir en el próximo capítulo.

Considerada bajo este punto de vista, la detención de Duclos es ilegal, *porque tenía que serlo*. Si era legal, el Partido tenía una puerta de salida: podía protestar en su prensa, en mitines, contra la *intención*, aun declarando que se inclinaba ante la legalidad formal del *acto*. Mediante el rapto de Duclos, el ministro cierra todas las salidas: lanza un público desafío a los comunistas, les *ataca después del fracaso* de la manifestación y cuando están en plena retirada, les obliga a aceptar una prueba de fuerzas en la hora y el terreno que él ha elegido, con el mundo entero por testigo. ¿Protestar? ¿Oponer la Constitución al Gobierno? Eso podía hacerse, eso se ha hecho: Duelos ha presentado una queja por prevaricación. Naturalmente, nuestra buena prensa ha manifestado su ironía:

“¿Si nuestras leyes se han hecho contra vosotros, por qué protestáis cuando se las de obedece? Vosotros que las infringís todos los días, ¿con qué derecho protestáis cuando somos nosotros los que las menoscabamos? Vosotros estáis en pro o en contra de la República de acuerdo a vuestro interés del momento, y solo os valéis de nuestros códigos para atarnos con reglamentos que no observáis.”

El argumento no vale nada y ya tendremos ocasión de volver sobre las relaciones del P.C. con la democracia. Pero aun cuando no tuviera más fin que el de destruirla, queda que es la propia burguesía la que ha presentado la universalidad de la ley frente a los particularismos del Antiguo Régimen: ¿por qué se iban a privar los comunistas de acusar al adversario en nombre de sus propios principios? ¿Luego, defendéis a Maurras? Nada de eso: Maurras era un burgués que sacaba todos sus recursos de la sociedad burguesa; tenía la cultura y el bienestar que dan un contenido verdadero a las libertades formales; traicionaba su clase en beneficio de una pequeña minoría de burgueses.

Los comunistas hablan en nombre del proletariado que participa en la vida económica del país sin tener parte en su vida social: si algún trabajador obtiene alguna ventaja de las leyes burguesas, no son *sus* leyes sin embargo; porque favorecen a los que lo explotan. No obstante, el Partido no se podía contentar con una acción legal: porque el Gobierno, al violar la ley ha ido a buscar a las masas a su propio terreno que es el de la ilegalidad; al hacer una afrenta pública al Partido, las ha desafiado. “He aquí lo que hago con vuestro jefe; y si eso no os gusta, es lo mismo.” Es preciso, pues, que las masas respondan *en ese terreno* al desafío: en el caso de Henri Martin, el Partido puede hallar absurdo el motivo del procedimiento judicial e inicia la sentencia dada; pero no discute el derecho de detener y de castigar a un soldado o a un marino sorprendido distribuyendo folletos; se limitará, pues, a reclamar en su prensa, en mítines, o peticiones, la revisión del proceso; a la inversa, si un gobierno de tendencia fascista detiene al representante de un partido burgués, ese partido puede recurrir a la acción judicial; porque querrá probar que las leyes democráticas bastan para protegernos de la dictadura. Pero si se hace violencia a un partido de violencia, la única respuesta es la violencia.

En nuestras sociedades, el gobierno y las asambleas deben su poder a las instituciones al menos tanto como a la voluntad del pueblo, en primer lugar porque las instituciones son las que definen al elector, y luego, y sobre todo, porque el poder puede seguir siendo legítimo cuando ya no responde a los votos de la mayoría con la sola condición de que esté garantizado por la ley. Después de las elecciones municipales de 1947, un gobierno desautorizado a medias por el país ha podido conservar el poder, esperar el reflujo del movimiento degaullista y fabricar una ley electoral que aseguraba la vuelta de la misma mayoría a la Asamblea futura.

El P.C. disfruta de una autoridad que se asemeja a la de un gobierno; pero como no tiene *instituciones*, su soberanía procede de las mismas masas. ¿Me decís que es feudatario de Moscú? ¿Que no hay democracia en el interior del movimiento? Muy posible: eso no impide que si las masas se negasen de repente a seguirlo, perdiese todo; por potente que sea, se parece a Anteo, que sólo tenía fuerzas cuando tocaba la tierra. Los cinco o seis millones de votos que tiene el Partido cada cuatro años, consagran su importancia electoral sin legitimar su acción revolucionaria: los electores no reprueban ni las manifestaciones ni las huelgas políticas pero su papeleta electoral no permite saber si participan en ellas. El P.C. mide sus poderes en la calle; la amplitud de las demostraciones en masa es la que *legítima* su autoridad. He aquí, pues, frente al sistema abstracto y muy razonable de la elección, una delegación de poderes, pública, oscura, peligrosa, discutible, pero que hace que nos remontemos a los orígenes de la soberanía. Sólo que, en estos plebiscitos, ocurre lo que con la acción divina de Descartes: como son valederos un instante, hay que renovarlos sin cesar; aunque Francia entera hubiera hecho la huelga ayer, nada permite afirmar que volviera a hacerla mañana; no hay *institución* para extender y prolongar el resultado de esas consultas populares más allá de la jornada en que han tenido lugar: y eso se comprende ya que, por su misma violencia, el torrente de los manifestantes expresa una clase de voluntad *constituyente* que revoca las leyes en vigor. El burgués no se ha equivocado jamás en eso: sus intrigas pueden modificar los gobiernos, pero los que les dan su *verdadero* poder son las masas; lo que odia y teme en el “populacho” es la soberanía salvaje. Pero ya que la relación de las multitudes con sus jefes es constantemente variable, no vacila en tomar la palabra a los comunistas y los obliga a hacerse elegir

mediante un plebiscito cuando las circunstancias les son desfavorables. Si el resultado les es contrario, se publicará. En vano explicarán que se trata de un desfallecimiento pasajero: un partido electoral puede sobrevivir a sus derrotas, pero un partido revolucionario no se distingue del impulso revolucionario de sus tropas. El ministro paga a los comunistas con su misma moneda: éstos apelaban a los principios de la burguesía; en nombre de los suyos se les obliga a mostrar los naipes. La salvaje soberanía del pueblo, irrita a Pinay; sabe muy bien que no tiene detrás de él a la mayoría del país; pero, hasta que no la defina una ley electoral, la mayoría no tiene más derecho que el de callarse. Por el contrario, también sabe que un partido revolucionario no tiene el derecho de *plegarse*: detiene a Duclos y espera; el desafío será seguramente aceptado. Además la oficina política ha visto la trampa (y si no la hubiera visto, las resistencias y las evasivas de la C.G.T. le debieron ilustrar) pero embestirá con la cabeza baja: vale más dejar al militante el recuerdo de una derrota que el de una huida. Se ha dado la orden de huelga, el Gobierno está dispuesto: si las masas se mueven, se las aplasta; pero se cree saber que no se moverán. En el 4 de junio, como en el 28 de mayo, las previsiones de la oficina política, y las del ministerio, han estado de perfecto acuerdo.

En resumen, no se esperaba *nada*, no se produjo *nada* y sobre esa nada, Pinay construyó su gloria. La jornada del 4 de junio es histórica en lo que se asemeja a todas las demás; hemos leído en los diarios del día siguiente que las calles presentaban su fisonomía habitual, que el metro funcionaba como de ordinario; fue uno de esos días laborables que una gracia singular transforma a los ojos de los amigos del orden en fiestas sonadas.

Yo estaba en el extranjero, mis relaciones con los comunistas eran buenas, pero no deliciosas: ya no decían que yo ponía al hombre en cuatro patas, pero me acusaban aún de haber espiado la Resistencia por cuenta de la burguesía fascista. En fin, la manifestación del 28 de mayo no me pareció oportuna y temía nuevos motines y muertes inútiles. Más razones para recibir la noticia del fracaso de la huelga con indiferencia, ya que no con alivio. Ahora bien, la noticia me produjo el efecto contrario: la protesta de la buena prensa no lograba cubrir el extraño silencio de Francia, y yo tuve el sentimiento de que acababan de anunciarme una pequeña derrota del hombre. Entonces no sabía que éramos muchos los que veíamos las cosas así.

Después, la prensa burguesa escribió que teníamos miedo. ¿Por qué no, después de todo? Acepto el miedo: es una de esas raras palabras que nuestros periódicos pueden comprender. ¿Pero miedo *de qué*? ¿Del régimen policial que se anuncia? ¿De la influencia norteamericana? ¿De la caza de brujas? ¿De la amenaza de guerra? He aquí temas de inquietud que yo encuentro muy razonables. Pero a mí no me inquietan: nosotros tenemos miedo porque la clase obrera ha desautorizado al Partido Comunista. Si no se trata más que de eso, no sufráis más; porque nosotros estamos muy tranquilos: el Partido no va a desaparecer tan pronto, ni es cierto que la clase obrera le haya desautorizado: el 4 de junio no se manifestó *nada y no había* clase obrera; si queréis saberlo, he aquí precisamente lo que nos ha dado miedo; y escribo este artículo para tratar de comprender por qué se calla Francia.

Al parecer no se calla, grita su desprecio a la cara de Pinay; en resumen, el “pretendido” fracaso de la huelga sería discutido por el P.C. y nos habríamos asustado de nada. Yo debería regocijarme, pero no he hecho más que cambiar de preocupación; por ahora, lo que me aflige es mi sordera. Veo sonreír a Caillois: he aquí adonde se llega cuando uno se divierte defendiendo a los comunistas más allá de sus principios. ¿Piensa Sartre complacerlos lamentando en voz alta una derrota que ellos no confiesan? No, no lo pienso. ¿Quién iba a ser lo suficientemente loco para querer complacer a los militantes comunistas o no? ¿Y por qué hacerlo? Si me tomaba ese trabajo, ¿qué iba a conseguir con ello? ¿El furtivo apretón de manos de un “cripto”? ¿Una pálida sonrisa en los labios de un “templado”? No hay motivo para que me palpite el corazón. No: a un partido de masas se le combate, se entra en él, o uno se entiende desde fuera con sus representantes acerca de los objetivos comunes. Tanto mejor si es la sanción la que decide los sentimientos: el individualismo burgués los reducía a humores, volvamos a amar o a odiar al hombre entero a través de sus obras. Es cierto: el fin de este artículo es declarar mi acuerdo con los comunistas sobre temas precisos y limitados, razonando a partir de *mis* principios y no de los *suyos*; ya se verá el por qué.

Ha sucedido cien veces, después del Congreso de Tours, que los hombres o los grupos “de izquierda” proclaman su acuerdo de hecho con el P.C. pero subrayando sus divergencias de principio. Y si su concurso parecía deseable al Partido, aceptaba esta alianza *a pesar*

de las divergencias. Hoy me parece que la situación, para él como para nosotros, ha cambiado de modo tal que debe desear semejantes alianzas en parte *a causa* de las divergencias.

¿En cuanto al hecho en sí, se puede decir que el P.C. lo discute? Sí y no. Reconoce que la huelga no ha triunfado, pero su principal interés parece ser quitar toda la responsabilidad a la clase obrera y, para lograrlo, no duda en tomar sobre sí toda la culpa. Precipitación, mala transmisión de poderes. Falta de cohesión, extremismo: sabido es todo cuanto se reprocha. A decir verdad, es hacer el papel del diablo. El adversario da de los acontecimientos del 4 de junio una explicación por la esencia: la naturaleza maligna del P.C. tenía que terminar asqueando a la clase obrera: el P.C. reconoce los hechos pero los explica por el accidente; la clase obrera ha conservado su combatividad; sencillamente, unos *individuos* han cometido errores y no han sabido convocarla a tiempo. He aquí lo que decía Duclos en la última sesión del Comité Central:

“La clase obrera ha sido el elemento determinante de la victoria. En su inmensa masa ha estado con nuestro Partido frente a los conspiradores. Pero eso no quiere decir que esta toma de posición se traduzca siempre y en todas partes por huelgas, manifestaciones o peticiones. El error del Gobierno y de sus agentes ha sido precisamente el de creer que donde no había huelga ni manifestación, la clase obrera era indiferente. Los trabajadores han comprendido que el complot anticomunista era el preludio de violentos ataques contra sus condiciones de existencia, contra sus derechos adquiridos, contra las libertades democráticas y contra la paz. Y no cabe duda que la acción de la clase obrera estaba llamada a frenar un serio desarrollo si el movimiento popular no hubiese, con la liberación del 1º de julio, asestado un primer golpe grave a los conspiradores”.²⁵

En un punto, estoy de acuerdo con el P.C.: en que es imposible presentar el silencio de las masas como un consentimiento de la represión. “Sea”, me responden. “Pero por las mismas razones, no puede hacerlo pasar por una desaprobación.” No estoy tan seguro de ello: claro está que un signo negativo es difícilmente descifrable. Pero cuesta trabajo creer que la violencia ejercida sobre un líder de un partido obrero, después de una manifestación –aun siendo ésta

²⁵ *La Nouvelle Critique*, n.º 39, septiembre-octubre de 1952, p. 38

impopular— pueda dejar indiferentes a las masas. Los trabajadores viven bajo la constante amenaza de tres calamidades que se llaman alza de precios, desempleo y represión. Cualquiera que sea el porvenir a argo plazo con que sueñen o que preparen, su porvenir a corto plazo es siempre sombrío: conocen la hostilidad de las clases dirigentes, saben que se lanzan a combinaciones cuyas consecuencias son en su mayor parte nefastas al proletariado. pero ignoran el detalle de las maniobras y los efectos les alcanzan con frecuencia sin que hayan presentido las causas. En esta penumbra incierta donde todo lo que *sufre* va de por sí a lo peor, los cambios bruscos son de mal augurio. Recordáis esos años sinuosos donde se adivinaba que Alemania se preparaba para la guerra, sin poder medir su esfuerzo de rearme, recordáis nuestra constante inquietud y el sabor siniestro de los días: de vez en cuando, Hitler hacía un gesto, pronunciaba un discurso y nosotros sentíamos la guerra cada día un poco más cercana. Claro está que la comparación no es razón; pero cuando yo quiero, burgués relativamente protegido contra las crisis, comprender el clima de los suburbios obreros, esa atmósfera pesada, ese porvenir cerrado, tengo que recurrir a ese período de nuestra historia. Al detener a Duclos, los burgueses han dado sus noticias al proletariado y esas noticias eran malas. A menos que se olvide el odio secular de los obreros contra la policía, las dificultades de su vida cotidiana, la inestabilidad de sus presupuestos y sus viejas heridas jamás cicatrizadas, ¿cómo negar que han visto en la acción judicial iniciada contra el partido comunista el signo precursor de nuevas persecuciones?

Ahora bien, ¿hay que asimilar esta sorda inquietud a un *movimiento*? Esa mezcla de aprensión y de resentimiento ¿puede pasar por una *acción*? No lo creo. Según Duclos, el Gobierno habría cometido el error de subestimar la resistencia de las masas. Lo acepto; pero si Pinay no ha sabido ver su cólera, ¿sobre quién podía actuar esa resistencia vana y muda? ¿Y como considerar las liberaciones del 1º de julio una victoria popular? Si yo fuese comunista, más que al proletariado estaría agradecido a Montesquieu: porque la acción represiva del ministro ha sido frenada durante algunos meses por el principio burgués de la separación de los poderes; una magistratura escrupulosa y orgullosa de sus prerrogativas se ha negado sencillamente a entregar al poder ejecutivo la independencia a que debía su razón de ser y la parte de soberanía que ostenta. ¿Habría galvanizado a los jueces el movimiento

popular? ¿Pero de dónde se saca eso? Y si no se ha expresado “por huelgas, manifestaciones ni peticiones”, ¿cómo habrían podido conocerla esos magistrados burgueses? En realidad, Francia estaba inmóvil y muda y en medio de un gran silencio el Tribunal Supremo ha tomado su decisión. Y en mi opinión, el Gobierno no es culpable de haber subestimado la indignación popular: lo es de no haber previsto una orden tan previsible: la magistratura no ha obedecido a nadie; desde la tercera República,²⁶ ¿por qué se quería que aceptase amos, sobre todo cuando esos amos se llaman Baylot y Pinay?

Luego es igualmente falso que las masas hayan hecho presión sobre los ministros y que hayan permanecido indiferentes. La realidad es que desaprobaban y no mostraron su desaprobación; esto es lo que parece sospechoso: ¿por qué no se ha buscado expresión a su real descontento?

“Porque su rencor era demasiado fuerte, porque condenaban la política comunista y se les ofrecía una ocasión de demostrarlo.”

Mediante esta vuelta hábil, la prensa burguesa ha convertido la ausencia de reacción en voluntad de no reaccionar.

Admitámoslo: ¿pero *de qué* se habla? ¿Del 28 de mayo o del 4 de junio? Me dicen que todo es lo mismo y que el segundo fracaso es sólo la confirmación y la agravación del primero; no estoy convencido en absoluto; a mis ojos, las dos jornadas difieren profundamente.

La manifestación del 28 de mayo me hace reír, para hablar francamente: lograda o fracasada no sale de la rutina y de los “asuntos corrientes”. Y, sobre todo, tiene un carácter *político*. Los dirigentes comunistas han estudiado la situación internacional, valorado las fuerzas presentes y han juzgado que una operación restringida contribuiría por su débil parte a modificar la relación de esas fuerzas. Lo que han hecho allí, otros pueden querer hacerlo por su propia cuenta: cada cual puede apreciar políticamente una acción política. Y, si no puedo creer —ya se verá por qué— que la *clase obrera* se haya manifestado contra la manifestación, admito gustoso —¿por qué no?— que un buen número de obreros se haya abstenido de tomar parte en ella con una especie de animosidad que revelaba una desautorización: “¿De qué sirve eso? Así no se logrará nada, etc.” Quizás incluso se han hallado algunos que querían mostrar con su ausencia que

²⁶ Escrito en 1952.

condenaban esta política de prestigio. En cuanto a la mayoría es más sencillo aún: y los militantes saben muy bien que las manifestaciones contra la guerra rara vez tienen éxito. El fracaso de la jornada roja, en junio de 1929, ofrece muchas analogías —al menos superficiales— con la del 28 de mayo: igual llamada a las masas; “Mostrad que estáis decididos a impedir la cruzada anticomunista”; igual ausencia “muy marcada” de la clase obrera; una sola diferencia: al que se detuvo fue a Thorez. El Partido conoce bien el problema; sabe bien que habría que apoyar en cada caso las tomas de posición política en reivindicaciones económicas, desea poder analizar la situación local, separar de ella las causas generales, y mostrar los vínculos del interés inmediato con los intereses de clase. Pero veremos que eso no es siempre fácil: puede ocurrir que falle un eslabón o que los dirigentes cometan errores: en ese caso, la acción política se presenta sola al descubierto, y no logra siempre arrastrar a las masas. Y eso no procede de que los obreros crean que la acción política no es de su incumbencia, ni de que se nieguen a emplear sus armas ordinarias en denunciar al colonialismo o el imperialismo: sino sencillamente porque el objetivo se les presenta bajo una forma demasiado abstracta y demasiado lejana. Luchan con más gusto cuando se les muestra, por ejemplo, que al defender sus salarios comprometen la política del rearme y, como consecuencia indirecta, el *Pacto del Atlántico*. ¿Porque defienden sus intereses particulares? No: porque captan directamente los acontecimientos, porque ven los efectos de detalle de la acción, porque toda su “educación política” descansa en la idea de que los acontecimientos mundiales se presentan, en la escala de las naciones y de las ciudades, bajo el aspecto de cambios locales y concretos, cuyo curso puede modificar una acción local y concreta.

Pero, de todos modos, la huelga del 4 de junio, no era política. ¿O hay que llamar político a ese furor que levantó a los obreros italianos cuando supieron que un desconocido había disparado contra Togliatti? Adelantándose a las órdenes de huelga, se precipitaron a las fábricas, las ocuparon y encerraron a los patronos: todo el mundo estaba de acuerdo, comunistas, anticomunistas, fue un golpe de mar; durante dos días, el Gobierno creyó perder el control de la situación. ¿Y cuáles eran —políticos o no— los objetivos de aquella manifestación? ¿Protestar? ¿Contra quién? ¿Contra un loco? Porque nadie creía —incluso entonces— que el Gobierno o los partidos de derecha eran tan tontos

como para hacer asesinar a un líder comunista en el momento en que el P.C. controlaba la tercera parte del país; en cuanto a la "presión" de la masas, ¿sobre quién podía ejercerse, sino sobre el Dios Padre? Sin embargo, el acontecimiento tuvo un alcance inmenso: en un impulso de pasión, la clase se afirmó, en *acto* ante la nación, ante Europa; *antes* del atentado parecía que no había más que una multitud de grupos que se atraían o se repelían, se yuxtaponían o se interpenetraban, familias, asociaciones, parroquias, etc.; inmediatamente *después*, las barreras saltan, y el proletariado se *muestra*. Es eso y nada más, ese sobresalto violento, es lo que los comunistas esperaban del obrero francés; ya no se trataba de alcanzar los objetivos más o menos lejanos por caminos más o menos tortuosos; la clase obrera era atacada en su realidad más cotidiana, y en sus derechos elementales, se encarcelaba en sus narices a los dirigentes que había elegido y la Oficina Política exigía de ella –sin esperanza, ya lo he dicho– una reacción inmediata y pasional. Nadie le pedía que rompiese los cristales de la Presidencia del Consejo, ni que incendiase el Eliseo; se quería sencillamente que se manifestase. No lo hizo.

“Eso prueba, –responde el anticomunista– que se quiere sacudir el yugo del P.C. Esas manifestaciones de masa, decíais, son consagraciones bárbaras y el proletariado renueva la confianza a sus jefes en la calle. Concludid, pues: cuando las calles están desiertas, los jefes quedan desautorizados”.

No vayamos tan de prisa. En 1951, las masas daban ya signos indudables de agotamiento, y, sin embargo, 5 millones de electores votaron por los comunistas; después del 4 de junio, han tenido lugar elecciones parciales que no marcan un retroceso sobre los promedios del año último; el día siguiente de la huelga fracasada, F.O. tuvo, en Renault, un éxito que la buena prensa ha puesto por las nubes. Ese triunfo indiscutible indica *al menos*, el mal humor de la clase obrera. Pero lo que se ha subrayado raramente en la derecha, y lo que me parece aún más significativo, es que la C.G.T., menos de quince días después de su fiasco, conservaba el 60 % de los votos. Hay, pues, en las fábricas *Renault*, una mayoría de trabajadores que le muestran su confianza, mientras se reservan el desobedecerla; hay en el país 4 ó 5 millones de electores que votan a los diputados comunistas sin levantar el meñique para defenderlos cuando se viola su inmunidad parlamentaria. Es cierto: esa especie de soberanía que nace de la

acción, el P.C. está a punto de perderla; y sus advertencias parecen indicar, a primera vista, una crisis de su *autoridad revolucionaria*. Pero es también un partido clásico y parlamentario; ya que controla, prácticamente, la C.G.T., es una organización sindical: bajo esos dos aspectos, conserva su prestigio; de un 60 a un 70 % de los trabajadores aceptan que defienda sus intereses materiales; de un 25 a un 30 % de los electores aceptan que les represente en la Asamblea. Después de eso, venís a decirme que la clase obrera desautoriza a Duclos; aceptado. Pero me parece claro que no puede desautorizarlo sin desautorizarse; mirad, admito todo cuanto queráis; los obreros están cansados de la tutela comunista, de la burocracia del Partido, de su obediencia a Moscú; le hacen mil reproches y se indignan cada día contra la C.G.T. ¿Y luego? No se les pedía que diesen una dulce prenda de amor a la Oficina Política, sino que reaccionasen ante un desafío, un insulto y una amenaza. Ayer, al detener a Duclos, el Gobierno anula su voto de un plumazo; al detener hoy a Le Léap, desgarran sus carnets sindicales. ¡Desautorizar a Duclos *en un momento semejante!* ¿Y por qué, ya que lo hacen, no dan las gracias al buen Pinay por haberles librado de un tirano? O creéis sinceramente que un proletariado forjado por ciento cincuenta años de lucha, consciente de sus tradiciones y de su grandeza, va a venir a declararnos sonriente:

“No estoy muy contento de los jefes que me he dado, por esta razón no encuentro mal que se los detenga y, aun teniéndoles confianza en ciertos puntos, no me niego a que se viole un poco la ley, si es necesario, para librarme de ellos.”

Que los comentaristas del *Figaro* tomen a la clase obrera por una virgen loca es cosa natural. Pero vosotros, vosotros los marxistas “antistalinianos”, vosotros que contáis con su clarividencia para librarla de sus dirigentes actuales ¿cómo podéis admitir que haya abierto la puerta tranquilamente a la represión policial? Vosotros le habéis dicho y repetido después de Marx, después de Lenin: la burguesía se ha impuesto leyes que la estrangulan, el interés del proletariado es obligarla a que las respete. Tenemos, decíais, que levantarnos contra todos los abusos del poder. ¿Vais a añadir hoy: salvo cuando pagan el pato los stalinistas? Ya lo sé: podéis permitir todo porque vuestras actitudes no tienen efecto sobre las masas: habéis concluido con los hechos un pacto de no-intervención: pasan sin molestaros, sin negar ni

confirmar vuestras teorías; en cambio os habéis comprometido a no intervenir jamás para modificar el curso de ellos. Pero se juzgarán más inquietantes las reacciones de F.O. y de la C.F.T.C. Ya sean reformistas o revolucionarias, independientes o controladas, las organizaciones sindicales tienen en común que se han desarrollado en el cuadro de la democracia burguesa y utilizan todas las armas que les proporciona la legalidad. Si el Gobierno viola la ley o la cambia, quedan afectadas todas: para que la clase obrera tenga confianza en su fuerza, tiene que verla a la luz; las huelgas de 1936, por ejemplo, tuvieron lugar en una galería de espejos. Imaginad una brusca vuelta a la clandestinidad; la acción de los guerrilleros se mantendrá posible, no la de la masa; se habrá sacado los ojos a Sansón. ¿Decís que aún no hemos llegado a eso? No, seguramente; pero no hace mucho que nos hemos puesto en marcha y todos tenemos recuerdos que debían hacernos quisquillosos acerca del capítulo de las detenciones arbitrarias.

“¡Sí, sí, bien!, –me dicen–: Usted habla como quiere; le habrán insultado, difamado, quizás, pero no le han perseguido. Un militante de F.O. es víctima de persecuciones sistemáticas e interrumpidas: le insultan, le ponen en cuarentena y sabotean su obra, de vez en cuando le dan una paliza. Cuando le hablan de los comunistas, ¿creéis que piensa en el separatismo, en los campos, en la burocracia, en elitismo? ¡Vamos! Piensa: «Lo que me han hecho pasar estos canallas; pero esperad un poco a que esto cambie y yo se lo haré pasar a ellos.» Sería demasiado cómodo si el P.C. no tuviera más que decir una palabra para que todas sus víctimas se precipitasen en su socorro.”

Es cierto: las divisiones de la clase obrera deben hacer la vida imposible a muchos trabajadores; en cuanto a los rencores, existen: es un hecho. ¿Pero qué se les pedía? ¿Borrón y cuenta nueva? ¿Restablecer la unidad sindical? ¿Tender la mano al P.C.? Nada de eso: participar en una huelga de duración limitada y de alcance simbólico para defender a la clase obrera y sus propias organizaciones; les era fácil hacer conocer sus reservas y proclamar, por ejemplo:

“No hemos olvidado nuestras disensiones, pero por una vez las dejamos de lado; por profundas que sean no permitiremos jamás que desborden el cuadro de la clase y rechazamos, de una vez por todas, el amable concurso del Gobierno y del patronato, bajo cualquiera de las formas que se ofrezcan: aun cuando su intervención pareciese que

nos favorecía a expensas de nuestro adversario, sabemos que debe terminar perjudicándonos a todos; cualquiera que ejerza violencias contra un representante –sea el que sea– de los trabajadores, las ejerce contra todos nosotros y la unidad del proletariado se restablecerá contra él.”

No sucedió nada. A un movimiento “espontáneo” e irresistible, los dirigentes de Fuerza Obrera, se habrían asociado sin duda para no perder el beneficio. Pero, previendo el fracaso de la huelga, deseaban que fuese una experiencia crítica para las masas y que revelase a *plena luz* su desacuerdo con el Partido. ¿Era ése un buen cálculo? El fracaso se produjo, ¿y quién se benefició con él? Nuestros burgueses y sus ministros.

Un “inspirado” de *Preuves* me acusa de hacer mucho ruido por tan poca cosa: esos acontecimientos son historia antigua, y yo soy el único, en Francia, que los recuerdo. Respondo que por lo menos somos dos los que todavía nos ocupamos de ellos; lo que me lo recuerda sin cesar es que Pinay prueba cada día que no los olvida. Triunfante, la huelga terminaba con él al instante; ya no sería ministro y Le Léap no estaría en la cárcel (no llego a decir que ocurriría lo contrario) . Fracasada, le ha enseñado “hasta dónde podía excederse”. Por esta sola razón, que es evidente, digo que la huelga del 4 de junio no debía servir solamente los intereses comunistas sino los del proletariado y de la nación entera. ¿De dónde sacáis que el *proletariado* ha infligido un reproche a sus dirigentes comunistas? Cuando, para echar la zancadilla a un rival, un sindicato obrero se hace tácitamente el cómplice del enemigo de clase, yo digo que el proletariado se inhibe.

¿Entonces, *quién* se ha negado a hacer la huelga?– Pues bien, *individuos*, en número muy grande; pongamos, si lo queréis, la gran mayoría de los trabajadores. ¿Y no es eso lo que se llama proletariado? No: no es eso. Mirad: después de la huelga, la prensa no comunista ha publicado testimonios acerca del estado de espíritu causante del fracaso: ¿por qué no atenemos a ellos? Los creo verídicos –parcialmente al menos– primero porque he podido controlar algunos, después porque los hechos referidos son casi idénticos a través del abanico de las opiniones; en fin, y sobre todo, porque van manifiestamente contra los intereses de los que los citan y porque demuestran lo contrario de lo que se quería probar. Ninguna de esas

razones convencería por sí sola: sí se las toma todas juntas no carecen de fuerza. Esos testimonios impresionan primero por lo que les falta. Si buscáis en ellos rechazos claros y motivados políticamente, quedaréis decepcionados; en los bares, en los barrios pequeño-burgueses, el primer borracho que viene se toma por el cuerpo electoral, por la nación; toma partido en pro o en contra del Pacto del Atlántico, explica lo que un Gobierno “digno de tal nombre” debería hacer en Túnez; sus juicios tienen fuerza de ley, habla en nombre de todos y exige que todos le den la razón. En el caso que nos ocupa, no hallaréis nada que se asemeje a esta seguridad simpática del elector instruido en sus derechos: el obrero se limita a rehusar su participación *personal*-, no emite su juicio y lejos de querer, como Kant y los borrachos de la cuarta República, “erigir la máxima de su acto en ley universal”, se esfuerza por el contrario de conservarle un carácter particular; claro está, si sus camaradas le atacan, lo llaman cobarde, en suma, si tratan *los primeros* de colocarlo de nuevo en las circunstancias históricas, se defenderá en el terreno que han elegido, tratará de probarles que tiene razón políticamente y que ellos debían actuar como ha hecho él. Pero, por el contrario, si los que le rodean vacilan, y él se da cuenta de que su decisión puede provocar un movimiento general de abstenciones, cobra miedo y hace advertir que son posibles otras actitudes, que la suya solo le compromete a él: insiste especialmente sobre este aspecto *singular* de su caso. ¿En el fondo, rechaza? Al parecer, él dirá, más bien que *no puede* obedecer:

“Tú (que no eres carga familiar mía o que estás seguro de conservar tu puesto, etc.), eres libre de hacer lo que quieras; mi caso no es el mismo...”

¿Decidir no hacer huelga? ¿No poder decidir hacer huelga? Vacila entre las dos cosas. No sabe muy bien si desea que su ejemplo lo siga toda Francia o que su ausencia pase desapercibida; teme igualmente una manifestación que se hará sin él y una manifestación masiva que podría tener consecuencias graves. Sí, lo que le domina es el sentimiento de impotencia. De ordinario, las órdenes sindicales se imponen como deberes y los delegados se esfuerzan en convencerlos de que pueden ejecutarlas: Debes, luego puedes. Hoy en día le responden: No debo porque ya no puedo.

“Sabe bien que no conseguiremos nada, y que perderemos por nada nuestro salario.”

O bien:

“*Fuerza Obrera* no se mueve: estaremos solos.”

O bien:

“¿Venir con historias estando a un mes de vacaciones pagadas? Eso no es hábil.”

O todavía:

“No puedo porque tengo tres hijos y mi mujer acaba de sufrir un accidente”, etc.

¿Cuál de estos argumentos se refiere a los intereses de clase? A través de tantas respuestas tristes se adivina una vuelta a ese fatalismo que no deja de amenazar a los oprimidos, que las clases dominantes tratan de desarrollar sin cesar y que los revolucionarios no han cesado de combatir. Ese desaliento nace de la soledad y la engendra a su vez: rompiendo ese círculo, la clase obrera se ha afirmado y el optimismo un poco forzado de los militantes comunistas revela su voluntad de salvar el cemento del proletariado, la esperanza. Los que dicen que no irán porque F.O. se niega a ir, ¿cómo podrían declarar más claramente que la clase obrera está desunida? Y sin embargo, las organizaciones no comunistas agrupan a lo sumo la quinta parte de los trabajadores sindicados. En el seno de un organismo único, ¿qué significa un 20 % de opositores? Casi nada: las malas cabezas, el desecho; la mayoría se impone y se declara la unanimidad. Si esos “desechos” se organizan entre ellos, todo cambia; esa orgullosa unanimidad que se tomaba por la clase obrera, es solo un sindicato mayoritario; sin embargo, el día anterior se consideraba infalible; y sus decisiones eran las únicas posibles; en cada instante, el proletariado no era más que lo que podía y debía ser: “su meta y su acción histórica le (estaban) trazadas irrevocable y visiblemente en las circunstancias mismas de su vida”; cada una de las reacciones lo expresaba enteramente. Ahora las decisiones de la C.G.T. son *accidentes*: ¿No se ha probado, pues, que hay otras posibles y, a veces, mejores? Esta huelga no la ordena el proletariado por la boca de sus jefes: es *una cierta manera* de responder al desafío del ministro. En una palabra, la resolución de los dirigentes sólo les compromete a ellos; pueden ser *buenos* jefes, pero eso mismo significa que podrían ser *malos*: sin que sea la culpa suya, y sin que hayan cambiado, las masas tenderán a considerarlos como monarcas esclarecidos que piensan por ellas. Entiéndase bien, que yo no me refiero, por ahora, “al

autoritarismo” y “al burocratismo” que se reprochan al P.C.: recuerdo, sencillamente, los efectos de una escisión sindical, *cualquiera que sea*; las disensiones obreras tienden a provocar una cierta dimisión de las masas que, en lugar de afirmarse en una reacción unánime, se ven llevadas a elegir entre varias políticas probabilistas. Empeñados en una acción que reprueban sus camaradas, los cegetistas tienen el sentimiento de combatir al descubierto; no es solamente el resultado de la operación el que es incierto; es la operación en sí; empobrecida, conjetural, limitada, refleja las *opiniones* de ciertos especialistas; y hay especialistas del “interés general”, ¿cómo vamos a asombrarnos de que el obrero se incline a ocuparse primero de su “interés particular”?

Porque en fin, ¿se cree que los huelguistas de 1920, de 1936, de 1947 eran todos solteros y sin hijos, milagrosamente asegurados contra el desempleo y provistos de una libreta de caja de ahorros? O, a la inversa, ¿se cree que el obrero de hoy ha perdido hasta el recuerdo de los intereses de la clase obrera? ¿La explotación capitalista le parece más justa y humana? ¿Acepta con mayor gusto el colonialismo, las guerras imperialistas, y la represión policial? ¿Va a sacrificar a sus jefes para acercarse a sus patronos? Haced la experiencia; abordad a uno de esos que se han negado a hacer la huelga, habladle abiertamente, con abandono y deslizard discretamente algunas flechas envenenadas contra la política comunista: quién sabe si es quizás de vuestra opinión; no importa, interrumpiré la entrevista bruscamente, habiendo adivinado un enemigo de clase bajo las sonrisas. En resumen, hoy como anteayer, los obreros tienen las mismas preocupaciones, las mismas metas, las mismas fidelidades. Sin embargo, uno arriesgó la vida en 1942 mientras que, diez años más tarde, no quiso arriesgar siquiera el salario de una sola mañana. ¿Qué es lo que ha cambiado? ¿Los motivos? ¿Los móviles? No: su relación, su sistema de valoración. ¿Y qué es lo que acarrea estos cambios sino el curso del mundo, es decir, la historia de día a día? El conjunto histórico decide en cada momento nuestros poderes, prescribe sus límites a nuestro campo de acción y a nuestro porvenir *real*: condiciona nuestra actitud frente a lo posible y lo imposible, lo real y lo imaginario, el ser y el deber-ser, el tiempo y el espacio; a partir de ahí decidimos a nuestra vez nuestras relaciones con los demás, es decir, del sentido de nuestra vida y del valor de nuestra muerte: en este cuadro aparece al fin nuestro Yo, es decir, una relación práctica y variable entre aquí y allí, ahora y siempre, antiguamente y mañana, esto y el universo, una

decisión sin cesar revocable acerca de la importancia relativa de lo que se llama impropriamente “el interés particular” y “el interés general”. Para tomar los casos extremos, según una colectividad siga el curso del mundo o contribuye a hacerlo, sus miembros se refugian en el presente inmediato o disponen de un porvenir que se extiende más allá de su muerte, se crispan ante lo poco que son, o arriesgan todo por una causa cuyo triunfo no verán, regulan sus empresas de acuerdo a sus necesidades o deciden sus necesidades en función de la empresa. La historia muestra a unos las salidas y hace patear a los otros ante las puertas cerradas. Hoy en día, igual que en 1850, el obrero no posee sus instrumentos de trabajo: luego, la naturaleza profunda de sus reivindicaciones no cambia. Pero la organización de la sociedad capitalista no ha cesado de evolucionar, ni de modificarse la situación del obrero: se hallará, según las épocas, que se ajusta más o menos a su acción política, o se resume más o menos en su vida profesional; sus lazos con las organizaciones de clase se aprietan o se aflojan, los grandes fines que se le proponen –reformas o revolución, poco importa– le parecen reales, a veces incluso al alcance de su mano o lejanos y a veces imaginarios. Si pierde la esperanza, ningún discurso se la devolverá: pero si la acción lo tema, creará; la acción es por sí sola, una confianza. ¿Y porqué lo toma? Porque es posible: él *no decide* actuar, actúa, es acción, sujeto de la historia; ve la meta final, la toca; se realizará en vida suya la sociedad sin clases. La realidad inmediata, es el Porvenir; considerados desde el fondo el porvenir, los intereses particulares son sombras abstractas; la muerte misma no da miedo: es un cierto acontecimiento muy personal que debe llegarle en medio de ese Porvenir que posee en común con todos.

Muchas veces la acción se termina con un desastre: entonces los trabajadores que eran el sujeto colectivo de la historia vuelven a ser individualmente los objetos. El obrero cambia de piel, ve el mundo con otros ojos: las evidencias de la víspera se han apagado; otras se iluminan, próximas, cotidianas, desagradables; ¿por qué luchar ya que no se va a cambiar nada? Si esperan ganar, si ya no tienen nada que perder, combatirán. Pero si queda algo que perder –ya sea un miserable salario– y si se abandona toda esperanza de ganar, se está callado. Los que arriesgaban la vida sin pensar siquiera en ello, ahora temen el hambre y dicen: “*No quiero morir de hambre*”. Cuando Koestler, ya denegado por el infinito, no había elegido aún ser un cero, nos narraba la historia de ese pastor español que se batía *para aprender a leer*:

arriesgar el pellejo por instruirse, eso es perfectamente razonable; siempre a condición de que haya una oportunidad de ganar. Cuando todo se ha perdido, cuando los vencedores han decidido desarrollar el analfabetismo, y fundar su poder en la ignorancia, el hambre se hace cómplice suya; mientras queda una probabilidad, se come si se puede, se come para batirse; para batirse se acepta el no comer; cuando todo ha terminado, se come para vivir y se vive para comer. Pero las necesidades pueden engendrar una voluntad de unión, el hambre no es siempre ni siquiera el más frecuente auxiliar de los poderes: para que los sirva, se necesita una vuelta de tuerca suplementaria; se le reducirá a simples tirones de las entrañas si se cierra cuidadosamente el porvenir: el porvenir nace de la acción y se vuelve sobre ella para darle un sentido; reducido al presente inmediato, el obrero ya no comprende su historia: la hacía. Ahora la mira como si la hubiera sufrido siempre, y no ve en ella más que un solo motín, siempre recommenzado y aplastado siempre. ¿Unirse? ¿A quién? Está condenado, después de la derrota, a esa extraña soledad envolvente que cada cual rechaza y que cada cual sufre como el contragolpe de la soledad de los demás: *“Yo iría, pero los otros no irán”*. Reducido a su cuerpo gastado, a la triste conciencia cotidiana de su agotamiento, la muerte le parece tanto más absurda cuanto su vida tiene menos sentido, le inspira un terror tanto más fuerte, cuanto está más cansado de vivir: los patronos no tienen ya nada que temer –ni revueltas ni crisis de mano de obra– cuando el obrero no tiene más razón de vivir que el miedo de morir. Si quiere apartarse de sí y mirar hacia fuera, lo esperan, todo está preparado para reflejar su impotencia: se mueve en medio de una multitud vigilada, de bulevares contruidos contra los motines, el paisaje falseado de las fábricas y de los suburbios debe ofrecerle la imagen de un orden riguroso e inhumano; han dispuesto en torno de él la decoración opaca de la resignación. El buen sentido, el cálculo razonable, las probabilidades, todo le dice que debe soltar la presa, abandonar la lucha contra los enemigos que tienen las armas, las tropas, el dinero, las máquinas y la ciencia. Su suerte no se ha hecho más justa ni sus amos son mejores: son los más fuertes, eso es todo. Su derrota no le quita la razón: prueba sencillamente que el mundo es malo. Claro está *que ha tenido* otras esperanzas, otra verdad; de repente ha visto que los billetes de banco se transformaban en hojas secas y que las tropas se negaban a disparar contra la multitud; pero esas verdades sólo eran vivas y concretas en la lucha; se descubrían

mediante la acción; cuando ésta se hace imposible, ya sólo quedan recuerdos abstractos. Hay una evidencia especial para los vencidos: que el hombre es un error.

De toda *evidencia*, el fracaso de junio se explica por el desaliento: se ha querido, en la buena prensa, mostrarnos el proletariado alzado contra sus jefes y nosotros hemos tenido por el contrario el sentimiento de asistir a su derrumbamiento interno. Al negarse a apreciar el alcance político de la guerra, el obrero se ha colocado voluntariamente al *otro lado* de los intereses de su clase; ha redoblado su aislamiento por los motivos que invocaba para justificarse; ha roto los lazos colectivos, ha perdido el contacto con sus jefes: si la huelga no ha tenido lugar, no es porque ha sido condenada por un impulso unánime, sino por haber suscitado millones de repugnancias que se han querido mantener individuales. Los fines colectivos, los valores, los ideales, no se tocan; pero se alejan, se ponen fuera del alcance. Se rechaza la lucha porque se está seguro de la derrota: el obrero ha perdido confianza en los poderes de la clase obrera: le parece que no influyen en los acontecimientos y que la historia se hace sin ella. ¿La guerra? Están contra ella, sin duda:

“Pero si los norteamericanos quieren hacerla, no se lo impedirá el obrero francés”.

¿La acción política? Claro, sería justo que el obrero pudiera hacer valer su opinión:

“Pero al cabo de cinco años, ¿qué hemos conseguido? Nos hemos manifestado cien veces contra la guerra de Indochina, contra el *Pacto del Atlántico*, contra el rearme alemán: ¿Y cuál ha sido el resultado? No logramos llevar siquiera adelante nuestras reivindicaciones económicas: los precios suben y, a pesar de nuestros esfuerzos, los salarios no los alcanzan nunca.”

¿La Revolución? Michel Collinet pretende que las nuevas generaciones ignoran el sentido de la palabra. Es poco verosímil... y sobre todo para sus lectores, ya que él insiste tanto, por otra parte, acerca de la amplitud de la propaganda comunista. Lo que parece más verdadero es que la actitud de los obreros ha cambiado profundamente durante el curso de este medio siglo. Antes de la Primera Guerra Mundial, muchos trabajadores creían tocar la meta: *verían* la “huelga general”; la guerra y la política de los dirigentes socialistas desconcertaron a las

masas, pero las jornadas de octubre les devolvieron la confianza; la IIIª Internacional se constituyó en un clima de Apocalipsis: la Revolución comenzaría por Alemania y se extendería por toda Europa. Al obrero de 1952 se le dice y repite, con una insistencia casi sospechosa, que verá el advenimiento del socialismo:

“No sólo nuestros hijos disfrutarán del socialismo sino nosotros mismos”.²⁷

Pero precisamente, ya no cree en ello: sabe que la dictadura del proletariado no es para mañana. ¿Se ha pasado acaso al reformismo? Nada de eso. La maquinaria es vieja, la patronal permanece malthusiana, nuestra industria va a remolque, el rearme y las guerras coloniales arruinan la economía nacional²⁸ bastaría un papirotazo para hacer caer en pedazos la máquina cien veces reparada: en esas condiciones –y cuando sólo se tratase de mejorar su situación *de inmediato*– ¿cómo va el obrero a fiarse en una acción lenta, mesurada, progresiva, en los compromisos? De la política extranjera a las concepciones económicas, si quiere realizar la menor reforma, tendrá que perturbarlo todo: porque todo se contiene en este paquete mal atado. Lo sabe, lo aprende cada día: ¿llamará revolucionaria a esta convicción –incluso oscura– de que hay que ir del todo a las partes, y de los cambios de estructura a las reformas de detalle? Quizás no: se exalta en la acción, pero se desalienta durante las paradas; en todo caso, es un radicalismo. A eso se añaden para el proletariado francés motivos de rencor muy particulares: una vez en su historia, una sola vez, tuvo confianza en sus patronos y éstos, naturalmente, le engañaron. Era el momento en que trataban de aclimatar en Francia la “segunda revolución industrial”: desarmaron la resistencia sindical prometiendo emplear las técnicas nuevas para aumentar la producción; los O.E. aceptaron una fatiga suplementaria con la esperanza de elevar su nivel de vida. ¿Quién sabe? Si la promesa se hubiera cumplido, se hubiera visto nacer y prosperar un neoreformismo. Agotamiento en la fábrica y bienestar en casa: ese régimen de ducha escocesa es, en los Estados Unidos, el mejor auxiliar de los empleadores. El patronato francés ha preferido disminuir sus gastos y mantener sus precios: para hacer reinar el orden, se fiaba en los buenos métodos antiguos, es decir, en los disparos de fusil. Hoy en día, lleva con una insolencia mal-humorada,

²⁷ Discurso de Lecoer sobre el XIX Congreso del P.C. de la Unión Soviética, 29 de octubre de 1952

²⁸ Escrito en 1952

como un holgazán las orejas de burro, como un cornudo sus cuernos, el título del “patronato más atrasado del mundo”, que le fue otorgado por los norteamericanos. En cuanto al obrero, su trabajo es tan duro como el de su camarada norteamericano, pero su salario es inferior al de 1938, apenas superior al de 1920. Situación ambigua: se agota trabajando, pero ve la opresión. Ya no se trata sólo para él de la *plusvalía*, el *plustrabajo*, nociones difíciles y que no le hablan siempre: pero las condiciones de trabajo que se le infligen, sabe que en otras sociedades capitalistas, en Escandinavia, en los Estados Unidos, corresponden a un poder adquisitivo superior al suyo: le roban doblemente. Por eso es mejor no hablarle de la colaboración de las clases, de su acuerdo, de la solidaridad del Capital y el Trabajo. Duclos expresaba ciertamente la opinión de sus electores obreros, cuando decía que tal unión era “la de los traidores y los traicionados”. Por otra parte, esta “racionalización” tiene por efecto el aumentar el número de los no-profesionales, y al liquidar las últimas estructuras internas del proletariado,²⁹ aplastar a las masas, sustraerlas a la influencia de la “élite” obrera, y hacer de ellas una sustancia relativamente amorfa y perfectamente homogénea. Es una manera muy segura de impulsarlas al radicalismo; ya no están gobernadas por una “aristocracia” relativamente moderada, de ahí en adelante hacen valer su propio punto de vista, es decir, las exigencias y las reivindicaciones de los *más desfavorecidos*, las que son menos compatibles con el mantenimiento de nuestro régimen social.

Por todas estas razones –por otras todavía– el obrero francés conserva una intransigencia bastante excepcional. Quizás no sepa qué es la Revolución: ¿pero cómo llamaréis esa violencia irreconciliable, ese desprecio del oportunismo, esa tradición jacobina, ese catastrofismo que coloca su esperanza en un trastorno más que en un progreso indefinido? Yo veo en ello los caracteres principales de una *actitud* revolucionaria.

Pero, precisamente: ¿qué es una actitud? Una acción esbozada y obtenida. Si no se expresa mediante actos si no se integra en una *praxis* colectiva, si no se inscribe en las cosas, ¿qué queda de ella? Nada: una disposición negativa. Hoy en día el porvenir está cerrado por un muro sangriento: el obrero permanece fiel a sus creencias y a

²⁹ Tomando como ejemplos las miríadas de sistemas solares: los peones gravitando en torno de un obrero especializado.

sus tradiciones: pero es un revolucionario sin Revolución. No pretende que esta no deba tener lugar nunca ni que sea un mito, como para Sorel, la "huelga general"; tampoco hace de ella un *valor* o una *virtud*. Pero no llega a ver en ella el resultado necesario de la "prehistoria", y todavía menos la *realidad* del proletariado: a sus ojos, es un acontecimiento, en parte accidental, que debe suceder en una fecha incierta, pero posterior a su muerte; la harán otros que partirán de cero; el obrero de 1952, no tiene siquiera el sentimiento de prepararles el camino; hay, de vez en cuando, cortocircuitos en la historia; todo se detiene y todo cuanto se hace no tiene consecuencias mientras no se restablece la corriente: ha debido nacer durante una parada. Si dice aún al mirar a los niños: "Ellos la verán, yo no" es, principalmente, un modo de pensar en su muerte como el comerciante que sueña: "Nosotros no iremos a la luna, pero nuestros hijos sí". En los grandes momentos de la historia obrera, la Revolución no era ni un acontecimiento futuro ni un objeto de fe, era el movimiento del proletariado, la *práctica* cotidiana de todos y cada cual; no la conclusión apocalíptica de una aventura, sino el simple poder de hacer la historia; no *un* momento futuro, sino para esos hombres exiliados en un presente invivible, el brusco descubrimiento del porvenir; la Revolución era una tarea, la "tarea infinita" del proletariado, era la justificación de las existencias individuales y la dimensión universal de cada conducta particular, en suma, un vínculo constante del individuo con la clase y de lo singular con lo general. Cada episodio de la lucha tenía un doble significado, táctico y estratégico y se relacionaba con un doble sistema de referencias: a través del objetivo inmediato, se percibía el objetivo lejano. Para el obrero de hoy, el lazo entre estos dos significados se ha roto: puede defender aún sus intereses, exigir, obtener un aumento de salario, pero no establece ninguna relación entre esta pequeña victoria cotidiana y el destino del proletariado, no capta el "alcance revolucionario" de sus reivindicaciones: por el contrario, le parece que ha perdido la iniciativa y que se defiende cuerpo a cuerpo contra la reacción; a la inversa, ya obedezca o no las órdenes *políticas*, ya haga o no la huelga contra la guerra del Vietnam o contra el Pacto del Atlántico, esas manifestaciones tienen a sus ojos una especie de irrealidad. La paz de Indochina servirá los intereses del proletariado, está seguro de ello; quizás percibe un lazo entre la paz mundial y el advenimiento del socialismo. Pero sus actos le parecen tachados de ineficacia: ha perdido su poder sobre la historia y no puede cambiar el curso de ella.

Entre los motivos que invocaba antes de la huelga del 4 de junio, para justificar su negativa de tomar parte en ella, he dicho que no eran generales. Eso no es del todo cierto. Se señala, de vez en cuando, una declaración que puede pasar por una apreciación general: el obrero reconoce que está harto. ¿Pero de qué? ¿Del Partido Comunista? ¿De la C.G.T.? ¿De Moscú? No: de la política. Y no es la política del P.C. la que le asquea, sino toda clase de política. Hoy se oye decir a los obreros: “Estoy harto de la política”, o bien a mujeres que dicen a sus maridos: “No deberías ocuparte de política: ¿de qué sirve eso?” ¿De qué sirve eso, *puesto que no se va a cambiar nada*? Lo que se censura no es la *actividad política en general*; puede ser conveniente en otros países, en otros tiempos, o para otros hombres; a los obreros franceses, en 1952, les está prohibida: “La política no se ha hecho para los pequeños”. Por el momento sólo se hallarán estas reflexiones en la boca de las mujeres... y de algunos hombres. No importa: es un signo. En primer lugar, porque la huelga de junio, más que una maniobra, debía ser una manifestación de solidaridad; la clase obrera debía reunirse en torno de sus jefes amenazados; el día en que los trabajadores llamen “política” a todo lo que desborde de los cuadros de su interés inmediato, será el fin del proletariado. En los momentos que la clase obrera tiene la conciencia de su fuerza, no se le ocurre la idea de poner límites a su acción; todo lo contrario, la consigna más estrecha se hace radical por sí sola, y la acción local rehace el movimiento de conjunto. Pero cuando uno se limita a defender los salarios cotidianos, se deja la iniciativa del patronato, se está a la defensiva, se renuncia a ganar por el miedo a perder, y por no actuar a la vez en todos los factores de la vida social, se impide quizás la baja de los salarios nominales pero no la subida de los precios. He aquí porqué el verdadero, el único límite que el obrero reconoce a sus actos es el de su eficacia: si hoy se encierra en su interés personal, es porque se le impide salir de él y si *ya no quiere* “hacer” política, no es por obedecer a una concepción teórica del sindicalismo: es sencillamente porque *ya no puede* hacerla. Es normal que la burguesía triunfe; pero yo me dirijo una vez más a todos los que se llaman al mismo tiempo marxistas y anticomunistas, y se regocijan hoy porque la clase obrera “está a punto de separarse del P.C.”; les recuerdo esa frase de Marx que han leído, releído y comentado cien veces: “El proletariado no puede actuar como clase más que constituyéndose en partido político distinto”, y les pido que saquen las consecuencias de ella: sea

lo que fuera lo que piense de los “stalinistas”, aun cuando estimen que las masas se engañan o son engañadas, ¿qué es lo que mantendría su cohesión, lo que aseguraría la eficacia de su acción, sino el propio P.C.?

El “proletariado constituido en partido político distinto”, ¿qué es, en la Francia de hoy, más que el conjunto de los trabajadores organizados por el P.C.? Si la clase obrera se quiere separar del Partido, solo dispone de un medio: convertirse en polvo.

Para ocultar a las masas esa inquietante verdad, Robinet, muy pronto seguido por toda la prensa, ha celebrado la *victoria del proletariado*. Admirable precaución; comprando *Paris-Presse* o *France-Soir*, el 5 de junio el obrero conoce la *opinión de la clase obrera*: ha juzgado que la huelga era contraria a sus intereses de clase y ha desautorizado a sus dirigentes. Desconcertado, deja el diario y se pregunta si pensaba todo eso el 4 de junio: sin embargo, recuerda que no ha rechazado *verdaderamente* la huelga, ni juzgado la política del P.C., que ha preferido su interés particular por no saber reconocer y preferir los intereses de su clase y que ha vuelto a su casa, inseguro, ni muy orgulloso, ni muy feliz. Ahora bien, he aquí que estas rumias, multiplicadas, se metamorfosean y se convierten en el veredicto sagrado del proletariado. Extraña virtud de las estadísticas: la abstención de los trabajadores picardos y provenzales, le dan el significado de su pequeña defección solitaria. Creía sencillamente escaparse; *objetivamente*, tomaba parte en un plebiscito. Considera con asombro esta opinión que acaba de conocer y que es, al mismo tiempo, la suya y la de todos; quizás se interroga ya acerca de la actitud que debe tomar frente “a un partido desautorizado por a clase obrera”. Pero no: no lo hará. Comienza a sospechar que le quieren hacer tomar a los molinos por gigantes, y la masa inorganizada de los no huelguistas por esa colectividad organizada que debe ser el proletariado.

Esta vez tocamos el fondo del problema: si la clase puede desautorizar al Partido, es necesario que pueda rehacer su unidad fuera de él y contra él. ¿Es posible esto? Según la respuesta que se dé, el P.C. será o no reemplazable, y su autoridad legítima o usurpada. Los hechos no han permitido descubrir en el asunto del 4 de junio la presencia de una realidad colectiva. Pero hay más: no sólo no hemos *visto* que la clase se alzaba contra el Partido, sino que se puede mostrar que semejante

oposición no es siquiera concebible. Ya nadie cree en el proletariado-fetiché, entidad metafísica a la cual se enajenarían los trabajadores. Hay hombres, animales y cosas. Y los hombres son seres reales y singulares que forman parte de conjuntos históricos y no son comparables ni a los átomos ni a las células de un organismo. ¿Unidos? ¿Separados? Lo uno y lo otro. No hay separación que no sea un modo de presencia, ni relación tan íntima que no suponga una ausencia secreta. Si la clase existe, será como una proximidad nueva de cada cual y de todos, como un modo de presencia que se realiza a través y contra las fuerzas separadoras: hará *la unidad* de los trabajadores. El sofisma del anticomunismo, es que simultáneamente recurre a dos procedimientos contradictorios: para quitar a los comunistas el mérito de haber unificado a las masas, comienza por hacer de la clase una especie de unidad pasiva; luego, para alzarla contra ellos, la dota de una misteriosa espontaneidad. Creo, pues, necesario recordar algunas verdades que son conocidas de todos y que parecen bastante olvidadas. Se aceptará que no tengo la ambición de hacer o de rehacer una teoría del proletariado: sólo quiero mostrar que la unidad de clase no puede ser ni recibida pasivamente ni espontáneamente producida.

1° No puede soportarse

La unidad de los trabajadores no puede ser engendrada mecánicamente por la identidad de los intereses o de las condiciones.

Lo relativo a los intereses es evidente: su identidad engendra la competencia y los conflictos. En cuanto a la condición es otro caso. Como no construyo teorías, he tomado esa palabra para designar en general el modo de trabajo y de remuneración, el género y el nivel de vida, las relaciones sociales. En la práctica cotidiana, esos criterios bastan: *situaré* a ese recién venido, si me dicen lo que gana y lo que hace, ¿se quedará contento si hay que establecer su pertenencia a una clase?

El sociólogo se contenta. Sólo quiere hechos; sin embargo no los acepta todos; las jornadas de junio de 1848, la Comuna, la huelga de Decazeville, eran hechos; no lo tendrá en cuenta. ¿Hubo muertos? ¿Y luego? ¿Acaso se prueba la existencia de una clase muriendo por ella?

Si el proletariado existe, es necesario que sea con una entera objetividad científica y como un objeto inerte que el sabio considera desde el exterior. Si se quiere demostrar que ciertos factores objetivos determinan la condición de los trabajadores manuales, si esta condición es igual para todos si cada cual reacciona a ella mediante comportamientos semejantes, se habrá establecido la realidad del proletariado. Los mismos factores, las mismas situaciones, las mismas reacciones: he aquí la clase.

Después de esto, claro está, los unos probarán que hay clases ("considerando que hemos establecido mediante métodos rigurosos los caracteres específicos de la clase obrera, le reconocemos la dignidad de objeto real") y los otros que no las hay ("considerando que una encuesta rigurosa no ha permitido establecer los caracteres objetivos propios de ella, concluimos que la pretendida clase obrera es una ilusión"). No les doy la razón a ninguno: sus justas cortesías ocultan una complicidad profunda: los unos pretenden que el proletariado es una *cosa* real, los otros que es una *cosa* imaginaria; los unos y los otros están de acuerdo en "reificarlo". Y el método, el más ladino, es el que proclama en alta voz la existencia de ella para reducirla en seguida a la de un saco de patatas. Mirad, tomemos a los mejores: han abordado los problemas sin ideas preconcebidas y han recurrido a las estadísticas para determinar experimentalmente los caracteres de clase. Fuera incluso de las actividades impuestas por la producción y en los dominios donde parece gozar de una relativa independencia, se constatará que el proletario se distingue de los otros hombres por su conducta; su condición le da una naturaleza, es decir, un "hábito primero"; en términos marxistas, la producción produce al productor. Por ejemplo, el estudio comparativo de los presupuestos saca a la luz ciertas constantes específicas del consumo obrero. Al extender sus investigaciones al lenguaje, a la mímica, a la sexualidad, etc., los investigadores terminarán por establecer con un rigor positivo..., lo que salta a los ojos. Que en la actualidad relacionan esas constantes con ciertas constantes sociales; que establecen relaciones funcionales entre unas y otros. Que van aún más lejos: que pasan de la estática a la dinámica, y sacan a la luz la incidencia de procesos sociales en vía de evolución en el comportamiento del proletario. ¿Habrán descubierto, por fin, la clase? Lo dicen, pero yo creo más bien que habrán transformado el proletariado en especie zoológica. Si se tratan los

miembros de un grupo social como los productos pasivos e intercambiables de factores universales y si se comienza por separar todas las influencias que esos individuos pueden ejercer unos sobre otros, qué se espera hallar en fin de cuentas, si no la especie, esa soledad sin esperanza y siempre repetida; creíamos habérmolas con sociólogos; era un error; eran entomólogos. También he conocido entomólogos. Uno, sobre todo, que estaba dedicado a los cangrejos. Pasaba por alto las singularidades que sólo interesan a los cangrejos, como las relaciones de cangrejo a cangrejo; de ahí, sin esfuerzo, sacaba en conclusión la identidad absoluta de todos los representantes de la especie. Después de lo cual, construía dispositivos ingeniosos para estudiar la acción de las corrientes alternas sobre el psiquismo del cangrejo eterno. ¿Cómo asombrarse de ello cuando había reducido sus dieciocho mil ejemplares a no ser más que las dieciocho mil reproducciones de un solo modelo?

Bien está cuando se trata de cangrejos: se tendrá menos indulgencia para los que aplican el método a los hombres esclavizados y que reemplazan a los soldados de una unidad combatiente por los productos inertes de factores objetivos. Comienzo a sospechar que nuestros sociólogos nos han mixtificado un poco: por cada noción, han sustituido un concepto-ersatz que se le asemeja y que prueba exactamente lo contrario de lo que pretende demostrar. En nombre de la objetividad, han apartado todas las pruebas de una *praxis* obrera; en su lugar, producen falsos acontecimientos que se convierten en polvo cuando se los toca, y la unidad engañosa de sus medios oculta la infinita dispersión de los incidentes que hacen entrar en ella. El obrero consume mucha carne ¡y de calidad mediocre! ¿Después? Convengo en que en Vitry, en Saint-Denis, los mismos malos trozos aparezcan diariamente en las mesas, pero en vano se tratará de hacerme tomar esas mil comidas por un acontecimiento colectivo: no se hace más que sumar reacciones solitarias que quizás pueden tener su causa en un mismo proceso objetivo, pero que se desparraman en el polvo de los suburbios industriales como las mil gotas de una misma nube; pretenden mostrarnos hechos humanos y nos ponen en su lugar hechos físicos. Privado de la cultura, se dice, exiliado del corazón exquisito de la sociedad, mantenido en la dependencia de la naturaleza por la fatiga y las duras necesidades, el trabajador manual se inclina a preferir la cantidad a la calidad. Pues bien, ¿qué habéis hecho? Habéis

definido a los hombres por una causa privativa y por la acción mecánica de la necesidad; se diría que nos dais la receta para fabricarlos.

¿Se dirá que el análisis no es serio? ¿Que se enumeran una pluralidad de causas sin relación entre sí, que no se une al trabajador con el sistema de la producción? Es cierto. Pero no se trata de cambiar los factores: hay que cambiar de prejuicio. Mirad: he aquí una definición de Bujarin que he encontrado en el libro de Goldmann ³⁰:

“Una clase social es una colectividad de personas que desempeñan el mismo papel en la producción y que sostienen las mismas relaciones de producción con las otras personas que participan en el proceso de la producción”.

Esta vez se pone el acento en la producción ¿pero qué hemos ganado con ello? Para decirlo todo, la definición es tonta y poco marxista: quiere definirse la clase, en efecto, por la *similitud* de las personas; éstas desempeñan el *mismo papel*, tienen las *mismas relaciones* con las otras personas. ¿Bastará llamarlas “colectividad” para que formen una clase entre ellas? Pero esta colectividad, o bien es una suma y entonces volvemos a la especie... o bien es una *totalidad*, pero, en ese caso, habría que dar el principio generador en la definición misma. Sí, Marx ha dicho que la producción producía al productor; pero cuando se hiciera del proceso productivo una causa única y monstruosa que produjera cien mil encarnaciones de la esencia obrera, la unidad de la operación no podría garantizar la unidad sintética de los productos. Si el proletariado es sólo el desecho inerte de la industrialización, se derrumbará en una polvareda de partículas idénticas. La unidad viva del “proceso” capitalista puede marcar con su sello los obreros que crea; al refractarse en un medio inerte y sin cohesión, se multiplica y se convierte en la identidad formal de la diversidad: una luna no puede unir las olas; la dispersión de las olas es la que esparce las lunas en todo el mar. En resumen, desconfío de Bujarin: su definición es mecanicista, como las de Sorokin, Gurvitch y Halbwachs.

Todos esos sabios nos habían prometido hacernos ver la unidad de una clase y nos han mostrado la identidad de las piezas de una colección. Ahora bien, unidad e identidad son principios contrarios de los cuales el primero une los lazos concretos entre las personas y el

³⁰ L. Goldmann: *Las Ciencias Humanas y la Filosofía*.

segundo los lazos abstractos entre los casos. Así al pretender reconstruir el proletariado, su método destruía toda posibilidad de enlace real entre sus miembros: para permanecer inalterada, la identidad de esencia exige la separación absoluta de las existencias. Si el obrero de Lens y el de Amiens pudieran conocerse, si cada cual, al hacerse, hiciese al otro, en resumen, si participasen en el mismo combate, cada cual, en su realidad viva, dependería del otro y se asemejarían tanto menos cuanto más estrechamente estuvieran unidos; por la comunidad de la acción y en la soledad, cada cual se haría persona y el sociólogo ya no tendría ni medio ni pretexto de estudiar separadamente las conductas individuales, ya que todas se relacionarían con la empresa colectiva y se definirían por ella.³¹ A la inversa; si ha sustituido la identidad de condición a la unidad de clase, es para persuadirnos de que la acción colectiva es un sueño imposible. Si los obreros están *hechos* antes de unirse, la acción no podrá *Hacerlos* ya; los factores externos les han dado una *naturaleza*; desde entonces, cualesquiera que sean sus relaciones humanas, resbalarán sobre ellos sin marcarlos. Un proletario escribía acerca del proletario, aquí mismo, el mes pasado:

“Se le reconoce entre mil. Todo en él es característico, el lenguaje, el andar, los gestos, la silueta borrosa, el modo de comer, de beber, de divertirse, de amar, de odiar”.

He aquí uno que da la razón de vuestras estadísticas. Sólo hay que hacer una reserva: ese obrero que nos describe está perfectamente desesperado. He aquí donde yo quería venir a parar: vuestra sociología sólo se aplica al trabajador si la miseria le ha reducido a la desesperación, la que le devuelve su resignación, su pasividad, su abandono; y es también lo que Robinet, sociólogo sin saberlo, quería reflejar en el proletariado. Esta clase victoriosa que evocaba en su clarín, era una suma de desesperaciones y de soledades; lo que nos presentaba como una reacción colectiva era el término medio de los desalientos; y lo que había de *idéntico* entre todos esos hombres agotados era la voluntad de no unirse. Robinet ha dado el derecho de sufragio a la clase obrera para que pudiese declarar públicamente que no existía.

³¹ Lo que hace las cosas más sospechosas aún, es que la sociología de los primitivos no cae *nunca* bajo esos reproches. Allí se estudian los verdaderos *conjuntos significativos*.

En realidad, qué le costaba, al *Figaro*, reconocer a los trabajadores esa especie de cohesión pasiva que da la identidad de condición; la prensa burguesa ha establecido desde hace mucho tiempo que no hay unidad *dada*. La inercia es ausencia de lazos, por lo tanto, divisibilidad indefinida: hay que contar, tirar las líneas, retener sin cesar las conjunciones de elementos distintos que van a dislocarse; en resumen, la unidad es sólo el revés de un acto unificador. Miradla, más de cerca, esa "clase" que felicita Robinet: se descompone. Que se halla en su lugar: torbellinos moleculares, una multiplicidad de reacciones infinitesimales que se refuerzan o se anulan y cuya resultante es una fuerza más física que humana.³² Es *la masa*. La masa, es decir, *precisamente* la clase negada: ya que los efectos que produce tienen siempre su causa fuera de ellos en una pululación de conductas liliputienses, la masa es *exterioridad*: no puede tener necesidades, sentimientos, voluntad, ni conducta; porque los individuos, al decidir cada cual por sí, no han previsto ni querido el resultado público de sus cien mil voluntades privadas. Es un *fragmento de naturaleza* que permanece en el seno de nuestras sociedades. Claro está, que sólo sabe destruir: para edificar se necesitaría ya que no la unidad de una persona, al menos la de una organización o de una empresa. Finalmente, se compone de elementos irresponsables: en puridad, los trabajadores no saben lo que hacen, ya que sus actos singulares se agrandan a lo lejos, se añaden a acciones desconocidas y vuelven a ellos finalmente en forma de tempestades imbéciles. ¿Las jornadas revolucionarias? Sólo son grandes pánicos: las bestias salen de sus agujeros impulsadas por el hambre o el miedo, dan vueltas por la ciudad, rompen, queman, saquean y vuelven a sus guaridas. ¿El odio de clase? ¿Cómo podría amar, u odiar, ese desorden de moléculas? Simplemente su estado mecánico y su perpetua desintegración corren el riesgo de hacernos ver un enemigo del hombre en lo que sólo es la naturaleza mecánica del seno del antífisis.

Se nos quiere hacer tomar por un veredicto de clase, la reacción obrera a la huelga del 4 de junio. Pero, en el fondo de sí, Robinet está convencido de que se trata de un pánico de la masa. Tiene todos sus caracteres: los resultados de conjunto no han sido previstos ni deseados por los particulares; tienen un carácter negativo; no revelan ninguna intención *colectiva*; no han tenido como efecto unir a los

³² *Gravitación, Peso específico*. (N. a esta Ed.)

obreros, sino, por el contrario, aumentar su soledad y las distancias que los separan. ¿Qué quiere decir esto? ¿Que no existe la clase? Eso es precisamente lo que se nos quiere hacer creer. Pero sabemos muy bien que el mundo obrero no es una zarabanda de átomos: incluso el 4 de junio, entre otros muchos puntos, acerca de otros objetivos, los trabajadores realizaban acciones comunes. Lo que hemos sabido es que la masa está en un estado extremo de soledad y de abandono, donde el obrero no ha caído nunca, quizás, pero al cual se acerca cada vez que rompe la disciplina y escapa a sus organizaciones. La simple condición objetiva de productor definía el hombre concreto, sus necesidades, sus problemas vitales, la orientación de su pensamiento, la naturaleza de sus relaciones con los demás: no decide su permanencia a la clase. Si el lazo de solidaridad se rompía, el obrero seguiría siendo un productor, un trabajador manual, un asalariado, pero ya no sería completamente un proletario, es decir, un miembro activo del proletariado? Las clases no son, se las hace.

¿Quién las hace? Yo no, dice el burgués. Y es verdad. Bajo el Antiguo Régimen la división en órdenes se mantenía por la aristocracia y el monarca; las clases eran instituciones oficiales con estatutos. Nada más claro: el privilegio conserva una jerarquía que le favorece y el oprimido quiere hacer saltar los muros que le aprisionan. Pero hoy, por una vuelta prodigiosa, el privilegiado es quien niega las clases y el oprimido quien las reivindica. La burguesía no ha pensado jamás en imponer un estatuto de clases a los trabajadores: todo lo contrario, sus juristas han hecho desaparecer rápidamente de los códigos y las constituciones todo lo que podía parecer una desigualdad de principio. “La verdadera sociedad sin clases”, dice el liberal, “es la sociedad capitalista”. Y yo creo, en efecto, que el ideal burgués sería una sociedad sin clases y opresora..., es decir, sencillamente una sociedad donde el oprimido aceptase la opresión. La operación que la burguesía prosigue desde hace doscientos años, con recursos infinitos, tiene como fin impedir que el obrero se convierta en proletariado quitándole los medios de ser hombre: se mantendrá a los individuos en estado de aislamiento y a las multitudes trabajadoras en estado de fluidez, tan cierto es que la opresión tiende a convertirse en su propia prueba y hacer a los oprimidos lo necesario para que la legitimen: hay que acusar a la burguesía de entregarse contra el proletariado a una tentativa permanente de “masificación”. A la inversa, la clase se hace y

se rehace incesantemente contra esta tentativa: la clase es movimiento, acción y su grado de integración se mide por la intensidad de la lucha que lleva contra la maniobra burguesa. La clase, unidad real de muchedumbres y de masas históricas, se manifiesta mediante una operación caduca y que representa una intención; no es separable nunca de la voluntad concreta que la anima ni de los fines que persigue. El proletariado se hace a sí mismo, por su acción cotidiana; no es más que un acto, sólo un acto; si deja de actuar, se descompone.

No digo nada nuevo: todo eso se hallaría en Marx. Éste ha marcado fuertemente que la identidad de las necesidades enfrentaba a los individuos:

“La organización de los proletarios en clase... se rompe en todo instante... por la competencia de los obreros entre sí.”

Lo que permite a los obreros superar sus antagonismos es la lucha contra el patronato:

“El proletario pasa por diferentes fases de desarrollo, su lucha contra la burguesía comienza con su misma existencia. Al principio, la lucha la entablan obreros aislados... En esta fase, los obreros forman una masa diseminada por todo el país y dividida por la competencia...”

¿Por qué puede Marx, en este texto, hablar indiferente de proletariado y de “masa... dividida, diseminada” para designar el mismo objeto? Es que encuentra ya entre los obreros una superación de la situación que les ha sido hecha, una combatividad que debe *necesariamente* producir su unión. El obrero se hace proletario en la misma medida en que rechaza su estado. Para los que la miseria, el agotamiento, las circunstancias inclinan a la resignación, Marx tiene palabras muy duras: son “brutos”, “sub-hombres”. Pero no los censura ni los condena: los juzga categóricamente. El obrero es un sub-hombre cuando acepta sencillamente ser lo que es..., es decir, cuando se identifica a ese puro producto de la producción. Ese sub-hombre sólo se hará hombre “adquiriendo la conciencia de su sub-humanidad”. Su realidad humana no está, pues, *en lo que es*, sino *en su negativa de serlo*, es decir, en su “rebeldía contra la destitución”. Puede, sin duda, tratar de escapar a su condición por sus propios medios, atravesar la línea e integrarse en la burguesía; será un tráfuga. La existencia de estos tráfugas es la que lleva a Marx a precisar que la rebeldía debe

contener un principio de unión: será proletario el trabajador que quiera obtener un cambio para sus semejantes tanto como para sí mismo; sólo entonces “tendrá por tarea real el revolucionar sus condiciones de existencia”. A partir de ahí, las fases de la lucha se confunden con los momentos de la unificación. El proletariado “se mantiene en movimiento por las consecuencias de sus actos”. El movimiento es el que mantiene juntos los elementos separados, la clase es un sistema en movimiento, si se detuviera, los individuos volverían a su inercia y a su soledad.

Ese movimiento dirigido, intencional y práctico exige una *organización*. Por eso, Marx ha podido hablar de “una organización en clase”, fórmula que nos lleva muy lejos de la definición de Bujarin: la clase se *organiza*. No para disfrutar de sí misma, sino para alcanzar objetivos concretos. La definición que Marx da del comunismo, se puede aplicar igualmente al proletariado:

“Éste no es un estado estable, un ideal al cual deberá adaptarse la realidad... (es) el movimiento *real* que abolió el presente estado de cosas.”

Se comprende, a partir de ahí, porqué Marx definió con frecuencia la clase por su *praxis*: “El proletariado será revolucionario o *no será*”;³³ y, porqué, finalmente, se niega a distinguir entre la acción, la totalidad de los agentes y el aparato que los reúne:

“El proletariado no puede actuar *como clase*, más que constituyéndose en partido político distinto.”

Sin duda el régimen de la producción es la condición necesaria para que una clase exista; la revolución histórica entera, el proceso del capital y el papel obrero en la sociedad burguesa son los que impedirán que el proletariado sea un grupo arbitrario de individuos; pero esa condición no es *suficiente*; se necesita la *praxis*. Poco importa que esta *praxis* sea o no engendrada *dialécticamente* a partir de la condición proletaria: lo peculiar de la dialéctica, es que sus momentos superan y retienen en sí los momentos anteriores. Al realizar su tarea real, el obrero manifiesta al proletario y se hace proletario: es notable que Marx, cuando esboza una especie de descripción fenomenológica del obrero combatiente, le halla caracteres *enteramente nuevos* y que nacen precisamente de la lucha: los proletarios “hacen de su actividad

³³ El subrayado es mío.

revolucionaria la mayor alegría de su vida”; el economista se equivocaría grandemente si creyese que el obrero calcula el costo de la huelga: "(eso sería ignorar que) los obreros tienen el corazón generoso...". Eso significa que colocan su realidad de hombres mucho más en la *praxis* colectiva que en la satisfacción de sus necesidades personales.

"Cuando los obreros comunistas se reúnen, tienen como fin primero la doctrina, la propaganda, etc. Pero al mismo tiempo se apropian por eso una nueva necesidad, la necesidad de la sociedad, y lo que parecía un medio se convierte en un fin."

Al pasar de la masa a la clase, el obrero echa nueva piel: si la presión de las circunstancias, la derrota o el agotamiento le llevan a la consideración de sus intereses, cae fuera de la clase y se convierte de nuevo en lo que han hecho de él. Se dice que la clase obrera ha manifestado su desaprobación al P.C. ¿De qué clase se habla? De ese proletariado que Marx acaba de definir, con sus cuadros, su aparato, sus organizaciones, su partido. ¿Habría sido necesario que *afirmase su unidad* contra los comunistas, que se manifestase *como clase* a través de la desautorización que infligía al P.C.? ¿Pero dónde hallar los jefes, los folletos, las consignas?; ¿dónde adquirir esa disciplina y esa fuerza que caracterizan a una clase combatiente? ¿Es posible imaginarse la potencia que habrían necesitado las organizaciones clandestinas para llevar a cabo una tarea semejante y para levantar, de Lille a Mentón, a todos los trabajadores contra sus dirigentes? Para arrastrar a "las masas" a una desautorización colectiva del P.C., se necesitaba nada menos que el propio P.C.³⁴.

2º La unidad de los trabajadores no se produce espontáneamente

"Sin duda. Si esa desautorización hubiera sido provocada, nos habría producido menos placer. ¿Qué tenemos que ver con las manifestaciones inspiradas? No deseamos dar nuevos tiranos a las masas, sino devolverles la libertad: a nuestros ojos, la reacción del 4 de junio sólo tiene importancia por haber sido *espontánea*."

³⁴ En noviembre-diciembre de 1947, después del referéndum relativo a la huelga general, hubo resistencias. Pero sólo fueron eficaces en las empresas donde existía una organización no cegetista (sindicatos cristianos, etcétera).

Un rumor anuncia que el anticomunista ha dado en el blanco: después de las' lágrimas de Rousseau, la espontaneidad se beneficia de un perjuicio favorable: el primer movimiento es el bueno; siempre se vuelve a la primera impresión. Con qué orgullo infantil mostramos nuestra verdad más secreta al sol de todo el mundo: "Sí, soy yo, es muy mío, soy muy yo, yo soy así." En esa dosis de naturaleza y de libertad, la libertad se somete a la naturaleza; uno inventa como es; rompiendo con la costumbre y la regla, adaptado a las circunstancias sin ser determinado por ellas, el impulso espontáneo es un comienzo, un hallazgo pero que refleja nuestra esencia singular. Eso significa subordinar el hacer al ser, la acción a la pasión, lo visible a lo invisible; el hombre "espontáneo" escapa a la dura necesidad de unificar sin cesar lo que piensa, lo que siente y lo que hace; la unidad de su persona está allí ya, se abre, como una rosa en las tinieblas; es la convergencia secreta que los historiadores descubrirán en sus actos. En lugar de hacerse, se coge y se respira. Basta: el tema ha inspirado una literatura muy importante; se la consultará no sin repugnancia pero con fruto.

Lo que es nuevo –en fin, no *muy* nuevo: un siglo– es que se utilice la espontaneidad con fines políticos. Eso se ha hecho por sí solo: se trataban los hechos sociales como cosas, se ha puesto a tratarlos como gentes: ¡y he aquí que las masas se hacen espontáneas! Buena, justa, auténtica, su espontaneidad enterneció a todo el mundo y su veredicto no tiene apelación como el de los perros y los niños: bien loco y malo sería el Gobierno que se opusiera a ella. Mirad: en Túnez, para no ir más lejos, si se hubiera probado que los pueblos deseaban *espontáneamente* nuestra partida, se comprenderá que no nos quedaríamos un minuto más. Pero la triste verdad, es que las perturbaciones han sido *provocadas*. Razonemos: la organización ahoga los libres impulsos del corazón, *luego* la espontaneidad *verdadera* no soporta el ser organizada. *Luego*, un motín no *puede* ser espontáneo: forzosamente, ya que no hay motines sin jefe. ¿Preguntáis qué es lo espontáneo? ¡Vamos! El libre consentimiento de la opresión. No creáis, por otra parte, que los partidos de masa razonan de modo distinto: lo que prefieren, en este orden de ideas, es la espontaneidad dirigida; en las manifestaciones preparadas, encuadradas, sin sorpresas reconocen gustosos la impetuosidad de un torrente; pero, por ejemplo, lo que odian, es lo imprevisto y todas esas marejadas imbéciles que

desbordan a los jefes y los ahogan: éstas están fomentadas por el adversario. Todavía hoy, no se relee sin alegría la prensa de julio de 1936; como se celebraba aún la victoria del Frente Popular, las masas se apresuraron a ocupar las fábricas; todo el mundo se miró; y se preguntó: ¿Quién mueve los hilos? Claro, decían los patronos, son los comunistas; un obrero comunista decía a Simone Weil: son los patronos. También se habló de Hitler y de la quinta columna. Para *Le Temps* el culpable era Thorez; para Thorez, era Trotsky; pero nadie, en aquella época habría atribuido el movimiento a la espontaneidad de las masas: ¡piénsenlo bien! ¿Un movimiento que nace *por si solo*, que *no tiene* jefes? Hay algo detrás de eso.

El 4 de junio, por el contrario, es perfectamente tranquilizador: las masas no han reaccionado en absoluto. ¡Enhorabuena! He aquí una excelente espontaneidad muy apática. La prensa anticomunista exultaba: “Silencio elocuente: el pueblo ha hablado”. En vano se objetará que la voluntad colectiva no se reduce a la suma de las espontaneidades individuales. 98 % de abstenciones; ¿eso no os dice nada? ¿No sentís la clase de ese mutismo? ¿Y que es un grito desgarrador, el más desesperado, quizás, que han percibido los oídos humanos? Hay una rigidez, un endurecimiento de la conciencia obrera. ¿Dónde habita esa conciencia eréctil? En el inconsciente, claro está; allí se erige túrgida y en primer lugar invisible, para esparcirse en seguida en millares de negativas.

Para hacer una clase sin abandonar vuestro despacho, la receta es sencilla: tomad la masa –que es el nombre puro– y hacedla pasar por la multitud –que es un organismo rudimentario–; de la multitud se hace una persona, por ejemplo, una mendiga inspirada: ya no quedará más que descifrar sus mensajes. ¿Y si se callase? No temáis: se tienen medios para hacerla hablar. Mirad; en el caso que nos ocupa tiene más bien el aire de querer callarse: entre los obreros que han rechazado la huelga, ninguno tenía la intención *confesada* de desaprobarnos al P.C.; eso no importa: la izquierda anticomunista nos recuerda acerca de ello un pensamiento de Marx: Poco importa lo que un proletario crea que hace; lo importante es lo que se ve obligado a hacer. No hay que decir que se puede dar a esta fórmula un sentido puramente objetivista... que es lo que parece haber hecho Marx: las ideas que formamos acerca de nuestros actos no modifican su lógica interna, la estructura objetiva, ni las consecuencias históricas. Pero es una interpretación

peligrosa: llevaría a concluir que ciertos factores objetivos han mantenido a los obreros, el 4 de junio, en *estado de dispersión*, han acrecentado su "masificación". Si no hubiera que considerar más que los actos y los contenidos de la conciencia, ¿en qué se convertiría el impulso revolucionario del proletariado? ¿Y dónde pararía su combatividad? ¿Y no decía Marx que el proletariado sería revolucionario o no lo sería? Ahora bien, es, es *preciso que sea*, de lo contrario los marxistas anti-comunistas perderían su esperanza y su razón de ser. Luego, *debe* existir en el proletariado, burlado, extraviado, falseado por los malos, un impulso. ¿No se encuentra la huella de él? Es porque no es directamente accesible a nuestros sentidos. Bastará tomar la fórmula de Marx acerca del psicoanálisis: la conciencia es mentira, mentiras las razones de actuar que da: el análisis de los actos y de su significación subjetiva nos lleva a la espontaneidad profunda que es su origen. Si no reconocéis esta espontaneidad, concluiréis sencillamente que la abstención de los trabajadores, sus vacilaciones, sin incertidumbres revelan su estado objetivo de agotamiento; pero, si comenzáis por pensar que el proletariado *debe ser* en todo tiempo y en todo lugar un revolucionario, y si aclaráis su actitud por su misión histórica, *entonces* el desaliento y la inercia de que ha dado prueba sólo *pueden ser* el aspecto superficial y engañoso de un impulso profundo; ya que es *necesariamente* activo, su pasividad es la forma de acción que ha elegido, porque se adapta a las circunstancias. En términos de espontaneidad, la abstención se convierte en censura. Para un marxista staliniano la *praxis* revolucionaria de las masas no podría confundirse con las maniobras que ejecutan bajo la dirección del P.C. y como no hacen más que estas maniobras, su *verdadera praxis* se manifiesta por lo que no hacen. Hemos visto, hace poco que la libertad se mezclaba con la naturaleza: igualmente, aquí objetivo y subjetivo se mezclan y finalmente aparece una realidad extraña que es a la vez la unidad objetiva e inaccesible de las masas, si se considera de su dispersión, y su impulso subjetivo e invisible si se la deduce de su inmovilidad provisional. Ese concepto ambivalente se nos propone en seguida bajo el nombre de clase. Parece como si se llamase clase la espontaneidad subjetiva de las masas siempre que se reciba desde fuera como su unidad objetiva. Como la espontaneidad se sitúa detrás de las conciencias individuales, la unidad objetiva se colocará detrás de su dispersión. Naturalmente, la experiencia continúa imperturbablemente presentándonos el mismo polvo. No importa: carácter inteligible,

elección anterior a la experiencia, absoluto que se acuña en multitud, unidad en potencia y en derecho de la pluralidad, principio de fuego circulante a través de la inerte materia la clase es la que produce a los hombres y no los hombres los que la producen. Se ha logrado el fin. Porque ése era el fin. Hace un tiempo, con ese candor que da a veces el odio, Laurat escribía³⁵:

“Aislando (a los jefes comunistas) de las gentes honradas, cortándolos de la masa de la nación y de la clase obrera, se les reduciría pronto a la impotencia.”

Y los otros anticomunistas sonreían con amargura: “Cortar eso se dice muy pronto: dadnos el cuchillo.” Ahora bien, he aquí justamente que, bajo el efecto de pequeñas conmociones, las gentes honradas se separan del partido; su imperio sobre las almas les venía de su aquiescencia y bastó una señal de la cruz para enviarlos a los Infiernos.

Perfecto. Pero tengamos buen cuidado de no demostrar mediante el absurdo la necesidad del P.C. Imaginad esto: la clase obrera está poseída; se la exorciza, en el instante en que su diablo se marcha, abre los ojos ¡y se parte en mil pedazos! ¿Nos veis *sin proletariado*? A decir verdad, esta eventualidad no es para asustar al ala derecha del anticomunismo que va repitiendo que el obrero es un loco que se cree proletario; pero el ala izquierda no puede soportar ni siquiera la idea: con la desaparición de su “*Bella Donna*” sin piedad, el marxista no stalinista pierde todo, y en primer lugar el honor de ser fiel sin esperanza. Para uso de él se ha perfeccionado esa noción ecléctica: la clase-impulso; si miráis el mundo a través de esos cristales, veréis la clase por todas partes, aun cuando el proletariado se pulverice; y como se trata de quitar al Partido el mérito de realizar la unidad de acción obrera, se situará el principio mágico de esta unificación en algún lugar entre el régimen objetivo de la producción y la subjetividad del productor como la espontaneidad individual entre el ser y el hacer, como la *libido* freudiana entre el cuerpo y la clara conciencia. Fuerte por su elasticidad, ese proletariado de caucho puede distenderse sin romperse o contraerse sin derrumbarse; se estira y se encoge, se desliza por los intersticios de su jaula y se reúne fuera de ella o bien se comprime, se descuelga, rueda entre los barrotes del aparato y va a rebotar más lejos, en medio de sus verdaderos amigos.

³⁵ Laurat: *Del Komintern al Kominform*.

Esas tonterías halagan el optimismo socialista como las charlatanerías acerca de la “bondad natural” halagaban el optimismo burgués: razón de más para desconfiar de ellos: el optimismo y el pesimismo son las dos caras de una misma mixtificación. Cuando la tasa de la muerte voluntaria se eleva, ¿acaso deploramos un endurecimiento de “la voluntad nacional de suicidio”? Y cuando baja, ¿hay que felicitarse de la afirmación del instinto nacional de vida? No me digáis que la clase existe y que la nación es sólo un ente de razón, ya que es precisamente lo que habría que probar. Porque os apoyáis en la identidad de clase (es decir, en la identidad de las condiciones) para probar su espontaneidad, y en su espontaneidad para establecer su unidad. Pero dejemos eso, admitamos que las abstenciones del 4 de junio revelan una desautorización colectiva y veamos a dónde nos lleva eso.

Abro un periódico trotskysta que comenta los últimos acontecimientos.³⁶ De acuerdo a uno de los redactores, Germain, el origen del descontento obrero se remonta a 1944: desde la Liberación a fines de 1945, las masas han tenido varias ocasiones de tomar el poder y se las ha obligado a dejar pasar su oportunidad; de este modo los dirigentes del P.C. han hecho “violencia al instinto y al dinamismo revolucionario de millones de militantes”. ¿De Gaulle aplastó a la clase obrera? Nada de eso, responde Germain, que recuerda la “completa parálisis” de la clase burguesa en la Liberación. Por otra parte, no se trataba de establecer la dictadura del proletariado. Había que sondear:

“la potencia popular de expresión..., crear y desarrollar los gérmenes de un poder nuevo que las masas habían constituido ellas mismas por otra parte (comités de liberación, comités de fábricas, etc.).”

La oficina política del P.C.F. ha perdido su hora porque Stalin ha sacrificado los obreros de Europa a su voluntad de colaborar con el capitalismo norteamericano.³⁷

³⁶ *La Vérité des travailleurs*, octubre de 1952.

³⁷ Reproche clásico: al fin de la otra guerra, los minoritarios reprochaban a los mayoritarios de la C.G.T. haber sacrificado los intereses de la clase obrera a los de la nación. Greffuelhe escribía: “La burguesía contaba con la obligación de consentir grandes sacrificios al proletariado... Pero se ha recobrado pronto, triunfa” (febrero de 1920), y Monmousseau, en abril de 1920: “La clase obrera está ahí, temblorosa... ¡Pero perdón! No salgamos del corporatismo: La Nación está en peligro...”

La explicación merece otra. Hay que notar, de todos modos, que no tiene nada de específicamente marxista. A decir verdad, el trotskismo a despecho de sí mismo sufre la suerte común de todas las oposiciones: el partido en el poder es realista, ya que afirma y pretende demostrar que lo real es lo único posible; una sola política a seguir; la que soy yo. El opositor declara que al menos había *otra* y que era justamente la mejor, lo que le obliga, a pesar de todo, a tomar una actitud más o menos teñida de idealismo: hay posibles que no se realizan; el proceso *real* deja de ser la medida del hombre puesto que lo que no es más verdadero, más eficaz, más conforme a los intereses generales que lo que es; el análisis sistemático de los hechos desemboca en el no-ser (lo que no ha tenido lugar) y finalmente la explicación de la historia se refiere sin cesar a las ocasiones pérdidas que sólo tienen existencia por haber sido *pensadas*. Éste es precisamente el caso. Cuando Duclos escribe:

“El Partido Comunista... tiene conciencia de no haber dejado escapar ninguna posibilidad histórica... si el camino seguido... hubiera sido diferente, se habría dado un pretexto al fascista de Gaulle, con la ayuda norteamericana, para aplastar a la clase obrera”.³⁸

Germain está en excelentes condiciones de burlarse de él: ¿un *pretexto*? ¿Eso qué es?

“Para un marxista las clases sociales no actúan de acuerdo a los «pretextos», sus intereses y sus relaciones de fuerza son los que les permiten alcanzar esos intereses.”

Sin embargo, Duclos es más fiel que Germain al espíritu del marxismo: Marx está muy lejos de negar la existencia de lo *posible*, pero entiende por ello los momentos de la acción futura, tales como nos aparecen en el curso de su preparación. Dirigentes y militantes deben poder decirse, volviéndose al pasado:

“Hemos hecho todo lo que era posible (es decir, nuestra acción se ha extendido todo lo lejos que permitían las circunstancias)... Sólo era posible lo que hemos hecho (las soluciones que hemos desechado, los acontecimientos han demostrado que eran impracticables).”

³⁸ Discurso de Nantiat, 28 de septiembre.

Esta actitud identifica la realidad con la acción. Todo cuanto es real es *praxis*, todo cuanto es *praxis* es real. Tales son, sin duda alguna, los principios en que el trotskismo se inspira *también*; pero Germain en su calidad de opositor, trata de establecer verdades que no lo contradicen: las masas tenían en Francia la posibilidad inmediata de tomar el poder: esta posibilidad era la más conforme con sus intereses, la mejor adaptada a las circunstancias, la resultante de la relación de las fuerzas en presencia, el camino más corto hacia la Revolución mundial, en suma, la que resumía en sí más *realidad y eficacia*; sin embargo es la que no se realizó; 2° *si* las masas se hubieran apoderado del poder, la burguesía *no se habría* movido. Su actitud es intermedia entre la del militante que analiza la situación presente en vista de la decisión que hay que tomar, y la del teórico que extrae el significado de los acontecimientos pasados. Es cierto que el primero tiene derecho de hacer el inventario de las posibilidades: pero su análisis está sometido a la presión del momento, iluminado por los acontecimientos, modificado por “el proceso histórico”, constantemente rectificado por la experiencia y, finalmente, se experimenta en la misma *praxis*. El teórico puede pretender entregarnos una verdad cierta a condición de atenerse a lo que es y no haber tenido en cuenta lo que *habría podido ser*.³⁹ Germain establece su opinión sobre una realidad muerta; no puede pretender la certidumbre cuando trata de establecer las consecuencias posibles de lo que no ha sido. En cuanto al fin de su investigación, no habiendo existido realmente, será el objeto abstracto de una idea; en una palabra, será porque se piensa. Así se abandona el esquema propiamente marxista por un idealismo probabilista cuyas inducciones se basan en la mayoría de los casos en simples extrapolaciones. Y por otra parte, ¿qué hay que entender por esa palabra ambigua “lo posible”? La clase obrera *podía* vencer: ¡sea! ¿Pero *en qué condiciones*? Las relaciones de fuerza le eran favorables, sus intereses la impulsaban a tomar el poder pero sus jefes se lo impidieron. Admitido: ¿pero *podían* no hacerlo? ¿Qué es lo que les ha hecho lo que son? ¿Su obediencia al Politburó? Pero ya la denunciáis desde hace muchos años; según vosotros, esa relación con Moscú es la que caracteriza al P.C.F. ¿Podía cambiar su estructura fundamental en 1944? ¿Y qué significa eso? Sé que distinguís –no

³⁹ Hablo aquí del historiador marxista y no del historiador burgués, cuyos conceptos eclécticos se ajustan a la vez a lo contingente y a lo necesario, a la libertad y al determinismo.

digo que sin razón— una corriente de izquierda en el Partido y que sostenéis la amena teoría de un P.C. revolucionario a su pesar: ¿pero cómo la izquierda se habría impuesto al día siguiente de la Liberación, cuando se esperaba todo de la URSS, cuando la burguesía parecía reducida a la impotencia, cuando muchos creían aún en el pacifismo norteamericano, si es cierto, como decís, que la dirección del Partido logra incluso hoy, en plena retirada, imponer silencio a los descontentos de la base? ¿La política de la URSS, entonces? ¿Diréis que es la culpable? Quizás: ¿pero en qué momento era posible *cambiarla*? ¿No refleja una sociedad determinada, con sus estructuras económicas y políticas, sus capas sociales y sus conflictos interiores?

¿Hay que remontarse hasta la muerte de Lenin? Hay quienes llegan hasta allí: la partida se habría jugado y perdido hacia 1923-1924; en el otoño de 1924, después de la derrota del proletariado alemán, Stalin habló por primera vez del “Socialismo en un solo país”. Ese día los ángeles lloraron. Se creería que habíamos vuelto al pecado original y a las discusiones de Leibniz con el gran Arnauld acerca de la predestinación: Stalin se convierte en *el padrecito Adán* de la era atómica. La teoría es admisible; se puede admitir que las circunstancias históricas se disponen a veces, pero *muy raramente*. de modo que permitan una acción humana eficaz y que decide la orientación histórica. Si se pierde una buena ocasión, habrá que esperar veinte años, medio siglo quizás, hasta que vuelva otra vez; el trotskismo sería un arte de esperar. ¿Pero en qué se convierte entonces la “posibilidad” de 1944? La suerte estaba echada. Y si algunos entusiastas han podido creer que iban a conducir a la clase obrera a la victoria, es porque habían visto los detalles de la situación sin considerarla en su conjunto.

Otros pretenden, por el contrario —y Germain es quizás uno de ellos— que, incluso en un período contrarrevolucionario, se puede ejercer una acción continua sobre el curso del mundo con tal de que se esté dispuesto a explotar todas las contradicciones. Tienen en favor suyo el acuerdo de Marx y de Engels⁴⁰ y el de Lenin, que se negaba a aplicar al estudio de la historia cotidiana los principios y los métodos que le

⁴⁰ Es decir, una determinación rigurosa pero circunstancial del hecho particular. Poco importa que los hechos particulares se eliminen en seguida y que el curso de la historia —imperceptiblemente retardado o desviado— recobre su dirección de conjunto. Falta que debe explicarse al particular por lo particular; no se tiene el derecho de reemplazar el hecho en la historia universal más que cuando se la ha descifrado enteramente en su particularidad.

servían para descifrar los grandes conjuntos de la historia universal. Se las permite creer que las oscuridades y las vacilaciones de la pequeña historia desaparecerán a la mirada del historiador futuro. Quizás, un día, se verá mejor el lugar y el papel de los acontecimientos actuales; quizás se percibirá entonces que eran *los únicos posibles*. Pero mientras la historia no está acabada, mientras se ve el particular de una perspectiva particular, no se puede explicar el detalle de una política remontándose sin intermediarios a las consideraciones generales. Si el universo es un proceso dialéctico en el cual cada movimiento local tiene su razón en el movimiento de conjunto, los trotskystas podrán comprender la política de Stalin, ¿pero qué harán para condenarla? Habrá sido en todo tiempo y en toda circunstancia lo que debía y lo que podía ser, ni más, ni menos. Quizás habrá que constatar entonces que la mano estaba hechada de modo de hacer *al comienzo* imposible el socialismo. O, por el contrario, como dice Merleau-Ponty:

“El camino que nos parece sinuoso aparecerá quizás cuando las etapas se hayan cumplido y cuando la historia total sea revelada, como el único posible y *a fortiori*, como el más corto.”

De todos modos el P.C.F. está fuera de cuestión. No ha tenido, ni puede tener *posibles no realizados*, más que en el nivel de esta historia vacilante donde los acontecimientos vienen siempre a la cita con retraso o con adelanto, permanecen parcialmente indescifrables, donde un conflicto, cualquiera que sea la profundidad de sus razones, puede, a falta de una causa ocasional, quedar enterrado largo tiempo, como una bomba de efecto retardado. En el caso que consideramos, el conflicto está ahí: es la lucha de clases; la relación de fuerzas es definida: en 1944 la clase obrera tiene la posibilidad concreta de tomar el poder. ¿Qué falta? La causa ocasional: otra orientación de la política comunista.

Pero ocurre esto: el opositor marxista cabalga sobre dos tesis: para demostrar a los “stalinistas” sus errores o sus mentiras, quiere ser irrefutable; utilizará, pues, los métodos y los criterios de la gran historia dialéctica; para establecer, por el contrario, que otra acción sería posible en tal o cual circunstancia, recurre a las inducciones probabilistas. Cuando Duclos se niega a “dar un pretexto” a la represión, Germain se alegra: ¡un pretexto! “¿Desde cuándo los fascistas esperan pretextos para herir al movimiento obrero?” En suma,

el P.C. tiene la ingenuidad de creer que le era *posible* a de Gaulle actuar de otro modo a como lo hizo. ¡Y que esta acción no se *realizó* por falta de ocasión! “Una vez dadas las relaciones de fuerzas”, responde Germain, “se halla siempre un «pretexto» conveniente”. Ved cómo se eleva el debate: de Gaulle se empequeñece a ojos vistas y pierde sus rasgos particulares; primero se convierte en el Fascista... y el Fascista no es nada más que el pleno empleo de los poderes de que dispone, en favor de los intereses que sirve. Luego se funde en su clase y es la burguesía misma la que abrazamos con la mirada. ¿Por qué no hiere al movimiento obrero? Porque no tiene la fuerza para hacerlo. Toda fuerza tiende, por sí sola, a ir hasta el fin de su efecto, teniendo en cuenta las otras fuerzas que se ejercen sobre el mismo punto: el acontecimiento, resultante de fuerzas diversas, es siempre todo cuanto puede ser. En cuanto a los factores de la historia local, se han desvanecido: origen y carácter del equipo en el poder, estructura real de la burguesía en 1944, intereses particulares, prejuicios, creencias, ideologías, necesidad de la política cotidiana, todo se elimina. De Gaulle es considerado como fascista en 1952, *luego* lo era en 1944. Ese general, sin duda poco favorable a la República pero que había prometido restablecerla, ¿podía enredarse en aquella época en contradicciones personales? Eso no tiene acción sobre el curso de las cosas. La burguesía, al día siguiente de una ocupación ruinosa, ¿podía hallar menos costoso el contemporar y resistirse aún a la violencia, incluso estando dispuesta a recurrir a ella? No tiene importancia. Ya que la clase burguesa ha hecho lo que ha hecho, es porque no podía hacer otra cosa. Bien.

Aplico esos principios a la clase obrera: no sabía que hubiese tomado el poder pero me dicen –y lo creo– que tenía interés en tomarlo y que las relaciones de fuerzas le eran favorables: es preciso, pues, que lo tomase sin que eso se supiera. ¡Nada de eso!, dice Germain. *Podía* tomarlo y sus jefes se lo impidieron. ¡Vamos! ¿Y cuáles son esos jefes?

“Los dirigentes del P.C.F. que se atienen a lo que llamamos el conformismo burocrático, es decir, que están dispuestos a ir a derecha o a izquierda en función de las necesidades de la diplomacia del Kremlin y prontos a sacrificar los intereses fundamentales de las masas”.⁴¹

⁴¹ Tomo la definición del artículo de Frank.

¡Los hombres malos! Pero *¿por qué son así?* En seguida comprendí que el fascista era la pura expresión de su clase y su instrumento anónimo; cuando leo a Trotsky o la “*Verité*” veo también que la “burocracia” soviética expresa los intereses de ciertas capas sociales y está condicionada por la misma sociedad de que emana. Y encuentro esta misma observación en “*La Revolución Traicionada*”:

“La sociedad soviética actual, no puede prescindir del Estado e incluso –en una cierta medida– de la burocracia. Y no son los miserables restos del pasado, sino las poderosas tendencias del presente las que crean esta situación.”

He aquí lo que me tranquiliza del todo acerca del Politburó: la personalidad o las voluntades particulares de sus miembros importan poco; la propia URSS, a través de ellos y por ellos, se da el aparato que necesita por ahora.⁴² ¿Pero la burocracia del P.C.F. de dónde viene? No se apoya en las masas, ya que acusa a la Oficina Política de “sacrificar sus intereses fundamentales, de hacer violencia a sus instintos revolucionarios”. Ni sobre la estructura de nuestra sociedad, puesto que es una sociedad burguesa y el P.C. no juega en ella el papel de partido de gobierno. Ni en la relación de fuerzas, puesto que, según vosotros, ¡la relación era favorable a la acción! Y en cuanto al vasallaje de la URSS, una de dos cosas: o mostraréis que hoy es necesaria para un partido revolucionario, y entonces todo lo “posible” desaparece y unís con vuestras propias manos la suerte de los proletariados a la de las Repúblicas Soviéticas, o diréis, como Bourdet, que es *posible* sustraerse a ese dominio: en ese caso, se trata de errores individuales, la incomprensión de la situación, los defectos de carácter (conformismo, cobardía, etc.) que explican la inercia del P.C. El que vosotros reivindicáis ha escrito: “Una revolución no se puede mandar, sólo es posible dar una expresión política a sus fuerzas interiores”,⁴³ y admitís, sin embargo, que la clase obrera en pleno impulso y en una situación revolucionaria, haya podido ser frenada por la acción individual de sus jefes; en suma, negáis las causas ocasionales a la burguesía y se las concedéis al proletariado. Por una sola razón, la culpabilidad es *necesariamente ocasional*; se ajustaba

⁴² Germain no pretende –seamos justos– que *había que* tomar el poder: “Eso habría sido una aventura”. Dice que la clase obrera tenía la fuerza y el impulso necesarios para hacerlo. Pero entonces, si hubiera sido su jefe, después de haberla llevado por aquel camino, *¿en nombre de qué* la habría frenado?

⁴³ L. Trotsky. *La Revolución Permanente*, p. 317.

más o menos a la fatalidad antigua; con la necesidad de los modernos, está obligada a desaparecer: ahora bien, vosotros necesitáis un culpable.⁴⁴

De ese compromiso entre la necesidad y la contingencia, entre el rigor y la indeterminación, entre el ser y el deber ser ha nacido vuestro concepto de la espontaneidad; “el instinto revolucionario” que reconocéis a las masas sólo tiene una función: marcar en lo absoluto *lo que habría podido ser*. Y aceptaríais igualmente que una ley inflexible haya regido el curso de los acontecimientos desde octubre de 1917, quién sabe, desde el primer pecado original, si se os concediese que, entre tantas vicisitudes, el instinto revolucionario permanece inquebrantable. Es preciso que quede en el fondo de los corazones, eterna disponibilidad que las circunstancias velan pero que no pueden destruir ni crear porque es la realidad profunda del proletario, la sentencia que el capitalismo pronuncia contra sí mismo, en suma, esa exigencia implacable que se traduce objetivamente por una presión ejercida sobre el Partido y los jefes que no tiene otro objeto que la Revolución permanente. Dotando al proletariado de una espontaneidad revolucionaria, le contamináis de vuestra oposición. Consideráis, en efecto, que la acción del P.C. no era justa ni conveniente, que se podía y se debía llevar otra. Pero, al mirar en torno vuestro, sólo descubrís relaciones de fuerza, intereses, actos, en resumen, el ser y los hechos; nunca el *debe-ser*. Y en primer lugar, los fines a seguir, ¿quién los presenta? Solos, no tenéis calidad para reprochar al P.C. el haber abandonado los objetivos revolucionarios; hay que dar la condena en nombre de las masas; ¿pero qué prueba que habláis en su nombre, ya que no llegáis hasta ellas? Justamente el que, lejos de querer hacer su felicidad, os limitáis a descifrar los mensajes de su instinto revolucionario. Si existe ese instinto, será la exigencia la que define las metas y los medios de alcanzarlas; objetivamente, en efecto, no se revela como exigencia más que manifestándose como *praxis*; las masas tienen un poder espontáneo de crear y de organizar que tiene por efecto apresurar el advenimiento del proletariado: así han producido, por sí solas, en 1944 los comités de liberación y los comités de fábrica; esos primeros pasos definían el camino, el P.C. no tenía más que continuar el movimiento. Y

⁴⁴ El inenarrable Monnerot, tiene una explicación propia: la *selección* (por la burocracia rusa, claro está) es la que ha creado en Francia “un tipo de hombre que es a la vez funcionario prudente, político parlamentario astuto, tribuno benévolo y agitador de masas profesional”. Naturalmente, será dirigente del P. C. ¿No es eso delicioso?

como esos pasos espontáneos mostraban la dirección a seguir, podéis condenar a los jefes que no la han seguido: el instinto popular *manifiesta* lo que había que hacer, lo que, con otros dirigentes, se habría hecho. La espontaneidad engendra los posibles: las masas, con su intransigencia, su combatividad, la aspereza de sus reivindicaciones son las que crean la *posibilidad* de tomar el poder; la imposibilidad viene de los jefes. Pero los jefes no son nada; al parecer se los puede cambiar en un instante; las masas son *todo*; y tratad, pues, de cambiarlas. Su espontaneidad tiene el inexorable rigor de la dialéctica, ya que la producción produce al productor; al mismo tiempo es libre, ya que expresa la esencia en movimiento del proletario. Por segunda vez en la historia, marca –frente al pecado original que todos hemos heredado– la naturaleza sostenida por la Gracia. Y, hay que confesarlo, esa gracia salva a los trotskystas; sin ella, los véis malparados: ¿qué sucedería si el “dinamismo” de las masas dependiese de factores extremos? Supongamos que se rige por el estado de las fuerzas, el grado de agotamiento de los combatientes, el recuerdo de las luchas anteriores, el recuento de los resultados, la política de los jefes.⁴⁵ Supongamos que la acción espontánea de las masas, en lugar de apuntar al porvenir, se reduce a no ser más que el contragolpe del pasado; supongamos que su exigencia, en lugar de medir su poder, tenga la inconsistencia de un sueño; supongamos que depende de su fatiga, de una falsa esperanza: adiós el humilde profetismo colectivo, adiós la espontaneidad; podéis aún enfrentar a Marx con Stalin, no haréis que el proletariado comparezca ante un tribunal para declarar contra sus jefes: la política de los jefes y el humor de la masa son, en esta hipótesis, la una y el otro, función de las circunstancias exteriores; al final, la una actúa sobre el otro, se modifican y adaptan mutuamente y, para terminar, se establece el equilibrio, una acomodación recíproca, los *posibles* desaparecen: tales jefes, tal masa; tal masa, tales jefes.

¿El destino del proletariado? Quizás el método marxista os permitirá *preverlo*; no hacerlo: seréis augures. De todos modos, ya no contáis. “Pero, diréis, ese concepto no es dialéctico.” ¿Por qué no? En todo caso, es el de Engels:

⁴⁵ El P.C. responde muy justamente que las masas estaban recorridas por potentes corrientes nacionalistas suscitadas y orientadas por el mito “De Gaulle, jefe de la Resistencia” y que en primer lugar había que emprender un potente trabajo de desmixtificación.

“La historia se realiza de tal suerte que el resultado final se desprende de los conflictos de múltiples voluntades individuales, determinada cada cual por una cantidad dada de condiciones particulares: hay, pues, fuerzas innumerables que se entrecruzan, un grupo infinito de paralelogramos y la resultante, el hecho histórico, puede ser considerado como el producto de una fuerza que opera, en su conjunto, inconscientemente y sin voluntad. Lo que cada cual quiere está, en efecto, contrariado por los otros y lo que resulta de ello es algo que nadie había querido.”

En esa perspectiva, la “fuerza inconsciente e involuntaria” es una ficción cómoda; en cuanto a la espontaneidad, no existe ya.

Mirad: hoy os dirigís al P. C. y le intimáis para que proponga la unidad de acción a los dirigentes socialistas. Ese consejo político es –por el momento *presente*– a la vez completamente razonable y completamente absurdo. Razonable: es cierto que, si se le siguiera, Francia y Europa cambiarían, y se alejaría la guerra. Absurdo: bien sabéis que el P.C., no hará gestiones (el discurso de Lecoœur testimonia el triunfo provisional de los que le quieren sumir en la soledad) si quisiera hacerlo, los socialistas se negarían rotundamente. Pero, decís, el fracaso de esta tentativa abriría los ojos de los militantes S.F.I.O.: eso es conocerlos mal, y subestimar su resentimiento contra el P.C.: no abandonarán su partido, felicitarán a los dirigentes por haber hecho fracasar la maniobra. Si se tratase sencillamente de considerar lo que tendrá lugar en realidad, vuestro consejo podría pasar por un piadoso deseo, sin importancia ni fundamento.

Pero vosotros insistís en lo contrario:

“ese «frente común»... no es utópico ni aventurero”.

¿Por qué?

“Es que hay millones de obreros, de funcionarios, de artesanos, de pequeños comerciantes y de pequeños campesinos que quieren que eso cambie.”⁴⁶

En una palabra, el razonamiento trotskysta encuentra su garantía objetiva en la voluntad de las masas. “Para un marxista”, toda idea verdadera debe ser *práctica*, porque la *verdad* es *acción*; la idea

⁴⁶ Es cierto: quieren que cambie, pero vosotros subestimáis los estragos que el anticomunismo ha causado en sus filas.

trotskyista permanecería una pura abstracción sin vida, un imprevisto idealista –puesto que no produce efecto por sí sola, puesto que muestra un camino que se sabe que no se va a seguir– si las masas, por su acción y por sus exigencias, no se encargaran de dar a esos puros conceptos subjetivos un comienzo de realización. No es que la idea actúe sobre ellas; hay una armonía preestablecida; el trotskyista decide que su discurso es la expresión verbal de la espontaneidad colectiva. Él está de un lado, el proletariado del otro: no se dirigen la palabra jamás, pero entre el sistema intelectual del primero y el impulso que arrastra al segundo a superar su miserable condición, se establece virtualmente un acuerdo profundo y tácito sobre la cabeza del militante comunista, que se contenta con hablar realmente a los obreros y dirigir en realidad su movimiento. La impetuosa vitalidad e inobservable de las masas es la caución de un diagnóstico impotente; o, si se prefiere, el trotskismo funda un racionalismo abstracto de opositor sobre un irracionalismo pragmatista. No hay que decir, claro está, que las aspiraciones espontáneas de las masas trabajadoras sólo están ahí para ser violadas. Nosotros volvemos al esquema descrito precedentemente: se llama espontaneidad a la secreta censura que un grupo inflige a los jefes que ha elegido, la complicidad silenciosa de una sociedad integrada con los opositores que ha exiliado.

Volvamos al 4 de junio: ¿la espontaneidad obrera es la que ha desautorizado al P.C.? Lo dudo mucho. En primer lugar, ni Marx ni Lenin han creído en la permanencia de un “instinto revolucionario” en las masas. En cuanto a Trotsky,⁴⁷ insiste, por el contrario, en su “profundo conservadurismo”, que le parece un factor de “estabilidad social”. Para “liberar a los descontentos de las molestias del espíritu conservador y conducir a las masas a la insurrección” se necesitan circunstancias excepcionales. En ese caso, su sentimiento es, en primer lugar, puramente negativo; los jefes tienen planes, programas: pero las masas sienten sencillamente “que ya no pueden soportar el Antiguo Régimen”. Arrastradas por el acontecimiento, sólo entonces hacen su *experiencia revolucionaria* al “orientarse activamente por el método de las aproximaciones sucesivas” y siempre más hacia la izquierda. Cuando su impulso se rompe en “obstáculos objetivos”, el reflujo que conduce a la reacción comienza:

⁴⁷ Quien, de todos modos, os ha dado el ejemplo y ha reconstruido la Revolución rusa para mostrar el movimiento espontáneo de las masas como factor esencial de la historia. Pero su concepción sigue siendo mucho más rica y compleja que la vuestra .

“Las grandes derrotas son desalentadoras durante largo tiempo. Los elementos pierden su poder sobre la masa. En la conciencia de ésta suben a la superficie prejuicios y supersticiones mal fermentado. Los recién venidos de los campos, masa ignorante, desdibujan durante ese tiempo las filas obreras.”

En una palabra, las masas son revolucionarias cuando se dan las condiciones de la Revolución; hay que apreciar su impulso y sus poderes de acuerdo a las posibilidades concretas de la situación, en lugar de establecer esas posibilidades de acuerdo a la fuerza del "dinamismo" revolucionario. En particular, si su pretendido "instinto" es el efecto de las circunstancias, su violencia no prueba que haya que obedecerlo. Trotsky escribe también:

“Las masas intervienen en los acontecimientos no de acuerdo a las instrucciones de los doctrinarios, sino según las leyes de su desarrollo político propio. La dirección bolchevique... veía claramente que había que dar a las grandes reservas el tiempo de sacar sus conclusiones de la aventura... Pero las capas avanzadas se lanzaron a la calle... (Ahora bien) independientemente de la voluntad de las masas, la experiencia podía transformarse en una batalla decisiva y, por consecuencia, en una derrota decisiva. Ante semejante situación, el Partido se reservaba permanecer al margen... Ese partido de masas debía, sin duda, seguir a las masas al terreno donde se habían colocado, con el fin de ayudarlas, pero sin compartir en modo alguno sus ilusiones.”

El mismo Trotsky reivindica para un partido el derecho de apreciar el “dinamismo” popular a la luz de la situación general; no vacila, en ciertos casos, en llamar “ilusiones” a los motivos de ese brusco desencadenamiento –y Germain, trotskysta, censura al P.C. el no haber tenido confianza en el instinto del pueblo–. Es que, dirá, la situación era otra. Es cierto; pero si nos negamos a creer en la infalibilidad de las masas, ¿qué queda?; dos conceptos doctrinales –el del P.C.I. y el del P.C.F.– dos modos de razonar y dos interpretaciones “científicas” de la situación.

Esa desautorización del 4 de junio, de la cual tan pronto se hace un documento como un testimonio, admitamos que existe y se oculta bajo la fatiga y el desaliento de los obreros. ¿Hemos avanzado por ello?

¿Qué es lo que se ha desautorizado? ¿La iniciativa desgraciada del 28 de mayo? ¿La política del P.C.F. desde el 48? ¿Desde el 44? ¿Desde el Congreso de Tours? ¿La burocracia? ¿El vasallaje hacia Moscú? ¿La política soviética? ¿Y por qué no el propio marxismo? ¿Quién decidirá? Decís que todo eso es así: cuando la censura se dirigiese expresamente a un detalle, el rigor del encadenamiento es tal que todo está en pleito. Pero eso no es verdad: tenemos que habérmolas con la historia local y cotidiana, opaca, en parte contingente, y la relación de los términos no es tan estrecha que no se pueda hacer variar algunos en ciertos límites sin modificar todos los demás.

Leí, el otro día, que el proletariado está cansado de la injerencia de los dirigentes soviéticos en sus asuntos interiores; no es, decía, que condene directamente esta injerencia; en realidad, no la siente y se burla de ella; pero, lo que significa desautorizarla, es que ya no puede sufrir más el “democratismo” del P.C., que es su evidente consecuencia. Pero sigo teniendo mis dudas: Habría sido necesario, para convencerme, mostrarme en primer lugar que no se puede combatir esa burocracia sin haber roto antes con la URSS; en seguida, y a la inversa, que un partido revolucionario, no vasallo de la URSS, no corre el peligro en el día de hoy de ser burocratizado por las circunstancias de la lucha. A falta de esas precisiones, no sé cómo limitar el alcance de esa supuesta censura. Bien veo que el P.C. reconoce que ha cometido un error y veo también que lo localiza en los instantes que precedieron inmediatamente a la huelga: es que quiere salir de eso del mejor modo posible. Veo a los burgueses persuadidos de que las masas han pronunciado su sentencia contra Marx: es que son anti-marxistas.

Luego ignoro el motivo de la sentencia; pero como si no fuese bastante, he aquí que ya no sé quien es el juez que la pronuncia. Porque yo imagino dos clases de censuras: las que una clase revolucionaria inflige *en nombre de la revolución* a los jefes que quieren determinarla; las que una clase deshecha, rota, resignada inflige *en nombre de la ideología de la clase victoriosa* a los revolucionarios que la quieren arrastrar a nuevas aventuras.

En el primer caso, el sujeto de la historia es el que condena a un traidor y la condena se inscribe en la historia que hace.

En el segundo, es una clase que se siente de nuevo masa, que vuelve a encontrar, con sus viejas cadenas, “sus prejuicios y supersticiones mal fermentados” y que se sirve de ellos para condenar su propia gloria. ¿Con cuál de los dos jueces me las tengo que haber?

Los trotskystas afirman que es un juez revolucionario:

“La clase obrera francesa... ha sido sacrificada... A pesar de todas las justificaciones, este error criminal salta hoy en día a los ojos de todos. En la próxima ocasión ningún trabajador lo recomenzará.”

Cómo creerles, si no se tiene confianza en la “espontaneidad irreprimible del trabajador”. Y luego, para decirlo todo, encuentro un poco débiles las reacciones de ese revolucionario: han sacrificado su clase, lo sabe y, por toda represalia, ¿censura una huelga intempestiva?

Se necesitan buenos ojos para hallar su *dinamismo*, mejores aún para descubrir una presión de las masas en los acontecimientos del 4 de junio.

Por el contrario, para la ‘buena prensa’ ya no hay revolucionarios. ¿Por otra parte, los ha habido alguna vez? La historia acaba así de operar sencillamente la discriminación que se imponía: ha puesto a los “bandidos” a su izquierda y a los “hombres honrados” a su derecha. El abstencionismo del obrero debe atribuirse a *su prudencia*, es decir, a la fuerza de penetración de los buenos principios: está harto de violencias inútiles, sólo pide trabajar en paz, encuentra que la vida no es tan fácil y que no hay por qué malgastar el dinero en tonterías. En resumen, a través de él, la propia burguesía es la que desautoriza al Partido; yo pregunto si los patronos estarán contentos: su buen amigo el obrero está por fin curado; parece que se ha terminado definitivamente la ruptura escandalosa que desgarraba nuestras sociedades modernas. ¿Las clases? Era una pesadilla: sí, como es lógico, se concede el título de burgués a todo individuo que forma parte de una sociedad burguesa, en Occidente ya no habrá más que burgueses, los unos desesperados y los otros no demasiado descontentos.

Si eso fuese así, se adivina que el P.C.F. estaría profundamente herido por el desafecto de las masas. Pero los considerandos de su desautorización le dejarían frío.

El anticomunista me esperaba a la vuelta:

– “¿Luego, las masas no pueden juzgar el aparato?”

Yo respondo que les ocurre, cuando se ponen en marcha, impulsar a sus jefes ante ellas.⁴⁸

Él insiste:

– “*Pero el resto del tiempo, ¿no pueden juzgarlos?*”

¡Ah! Sócrates, ya veo adonde me arrastras. Pues bien, lo confieso: juzgan a sus jefes cuando los siguen, pero no cuando no los siguen. Sócrates triunfa:

– “Debéis a la burguesía la libertad de escribir y os servís de ella para negar al pueblo la libertad de pensar.”

Se ha pronunciado el veredicto: desprecio del pueblo, temperamento de sofista, gusto vergonzante por las formas autocríticas del poder; en un arrebato de servilismo, concedo al P.C. más de lo que ha pedido nunca: pretende guiarse en la opinión de las masas; el imperio absoluto que ha adquirido sobre ellas, no le preocupa que se le justifique: lo oculta.

Cuando me injurian, llevo el masoquismo hasta a desear que lo hagan con buenas razones. Diré, pues, por qué son malas las del anti-comunista.

En primer lugar, no me ocupo de lo que sería deseable ni de las relaciones ideales que el Partido en sí sostiene con el Proletariado Eterno; trato de comprender lo que ocurre en Francia, hoy, bajo nuestros ojos. Unos buenos amigos han tenido a bien señalarme la existencia de os sindicatos anglosajones y escandinavos: esos organismos “bien bajo todo informe” estarían mejor adaptados que nuestra C.G.T. a las formas avanzadas del capitalismo.⁴⁹ Quizás.

⁴⁸ Recordad, por ejemplo, la huelga de mayo de 1947 en la *Régie Renault*; los responsables del sindicato metalúrgico cegetista se hicieron abuchear por los obreros cuya acción reivindicadora querían frenar. En seguida el P.C. aprendió la lección.

⁴⁹ Además, ¿qué significan esos ejemplos aislados? ¿Se ha establecido que la prosperidad de los países “avanzados” no se funda en la miseria de los otros? ¿Esos paraísos son la imagen de lo que vamos a ser, o los beneficiarios de la desigualdad presente? Queréis hacerme reconocer tácitamente la primera hipótesis, pero no la probáis; por otra parte, aun siendo verdadera, no habría lugar para regocijarse de ella: si los sindicatos norteamericanos tuvieran conciencia de sus deberes políticos, tratarían de frenar la carrera a la guerra, en lugar de enviar a los franceses espías y propagandistas. Si la historia debe dar un día al gobierno norteamericano ese título de “criminal de guerra”, que él se contentaba hasta ahora con conceder a los otros y que parece querer reivindicar para sí, es de temer que los obreros norteamericanos, mixtificados por sus sindicatos “avanzados”, no sean sus cómplices involuntarios, como el proletariado alemán –burlado o aplastado– lo fue del emperador en 1914, y de los nazis en 1939.

¿Pero qué prueba eso? ¿Que hay que lamentar el no ser sueco? Vuelvo a mi país, que no tiene fama de ser uno de los más “adelantados” entre las democracias burguesas. El patronato francés es el hazmerreír del mundo: si llevásemos vuestro argumento hasta el fin, veríamos que tiene la lucha de clases que merece.

En Francia, pues, y hoy en día, ya que hay que precisar, las condiciones que se le dan, prohíben al obrero el uso de los derechos formales que se le conceden. Lo sabéis, ya que habéis hecho de suerte que no pueda servirse de ellos en el cuadro de nuestras instituciones; ¿por qué indignaros cuando renuncia a esos espejismos para militar? Vosotros, que os escandalizáis cuando os informan que una elección sindical se ha hecho levantando la mano, habéis falseado la ley para reducir al silencio a más de una tercera parte del cuerpo electoral. Acusáis al P.C. de defender y de atacar alternativamente las libertades democráticas según su interés del momento, ¿pero qué otra cosa hacéis? Cuando se trata de criticar a los comunistas reclamáis para el obrero las libertades enteras; se las quitáis, cuando él os critica.

Ése no es el fondo de la cuestión: si bien se mira, nuestras libertades han sido concebidas por burgueses para burgueses, y el obrero no sabría disfrutar de ellas a menos de convertirse en burgués. Sólo tienen sentido en un régimen de propiedad individual y son precauciones que toma el poseedor de bienes contra la arbitrariedad del grupo. Eso supone, pues, que el grupo existe ya. En realidad, la burguesía nos divierte desde hace doscientos años con una robinsonada que llama “atomismo social”; pero es para mixtificar a las clases pobres: porque forma por sí sola una colectividad fuertemente integrada que las explota. ¿Naceríamos libres y solitarios? ¿Formaríamos la comunidad uniéndonos mediante el contrato? ¿Daríamos nuestra libertad para que nos la devuelvan centuplicada sin renunciar completamente a nuestra soledad natal? Mirémosnos mejor: ¿solitarios? ¿Cuándo se suspira por la soledad más que estando en compañía? ¿Libres? Sí: libres de ejercer ciertas actividades muy concretas que tienen su origen, en general, en nuestro poder económico o en nuestras funciones sociales.

¿Pero puedo recordaros –un cumplido vale otro– que la humanidad entera vive en estado de subalimentación? Si fuera –por azar– necesario que el obrero de las Indias o de Europa se muera de hambre para que el industrial norteamericano pueda mantener sus altos sueldos, la *verdad* de nuestra situación presente, no sería la de las fábricas Ford o Kayser, sino el hambre que devasta el mundo. Y, en ese caso, la *verdad* de la *praxis* no es el reformismo prudente de obreros bien alimentados pero “embrutecidos” por un trabajo agotador y por una propaganda incesante: sería la actividad revolucionaria.

Libre, el industrial que puede despedir sin explicación a una cuarta parte de su personal; libre, el general que puede decidir una ofensiva destructora; libre, el juez que puede elegir la indulgencia o la severidad. La *verdadera* libertad burguesa, la libertad positiva es un poder del hombre sobre el hombre. La sociedad lo decide antes de nuestro nacimiento; define por adelantado nuestras capacidades y nuestras obligaciones; en suma, nos sitúa. Eso es *unimos* a los demás: para terminar, el más insignificante de nuestros gestos, el rasgo más borroso de nuestro carácter son, en realidad, los actos sintéticos que realizan en circunstancias particulares la unidad de la clase burguesa: cada cual de nuestras conductas manifiesta nuestra pertenencia a tal grupo familiar o profesional; cada cual contribuye a integrarnos más en él.⁵⁰

Después de esto, ¿en qué se convierten esos desgraciados derechos negativos a los cuales la democracia burguesa pretende dar tanta importancia? Si no nos enriquecen, no corren el riesgo de empobrecernos. Representan, sencillamente, la salvaguarda de nuestros poderes concretos; establecen entre cada uno de nosotros y la colectividad, una distancia imperceptible, nos impiden el morir asfixiados. Pero se comprende que la realidad burguesa cae fuera de ellos: nuestro industrial no sueña con definirse por los derechos que comparte con todos, sino por el poder que puede ejercer solo. ¿El *babeas corpus*? No le preocupa lo más mínimo: nadie piensa en detenerlo; su verdadera libertad boga por el mar: es la máquina que acaba de comprar en los Estados Unidos. ¿La política? Puede divertirse votando por los radicales, abandonarlos por el M.R.P., volver a ellos: eso no alterará su persona. Su persona es su fábrica, su familia, sus proyectos. El lazo político es en nuestras sociedades —a veces tranquilas— el más cobarde y el más frágil: se rompe a la menor sacudida. Nada de extraño si criticamos libremente a los partidos: criticar es retroceder, ponerse fuera del grupo o del sistema, considerarlos como *objetos*; ahora bien, aun siendo miembros de una

⁵⁰ Ese industrial decís es autoritario. ¿Pero qué es la autoridad? ¿Un rasgo de carácter? No, o al menos no en seguida. Es, en primer lugar, un derecho concreto: posee una fábrica, hace trabajar a cien obreros y *puede*, en nombre del contrato de trabajo, exigir de ellos ciertos procedimientos. El ejercicio de ese derecho es una acción: manda, “hace marchar” la empresa. La acción repetida se convierte en una competencia: “Es el hombre que necesitamos: tiene una mano de hierro.” Finalmente todo se concentra en un juramento que se hace a sí mismo: “Seré un jefe.” Todo eso significa el asegurar por su propia cuenta y dar existencia *en acto* a la relación abstracta del Capital y el Trabajo, es decir, a la explotación del hombre por el hombre. Ésta no se halla albergada en una caja de su cerebro, su autoridad está fuera, en las cosas, él se limita a interiorizarla.

formación política, no estamos nunca *dentro*. ¿Pero habéis criticado en la cara y públicamente a vuestro patrono, a vuestro director, al jefe de vuestra oficina? Claro, es que formáis parte de la empresa, estáis integrados en ella; si os despiden, perdéis a la vez vuestros medios de vida, vuestros poderes y el fin de vuestra existencia. Acerca de la política, uno se expresa libremente porque parece reducirse a una actividad puramente formal; el gobierno liberal se parece en la superficie, al principio de identidad: permite a cada cual ser lo que es y tener lo que tiene. Pero desde que se trata de un trabajo, de una *praxis*, en resumen, de una actividad sintética que ejerce un grupo integrado, adiós la libertad de pensar. Ahora bien, la política burguesa es *también* una acción sintética, una acción de clase; en las horas de crisis, cuando la burguesía está amenazada por el pueblo, esta política revela su verdadero rostro: las “charlas” de los diputados no tenían otro fin que el de divertir al público y sus pretendidas divisiones ocultaban la existencia de un *partido único*, un partido de clase, tan autoritario y duro como el P.C., cuyos órganos son la policía, la administración y el ejército, y cuya misión es aplastar la resistencia de los pobres. En esos momentos no ha hecho más que tirar a la alcantarilla su libertad de pensar. ¿Qué iba a hacer? Es hora de olvidar las divisiones, está perdido si no piensa como todo el mundo. ¿Criticar? No está tan loco: la crítica corre el peligro de desunir, de estorbar la acción gubernamental. Abandona sus derechos a un equipo de limpiadores que le garantizan, a cambio, sus verdaderos poderes y sus bienes.

Pero para el obrero, la política no puede ser una actividad de lujo: es su única defensa y el único medio de que dispone para integrarse en una comunidad. El burgués está ya integrado, su soledad es su coquetería; el obrero está solo, la política es su necesidad. El primero es un hombre que sostiene un partido para ejercitar su derecho de ciudadano; el segundo, un “subhombre” que entrará en un partido para hacerse hombre. El uno entrevé por relámpagos la *realidad* de la política, es decir, la lucha de clases; el otro sufre *primero* la lucha de clases, es el objeto de ella y presente en ocasiones que podría llevar la acción a su vez. Para el burgués, fuera de la política está todo; para el obrero no hay nada fuera de ella; nada, excepto esa “tristeza obrera”, de la cual decía Navel que sólo se sale por la acción. La tristeza, es decir, la soledad. Sin embargo, no vayamos a sacar la conclusión de que esta soledad es *natural*; los burgueses, para

persuadirnos de ella, han perfeccionado su “atomismo social”. Pero bastará, para comprender el sentido de toda esta filosofía, referirse a los considerandos de la ley Le Chapelier acerca de los “pretendidos intereses comunes” de los trabajadores. No: la soledad del obrero no es natural; es *producida*; el trabajo, la fatiga, la miseria, los buenos cuidados de la burguesía han procurado a los trabajadores, me atrevo a decirlo, un “estado natural” artificial; es el que se llama *la masa*. Más tarde detallaré los procedimientos de masificación; lo que incumbe, aquí, es que todos tienden a imponer la soledad –no sólo la entera desaparición de las relaciones sociales sino su mecanización. En esta operación, los derechos democráticos tienen un papel esencial: para una burguesía integrada, hemos visto que sólo ofrecen ventajas; para los solitarios, sin cesar expuestos a las fuerzas de desintegración, las libertades formales son cadenas. Ved el libre contrato, pieza maestra del mecanismo: combina felizmente la amenaza de muerte y la libertad de trabajo; el obrero es un hombre que firma libremente bajo pena de muerte. En esta amalgama de necesidad y de autonomía, la necesidad impide al asalariado el discutir su precio, la libertad le hace responsable del que le imponen; con qué derecho se quejaría; podría rechazarlo. De una manera general, el libre contrato obliga al obrero a tomar por su cuenta el destino que le dan; acepta su suerte, se atiene a ella: ¿Acaso el patrono ha ido a buscarlo? ¿Acaso no ha solicitado el trabajo? ¿Acaso no ha aceptado tareas extraordinarias, acaso no ha tratado de mejorar el rendimiento de su producción? ¿Acaso no aumenta voluntariamente los riesgos de enfermedad o de accidente? ¿Acaso no es él quien, criminalmente, ha bajado sus exigencias para robar el puesto del vecino? Después de esto, quién se atrevería a hablar de solidaridad: es la ley de la selva. ¿Lucha de clases? Pero no: lucha por la vida. En resumen, él es quien ha hecho todo, el culpable de todo, el que reclama la miseria, la soledad y el trabajo forzado. Antes del contrato, era solo víctima; después de la firma, es cómplice. En vano, por otra parte, se lanza a los grilletes: nadie le debe nada. Una vez hecho y pagado el trabajo, los dos contratantes quedan libres de nuevo; si se ignoraban el día antes, al día siguiente ya no se conocen. Si se registra una baja en Wall Street, una pequeña sacudida bastará para separar al personal. El libre contrato transforma al trabajador en partícula despegable. Cuando el Parlamento inglés, a mediados del siglo XIX, trató de votar las primeras leyes obreras, se alzó un solo clamor: Proteged a las mujeres y a los niños, si queréis,

¡pero a los hombres no! Son adultos, razonables, libres: se pueden defender *solos*. He aquí palabras importantes: *solos*. La libertad del obrero es su soledad; nadie puede intervenir en su favor sin riesgo de esclavizarlo y el Gobierno asegurará tanto mejor la libertad de trabajo, si se esfuerza más en proteger a los obreros contra toda protección, incluso la de sus propios sindicatos.

El derecho de voto terminará el asunto: el obrero no encuentra en esas convocatorias mecánicas que se llaman elecciones, ninguna huella de la solidaridad que busca. Se trata de votar *aisladamente*, por un programa que no ha establecido y del cual ha tenido conciencia en la soledad; lo que le vence es el mayor número de soledades, bajo el nombre de mayoría. Pero la idea vencedora no une: es semejante en cada cual y en todos: la *identidad* de opinión no acerca. ¿Se dejará persuadir de que toda la política se reduce a ese juego de sociedad? Bajo el pretexto de darle acceso a la cultura, la burguesía le va a infectar de individualismo: con la libertad de pensamiento y de expresión, le van a hacer probar el probabilismo, la tolerancia, el escepticismo y el objetivismo: todas las opiniones son respetables, todas son iguales. ¿Por qué elegir una antes que la otra? Le desorientan. Las libertades democráticas sancionan la masificación y dan al obrero un *estatuto de masa* jurídico. El aislamiento de hecho se convierte en soledad de derecho.⁵¹

Libertad de criticar, de dudar, de votar, de morir de hambre; ¿creéis que es eso lo que busca? ¡Bien loco sería! ¿Sumirse en la soledad cuando no hay nada que quiera tanto como la integración? ¿Separarse de sus cantaradas⁵² y retroceder para criticar sus actos cuando solo querría unirse a ellos mediante la confianza? ¿Y qué hacer del escepticismo que confunde las ideas y sopla sobre los significados del universo cuando *precisamente* la realidad es absurda y cuando se desea ardientemente que la vida y la muerte tengan un sentido? La duda y la incertidumbre, parece que son cualidades intelectuales: pero tiene que luchar para cambiar su condición y esas virtudes de inteligencia han de paralizar la acción: pedidle que ponga en tela de

⁵¹ Después, *integrado en la clase*, reivindicara esas mismas libertades para llevar su acción de clase. Pero es el momento mismo en que la burguesía las quiere suprimir. Y por otra parte, si las reivindica, es para el militante en que se le ha convertido, para el miembro del partido obrero, no para el hombre aislado que ha sido.

⁵² *Cantarada*: de *Cántaro*, a) lo que puede contener; b) Obsequio de un cántaro de vino que los hombres jóvenes de un pueblo exigían al forastero para dejarle hablar por primera vez a través de la reja con una joven.

juicio la causa que sirve o que muera por ella, pero no las dos cosas a la vez. Una acción de alguna importancia exige una dirección unificada; y él, justamente, tiene necesidad de creer que hay una verdad; como no puede establecerla solo, tendrá que fiarse profundamente de sus dirigentes de clase, para aceptar el tenerla de ellos. En resumen, a la primera ocasión enviará al diablo esas libertades que lo estrangulan: no es que quiera el poder y la autonomía de la clase obrera: pero esa autonomía, ese poder lo pone en la comunidad; sólo piensa ejercerlo a título de *proletario*.

Sin embargo, ¿qué puede? Nada: ni siquiera concebir esta comunidad combatiente donde tendrá su lugar. Aplastado por las fuerzas burguesas, abrumado por el sentimiento de su impotencia, reventado, ¿dónde hallará el germen de esa espontaneidad, que le pediais hace un momento? La acción puede tomarlo, transformarlo, cambiar su universo, ¿pero de dónde va a nacer la acción? Para él no se trata de pasar progresivamente del menos al mas, uno se hace revolucionario mediante una revolución interna; sólo se convertirá en *otro hombre* mediante una especie de conversión. Y esta brusca aparición de otro universo y de otro Yo, sujeto de la historia, no puede presentirla mientras esté aplastado bajo su roca: ¿cómo va la pasividad a *imaginar* la actividad? Ser burgués no es difícil, basta con apuntar bien al útero natal; en seguida, uno se deja llevar. Por el contrario, nada menos fácil que ser *proletario*; sólo se afirma mediante una acción ingrata y penosa, superando la fatiga, el hambre, muriendo para renacer. Para que la acción sea posible en todo momento, es preciso que la *praxis* exista en el seno de las masas como una llamada, un ejemplo y también, sencillamente, como una especie de *figuración* de lo que se puede hacer. En suma, es preciso una organización que sea la encarnación pura y simple de la *praxis*. Pues bien, diréis, ¿por qué no el sindicato? Diré el porqué en la tercera parte de este ensayo. Pero, por el momento, sindicato o no, lo que importa es que, por la necesidad misma de la situación, el organismo que concibe, ejecuta, reúne y distribuye las tareas —ya sea sindicato revolucionario, partido, o ambas cosas—, sólo puede concebirse como una *autoridad*. Lejos de ser el delicioso producto de la espontaneidad obrera, se impone a cada individuo como un imperativo. Se trata de un Orden que hace reinar el orden y que da las órdenes. La “generosidad”, el entusiasmo vendrán después, si vienen: pero, en primer lugar, el Partido representa, para

cada uno, la moral más austera; se trata de ascender a una vida nueva despojándose de su personalidad presente; fatigado, se le manda que se fatigue aún más: impotente, que se lance cabeza abajo contra una muralla de roca. Mientras está aún en el exterior, la *praxis*, es decir, el acceso a la clase, se presenta a él bajo la forma de un deber. Pero si hubiera que legitimar la existencia de un órgano imperioso y siempre *demasiado* exigente, me fundaría más bien en su necesidad que en su origen; si fuese espontáneo, su autoridad no sería establecida por eso; ¿qué prueba que los primeros impulsos son los mejores? Mientras que el Partido, de donde viene, obtiene su legitimidad de que responde, en primer lugar, a una necesidad. Sin él no hay unidad, no hay acción, no hay clase. Naturalmente, la gran mayoría de los obreros no entra en eso: ¿se puede militar después de diez horas de trabajo en la fábrica? Pero hacen nacer la clase cuando obedecen todas las órdenes de los dirigentes. A cambio de la disciplina que observan, tienen el derecho de no molestarse por las “charlas”. Dos consideraciones sindicales, dos o tres partidos obreros: cada cual se debilita por los otros; cuando se está fuera ¿qué decir? Se permanece fuera. ¿Pretendéis que las masas *no exigen* el partido único? Tenéis razón: las masas no exigen nada, porque sólo son dispersión. El partido es el que exige de las masas que se reúnan como clase bajo su dirección. Y la consigna “partido único” no ha sido lanzada por el P.C.F., ni siquiera por Lenin; sino –fuera incluso del marxismo– por los blanquistas como Vaillant; el Primer Congreso Nacional de los movimientos socialistas se proponía como fin, en 1899, realizar “la organización política y económica del proletariado en partido de clase para la Conquista del Poder”.

Si la clase no es ni la suma de los explotados ni el impulso bergsonianos que los levanta, ¿de dónde queréis que proceda sino del trabajo que los hombres realizan sobre sí mismos? La unidad del proletariado es su relación con las otras clases de la sociedad, en suma, es su lucha, pero esta lucha, inversamente, sólo tiene sentido por la unidad: cada obrero, a través de la clase, se defiende contra la sociedad entera que los aplasta; y recíprocamente la clase se hace mediante esta lucha. La unidad de la clase obrera es, pues, su relación histórica e inestable con la colectividad, en tanto que esa relación se realiza por un acto sintético de unificación que, por necesidad, se distingue de la masa como la acción pura de la pasión. Cuando no se trate más que de transformar la oposición y la competencia en

comunidad de intereses, es necesario, a menos que se suponga que todos los trabajadores han sido tocados juntos por la gracia, que un principio de unión pueda actuar simultáneamente en varios lugares y garantizar a cada uno la sinceridad de todos. Eso no significa, claro está, que el militante no salga de la masa; pero si sale de ella, se distingue. Solamente es esto: el hombre de la masa está aún entorpecido por sus intereses particulares, hay que arrancarlo de ellos, el organismo de enlace debe ser acto puro; si lleva el menor germen de división, si conserva aún en él alguna pasividad –una pesadez, unos intereses, unas opiniones divergentes– ¿quién, pues, unificará el aparato unificador? El ideal sería que fuera el enlace puro, la relación surgida en todas partes donde se juntasen dos obreros.⁵³ En una palabra, el Partido es el movimiento mismo que une a los obreros y les arrastra hacia la toma del poder. ¿Cómo queréis, pues, que la clase obrera desautorice al P.C.? Es verdad que no es nada fuera de ella; pero si el Partido desaparece, la clase obrera cae en el polvo.

¿Hay que comprender que el obrero es pasivo? Es todo lo contrario. Se transforma en acción cuando entra en la clase y sólo puede afirmar su libertad en la acción. Pero esta libertad es un poder concreto y positivo: el poder de inventar, de ir más lejos, de tomar iniciativas, de proponer soluciones. Sólo *superando* la situación en el sentido del movimiento de conjunto puede enriquecerlo esta libertad; la libertad de crítica, por el contrario, no sólo hace fruncir el entrecejo al dirigente de la célula o al delegado sindical: cada cual la teme *en los otros*, recuerda la soledad anterior, las discordias. Comprendemos en todo caso que las críticas, cuando se las tolere, no emanarán de una espontaneidad o de un “instinto” revolucionario; el obrero, transformado por la organización en sujeto, halla su realidad práctica a partir de su metamorfosis; haga o piense lo que sea, es a partir de su *conversión*; y ésta, a su vez, tiene lugar en los cuadros actuales de la política del Partido. Su libertad, que es sencillamente su poder de superar lo dado –dicho de otro modo, de actuar–, se manifiesta, pues, en el seno de esta realidad dada que es la organización; forma sus pensamientos en los problemas que el Partido le somete, a partir de los principios que el Partido le da. En resumen, no juzga al Partido en nombre de una política cuyos principios estarían grabados en su inconsciente,

⁵³ Digo el *ideal*. En realidad, hay gérmenes de división en el Partido como en todos lados y sabido es la lucha potente que realiza contra la acción “fraccionadora”. Volveremos a todo este análisis.

producidos por su reacción espontánea o por la contradicción de la sociedad burguesa: arrastrado, formado, elevado por encima de sí por el Partido, su libertad es sólo el poder de superar mediante actos, en el interior mismo de la organización y hacia la meta común, cada situación particular. En una palabra, se dirá que el Partido es su libertad. Un obrero, en Francia, hoy en día, sólo puede expresarse y realizarse mediante una acción de clase dirigida por el P.C.; está formado por los razonamientos del P.C., por su ideología y sus principios; si quisiera volverlos contra la política comunista, la justificarían por sí solos. Si se comete un error grave o se sufre una derrota, no tiene instrumentos para comprender su sentido ni presentimiento para adivinarlo; simplemente suelta la presa, su esfuerzo se quiebra, cae de nuevo en el campo de la atracción burguesa; la clase se desmorona. Pero cuando ha caído, es para hallar de nuevo, bajo la acción de las fuerzas enemigas, su desesperación, su ignorancia y el sentimiento de su impotencia. El Partido se ha reformado, lejos de él, inaccesible, como un imperativo que se juzga, que se halla simplemente *demasiado duro*, inhumano, en el sentido en que ha podido decirse que la moral de Kant era inhumana. Lo que supone declarar que toda acción de clase se ha hecho imposible.

“En suma, –dice el anticomunista–, decíamos que la clase obrera desautorizaba al Partido; usted dice que ha reducido a los obreros a la desesperación. No estamos de humor para proseguir esas discusiones bizantinas y declaramos que usted no; concede todo cuanto pedimos”.

No concedo nada. Constató, como todo el mundo, el desaliento de las masas; pero no sé todavía si el P.C. es responsable de él. Y luego, entre nuestras dos interpretaciones, veo un abismo; si vosotros sólo habéis hallado en ellas una diferencia verbal, es porque os burláis de la clase obrera. Un proletario sano como una manzana, fresco, que desautorizase al P.C. y formase inmediatamente un nuevo partido (ya sabéis, ese famoso partido comunista muy francés que se distinguiría del partido comunista francés por su independencia, y que manifestaría su carácter nacional resucitando el verdadero internacionalismo), si existiese, habría que levantar acta de sus voluntades: ¿quién podría decidir sino él? Un proletariado vuelto al estado natural del atomismo, pero aún vivo y siempre dispuesto a reformarse, a emprender la lucha, podríais a lo sumo, esperar hacerle tragar vuestros cuentos y, quién

sabe, ofrecerle un partido de recambio. Pero sabéis bien que la clase obrera se derrumba, que mide su impotencia, y que corre el riesgo de entregar sus millones de hombres indefensos a los martillos pilones de la burguesía; sabéis que todo será preparado durante los meses venideros para acrecentar la soledad y la resignación, las distancias entre los hombres, para hacer del proletariado un archipiélago. Cuando los obreros hayan tocado el fondo de la amargura y del asco, ¿creéis realmente que podréis colocar vuestras historias? Ya os lo he dicho: si pierden la confianza en el P.C., desconfiarán de toda política; el universo será burgués.

Y si esperáis que suban la cuesta, hay que saber que el P.C. es el único que puede ayudarlos a ello; si recuperan su unión, será para congregarse en torno del P.C.; su combatividad será para obedecer las órdenes del Partido. Ya se susurra:

“¡Está loco! ¡Desea una izquierda independiente y en enlace con el Partido! ¿Quiere, pues, que recobre su influencia sobre las masas? Deje hacer, pues, calladamente; deje que prosiga la desintegración: un día el Partido saltará.”

Las cosas no están así, felizmente: pero cuando empeoren y aunque fuéseis el irreconciliable adversario del Partido, no puedo menos de hallar despreciables a los que esperan la derrota comunista de la desesperación del obrero. Me dicen que el obrero se repondrá, que desconozco los poderosos coletazo; de' proletariado francés: será conocido por sus invernadas seguidas de bruscos despertares. Ved más bien 1848, 1870, 1936, 1948. Ya veo: pero antes que las violencias de un temperamento explosivo, descubro en esas batallas la acción de factores precisos: y en el “sueño” subsiguiente, veo el efecto de la derrota y del Terror; la fuerza obrera, cada vez, ha sido aniquilada y ha necesitado largos años para reconstituirse. Si se os diese crédito, nadie se inquietaría. Dentro de veinte años, de cincuenta años, veríamos reaparecer un hermoso proletariado nuevo. En resumen, hay que tener paciencia; después de todo la vida no es tan mala y el anti-comunismo es lucrativo.

Bien. Esperaremos, pues. Veinte años, si queréis. A menos que, dentro de seis meses, estalle la Tercera Guerra Mundial. En tal caso corremos el riesgo de que no vaya nadie a la cita: ni vosotros ni yo, ni proletariado liberado, ni Francia.

III. LAS CAUSAS

He mostrado ya que el desaliento de los obreros no podría pasar por una condenación, incluso implícita, de la política comunista. Queda el hallar la razón. Este es el fin que me asigno hoy.⁵⁴

Se puede eludir la cuestión de dos maneras que proceden ambas del mismo sofisma. El anticomunista “de izquierda” no quiere siquiera oír hablar de laxitud obrera: nos muestra un proletariado de acero, hundido hasta la guarda en la carroña burguesa. El anticomunista “de derecha” nos hace ver la burguesía bajo los rasgos de un gigante joven que lleva en los brazos un proletariado moribundo. En los dos casos, se trata de pasar en silencio todo lo que podía semejarse a un acondicionamiento recíproco, en suma, negar la lucha de clases.

El anticomunista “de izquierda” frecuenta los burgueses franceses; admite gustoso que sus caracteres nacionales han sido producidos por las circunstancias. Por el contrario, niega puramente la existencia del proletariado francés: sólo existe el proletariado en sí, que se manifiesta simultáneamente en el seno de todas las naciones capitalistas. ¿Cómo puede estar fatigado ese proletariado? ¿Y qué relación se quiere que tenga, ese producto empírico del capital en sí, con nuestra burguesía tan lamentablemente empírica? La una se ha formado poco a poco bajo la acción de factores accidentales y por eso insignificantes. (Citemos, entre otros, la Revolución de 1789.) Exclusivamente determinada por las contradicciones del capitalismo, la historia del otro se limita a reflejar las transformaciones sucesivas de la gran industria. Nuestra burguesía se enloquece y envalentona, se equivoca y repara sus errores, lleva bien o mal sus asuntos: el proletariado, no pierde ni gana nunca las batallas, no comete jamás errores, ni jamás descubre una verdad particular. Irresistible, incomprensible, ingastable, madura. Implacablemente. Es el más terrible enemigo del capitalismo en sí. No se ve el mal que podría hacer a la burguesía francesa: no la encontrará nunca.

⁵⁴ ¿Se dirá que ese desaliento es pasajero? Convengo gustoso. ¿Se añadirá que las huelgas de agosto de 1953 anuncian un despertar de la clase obrera? No estoy tan seguro. Esas huelgas de funcionarios son asombrosas por su amplitud y lo que les ha dado una importancia extrema, es que han sido la ocasión de un acercamiento *básico* entre los huelguistas. Pero no han afectado la gran industria privada —o apenas lo han hecho; y luego los dirigentes de la C.F.T.C. y F.O. las han torpedeado finalmente para no verse obligados a realizar la unidad de acción con la C.G.T. Pido que se tenga paciencia y que no se me acuse de pesimismo ni de detenerme en conclusiones negativas. No tengo la intención de hacer un acta de comprobación de impotencia; me dedico a probar que sólo un Frente Popular puede devolver su vigor al movimiento obrero.

Esta concepción permitiría hacer la economía de una explicación histórica –y quizá de toda explicación– si a sus partidarios no se les hubiera puesto en la cabeza el denunciar además los crímenes del P.C. Sin el P.C. el proletariado francés no tendría historia empírica: el Partido se ha alojado en la clase obrera como el grano de arena en la vejiga de Cromwell. ¿Qué es, pues? ¿Una enfermedad del proletariado en sí? Se os responderá que el proletariado en sí no tiene enfermedad: no puede frenar ni acelerar el movimiento en sí que lo anima. No: esas desdichas le vienen de un desfallecimiento muy histórico de sus dirigentes. El corazón de Stalin, si hubiera sido más tierno, habría cambiado la faz del mundo. Y no preguntéis cómo los militantes empíricos del P.C. pueden descomponer los engranajes del proletariado inteligible: por haber comenzado expulsando la historia, el anti-comunista se ve obligado a introducirla de nuevo, al fin, bajo la forma más absurda, como una serie de azares, para dar cuenta de la distancia que separa la realidad de sus cálculos.

Yo sostengo que el desarrollo del capital, tomado en su generalidad, da cuenta de los aspectos comunes a todos los movimientos obreros. Pero esas consideraciones de principio, no explicarán nunca por sí solas los rasgos particulares de la lucha de clases en Francia o en Inglaterra entre tal y cual fecha. Un hecho concreto es, a su manera, la expresión singular de relaciones universales; pero sólo puede ser explicado en su singularidad mediante razones singulares: si se quiere deducirlo de un saber absoluto pero vacío se pierde el tiempo y el dinero. En realidad hay dialécticas y éstas se hallan en los hechos, nosotros tenemos que descubrirlas en ellos, no colocarlas en ellos. He hablado de desaliento: si se quiere probar que me equivoco, hay que establecer mediante testimonios que los obreros han conservado su “combatividad”. Y cuando se la estableciese, ese valor conservado seguiría siendo una afección particular y reclamaría una explicación particular, igual que el desaliento. El proletariado francés, es una realidad histórica cuya singularidad se manifiesta, en estos últimos años, por una cierta actitud: la clave de ella no voy a buscarla en el movimiento universal de las sociedades, sino en el movimiento de la sociedad francesa, es decir, en la historia de Francia.

Los anticomunistas “de derecha” llegan a las mismas conclusiones por un razonamiento inverso, oponen la Francia eterna a los obreros de carne y hueso, la Francia que ha tenido tantas conmociones, la que un

hombre providencial salva siempre en último momento; complaciente, viva y dispuesta, siempre atareada, siempre corriendo, se parece a la Madelon. Caballeros y capitanes de industria, negociantes, burócratas y rurales, todos cantan, todos trabajan, todos toman parte en el zafarrancho. Un solo peso muerto: el proletariado. Francia se vuelve inquieta: “¿Qué es lo que les impide seguirme a mis obreros?” Y qué queréis que sea sino el Partido Comunista. Ya que medita nuestra pérdida, no es asombroso que se haya dedicado a embrutecer al obrero francés. Éste, claro está, no se ha dejado engañar del todo; recobra momentáneamente el buen sentido de sus padres, y comprende que sus intereses son solidarios de los intereses patronales; en el fondo solo pedirá trabajar para obtener su parte justa de la renta nacional. Pero los comunistas le han confundido: se esfuerzan vanamente en levantarlo contra sus buenos amos, conservan la fuerza suficiente para impedir que se reúna con ellos. Dividido entre la desconfianza que le inspira el P.C. y la que le inspira su patrono, el obrero se crispa en una especie de tétanos. ¡Hasta dónde no llegaríamos, qué no podríamos pretender si el virus filtrable del stalinismo no hubiese infectado nuestro proletariado!

Hermosas ratas, ¿esperáis hacernos creer que Francia es inmortal? ¿Pensáis ocultarnos largo tiempo que se muere? El mal que paraliza al proletariado, ha comenzado por herir a toda la sociedad. Vosotros, vosotros que habláis, ¿estáis tan vivos? La cola se mueve aún cuando se pronuncia delante de vosotros la palabra “comunismo” pero el cuerpo está lacio y caído; se enfría diariamente. ¿Y los otros? ¿Todos los demás? ¿Dónde están nuestras grandes esperanzas, nuestras grandes ambiciones, nuestras grandes empresas? El campesino araña la tierra con sus manos, el industrial se pudre, los bancos se convierten en cajas de ahorro. Vivimos mal, muy mal: para la mitad de los franceses, el salario no supera el mínimo vital; los jóvenes se ahogan o se expatrian, diciendo que en Francia ya no hay nada que hacer. ¿Y el Gobierno? ¿Acaso gobierna? ¿Mantener la discordia por medio de mentiras, falsear la ley electoral, encarcelar a los opositores, impedir a sus hijos la entrada en las grandes escuelas, asentar sobre nuestras divisiones la dictadura taimada y santurrón de la debilidad, enviar a las calendas el voto de las leyes sociales, hacer promesas a los obreros del Estado y a los funcionarios y luego no cumplirlas, aplastar al país bajo el peso de un sistema de contribuciones absurdo, eso

puede pasar por una política interior? ¿Raptar a los jefes malgaches en avión, para precipitarlos desde el cielo sobre los techos de sus pueblos, rociar con napalm a los vietnamitas, y saquear el Vietnam, empalar en botellas a los tunecinos, tirar a quemarropa sobre los obreros marroquíes, acaso todo eso puede pasar por una política colonial? Consumir miles de millones en una guerra que se sabe perdida, que se mantiene porque no se tiene el valor de acabarla, y que se pasa de un ministerio a otro como la viruela, chalanear la soberanía francesa, aceptar la dominación de los Estados Unidos sobre la mitad del mundo y la hegemonía alemana en Europa, ¿acaso eso puede pasar por una política extranjera? ¿Son hombres de Estado esos católicos de nervios de muchacha que se desvanecen en la tribuna, ruedan bajo las mesas de los banquetes y se toman por Richelieu porque tienen sangre en las manos? ¿Esos socialistas que hacen disparar sobre los mineros en huelga? ¿Esos grandes patriotas que especulan con divisas? ¿Esa turba de lacayos, ignorante y engreída, siempre dispuesta a adular o a descubrirse con tal de que se lo paguen? Si permanecen en el poder es porque nadie, en Francia, se preocupa ya de la política: recordad, en 1952, los periódicos cantaban victoria porque no se habían contado, en las elecciones, más que cinco millones de abstenciones. Habláis de apatía cuando los obreros manifiestan su disgusto ante una manifestación: ¿qué diréis, pues, cuando los electores manifiestan su disgusto ante las urnas? En la Francia de hoy, la clase obrera es la única que dispone de una doctrina es la única cuyo “particularismo” está en plena armonía con los intereses de la nación; la representa un gran partido, que es el único que ha puesto en su programa la salvaguardia de las instituciones democráticas, el restablecimiento de la soberanía nacional y la defensa de la paz, el único que se preocupa del renacimiento económico y del aumento del poder adquisitivo, el único, en fin, que vive, que está lleno de vida, cuando los otros están llenos de gusanos: ¿y preguntáis por qué milagro los obreros siguen la mayor parte de sus consignas? Yo hago la pregunta inversa y pregunto lo que les impide seguir las siempre. La respuesta no es dudosa: si el proletariado da signos de agotamiento, es que se ha contagiado de la anemia de la nación. Para luchar contra el mal francés —ese mal que nos debilita y nos roe a todos— no basta colocarnos al lado de la clase obrera; hay que conocer la enfermedad por sus causas.

Dejando la Francia eterna en lucha con el Proletariado en sí, voy a explicar ciertos acontecimientos rigurosamente definidos en el tiempo y el espacio por la estructura singular de nuestra economía y ésta, a su vez, por ciertos acontecimientos de nuestra historia local.

Vivimos mal porque producimos demasiado poco y a precios demasiado elevados. ¿Preguntáis quién tiene la culpa? Pues bien; Alemania, que nos ha declarado dos guerras ruinosas; los rusos que, en Moscú, frenan la reconstrucción; los dimisionarios de la natalidad que, al negarse a nacer, nos privan de su clientela futura; los campesinos atrasados, que no se deciden a consumir; el subsuelo, en fin, que ha traicionado a Francia ocultándose bajo sus pasos. En resumen, todos son culpables, con excepción de la clase dirigente.

He aquí lo que me molesta: hay demasiados traidores. Tantas causas mal unidas entre sí, eso se llama un concurso de trucos y acertijos. ¿Acaso Francia muere por azar? Sobre el moscovita y el obrero volveremos con calma. Pero hay dos guerras mundiales, ¿cómo imaginar que tengan la responsabilidad de nuestro marasmo? Desde 1913 a 1929, a pesar de cincuenta y dos meses de estragos, la producción francesa aumentó un 30 %; después permaneció estacionaria hasta hoy, es decir, durante un cuarto de siglo: en el mismo período, Inglaterra aumentó la suya la mitad.⁵⁵ ¿Y luego qué? Se nos dice que estamos estancados desde 1929: cualesquiera que sean los males que nos abruman, ¿no sería absurdo buscar su razón en un desastre diez años posterior a sus primeras manifestaciones? En el origen de un deterioro tan continuo, tiene que haber un vicio de estructura, una mala hechura.

¿El subsuelo, entonces? No. Dejémoslo a los espeleólogos y a los cavernícolas. Culpad al carbón, culpad al petróleo, culpad a los metales no ferrosos, por haberse evadido al extranjero como vulgares capitales cuando nuestros méritos les convertían en un deber el enterrarse bajo nuestros pies; no adelantaréis nada con ello. ¿Nos traiciona la Naturaleza? Está muy mal; sólo que traiciona al mismo tiempo a Europa entera y ved: con una traición igual, los belgas, los suizos, los escandinavos, viven mejor que nosotros. En cuanto a los ingleses, al final de la otra guerra, tenían una buena ocasión de gritar ¡traición! Mientras volvían la espalda, su ingrata clientela los había plantado; compraba el carbón norteamericano, el algodón japonés, el

⁵⁵ Exactamente desde 1939 a 1952

acero alemán. Si Inglaterra hubiera hecho entonces lo que nosotros hacemos ahora, se habrían dejado caer en su basurero para asistir a su propia mina profetizándola, pero sin levantar un dedo para conjurarla. Tenía todas las excusas: su vieja y gloriosa industria parecía la osamenta de la nación; ¿se pueden cambiar los huesos? Inglaterra los ha roto: ya que se habían minado los antiguos cimientos de su preponderancia industrial, quiso cambiar para seguir siendo la misma y mantener su equilibrio transformando su producción; en veinte años se la ha visto cambiar su anatomía y su fisiología, invertir las corrientes demográficas, clasificar y distribuir de nuevo su mano de obra, abandonar sus pozos de minas y sus ciudades mineras para orientarse deliberadamente hacia la fabricación de productos altamente calificados. ¿Nuestro problema es tan diferente? Para nosotros también se trataba de rodear una dificultad que no se podía atacar de frente y de intensificar la producción mediante un arreglo de nuestra economía.

Pero una propaganda inspirada nos persuade de que nuestra constitución es inmutable, para evitar de antemano que la modifiquemos: Francia tiene los huesos blandos, el mal de Pott; sobre todo debe permanecer echada, al menor esfuerzo del enfermo sus vértebras se romperían. En suma, se nos quiere hacer tomar los molinos por gigantes, y la Naturaleza por el Destino. No creemos nada de ello: la Naturaleza baraja los naipes y da la mano; cada cual recibe de ella su juego pero no su manera de jugar; hace las preguntas pero ignora las respuestas, orienta la economía sin gobernarla. Mejor: la economía hace la Naturaleza, tanto como la Naturaleza hace la economía. La industrialización puede tener muchas formas y la penuria de los recursos naturales no las excluye a todas *a priori*: se sabía, desde el principio, que Francia, a diferencia de la Inglaterra victoriosa, no podía siquiera intentar poner su producción entera en la dependencia de sus industrias extractivas; ¿le estaba prohibido favorecer la industria de transformación? ¿No podía especializarse, desarrollar juntamente, y una por otra la importación de materias primas y la exportación de productos manufacturados? Se ha declarado muy pronto que el problema era insoluble, ¿pero qué se sabe de ello puesto que hasta estos últimos años se había evitado el enunciarlo? Podemos absolver al reino mineral: son los hombres los que han hecho la economía francesa, los que la hacen cada día; nuestra decadencia presente,

como nuestra antigua grandeza, es una aventura humana y somos a la vez las víctimas y los artesanos de ella.

¿Si se le echase la culpa al consumidor? La estrechez de nuestro mercado interno contendría la producción dentro de un cierto límite más allá del cual la salida de los productos no estaría ya asegurada. ¡Buena idea! Su principal mérito, es que nos trae al reino humano. Y luego el campesino consume poco, es un hecho: al menos, en la mitad sur del país. Pero he aquí: a menos de creer en la Francia eterna y en la perennidad del “carácter” francés, no veo que se pueda explicar la reducción de nuestros mercados por una causa primera. ¿Seríamos una nación de avaros? Queréis reír. Si los cultivadores llenan mal su “deber social de compradores”, ¿no será más bien que viven de los productos de sus tierras? ¿Qué los obliga a ello? ¡Claro! La constante disminución de su poder adquisitivo. Este empobrecimiento progresivo, a su vez, ¿queréis saber de dónde viene? De que los trabajos del campo ya no son remuneradores, sencillamente. He aquí que pasamos del consumo a la producción. ¿Diréis que la culpa es de ellos y que se aferran a sus rutinas en lugar de comprar tractores? Es verdad. Pero, en las sociedades como en las máquinas de *feed back*, los acondicionamientos son recíprocos; en el marasmo del consumo, hay que ver un efecto tanto como una causa, o mejor una causa que es al mismo tiempo el efecto de sus propios efectos. Razonemos en el sentido de las manillas del reloj: se compran pocos tractores, luego se producen pocos; y, puesto que los mercados son demasiado exigüos para amortiguar los gastos del reequipamiento, las fábricas de máquinas agrícolas no tienen ningún interés en modernizarse. Conclusión: los tractores se venden caros porque los campesinos no quieren la mecanización. El razonamiento es exacto y, por añadidura, maravillosamente propio para fomentar la inercia: si se elige de golpe el cultivador como variable independiente, se quita hipotéticamente todo medio de actuar sobre él. Saludemos de pasada ese bello ejemplo de pesimismo reaccionario: la avaricia y la rutina están en la naturaleza del campesino; *luego* nuestra economía no cambiará.

Ahora, razonemos en sentido inverso: mientras el índice de los precios industriales sea superior al índice de los precios agrícolas, los pequeños explotadores rurales no tendrán los medios de modernizar sus empresas; si se oponen a la mecanización, es porque ésta se opone a ellos, y no se vencerá su rutina si antes no se les ponen las

máquinas a su alcance. Esta segunda conclusión, tan legítima como la primera, tiene además la ventaja de ser *práctica*: abre la salida que la otra había cerrado. Pero se dirá: ¿al campesino no le molesta" la asfixia del mercado agrícola? Sí, claro que sí. Pero hallamos, en este nuevo terreno, la misma circularidad de los efectos y las causas. En el sentido de las manillas del reloj: no se puede vender la cosecha, luego Francia produce demasiado trigo: los franceses están subalimentados, luego Francia no produce bastante trigo. Ya que es necesario girar, giremos. ¿Pero de dónde vamos a partir? ¿Hay primacía de la oferta o primacía de la demanda? Eso depende de lo que se entienda por "consumidor". Nuestros productores ¿piensan en el cliente de ayer o en el de mañana? ¿Y quiénes son esos compradores irritantes que no cumplen su deber: los ricos que cicatean o los pobres que no pueden pagar? En el siglo pasado, los fabricantes se jactaban de crear las necesidades para satisfacerlas:

“En régimen de competencia, decían, se aumenta la producción para disminuir los costos. La estrechez de los mercados no es más que un accidente provisional: un mercado se conquista o se inventa. Ya que hay 40 millones de franceses, tenemos 40 millones de clientes. Es cierto que la mayoría de ellos son consumidores que se ignoran. Eso no importa: haremos de ellos compradores revelados. En caso necesario, iremos a buscarlos a domicilio y, por poco que puedan pagar, les pediremos menos aún.”

En suma, si les escuchábamos, la producción dependía de la maquinaria, y condicionaba el consumo; la demanda variaba en función de la oferta. Y sobre el enriquecimiento continuo de la nación, el capitalismo fundaba su única justificación, el gran mito del progreso. En otros países, el movimiento de la economía de la competencia debía hallar su resultado lógico en la fabricación en serie que contempla una clientela de masas y para la cual, en teoría, el mercado se confunde con la nación entera.⁵⁶

Bien. ¿Pero qué nos vienen a contar hoy? En la Francia de 1954, ¿la demanda condicionaría la oferta? Eso era cierto en el tiempo de las Cruzadas: una sociedad estratificada, cuya economía estaba dominada por la agricultura, proporcionaba una clientela fija y habitual a los

⁵⁶ Es cierto que engendra su propio limite: la producción máxima no coincide con el beneficio máximo; la competencia se borra ante los acuerdos. Pero ese malthusianismo, por dañino que sea, no tiene nada que ver con el nuestro

artesanos que trabajaban de acuerdo a recetas heredadas. ¿Quiere decirse que hemos llegado a eso? ¿Será acaso que nuestros patronos no creen ya en el progreso? En ese caso, ¿cómo van a justificar sus privilegios a sus propios ojos? Todos los años, desde hace veinticinco, deploran que el consumo permanece estacionario. Linda excusa: vivimos de lo que hay. Cuando todos nos muriésemos de hambre, ¿cómo íbamos a comer más, ya que no nos dan nada más de comer? Es verdad: los hijos no abandonarán los tugurios que los padres han habitado. ¿Pero a dónde irán ya que se niegan a construir? Ni el destino ni la naturaleza humana son responsables de la asfixia del mercado; y la producción, se diga lo que se quiera, no ha dejado de regular el consumo; pero, entre nosotros, en lugar de fomentarlo, lo frena. Todo el mundo ha oído hablar de esas “boliches” nocturnos donde el champán cuesta un ojo de la cara, porque la dirección trata de “seleccionar su clientela”; Francia ha terminado por asemejarse a ellas: la que consume es la minoría selecta y los precios se estudian especialmente para que nos quedemos entre los nuestros: se niega la vivienda a los que no la tienen, los alimentos a los muertos de hambre, el calzado a los descalzos; se aproxima el tiempo en que sí pondrá un cartel en los escaparates de las panaderías: Para comprar pan es necesario ir vestido correctamente. He aquí lo que parece claro: aun cuando el consumo, medio asfixiado, se volviese sobre la producción para asfixiarla a su vez, la producción es la que ha comenzado; en ella reside el vicio constitucional de nuestra economía.

Ese vicio salta a los ojos, siempre que se le busque donde está: se llama la dispersión. En los Estados Unidos, desde 1930, las fábricas que ocupaban más de 260 obreros representaban un 4 % del total de las empresas y absorbían más de la mitad de la mano de obra. Entre nosotros, en 1953, las empresas que dan trabajo a más de 100 obreros sólo absorben el 46 % de la mano de obra y no representan más que una centésima parte de la industria francesa. En torno de algunos gigantes, pululan los microorganismos: en París, únicamente en la metalurgia de transformación, se cuentan 18.000 empresas que agrupan 400.000 trabajadores. En el comercio, se acentúa la dispersión: los establecimientos que emplean más de 100 asalariados ocupan el 12 % del personal y representan un 0,1 % del total. Esos hechos son conocidos de todos; de ellos se saca la conclusión de que Francia es una pieza de museo contemporánea del Orden Moral y de la

iluminación a gas: este mecanismo de innumerables engranajes sobreviene por un capricho de la historia y continúa obedeciendo las leyes del siglo pasado. En consecuencia, unos deciden que sufriremos la suerte de Atenas, otros que Dios es francés. Todos se equivocan: nuestra economía es de su tiempo y el siglo XIX no habría podido producirla; para darle sus arrugas y su airecito envejecido, no se necesita más que los potentes medios de que disponemos hoy. Seguramente, a la primera ojeada, las 500.000 empresas francesas con sus 8 a 10 millones de trabajadores evocan los buenos tiempos del liberalismo; pero eso no es más que una apariencia engañosa. Mucho más que por su dispersión, la economía francesa se define por su régimen de competencia que conduce normalmente a la concentración. Para conservar la dispersión arcaica de nuestros almacenes y de nuestras fábricas, hemos tenido que suprimir la competencia; las empresas pequeñas sólo pueden subsistir si la gran industria y los altos negocios las absorben. En resumen, los grandes han aceptado el vender tan caro como los pequeños. Además, se prohíbe la competencia de los pequeños: se les impone una tregua *sine die* y la cohabitación pacífica. De Dunkerque a Menton los precios están controlados por asociaciones más o menos clandestinas que agrupan una multitud de negociantes y de tenderos en torno de algunas grandes empresas. Para llevar a la ruina a sus minúsculos rivales, el alto patronato sólo necesitaría impulsar un poco la producción. Si no lo hace, si consiente a veces en modernizar sus equipos, no es para producir más y vender más barato, sino para aumentar sus beneficios reduciendo los precios de costo.

Aunque se tome algún cuidado para librar a sus vecinos, sin embargo no ha hecho nada si no los protege eficazmente contra las crisis: serán barridos al menor soplo. Los alimentará, pues, a bocaditos, a expensas del consumidor: en Lyon, sin duda la fábrica no bajará sensiblemente sus costos confiando los trabajos de tejeduría e hilado a sus propios talleres: prefiere hacerlos ejecutar por empresas dispersas y que sólo viven de ella. Eso no basta aún: es preciso que el Estado participe en esas buenas obras, que multiplique los descargos y las primas, que fuerce el control aduanero. El Estado, es decir, el contribuyente y, para ir de prisa, Francia entera. El sistema de contribuciones tiene por oficio principal el redistribuir las rentas: pero esta redistribución, entre nosotros, beneficia a las empresas que el juego normal de la

competencia habría eliminado. El francés paga impuestos para poder pagar a precio alto sus productos nacionales. Sobre el dinero que le queda –admitiendo que le quede después de esos descuentos diversos– vela una providencia especial. Como ese ángel de Claudel que desvía incansablemente a la joven Prouhèze del joven Rodrigue, para llevarla a la cama de un viejo, el ángel del malthusianismo no se cansa nunca de desviar el curso de las nuevas inversiones hacia las empresas más vetustas. Tratad, para ver, de financiar una sociedad en formación: os harán arrepentiros de vuestra obstinación:

“¿Qué es lo que pretende? ¿Colaborar en el desarrollo de las fuerzas productoras? ¿Pero quién se lo ha pedido? Se va a desarrollar la producción en el momento en que la gran industria no se atreve a moverse por miedo de aplastar a la pequeña. Felizmente, los bienes de producción cuestan muy caro: es normal, puesto que se producen con grandes gastos. Vale más reparar las máquinas viejas: nos han visto nacer y todavía pueden ser útiles.”

Si insistís, los bancos se pondrán de su parte: llevadles vuestras economías, se las darán al Estado que las disipará en la Deuda Pública. En suma, no se contenta con robar el dinero de los pobres, se esteriliza el de los ricos. A partir de ahí todo está en orden: maquinaria caduca, costos de producción considerables; los precios de la industria suben verticalmente, la clientela agrícola deserta el mercado.

Los rurales, a su vez, producen a grandes costos y el alza de los precios agrícolas priva a la agricultura de la clientela de las ciudades. Ved el hermoso círculo y cómo los efectos refuerzan las causas: una rama de la industria restringe su actividad productora, priva a ciertas empresas de sus salidas habituales y de este modo produce una retracción del mercado; las empresas afectadas se restringen a su vez para sobrevivir, lo que producirá nuevas retracciones; esta represión giratoria terminará por volver a su punto de partida, incitando a nuevas restricciones a las fábricas que le dieron origen. Así, el consumo se adapta a la producción, y la producción, a su vez, se ajusta al consumo. El motor gira sobre sí mismo; un solo inconveniente: disminuye su marcha cada vuelta y terminará por pararse.

Cuando un sistema social constituye el objeto de tantos cuidados y reclama tales sacrificios, ¿se puede sostener que es el fruto del azar? La pesada maquinaria se habría descompuesto desde hace mucho tiempo, si alguien no la hubiera vigilado; la embarazosa multiplicidad de sus engranajes se habría simplificado con el uso sin las intervenciones de una mano invisible.

Dicho de otro modo, la dispersión "dirigida" de nuestras empresas supone la unidad de una intención y la unidad de una política; luego, la unificación secreta de nuestra economía. En Francia, como en los Estados Unidos, la gran industria controla todos los sectores de la vida nacional. La diferencia es que los norteamericanos han matado a sus pequeños patronos y nosotros conservamos encadenados a los nuestros. Viven, pero apenas, y se ha asegurado su docilidad persuadiéndolos de que estaban ya muertos y se convertirían en polvo si no se prolongase regularmente su permiso de vivir. Por esta razón, nuestro régimen económico ofrece un lejano parecido con el feudalismo. Contra la competencia, cada día más severa, contra las crisis, contra la ferocidad de los barones, una multitud cada día más densa de negociantes y de tenderos buscaba protección. Han terminado por ofrecer sus bienes al gran patronato, que se los ha restituido en seguida, bajo la forma de feudos de vasallaje, y no sin haberlo, de paso, marcado con su sello. Ahora no tienen más que el usufructo de sus almacenes y de sus fábricas. ¿O llamaréis propietarios, a estos vasallos miserables que trabajan duramente, cubren penosamente sus gastos y son sus propios asalariados? ¿Qué pueden hacer? ¿Ensancharse? ¿Renovar su equipo? ¿Racionalizar su empresa? ¿Producir o vender más? Nada de eso. Sin embargo, esos muertos con condena condicional son los "hombres" de los grandes señores de la industria: en cambio de una protección que los impide caer a su vez en el proletariado, están obligados a prestar servicios de una naturaleza muy particular: su oficio es salvar las apariencias del capitalismo de la competencia cubriendo los monopolios. ¿Nuestra economía es un anacronismo? Decid mejor que es aberrante: ese sistema artificialmente creado y mantenido por los cuidados de nuestro gran capital tiende a la integración de las fuerzas productoras; pero sustituye la concentración técnica por la centralización oculta de los órganos directores.

Queda por saber por qué nuestros señores feudales se obstinan en arruinar a Francia. Advertid que tienen pronta una respuesta:

“Es, –dicen, "para limitar el despilfarro. Admitid que la «fábrica» ha cometido el error de abrir talleres de tejeduría: viene la crisis, le va a costar trabajo cerrarlos. Por el contrario, le será fácil abandonar a los proveedores: los pequeños patronos son los futuros oblatos de la defensa elástica”.

Esas frases no nos ilustran. ¿Es posible confesar más ingeniosamente que uno se arroja al agua por miedo de la lluvia? En caso de un duro golpe, el rodeo da a las grandes empresas una cierta libertad de maniobra, pero si las circunstancias son favorables, impide aprovecharse de ella.

Si, mañana, la demanda se acrecienta, las empresas pequeñas no podrán satisfacerla: y la gran industria ha unido su suerte a ellas. En una cuesta rápida, el automovilista prudente pone su motor en primera velocidad: así, nuestros sagaces productores, temiendo que la producción se desboque, la frenan con sus propias máquinas. Para ellos, el porvenir está preñado de amenazas y nunca de promesas: habrá crisis, y más crisis, luego la catástrofe y el diluvio; se empequeñecen para ofrecer menos superficie al desastre. ¿Aumentar la renta nacional? Comprenderéis que se burlan de eso: piensan menos en aumentar su propia renta que en impedir que descienda; han elegido la política de lo peor. Sabido es cómo el marxismo explica la superproducción y las crisis periódicas: en régimen de competencia, los beneficios invertidos se resuelven en medios de producción crecientes y el consumo de los asalariados decrece. ¿Han leído *El Capital* nuestros grandes capitalistas? Para evitar las crisis han retorcido el cuello a la competencia, organizado la subproducción y reinvierten sus beneficios en el extranjero. De este modo han hecho una economía depresiva por miedo a la depresión.

La operación debe su éxito al concurso de los pequeños patronos. Ocultan al consumidor el malthusianismo de las alturas. Obligados a pagar mal a sus asalariados y a vender muy caros sus productos, temen perecer o decidir los precios o los salarios. Si el Gobierno pretendiese reglamentar el mercado, el plumazo de un burócrata pondría en peligro de ruina a 500.000 empresas. Por otra parte, esos negociantes, tienen los pulmones potentes: si un ministro se atreve a

imponerles contribuciones, gritarán que es un asesino; si su personal reclama un aumento de salario, probarán, cifras en mano, que no tienen los medios de concedérselo. Y esto no es enteramente falso ya que todos los días se hallan al borde de la quiebra. No se ve más que a ellos, no se oye más que a ellos, parece que el único fin de la nación es ocuparse de ellos: esos tumultuosos agonizantes nos dan diariamente la prueba de que no se puede cambiar nada en Francia bajo pena de echar todo por tierra. Durante ese tiempo protegido detrás de ellos el gran patrono procede a la organización científica de sus fábricas: si quisiera emplear a fondo sus máquinas, los precios se derrumbarían inmediatamente; pero encuentra más ventajas asegurándose un provecho sin riesgos, aumentando hasta el límite extremo la distancia entre sus costos y los precios del mercado.⁵⁷ Como para esto hay que mantener una importante fracción de la industria francesa en su potencial más bajo, reconoce solemnemente a los pequeños empresarios la propiedad nominal de sus empresas, es decir, que perpetúa su impotencia y el desmenuzamiento de sus recursos; a cambio de ello, los pequeños negociantes se conformarán con su misión, que es la de producir poco y con grandes gastos: esa ganancia extraordinaria injustificada, tiene, pues, el carácter de una pequeña renta que la pequeña industria paga a la grande.

Así nuestra burguesía se aburguesa: prefiere la comodidad y la estabilidad al crecimiento indefinido de las ganancias; nuestros grandes señores feudales son sencillamente rentistas. Sin embargo, hay que explicar ese conservadurismo.

¿Es posible que nuestra desconfianza del porvenir se reduzca al miedo de las crisis futuras? Claro está que hay que situar nuestra evolución en el cuadro europeo: el período de expansión ha tenido fin. Europa pierde sus mercados uno tras otro, por todas partes se registra la tendencia de cambiar el provecho en renta. ¿Pero por qué esta retracción general se ha acentuado hasta ta! punto entre nosotros? ¿Qué puede explicar este furor malthusiano del cual estamos a punto de morir? Creo que nuestra historia nos dará la respuesta.

⁵⁷ También sucede que la gran industria consiente en pagar salarios un poco más elevados que la pequeña. Para mostrar su buena voluntad a los asalariados y hacer medir su potencia a los pequeños negociantes.

La historia avanza enmascarada: cuando se descubre, marca para siempre a los actores y a los testigos; no nos hemos recobrado jamás de los dos “minutos de verdad” que Francia conoció en el siglo XIX y nuestra burguesía actual juega a lo perdido, porque ha visto su verdadero rostro en 1848 y 1871.

Bajo la Monarquía de Julio, la población francesa se componía de burgueses y de animales; el rey era burgués y el burgués era rey, el burgués era hombre y el hombre era burgués. El animal era animal: se enganchaba a las máquinas. Con bastante frecuencia, el hambre le echaba a la calle; le calmaban echándole los perros. Y luego, un día, todo cambió; era en junio de 1848, el Gobierno había oído rumores y sacado la nariz por la ventana: en lugar del ganado ordinario vio un ejército; el proletariado hacía irrupción en la historia oficial y librada su primera batalla campal. Qué conmoción: aquellas bestias se batían como hombres; todo el mundo estaba asombrado por la evidente coherencia de sus maniobras. En resumen, los ricos descubrieron al hombre frente a ellos en una especie que les parecía extraña; ese fue el origen de su gran terror: ya que el Otro pretendía convertirse en hombre, el Humano entero se convertía en otro y el Burgués en los ojos del Otro se veía distinto del Hombre; si los miserables formaban parte de la especie humana, él sólo se distinguía de ellos por las violencias que les hacía sufrir; de repente el burgués se definía por sus negativas; al arrogarse el derecho de prescribir límites a su especie, se había dado sus propios límites; si los excluidos, a su vez, debían ser la medida del hombre, percibía su humanidad en los otros como una fuerza enemiga. Raramente se ha hecho mejor una pregunta: los subhombres se habían infiltrado en el género humano, había que desalojarlos de él: ¿Cómo lograrlo? ¿Ahorcando a los cabecillas? Eso no era suficiente: la burguesía había perdido sus tranquilas seguridades y no las recuperaría a menos de encontrarse sola en el mundo. Y luego, si se comenzaba la matanza, habría sido peligroso no llevarla hasta el final: los verdugos no obtendrían la absolución más que tomándose el cuidado de hacer desaparecer los testigos. En una palabra, había que exterminar a la clase obrera. El asunto se presentaba bien: loca de rabia y de vergüenza, la burguesía puesta al desnudo, quería sacar los ojos al proletariado; la Guardia nacional se hizo el deber de fusilar a los heridos. Por desgracia se paró prematuramente la represión. La minoría selecta quedó consternada:

10 millones de muertos le hubiesen devuelto la inocencia; 1.500 fusilados la transformaban en un hato de asesinos. Cuando todo hubo terminado, temió tanto el verse y el ser vista, que abandonó sus derechos políticos a un equipo de limpiadores que le garantizó, a cambio, su derecho de propiedad. A los muertos se les imputó crímenes atroces que mostraban claramente su bestialidad; se mantuvo a los sobrevivientes en su condición de bestias. Todos los ricos tomaron odio al capital: para sanearlo, lo cortaron en pedazos; el alza de los alquileres terminó la tarea arrojando a los pobres fuera de los muros. Los obreros desaparecieron de la historia oficial. Sin embargo, continuaron viviendo, amontonados en las playas de sombra que rodean las ciudades: de vez en cuando su ojos brillaban; entonces, de prisa, se disparaba a mansalva sobre ellos. No bastaba el haberles quitado la palabra; se trató de quitarles la memoria. En vano; guardaban celosamente sus recuerdos, lo cual impidió a la burguesía librarse de los suyos: ni un instante olvidó sus terrores, ni la visión terrible que había tenido, ni la sangre de que se había cubierto. Bien se vio, a la caída del Imperio, cuando sus representantes, dando salida a su miedo y a su resentimiento, se negaron a tener la sede en París. La insurrección la exasperó sin sorprenderla: se la esperaba. Un minuto borró veinte años de diversión; se volvía a la cuestión de principio: ¿ellos o nosotros? En los ojos de sus prisioneros —esos ojos fijos que las hermosas versallesas se divertían hundiendo con la punta de sus sombrillas— los hijos descubrieron la insoportable verdad que había enfurecido a sus padres; reanudaron la carnicería interrumpida: mediante 20.000 fusilados y 13.000 encarcelados, de los cuales 3.000 murieron en la prisión, la burguesía francesa hizo conocer al universo que había mejorado sus técnicas de exterminio.

No supo aprovecharlo; a pesar de su hazaña, había cometido de nuevo el error de 1848 y, por segunda vez, su brazo se había detenido demasiado pronto; al no haber aniquilado al adversario, sólo había ganado una batalla y corría el peligro de perder la guerra por agotamiento. Sin embargo, Europa la miraba con estupor: en lo relativo a explotar al hombre, los patronos extranjeros nos habrían aventajado; solo que —¿era habilidad o clemencia?— en general habían evitado recurrir a las armas: los capitalistas ingleses no habrían consentido jamás matar al obrero con sus propias manos; se contentaban con embrutecerlo y, en lo demás, “dejaban actuar” las leyes naturales;

había un excedente de trabajadores, se dejaba a Dios el cuidado de eliminarlos. Esas gentes no perdonaron a Francia el haber revelado la naturaleza del capitalismo y cambiado la lucha de clases en guerra civil. Bajo su desprecio, nuestra burguesía se sentía muy sola: se habría jactado gustosa de haber ejecutado en veinticinco años las dos matanzas más lindas de la historia contemporánea, pero los puritanos de Alemania y de Inglaterra la trataron como oveja sarnosa. Cuando les gritaba: “Hagamos causa común”, ellos se alejaban tapándose las narices. Para colmo de males, había que vivir todos los días en la promiscuidad de las víctimas: y estas se emancipaban extrañamente, gracias a los buenos oficios de los Cavaignac y de los Galliffet. Cincuenta años antes, los obreros suplicaban al patrono que se inclinase sobre su miseria, seguros de que le bastaría el ver sus males para desear curarlos; en 1848, creían aún a Lamartine cuando les hablaba del “trágico malentendido que separa a las clases”. Después de 1871, comprendieron; tanto peor para los burgueses. Por otra parte los amos han sabido permanecer invisibles, apartarse de lo que llaman “las duras necesidades de la economía liberal”. Por esta razón, el obrero no los odia realmente —¿se pueden odiar las abstracciones como no sea con un odio abstracto?—, y además, aunque los odiara, su odio supone su propia superación: sabe que le tienen por una bestia que se cree humana y a la cual hay que contener sin cesar, pero él los tiene por hombres que se ignoran o que se quieren ignorar. Cualesquiera que sean las violencias de la Revolución que espera, no se ha propuesto exterminar nunca a sus enemigos de clase: la liquidación de la burguesía debe liberar a los burgueses de su ignorancia y de la abstracción burguesa para restituirlos a su humanidad. En ellos, no es el hombre lo que detesta, es la noción privativa, es la negación del hombre: mientras la lucha se realiza en el terreno económico, el odio del obrero se mantiene en la generalidad.⁵⁸

En 1848 y en 1871, la burguesía francesa ha surgido de las nubes, se ha visto herir a su brazo. Claro que el capitalismo, como toda opresión se mantiene por la violencia; pero no exigía *esta* violencia ni *esta* ferocidad en la represión: en 1848, la insurrección de la miseria no ponía realmente en peligro al patronato; en 1871 se habían iniciado las negociaciones, era posible una conciliación: si los versalleses rechazaron todo, si pasaron al ataque los primeros, es que querían

⁵⁸ Puede odiar a ciertos patronos famosos por su dureza, pero es el aspecto accidental y subjetivo de la lucha de clases.

matar. En una palabra, fueron celosos. Nuestra burguesía se ha dejado caracterizar por la violencia y la crueldad de sus oficiales, por la crueldad temerosa de sus políticos, por la dureza de sus propietarios y sus fabricantes, por el terror abyecto de que ha dado muestras en primer lugar; luego, después de la victoria, por la innoble alegría de su buena prensa y de sus mujeres honradas; sus actos han esculpido su figura: se ha encarnado. Simultáneamente, el odio obrero se encarna a su vez: el objeto de él ya no es la abstracción capitalista; en el burgués francés, los obreros detestan al hombre, al hombre de carne y hueso que se ha *realizado* mediante su empresa histórica. Para todos los obreros del mundo, el burgués es el producto del capital; para los nuestros, es también el hijo de sus obras, un asesino... y va a seguir siéndolo mucho tiempo. La joven generación obrera ha crecido en el silencio asfixiante del Segundo Imperio, ha asistido, impotente, a la matanza de la Comuna. Cuando termina su aprendizaje, la lucha de clases se ha llevado al terreno económico: pero esos recién venidos no olvidarán jamás lo que han visto; cuando quieran prever las reacciones patronales, recordarán a Thiers, Galliffet, Schneider y se apoyarán en recuerdos imborrables para juzgar al patrono capaz de todo: el conflicto social que se entabla, esperarán verlo cada día degenerar en guerra civil, más bien la guerra civil les parece la *verdad* de la luda de clases; para los burgueses, esos jóvenes van a ser los enemigos irreconciliables: porque les pagan para saber que cada clase persigue la muerte de la otra, y sobre todo porque le *han hecho daño*. En cualquier otra parte, se mata de hambre a la clase obrera; solamente en Francia, la han asesinado. El proletario de 1886 vende su fuerza laboral a los hombres que han matado a su padre o a su hermano mayor; de ahí viene su actitud singular hacia ellos, esa mezcla singular de odio reconocido, de dureza fría, de desprecio y de violencia explosiva. En cualquier otra parte, los líderes obreros renuncian más o menos abiertamente a la acción revolucionaria para explotar a fondo las ventajas del sufragio universal: las clases trabajadoras tendrán su representación en el Parlamento. Eso es elegir la integración: se acepta el *hecho* del capitalismo y se defienden los intereses de la comunidad nacional para obtener a cambio el mejoramiento de las leyes sociales. Los patronos, tranquilizados, desarrollan sus empresas; no hay por qué inquietarse de la concentración obrera cuando se tiene la dicha de poseer un proletariado integrado. La social democracia

servía de rehén y de intermediario: su misma ambigüedad ⁵⁹ le permitía asegurar la permanencia del vínculo entre el Capital y el Trabajo; por su simple existencia impedía la secesión obrera. Cuando los oprimidos eligen a opresores para expresar sus dolencias, todo está en orden, la comunicación se establece, la unidad nacional se preserva; y luego, desde el momento en que emplean el lenguaje, el lenguaje puede servir para mixtificarlos. Cuando se callan, es cuando dan miedo.

En Francia, se callaron: el proletario se había separado: después de 1871, esa clase diezmada, ofendida, se aparta de la nación y forma una sociedad, dentro de la sociedad. ¡Qué le importa el sufragio universal! Se cree pagada para saber que los amigos electorales son la mayoría de los casos los enemigos de clase. Es ella, después de todo, la que ha dado el poder a los ametralladores. El Estado –sea o no democrático– es “el patronato concentrado, llevado a la suprema potencia”. Por esta sola razón, aunque tuviera la oportunidad de influir en los debates, el proletariado no podría aceptar el tomar parte en los asuntos públicos. ¿Enviar representantes a la Cámara? ¿Y quién, pues, podría representarlo? Envuelve en un mismo desprecio la Derecha y la Izquierda; a sus ojos, todos los hombres políticos son burgueses. ¿Se cree que un burgués, cualquiera que sea su filiación, puede defender los intereses de los obreros contra los de los otros burgueses? Francia, en este fin de siglo, es el único país donde la socialdemocracia está privada de bases obreras. El obrero vota, es cierto, pero indiferentemente y para descargo de su conciencia, sin poner un lazo entre sus funciones de elector y su actividad reivindicadora: llena las primeras a título de individuo desintegrado, de ciudadano abstracto perdido en una multitud abstracta de otros ciudadanos; ejerce la segunda como miembro *orgánico* de una comunidad cerrada. En suma, la clase obrera, encerrada en su aislamiento feroz, sólo cuenta consigo misma: reprueba el millerandismo y condena las leyes sociales cuando son los parlamentarios los que toman la iniciativa de hacerlas votar; sus dirigentes no pierden ocasión de afirmar la autonomía del movimiento obrero ni de denunciar el antagonismo de los sindicatos y del Partido: en vano la S.F.I.O. multiplica los avances; todo lo que gane con ello, es que la acusen de “violar la independencia sindical”. Frente a esas “charlas” y esas “rutinas”, el proletariado sin más experiencia que *la suya*, inventa su

⁵⁹ Los diputados socialistas son burgueses arraigados en el pueblo: ven en el Estado burgués un órgano de opresión y sin embargo participan en los asuntos públicos.

propio camino; mantiene la lucha en el único terreno que le pertenece: el del trabajo. El sindicalismo revolucionario es el proletariado mismo, exaltado por su soledad y orgulloso de su desamparo: traicionado por los campesinos, dos veces traicionado por los pequeños burgueses decide sacar todo –incluso los valores éticos– de su propio fondo; los obreros viven un momento muy particular de su historia: el momento de la separación. En 1871, la comunidad nacional los ha rechazado: ellos asumen su exilio y cambian lo negativo en positividad; lo que se ha llamado a veces imperialismo sindical o totalitarismo obrero es sólo admirable vuelta de una casta de parias; sólo deseaban ser *algo*, se los condena a no ser *nada*, entonces reivindican ser *todo*.⁶⁰

Nuestros burgueses se helaron de terror: ya que el proletariado desautorizaba a sus pretendidos defensores, se habían roto todos los puentes, una *no man's land* llena de cadáveres separaba a los obreros de los patronos. La burguesía no tenía siquiera el recurso de tomar a esta multitud silenciosa por un rebaño de bestias: ya que habían tenido en jaque a las tropas regulares, los proletarios eran hombres. No del todo, sin embargo: si no se quería que se convirtiesen en jueces era necesario que no hubiesen dejado de ser animales. Hombre y hormiga juntamente, el proletario parecía a la vez transparente y opaco: ponía la inteligencia, la energía, el valor, al servicio de una misteriosa naturaleza animal y de unos instintos incomprensibles. El patronato se fascinaba ante aquella masa oscura y sólo descubría en ella el reflejo de su propia violencia. Por lo demás, no se equivocaba: el secreto de la fuerza obrera, es que tiene a la burguesía francesa por una banda de criminales. Al querer recusar a esos jueces mudos, nuestra minoría selecta confirmó su sentencia: las personas decentes, que habían proseguido las matanzas mucho después de la victoria, no podían invocar la legítima defensa: tenían, pues, que probar que sus víctimas merecían la muerte por naturaleza; a ello se dedicaron: el proletario, decían, no es ni hombre ni bestia; hombre, le habríamos respetado; bestia, le habríamos encerrado sin causarle daño; pero es una bestia humana, es decir que ataca al hombre con medios humanos, o, si se

⁶⁰ No es dudoso que el proletariado sea portador de valores humanos: lo que reivindica *para él*, tiene que reclamarlo *para todos*. Que sea el *único* portador de estos valores, es aún admisible. Pero se reprochará a Sorel el haber confundido *el hecho* de que la clase obrera es la única fiel a lo humano, con *la idea* de que esta clase sería portadora de un mensaje *singular* y, después de todo, incommunicable. Es transformar el humanismo radical del proletario en un *particularismo*; es detener el proletariado *en lo que es hoy en día* y negarse a tomar en consideración su movimiento. Ese momento del totalitarismo soreliano se asemeja al de la negritud en el negro colonizado.

prefiere, un hombre arrastrado hacia lo peor por una fuerza irresistible: es lo bastante libre para que se tenga el derecho de castigarlo, lo bastante esclavo de su naturaleza para que se puede desesperar de su redención; en suma, hay que tenerlo vigilado, y estar dispuesto a matarlo sin toque de atención. De este modo, para lavarse de un crimen, la burguesía se atribuía el derecho de repetirlo a voluntad; quizás pudo haber alegado con alguna apariencia de razón que la furia y el miedo la habían vuelto loca y que solo era culpable accidentalmente; pero no: quiere justificar su culpa; justificándola se cambia y se hace criminal de vocación.

En cuanto al joven patrono que, hacia 1890, asegura el relevo de las generaciones, parece en primer lugar, que no hay nada que reprocharle: es un hijo de asesino, sin duda, pero era demasiado joven para haber tomado parte en las ejecuciones sumarias y la sangre derramada por los padres no debe caer sobre la cabeza de los hijos. Tiene, pues, la opción y puede, a su capricho, desautorizar a su padre, u obstinarse. Eligió, como es sabido, la obstinación. Es que lo criaron en el odio: le han enseñado a detestar a su víctima para impedir que no juzgase al verdugo. Toma, con activo y pasivo, la fábrica y los crímenes paternos. Simultáneamente, está obligado a atenerse a ello:

“Al entrar en la fábrica, —dice—, he hallado el odio y no había hecho nada para provocarlo. ¿Qué se me reprocha? Nosotros, los jóvenes patronos no hemos matado a nadie aún, ni nadie, que yo sepa, ha sido aún muerto entre los obreros jóvenes”.

La demostración está hecha: ya que el burgués joven, no ha cortado aún el cuello, el odio del obrero es injustificado, es un *a priori*, la relación fundamental del trabajador con su patrono; el proletario es rencoroso por naturaleza, el burgués constituye el objeto inocente de su odio. ¡Pobre burgués! Haga lo que sea, siempre será *el otro* quien habrá comenzado: ¡ya que nos dicen que los obreros desean nuestra muerte! Incluso hoy en día el argumento constituye la felicidad de los cronistas reaccionarios: tiene más de sesenta años y ni una arruga.

Desde 1890, no hay pequeño patrono que no se identifique con la sociedad burguesa. ¿Se le pide un aumento? Es que se quiere destruir la comunidad nacional. ¿Un congreso sindical pone en tela de juicio al capitalismo? Es que se quiere cortar el cuello y violar a sus hijas. Gracias a esta hábil prestidigitación, la burguesía, a fines del siglo pasado, se ha otorgado un derecho suplementario que se podría llamar

la legítima defensa continua. Esa clase exquisita toma el pretexto de la sangre que ha derramado, para imaginar que se halla en estado de sitio, asediada por la bestia humana y que cada uno de sus miembros, desde que nace hasta que muere, está en constante peligro de muerte. En una palabra, los hijos de Versalles odian al obrero francés con todo su corazón, como los barones alemanes, treinta años después de la guerra de los campesinos, odiaban aún a los hijos y los nietos de los villanos que sus padres habían torturado. El que ha matado, matará. Una tercera generación de asesinos entra en la carrera y en ella encuentra el polvo de sus mayores y la huella de sus virtudes; esos menores hacen lo que pueden para dar a la lucha de clases un airecillo de *vendetta*; manifiestan su odio para que los obreros hagan aparecer el suyo: así, cada enemistad se refuerza con la otra; tratan de mantener, en suma, la tensión social al extremo, de forma tal que el menor incidente pueda desencadenar el motín y la presión sangrienta.⁶¹ Las armas están bruñidas y las justificaciones preparadas: esta bella juventud se prepara gloriosos mañanas. Hay que preguntarse qué milagro ha salvado al proletariado de una nueva ‘San Bartolomé’.⁶²

¿Qué milagro? Pues sencillamente la “segunda revolución industrial”: nace en los Estados Unidos, conquista Europa y Francia; nuestra gran burguesía está en el umbral de los veinticinco años de las vacas gordas que doblaron nuestra producción de hierro colado, y triplicaron nuestra producción de acero. Hay motivo para regocijarse, naturalmente, pero no sin segunda intención: lo malo del capitalismo es que engendra sus enterradores; y he aquí, precisamente, que los enterradores se han puesto a pulular. No sólo la clase obrera crece sin cesar por la afluencia rural, sino, por añadidura, es la que –en las

⁶¹ Las causas sociales e ideológicas del anarquismo son bastante bien conocidas; hay que añadir a ellas, en lo respectivo a Francia, un factor histórico: las jornadas sangrientas de 1871. El terrorismo anarquista saca su justificación psicológica de las matanzas anteriores. Una situación económica basta para determinar un movimiento de huelgas pero, para engendrar un crimen, se necesita otro o, en todo caso, circunstancias singulares y señaladas: ésta es la razón de que los Ravachol sean bandidos de honor y justicieros: matan a los que han matado. Puede decirse que cada cual tiene motivos generales e ideológicos (la “Sociedad” es esto o aquello, el capital engendra ésta o la otra situación) y un móvil muy concreto: vengar a las víctimas de los versalleses. Se advertirá que el anarquismo italiano ha seguido de cerca la matanza de los obreros milaneses y se ha manifestado como *vendetta*, por la condena a muerte y ejecución de Humberto I. Ese fenómeno no tiene correspondencia en Alemania ni en Inglaterra porque la lucha de clases, por implacable que haya sido, se ha mantenido en general en el terreno económico.

⁶² Se refiere a la “Masacre de San Bartolomé” (en francés: *le massacre de la Saint-Barthélemy*) es el asesinato masivo de *hugonotes* (cristianos calvinistas) durante las “guerras religiosas” del siglo XV en Francia. Comenzó en la noche del 23 al 24 de agosto de 1572 en París, y se extendió durante meses por todo el país. Véase también: [Etienne de La Boétie, Discurso de la Servidumbre Voluntaria](#).

aglomeraciones urbanas— tiene más hijos. Las estadísticas de 1906 descubren la espantosa verdad: por cada 100 empleados casados, 299 hijos; por 100 patronos, 358; por 100 obreros, 395. Hay que añadir todavía que la propaganda neomalthusiana de los anarcosindicalistas ha afectado las “capas superiores” del proletariado: los peones son los más prolíficos. Desde 1869, Leroy-Beaulieu advertía melancólicamente:

“Los obreros que ocupan las últimas filas, los que realizan los trabajos más groseros y menos remunerados continúan teniendo una familia numerosa, por falta de comprensión de su interés o por la imposibilidad de la continencia”.

El resultado: la clase obrera representa el 28 % de la población al comienzo del Segundo Imperio y el 35 % al principio del siglo XX. Si hubiera que dar un nombre al milagro que salvaguarda el proletariado yo lo llamaría la multiplicación de los enterradores. El patrono cobra miedo: la fisonomía tradicional de Francia se modifica; en 1850, un francés por cada siete vive en una ciudad de más de 5.000 habitantes; en 1900 un francés por cada siete vive en una ciudad de más 100.000 habitantes. Ahora bien, los “rurales” fueron los que ayudaron a los versalleses, en 1871, en sus grandes trabajos de saneamiento: apoyada en el campo, la burguesía estaba segura de aplastar, a la menor locura, a la minoría obrera: después de todo, un soldado es un campesino. ¿Pero qué sucedería si la relación se invirtiese? ¿A quién le tocaría el turno de asesinar?; el odio se copia pronto; nazcan o no en la clase obrera, los recién llegados se apropian su memoria y toman por su cuenta los sufrimientos de los Federados. Durante ese tiempo, claro está, París está saneado: se habita en él burguesamente, se vota bien en él, no se toleran más que los buenos pobres; pero cuando las gentes de Passy levantan la cabeza, les parece que su obsesión ha tomado cuerpo: una enorme multitud se congrega a las puertas de la ciudad y no deja de crecer; la capital se encuentra en estado de sitio. Nuestros Señores suben a las fortificaciones: es el proletariado que se pierde de vista, el proletariado que no termina jamás, que cubre el campo y pisotea las cosechas; sin embargo, de los cuatro rincones de la Francia, esos miserables se ponen en camino para reunirse con el ejército de los enterradores. Los versalleses no sanearon más que a un puñado de personas; sus hijos descubren de repente que esos muertos tienen una posteridad innumerable. Hay que poner fin a eso.

¿Cómo? Se habla ya de integrar a la clase obrera: se dice muy pronto; pero integración quiere decir paternalismo y los fusilamientos de 1871 han hecho saltar en pedazos el paternalismo. En el norte, la Compañía integra con todas sus fuerzas; pero es porque trabaja en un recipiente cerrado. En esos departamentos encerrados donde nadie entra ni sale, la cuestión de la población no se presenta nunca, todo está al alcance de la mano: los habitantes cambian de oficio sin cambiar casi de residencia; si dejan su pueblo, es para establecerse en la ciudad obrera construida en las inmediaciones: allí encuentran los cuadros y las costumbres, una jerarquía feudal donde ya tienen marcado su lugar; en una palabra, se fabrican proletarios operando descuentos sobre el indigenado. ¿Pero en el suburbio parisiense? ¿En el suburbio lionés? ¿Cómo *dirigir* la metamorfosis del campesino en obrero? Incesantemente surgen fábricas de la tierra y otras cierran sus puertas; incesantemente las exigencias del mercado obligan a modificar la técnica de la producción. Esos cambios se traducen en una inestabilidad permanente de los empleos; los obreros no tienen ningún vínculo geográfico con su lugar de trabajo; en Levallois-Perret, en Charenton, cada noche, la población estalla y se esparce; la reemplaza otra que viene de todas partes. ¿Se va a correr detrás de esos seminómadas? ¿Dónde se los va a buscar? ¿Cómo reunirlos? ¿Y qué influencia ejercer sobre ellos? La competencia se opone al paternalismo: ella es la que modifica sin cesar la fisonomía de los suburbios; a causa de ella esos montones de hombres están perpetuamente movidos por los movimientos pendulares que realizan mecánicamente la transformación de los rurales en proletarios. ¿Entonces? ¿Desconcentrar? ¿Fragmentar esa masa enorme en la cual el menor rumor se amplifica hasta convertirse en trueno? Ese sueño no es nuevo y el patronato se complacía en él mucho antes de la Revolución Francesa, cuando confiaba el trabajo a los campesinos de extramuros para escapar a las reglamentaciones corporativas.

Desconcentrar, descentralizar, descongestionar: sustituir la gran masa incontrolable con “pequeñas masas” diseminadas en el país ¡y a las cuales se tendría vigiladas! Desgraciadamente, el momento no es propicio, y luego tendría que haber un acuerdo, un plan director: de nuevo la competencia se opone a ello, sembrando la discordia entre los patronos.

¿Entonces? ¿Cómo impedir la aterradora ascensión del proletariado? No se puede tirar a mansalva sobre él. La política de exterminio conviene en los períodos de desempleo; en 1848 estaba muy indicada; había habido razón de pasar por las armas a hombres que costaban sin producir. De todos modos la economía liberal, esa máquina admirable, se encargó de restablecer el equilibrio por sí sola; no había más que darle una mano y nadie censurará de buena fe a los que fusilan a los obreros para impedirlos que se mueran de hambre. Pero esas mismas razones, impiden, en período de prosperidad, trabar el libre desarrollo de las fuerzas económicas. Cualesquiera que sea el crecimiento de la población obrera, la oferta de mano de obra es inferior a la demanda: tirar sobre un hombre que cuesta tan caro, es un despilfarro. De tarde en tarde el Gobierno puede permitirse, como en Fourmies, una rectificación local de los efectivos obreros. Sin embargo, hay que proceder con prudencia: si la clase obrera llegase a enfadarse, se perderían millones. Taine y Renán aconsejan recurrir a las fuerza: suaves del malthusianismo social cuyos efectos son lo bastante lentos para pasar inadvertidos en primer lugar. Ya que –como ha mostrado Leroy-Beaulieu– el peón ignora sus verdaderos intereses (que le mandan evidentemente el morir cuanto antes y sin progenitura), se podría intentar abrirle los ojos. Nuestro Gobierno debía asignarse dos tareas: fijar el campesino a la gleba y facilitar la continencia del pobre. Se hace una campaña de discursos; en las Cámaras, en los Comicios, en la Academia, no hay más que un clamor: *“La tierra se muere, ¡viva la tierra!”*

Se muestra con qué arte Francia, hasta aquí, ha equilibrado, una por otra, su agricultura y su industria: en este equilibrio armonioso de las fuerzas productoras es donde hay que buscar el secreto de nuestra felicidad y de nuestras virtudes. No lo toquemos, no quitemos a Dios el deseo de ser francés. Lo que significa, claro está: mantengamos la superioridad numérica de los campesinos sobre los obreros.

“Cuando la clase dominante ejerce el poder absoluto –escribe Sauvy–, es poblacionista... Cuando por una u otra razón, los dominados adquieren derechos y, por consecuencia, los dominantes los deberes, la cuestión cambia de aspecto... Como el dominio ya no es absoluto, la limitación del número de nacimientos se hace, si no necesaria, al menos ventajosa.”

El padre mataba a los obreros sobrantes; se persuade al hijo de impedirles que nazcan; excelente consejo, pero que habría que poder seguir: en período de expansión industrial, la multiplicación de los trabajadores sirve los intereses de la producción; en ese principio del siglo los obreros causaban terror porque eran demasiado numerosos; pero la verdadera fuente de su joven poderío es que aún lo son bastante; la demanda de mano de obra los valoriza, provoca el alza de los salarios, limita los derechos reales del patrono; entre 1871 y 1910 el número anual de huelgas pasa de 267 a 1.073 y su porcentaje de éxitos oscila entre 55 y 60 %. Los oprimidos disfrutaban a la vez de las ventajas del número y del beneficio de la escasez. Y si los anarquistas se unen con el patronato en el terreno de la propaganda anti-concepcionista, es porque hacen del malthusianismo un arma de la lucha de clases.

Los capitalistas franceses se ven traicionados por su propio capitalismo: ese régimen esclavista les impone ejercer una facultad discrecional sobre la masa; pero al mismo tiempo hace imposible la tarea al aumentar continuamente sus necesidades de mano de obra. Pillado entre las exigencias contradictorias del dominio y de la ganancia, el patronato se tira de los pelos: ¿Cómo mantener los beneficios sin aumentar la producción? ¿Cómo esterilizar al proletariado sin provocar el alza de los salarios? ¿Cómo hacer de Francia una gran nación industrial conservando el aspecto demográfico de un país agrícola?

Las respuestas están en las preguntas, pero nuestros capitalistas, pillados entre el miedo y el incentivo de la ganancia, vacilan en buscarlos en ella: por eso se encuentran dos corrientes en la Francia de 1914: una, "poblacionista", y la otra, malthusiana, cada una de ellas correspondiente a uno de los términos de la contradicción. En apariencia, el poblacionismo terminará ganando: el Gobierno ha hecho de él su doctrina oficial; pero eso no es más que una mixtificación. Para combatir realmente la desnatalidad, habría que comenzar obteniendo que el costo de la vida bajase; y como por el contrario se está bien resuelto a hacer todo lo posible para impedirlo, la "política demográfica" de nuestros ministros se reduce a un estruendo oratorio y a medidas sin alcance.⁶³ Sin embargo, todo indica que la burguesía ha

⁶³ ¿Quién, pues, sostiene el poblacionismo? ¿Los industriales? Nunca: han hallado en el malthusianismo económico el medio de ajustar la oferta y la demanda de mano de obra. No: son los terratenientes, los militares y los curas. Esos atrasados se creen aún bajo el

elegido la otra solución. Lo que sorprenderá, quizás, es que la haya elegido *por si sola*: la brusca proliferación de los suburbios, parece provocar *intramuros* un derrumbamiento de la natalidad. Como si, al no haber podido castrar a los pobres, los ricos se hubieran castrado ellos mismos: la esterilidad burguesa se parece mucho a la conducción de un fracaso:⁶⁴ la capital se convierte en la tumba de la raza. Hacia el mismo momento, el Comité de las Forjas, mientras se vanagloria de continuar “la magnífica progresión de los años precedentes”, hace sus primeros ensayos de malthusianismo económico. Todo está en su lugar: en 1914, no queda más que construir la máquina infernal que unirá, mediante un acondicionamiento recíproco, los ardides abortivos de la industria y los de la familia burguesa. Para que el patronato se decida, no se necesitará más que las grandes conmociones de la guerra y de la postguerra. La minoría selecta comprendió que las civilizaciones eran mortales: “Pobre Francia, la han desangrado. ¿Qué hará el universo sin ella?” Al universo no le importaba un pito, como se comprenderá, pero aquellas lamentaciones académicas ocultaban un verdadero terror: y no se trataba de la guerra, ni del carbón; entre 1917 y 1921 el patronato había adquirido la certeza de que la victoria final sería del proletariado. No era para hoy, ni para mañana, quizás, pero lenta, seguramente... Fue una evidencia atroz: sí. ¡Sí! Esos canallas van a ganar. Después de setenta años, la burguesía no ha aprendido ni olvidado nada y todos los perfumes de la Arabia no habían podido lavar la sangre de su; manos: se encuentra, de repente, *la misma* que en 1848, *la misma* que en 1871, con los mismos hombres frente a ella, los asesinados de la Comuna, que iba a tener que matar en vano por tercera vez. Esta vez, terminarían venciendo: y nadie tendría piedad de

Antiguo Régimen, en la época en que La Morandière aconsejaba a los dirigentes que “multiplicasen los hombres y el ganado”; no han advertido que la burguesía perdía, uno por uno, todos sus poderes y que había entrado en su fase de dominio relativo. La gran industria les da satisfacción igualmente: su poblacionismo ruidoso ocultará sus trabajos subterráneos de despoblación.

⁶⁴ Extraña situación. Los matrimonios burgueses (salvo los pertenecientes a medios religiosos) practican corrientemente el *birth control*, bajo todas sus formas, y el aborto. Pero esta misma burguesía sostiene con sus votos un gobierno que castiga con la cárcel (a veces incluso con la muerte) las prácticas anticoncepcionistas. La contradicción sería enorme si no se tuviera en cuenta que las mujeres burguesas rara vez están implicados en los procesos de las abortistas. En los tribunales sólo aparecen empleaditas u obreras. Parece como si la clase dominante fuera malthusiana para sí y poblacionista para las clases dominadas. *Ahora bien, eso no es verdad*; porque debía mostrar una preocupación igual por la mortalidad infantil; pero es sabido que va a buscar a los niños hasta en el vientre de las madres obreras para, en seguida, dejar que mueran como moscas. La patronal no desea que haya *muchos* obreros; desea sencillamente arrebatar al proletariado el control de sus nacimientos para que el ajuste de la oferta y la demanda se opere automáticamente en el interior de la máquina infernal que ha montado.

ella, ya que ella, en su hora de gloria, no había tenido piedad de nadie. Nuestros patronos se vieron perdidos, la Francia burguesa se puso a hablar de ella en términos conmovidos. De ella, es decir, del género humano, porque, para ella, es igual predecir el fin del mundo que el fin del capital. Ya que el obrero es una bestia, la suerte del hombre está entre las patas de las hormigas: cuando tomen el poder esos heminópteros prodigiosos, perderemos nuestros bienes, nuestras vidas, nuestro honor y todas las delicadezas por las cuales, ayer aún, valía la pena morir; los nuevos señores nos darán de comer a las polillas, el reino del hombre se hundirá en el pasado. Y no contemos con la historia para que nos haga justicia, aunque sea demasiado tarde: las hormigas la escribirán de nuevo. Nuestro porvenir está cerrado por esta espantosa catástrofe, que continuará destruyéndonos después de nuestra muerte y que por adelantado hace de nosotros, a nuestros propios ojos, muertos en vida o, mejor dicho, errores explicados o corregidos.

En la misma época, en el mismo continente, la furia y el miedo engendraban los fascismos en todas partes: era, si me atrevo a hablar así, la reacción “sana”: si los italianos y los alemanes, con un siglo de retraso, recomenzaban un ‘San Bartolomé’, era la prueba de que esperaban vencer y creían en el capital. En medio de aquellos furiosos, la vieja burguesía francesa, cargada de años y de crímenes, parecía derrotista. Napoleón III, la Boulange, las matanzas, los campos de la muerte lenta: conocía todo y, finalmente, podía decir que aquello no conducía a nada. El capitalismo produce su propia muerte; el proletariado se asemeja a la hidra de Lerna: si se le corta una cabeza, renacen diez. Por lo tanto, no hay que cortar esas cabezas abundantes: vale más buscar el medio de hacer que, todas a la vez, mueran a medias. Cuando los burgueses del Sur y del Este gritaban: “¡A las armas!” los burgueses franceses respondían: “Contemporizad”; cuando el extranjero gritaba: “¡Saquead y matad! ¡Degollad!” los nuestros respondían: “Subalimentad”. Sí, hacia esta época fue cuando se construyó en Francia la máquina que gira sobre sí: ya que el progreso del capitalismo le conduce a su pérdida, se detendrá su progreso; ya que los bienes de este mundo deben pasar pronto o tarde a otras manos, se tratará de no producir más que lo necesario y de consumir todo lo que se produce; ya que nos anuncian el ocaso del hombre, prolongaremos su crepúsculo fabricándole una economía crepuscular.

Ya que la competencia impulsa a producir más, degollaremos a la competencia; ya que, los días del motín, el suburbio viene a ocupar las calles de París, se frenará la concentración técnica para disminuir la concentración social. En suma, sólo se trata de detener la historia. Un momento. Un momentito. Nuestros patrones quieren retrasar el cataclismo en algunos decenios para tener el tiempo de morir en paz. Eso no presenta dificultad, siempre que se acepte arruinar el país; porque no se trata de adquirir fuerzas nuevas, sino de saber utilizar nuestras debilidades y de reforzar cada una por todas las demás: ¿el mercado tiende a retraerse? Perfecto: se acabará de estrangularlo elevando los precios. ¿Los precios tienden a subir? Se acentuará la tendencia restringiendo la producción. ¿Faltan las materias primas? Excelente razón para ser dependientes del extranjero. ¿Los niños escasean? Se les hará aún más escasos reduciendo a los padres a la desesperación; el malthusianismo económico se apoya en el malthusianismo social y los acelera: un niño cuesta antes de producir, es una empresa nueva que necesita nuevas inversiones; cuando toda Francia se niega a modernizar la maquinaria, no nos vamos a divertir a renovar, sin necesidad, el material humano. ¿Y luego que?

Frecuentemente, los renacimientos económicos van acompañados de trastornos demográficos: se querían hijos porque se participaba en una empresa colectiva cuyos frutos verían ellos: ¿por qué hacer hijos que van a ahogarse? Persuadamos más bien al obrero de que Francia va a morir, de que la suerte de su hijo será peor que la de su padre: es el mejor modo de abrirle los ojos a sus intereses. Así, en medio del alboroto fascista, nuestra burguesía organiza un lento suicidio, que se extenderá quizás durante medio siglo. Amenazada, ha reaccionado en primer lugar mediante sus conductas de fracaso, luego ha dominado esas conductas y las ha transformado en estrategia defensiva. Jugaba a lo perdido, ahora jugará a quien pierde gana. Nuestra economía giratoria, girará cada vez más lentamente y, un buen día, dejará de girar: pero habremos muerto; si los rusos quieren entonces echar la mano a nuestra hermosa Francia, sólo encontrarán una carroña y serían bien burlados.

El malthusianismo francés es, con respecto a su hermano ítalo-alemán, el *fascismo*, lo que la defensiva para con la ofensiva, la resistencia pasiva para la acción, lo femenino frente a lo masculino, el pensamiento frente al optimismo, en una palabra, lo negativo frente a lo positivo.

En uno y otro caso, se trata, para los dirigentes, de restablecer el dominio absoluto sobre los dirigidos: pero los nazis querían asentar su poder sobre la fuerza de su aparato represivo; el burgués francés saca su poder de un inmovilismo depresivo que reduce a la impotencia a su enemigo de clase.

Hemos visto la confusión de los patronos ante el crecimiento numérico del proletariado:

“Si sigue aumentando, nos come: si disminuye, la industria puede carecer de brazos.”

El malthusianismo hace vanos esos temores: la producción se estanca cuando la productividad tiende a aumentar, se han reunido las condiciones de un desempleo tecnológico, la *contención* de la clase obrera, parece, pues, deseable desde todo punto de vista. Por otra parte el malthusianismo proporciona también los medios de realizar esa *contención*.

“El proletariado aumenta exageradamente porque los obreros tienen demasiados hijos, y porque los campesinos abandonan la tierra en número excesivo. El inmovilismo económico va a permitir regular uno y otro factor.”

Primero los nacimientos: a partir de 1935 el patronato gana en toda la línea. Hasta entonces no había hecho nada en eso: aquellos campesinos mal educados se obstinaban en conservar la fecundidad de los animales. Pero bastaron unos años de economía depresiva para provocar el derrumbe del coeficiente de la natalidad obrera: esta vez han comprendido; se abstienen, como los burgueses. Se ha querido hallar la causa de ese súbito recurso a las prácticas malthusianas en la evolución interna del proletariado. Eso es cierto: la clase productora se ha hecho más homogénea y los hijos de los obreros son en ella más numerosos que los de los campesinos. Pero si los primeros tienen menos hijos que los segundos, es porque han sufrido durante más tiempo la prueba de la miseria de las ciudades y de la desesperación. Se concederá, claro está, que todos los días son más el producto de ese universo técnico que producen y que aprenden, poco a poco, las *técnicas* de la vida y de la muerte: los padres estaban sometidos a las fatalidades del cuerpo, los hijos saben dominarlo. Pero el control de los nacimientos es sólo un medio y puede servir fines muy diferentes: no puede explicar por sí solo la esterilidad súbita y obstinada de las

nuevas generaciones: no basta conocer las prácticas malthusianas, hay que querer usarlas. ¿Buscaremos la causa de ese “abstencionismo” en las exigencias inhumanas de la producción en serie? Sí, si se quiere. Pero, bajo esta forma, la explicación es insuficiente ya que no se registra la misma desnatalidad en los países de capitalismo avanzado. El trabajo del obrero especializado es siempre penoso; para que se haga completamente insoportable, es preciso que las normas nuevas se apliquen en el cuadro de una economía depresiva. Preguntad primero a los matrimonios obreros por qué no tienen más hijos: la respuesta no es dudosa:

“Conocemos demasiado nuestros sufrimientos para querer infligirlos a los demás.”

Condenados a vivir en el universo de la repetición, no imaginan otro porvenir para sus hijos que su propio pasado. De criminal, nuestra burguesía se hace abortista; prosigue con sus métodos propios la obra de sus padres: en lugar de matar, obliga al adversario a diezmarse con sus propias manos.

En seguida, el éxodo rural: hay que amortiguarlo, compensarlo, o las dos cosas. Hoy nada más fácil: sabido es que el campesino no es atraído por las luces de la ciudad, sino impulsado y desviado hacia ella por el exceso de su miseria; asegurémosle, pues, una miseria sin exceso. Las grandes emigraciones del siglo XIX son ricas en enseñanzas. La primera, que se sitúa en los alrededores de 1860, se debe a la concentración de las tierras y a las transformaciones consecuentes del cultivo: los industriales inventaron el mercado campesino; se fabricó, se vendieron arados, abonos químicos: el rendimiento y el precio de la tierra aumentaron, la demanda de mano de obra decreció, innumerables jornaleros fueron despedidos, otros les siguieron, menos miserables pero que habían perdido toda esperanza de convertirse un día en propietarios. La lección ha sido aprendida: el malthusianismo frena la mecanización de las técnicas agrícolas para preservar la división de la propiedad. Sabido es que los transportes ocupan más de la mitad del tiempo consagrado al cultivo. Perfecto: se testimoniará, pues, a los cultivadores una solicitud muy particular poniendo los tractores fuera de su alcance y conservándoles más de 800.000 kilómetros de caminos labrados. Que vayan a pie, que arañen la corteza terrestre con sus viejas herramientas, que planten con las manos: es la mejor garantía de la estabilidad social. Es verdad que los

hechos sociales son circulares: también la división de las propiedades retrasa la mecanización de las técnicas: las empresas pequeñas son demasiado exiguas para sacar individualmente gran ventaja de la motorización. Así, el malthusianismo de la industria encuentra su justificación en la escasez de la demanda.⁶⁵ ¿Y si se asociasen los campesinos? ¿Si se les ocurriese comprar los tractores en común? “En ese dominio, dicen los especialistas, no se hará nada sin la asociación.” Pero es que se trata de no hacer nada: el régimen tiene mucho que temer de las transformaciones sociales que las máquinas introducirían en el campo. Felizmente, existe la rutina: nuestros campesinos están muy lejos de entenderse. Se deplora su particularismo, pero se le protege en secreto. El Estado hace todo lo que puede para salvar la preciosa ignorancia campesina: en 1949 el Ministerio de Agricultura ha recibido 471 millones para la enseñanza agrícola, frente a 14 miles de millones al Ministerio de Educación Nacional para la enseñanza técnica y el aprendizaje artesanal. El resultado es que nos faltan 10.000 instructores. Gracias a ese déficit cuidadosamente mantenido, en Francia el 2 a 3 % de los explotadores agrícolas reciben una instrucción técnica; en Dinamarca el 95 %. Hemos aquí completamente tranquilos: el régimen mixtificador será exigido por los mismos mixtificadores. La máquina gira sobre sí misma.

El otro gran éxodo del siglo pasado –el de 1880– fue la consecuencia de la competencia extranjera. Nuestra economía agrícola estaba casi cerrada; el desarrollo de las comunicaciones pone a América a nuestras puertas y el Nuevo Mundo derrama sus productos alimentarios en nuestros mercados; los precios se derrumban: he aquí de nuevo a los granjeros en los caminos. Cerca de un millón de hombres abandonan la tierra; para obtener que los otros se queden, se recurre apresuradamente a medidas proteccionistas. ¿Pero luego? ¿Cómo evitar la vuelta del desastre? ¿Aumentando el rendimiento? Habría que mecanizar: se expulsaría el progreso con una mano para introducirlo de nuevo con la otra; para impedir el éxodo de 1880 se nos prepararía el de 1860. ¿Entonces? ¿Aprovecharemos el clima para especializarnos en los cultivos de lujo, así como Inglaterra se ha especializado en la industria de alta calidad? Imposible: especializar la cultura es instruir al cultivador. Y luego se obtendrá seguramente lo que se quiere evitar: el

⁶⁵ Incluso, por lo demás (es decir, colocando el umbral de la rentabilidad de los tractores en 15 hectáreas) se necesitarían aproximadamente 500.000 tractores. Nosotros tenemos 130.000.

éxodo; para poder abordar los mercados exteriores, habría que mecanizar, motorizar, aumentar el rendimiento, reducir la mano de obra y los campesinos abandonarían su pueblo. Malditos campesinos: ¡al menor progreso vuelven a ponerse en camino! Felizmente, el malthusianismo da el medio de fijarlos: ya que el progreso es el que los expulsa, hay que protegerlos contra el progreso. Que produzcan trigo, más trigo, siempre trigo, al precio más elevado, mediante el trabajo más ingrato, con la técnica más atrasada: la demanda de mano de obra será tanto mayor cuanto menor sea la productividad de cada trabajador.⁶⁶ Contra la competencia exterior se eleva un muro atlántico, se aísla Francia de los mercados mundiales; con la competencia interior, es aún más sencillo; basta con destruir; ya que los grandes empresarios del norte y del oeste no pueden frenar la producción tan cómodamente como los industriales, el Gobierno les ayudará: les compra los productos excedentarios para destilarlos. En suma, Francia hace fuegos artificiales con sus cosechas y cada francés, con el vientre vacío, paga por ver el humo. El Estado disipa millones en eso pero alcanza su fin: en Francia es donde cuesta el pan más caro⁶⁷ y donde el cultivador está peor retribuido.⁶⁸ Porque ése era el fin, no lo dudéis: manteniendo nuestros precios agrícolas por encima de los precios mundiales y nuestros precios industriales por encima de los precios agrícolas, el malthusianismo engendra y conserva a cada instante, mediante una continua creación, el campesino francés, ese monstruo absurdo y doloroso que una propaganda interesada hace pasar por sabio, que se mata trabajando para no ganar nada, que cree poseer una tierra de la cual no tiene siquiera el usufructo, que defiende los intereses de los grandes propietarios y cada cinco años vota por su miseria, por miedo a ser aún más miserable. Ese hombre de la naturaleza, ignora que es un producto artificial y que su destino se fabrica en las ciudades como el de los obreros: pero se le levanta contra las ciudades recordándole que sus acreedores viven en ellas y sobre todo contra los obreros mostrándole que sus reivindicaciones provocan el alza de los precios industriales. Si el campesino se pusiese

⁶⁶ En los Estados Unidos, en los diez años últimos, la productividad de cada trabajador agrícola ha aumentado en un 5,5 % por año. Si se realizase en Francia, en los veinte años próximos un aumento anual igualmente grande, la renta de la producción agrícola pasaría de 2.500 a 3.500 miles de millones *pero* el número de trabajadores disminuiría en un 30 %.

⁶⁷ En 1951-1952, 2.800 calorías cuestan en Alemania 55.900 francos, en Francia 96.000 francos.

⁶⁸ La recaudación bruta de las dos quintas partes de nuestras granjas no pasa de 300.000 francos por año.

a producir más y más barato, si reclamase un mayor número de tractores a precios más bajos, correría el riesgo de darse un día cuenta de que tiene intereses comunes con los trabajadores industriales: esto es precisamente lo que no se quiere; la estabilidad exige que se separe a las clases trabajadoras mediante barreras de incomprensión y de odio: convencido de que hay que dividir para reinar, el alto patronato mantiene, a costa nuestra, en el campo una horda de salvajes buenos cuyos sufragios apoyan su política.

No hay que pedir demasiado: el malthusianismo frena el éxodo crónico de los campesinos, no lo suprime. De 1.000 trabajadores, se cuenta en 1905, unos 480 agricultores; en 1930 sólo hay 370; en 1953 sólo 329: la emigración subsiste aún; pero cambia de naturaleza y se orienta hacia los pequeños empleos administrativos. Sigue siendo un efecto de la economía depresiva: endeudado hasta el cuello, muriéndose de hambre sobre una tierra hipotecada, el campesino quiere la seguridad para su hijo; hará de él un funcionario. Y luego, sobre todo, el progreso técnico produce o desarrolla una nueva clase cuyo rápido crecimiento va a equilibrar y luego a contener, detener y superar el del proletariado: la clase media asalariada. Sabido es que Colin Clark ha establecido, para la mayoría de los países industriales, una correlación estadística entre la renta nacional por cabeza y la proporción de los asalariados improductivos (o indirectamente productivos) en la población activa. Para adoptar su terminología, el grupo secundario y el grupo terciario⁶⁹ aumentan juntos y en las mismas proporciones hasta la Primera Guerra Mundial; es la época donde la industria capitalista constituye al mismo tiempo sus cuadros y su masa de mano de obra. Después de 1918, el crecimiento del terciario se acelera mientras que el del secundario disminuye. El desarrollo universal de las oficinas y de la administración corresponde al esfuerzo de las empresas, para reorganizarse en función del progreso técnico y de la concentración industrial: se centralizan los servicios, se "integran" los diferentes sectores de la explotación, se asegura la rapidez de las transmisiones, se encarga a equipos especializados el preparar y el repartir las tareas, el interpretar la coyuntura y el prever las fluctuaciones de mercado, y el regular la distribución: el fin es aumentar la productividad asegurando el control de la producción. Ahora bien, el esquema de Clark se halla

⁶⁹ Recordamos que, para Clark, la población activa está repartida en tres sectores: Primario (pesca, bosques, agricultura). Secundario (industrias extractivas, energéticas y de transformación). Terciario (transportes, comercio, bancos, seguros, administraciones, servicios privados).

de nuevo en Francia. Hasta tal punto, que se convierte en caricatura; en Francia la producción se estanca a partir de 1929 y el crecimiento numérico del proletariado recibe su contención hacia 1931, mientras que la inflación del terciario no deja de acentuarse.⁷⁰ Es el efecto directo del malthusianismo: el fabricante ya no se cuida de aumentar su personal obrero, puesto que no piensa producir más; aumenta su personal administrativo porque quiere racionalizar la empresa para producir más barato. Resultado: un excedente de 800.000 personas activas en el terciario y un verdadero desempleo. Si, por el contrario, se quisiera satisfacer hoy las necesidades globales de la nación habría que elevar la producción un 46 %: no hay que decir que es imposible pero *en primer lugar* a causa de la penuria de mano de obra. ¿Dónde hallar los obreros para construir los millones de viviendas que faltan? Y si se da una demora de diez, de veinte años, ¿cómo colmar los vacíos del sector secundario a menos de descontar los efectivos del primario y el terciario? Pero la patronal tiene buen cuidado de ello: mantiene un semi-desempleo en los “servicios” y tiene a Francia en estado de anemia crónica para frenar el desarrollo de las fuerzas obreras. El malthusianismo no ha errado el golpe: una agricultura atrasada, un terciario excedente y un proletariado deficitario bastan para asegurar la estabilidad social. Y, naturalmente, los patronos están a cubierto; la subproducción provoca el subconsumo, es decir, la retracción del mercado, que justifica a su vez la subproducción. Todo está bien a condición de dejar que una parte de la población muera de frío en invierno y de hambre a todo lo largo del año.

Un gobierno que quisiera aumentar el coeficiente anual de la productividad tendría, como hemos visto, que descongestionar el terciario; pero los patronos están completamente tranquilos: eso no se hará tan pronto y esa sangría, teóricamente posible, está prácticamente prohibida a causa de las resistencias *sociales* que levantaría. Sin embargo, el terciario tiene sus empleaditos cuyo salario es igual a lo sumo al de un trabajador manual: se podría esperar que esos fronterizos no pongan dificultades para pasar de un sector a otro en caso de necesidad. Pues bien, no es así: el empleo hace al empleado como el hábito hace al monje: por su poder adquisitivo el empleado se acerca al asalariado productivo, se distingue de él porque no lo produce. El trabajo de la mecanógrafa forma parte integrante de las

⁷⁰ En 1866, se cuenta en la industria de transformación 10 empleados frente a 240 obreros; en 1948, 10 frente a 47.

actividades de dirección: en esta misma medida, se juzga parte integrante de las clases dirigentes. A decir verdad, sus funciones no la alejan del obrero tanto como ella cree; claro que no *produce*, pero es la que da su materialidad a los significados elaborados en los escritorios: en esto está muy cerca del tipógrafo que es un obrero manual. El momento burocrático del pensamiento, es la conceptualización: el pensamiento niega la realidad de las cosas y su propia realidad; el lenguaje niega la existencia del objeto designado: el burócrata se mantiene en el nivel de las estadísticas, de los posibles y de las ideas claras, es decir, de las ideas que no supongan su propia superación. El pensamiento no recobrará su profundidad más que recobrando la materialidad: como ésta no supera nunca más que los objetos, no se superará más recibiendo de fuera el carácter de objeto. Cuando escribe a máquina una circular, la mecanógrafa transforma la idea en cosa, realiza la superación recíproca del significado por su materialidad y de la materia por el significado. Hay, pues, en su trabajo, como en el del comisionista, del cartero, etc., un carácter de productividad. Pero precisamente este carácter es el que los empleados quieren negar: creen que participan en la elaboración de las consignas y de las tareas y pasan en silencio su verdadera función, que es la de transformarlas inscribiéndolas en lo real. Por sus conductas y sus aspiraciones, los “económicamente débiles” del terciario pretenden manifestar que pertenecen a las clases superiores que las oprimen. Pero no hacen más que imitar a sus patronos y lo que disimulan sus actitudes es el rechazo obstinado de ser asimilados a los asalariados productivos. No tienen más que una realidad social completamente negativa, ya que no son lo que pretenden ser y rechazan toda solidaridad con los que más se parecen a ellos. Ha bastado realizar algunos descuentos en los sectores primarios y secundarios para levantar la miseria contra sí misma, creando ese proletariado de cuello postizo que odia a los verdaderos proletarios porque le horroriza la condición obrera. En el cuadro de una economía expansiva el mal sería menos grande: incluso si, en su conjunto, los “servicios” continuasen aumentando, las masas obreras se acrecentarían también: el aumento de la renta nacional y la demanda de mano de obra contribuirían a revalorizar al sector productivo y favorecerían los cambios como en los Estados Unidos donde vastos efectivos flotantes se congregan en una y otra parte de la frontera siempre dispuestos a atravesarla para invadir el terciario o refluir al secundario según la coyuntura.

Pero el inmovilismo económico supone el inmovilismo social: de 100 hijos de obreros nacidos hace un cuarto de siglo, 55 han permanecido obreros de la industria grande y mediana, 10 han vuelto a la tierra y trabajan como obreros agrícolas; 35 han pasado la línea, de los cuales 21 han ido a engrosar las filas del proletariado de cuello postizo. En otros términos, el hijo de un obrero, en los alrededores del 1930, tenía 65 probabilidades entre 100 de permanecer obrero, 86 probabilidades entre 100 de no abandonar las clases desheredadas. Si añadimos a esto que el éxodo rural ha disminuido, que es casi imposible a los empleados inferiores el elevarse a las situaciones burguesas, que los pequeños patronos están protegidos y mantenidos en su puesto por el Estado y la gran industria, habrá que sacar la conclusión de que nuestra economía abortiva ha separado los grupos sociales y hecho de Francia, sino del todo un régimen de castas, al menos una sociedad en vías de estratificación. Se ve la ventaja, el malthusianismo no se contenta con reducir el proletariado, termina por aislarlo; sin duda, aún se entra en él, también ocurre que se sale de él: pero, cada vez más, se nace y se muere obrero. Y no es tampoco bastante el tener a distancia a esta clase peligrosa: hay que sitiaria. En el siglo pasado, la burguesía vivía en estado de sitio; hoy es ella la que se dispone para hacer asediar al grupo obrero. Cada cual se aferra a su lugar, a lo que cree su privilegio: el campesino a su tierra hipotecada, el pequeño patron a su empresa miserable, el empleado subalterno a su empleo de muerto de hambre. Los grandes dirigen todo: les bastaría una señal para arruinar a esas pobres gentes, pero se cuidarán mucho de hacerlo; son sus aliados, sus soldados. Esos hombres que difieren totalmente entre sí, tienen un odio en común: el del proletariado. Sin el odio del proletariado, el pequeño empresario se daría cuenta de que es víctima y cómplice de los capitanes de industria, el campesino de que su tierra le huye y se desliza como el agua, el empleado de que es explotado por su empleador. Pero no ven nada: nada, excepto las reivindicaciones obreras que hacen subir los precios industriales, aumentan la deuda del campesino y colocan al pequeño negociante al borde de la ruina; nada, excepto el abismo sombrío que les atrae y les repugna. El patronato francés se apoya en los dos tercios de la nación para reducir el tercero a la impotencia.

Ya no se busca intimidar mediante matanzas, sino debilitar desde el interior la combatividad obrera; no se vacila en encerrar al proletariado en una situación sin salida y tan bien maquinada que se estrangula o se desgarran si trata de salir de ella. El cerco de que acabo de hablar no es aún más que un éxito exterior. Hay más: ya que la producción produce al obrero, y ya que el malthusianismo es el carácter dominante de nuestra producción, el proletariado francés es su víctima y su producto: vamos a ver cómo está condicionado en su lucha, incluso por el mal contra el cual tiene que luchar.

1º Nuestros padres dicen que Francia tuvo su proletariado de choque entre 1890 y 1911

Y, por ello, hay que reconocer que la clase obrera ha realizado más de 18.000 huelgas durante esos veintidós años. Si se las cuenta por año, se distinguirá en seguida los máximos y los mínimos. Pero los unos, como los otros, están en constante progresión: los primeros pasan de 261 a 1.025, los segundos de 267 a 1.525. El porcentaje de huelgas ganadas también se eleva constantemente: al final de siglo era de 53 %, será de 62 % en 1910. Esta época bendita termina con la guerra mundial: en promedio, las huelgas de postguerra han sido más numerosas. Pero hasta 1926, los mínimos y los máximos anuales están en constante regresión y, sobre todo, el porcentaje de éxitos cae de 70 % en el año 1919, a 35 por ciento en los años 1930-1935. Después de la marea de 1936, el número de huelgas permanecerá muy elevado, pero la tendencia a la regresión va a recomenzar ya a acentuarse: persiste hoy aún y los porcentajes de triunfo son inferiores al término medio. ¿Hay que creer que los obreros eran más valerosos en los tiempos del sindicalismo revolucionario, y sus líderes más astutos, más abnegados? ¿Y en ese caso, cuál sería la causa del cambio? Ante esta pregunta los comentaristas burgueses se inquietan: “¿La causa, ¡oh alma mía!, la causa?” No hay más que una: obsérvese la ascensión triunfal del proletariado hasta 1919, el año bendito en que el obrero no tenía más que pedir una cosa para que se le concediese y considérese lo que ocurrió en seguida: la multitud de fracasos, el recrudescimiento de la miseria, la caída brusca. 1920 o el año crítico. ¿Y por qué 1920? Porque *es el año del Congreso de Tours* y de la escisión obrera; de allí en adelante el proletariado tiene su cáncer.

El obrero que pierde valor porque el cáncer comunista lo roe, es de todos modos, demasiado bestia. Y sin embargo es *verdad* que se registra un debilitamiento de su acción. Volvamos a los hechos y veamos los que nos dicen. Advertiremos, en primer lugar, que el número anual de huelgas y su porcentaje de triunfos aumentan hasta 1912 con la industrialización. Hemos advertido por otra parte que esta curva ascendente tenía ciertos cortes: en momentos, las huelgas se hacen más raras y cada cual en particular tiene menos probabilidades de triunfo. La curva general de los precios presenta el mismo aspecto: el período de expansión tiene sus crisis menores. Si se comparan las dos curvas, salta a la vista que los *mínimos* de la una y la otra se corresponden exactamente. De 1919 a 1935, la tendencia se invierte pero la relación no cambia;⁷¹ las huelgas aumentan con el alza de los precios y disminuyen con la baja. El sentido es claro: en los períodos de expansión, el obrero está *situado* de un modo distinto en la sociedad; es objeto de una demanda; eso significa que la renta nacional está en pleno crecimiento y que la solicitud de mano de obra bastaría para provocar el alza de los salarios; si la clase obrera trata de acentuar esta alza mediante la agitación social, es porque exige la participación en el enriquecimiento colectivo. Dicho de otro modo, el proletariado *pasa a la ofensiva* y saca su agresividad de la coyuntura. Además, el régimen de la competencia permite que los trabajadores consoliden sus victorias: el patrono no puede recuperar las concesiones que le han arrancado: si quisiera compensar el alza de los salarios mediante un alza de los precios, estaría perdido: tiene que renunciar a sus beneficios, o producir más: la *praxis* está bosquejada previamente por el movimiento de la economía: pillado por las corrientes que le lanzan en plena batalla, el obrero se encuentra de nuevo actuando sin haber decidido actuar y la eficacia de sus actos es directamente proporcional a la fuerza de expansión de nuestra industria. El proletariado se abre un porvenir en el porvenir del capitalismo. Ahora sabemos que este período feliz debía tener fin con el armisticio de 1918. Pero la *praxis* crea su representación proyectando hasta el infinito el porvenir inmediato que engendra: obreros y patronos, por un sencillo paso al límite, proyectaron ante ellos el mito del progreso y la ilusión reformista. Bastaba que el proletariado prosiguiese sus conquistas: obligaría al capitalismo a producir más sin cesar y se acercaría sin cesar a la toma del poder.

⁷¹ Acerca de esto, más adelante haremos una reserva.

Lo que Jaurés expresaba hacia 1902 en términos que hoy nos parecen chocantes, revelaba la esperanza común:

“Es imposible que los sindicatos se organicen, se extiendan, se sistematicen, sin intervenir muy pronto en el funcionamiento de la sociedad capitalista... Y el día en que los sindicatos obreros, ya por la inspección, ya por el control, intervengan también en la constitución del maquinismo, el día en que aconsejen, en que impongan a los patrones tal máquina, tal aparato técnico, colaborarán, quieran o no, en la dirección de la máquina capitalista. Y, sin duda, no me enfada esta colaboración del proletariado que es el comienzo de la toma de posesión.”

De este modo el porvenir verdadero pero terminado del capitalismo liberal se prolongaba engañosamente hasta el infinito y el obrero lo tomaba por su propio porvenir. Esta falsa perspectiva excitaba la combatividad obrera, mientras disponía, por el espejismo reformista, al explotado a colaborar con su explotador. Los obreros no habían olvidado las antiguas ‘San Bartolomé’, pero a medida que el universo burgués cedía ante su acción, la consigna del sindicalismo revolucionario se convertía en letra muerta; revolucionarios y reformistas sólo se enfrentaban verbalmente: cuando la Revolución aparece al término de un progreso continuo ¿qué es lo que la distingue de una sencilla evolución? El proletariado permanecía hostil a los políticos y a los programas, pero se inclinaba a salir de su exilio voluntario, a infiltrarse en el enemigo, a “hacer presencia”. Había comprendido que el hecho social es, como dice Mauss, un hecho total. Pero la verdad objetiva de su lucha es que cada día lo integraba más a la sociedad capitalista y debía suponer, para terminar, la subordinación de las organizaciones sindicales al Estado.

Durante las depresiones, por el contrario, el proletariado se bate entre la espada y la pared. ¿Le habrán privado de su valor? Claro que no. Pero si se mide su combatividad por el número de batallas libradas, hay que confesar que disminuye; es que la huelga ha perdido su eficacia: los desempleados constituyen reservas que el patrono no se priva de utilizar; y luego, si la empresa marcha mal, se tomarán, como pretexto para cerrarla, los conflictos sociales. Ayer el obrero decía su opinión sobre todo; hoy, si protesta, se le echa a la calle; feliz si no le despiden sin haber dicho nada. Ayer formaba parte integrante de la fábrica, hoy le parece que es tolerado en ella. Claro está que no es él

quien sufre esa desvalorización, es su fuerza laboral. Pero eso no impide que se sienta herido en su realidad de hombre. Se creía indispensable; ahora se le repite que la suerte o la benevolencia del patrono le mantienen en su empleo, y que, para decirlo todo, hay una especie de injusticia en darle trabajo cuando se les niega a tantos otros; a fuerza de oír repetir que tiene suerte al no estar parado, el trabajador tiende a considerarse como un desempleado que ha tenido suerte: en resumen, el tiempo de crisis, el desempleo es el que da su sentido al trabajo. Ahora bien, el desempleado es un producto de desintegración, un ciudadano pasivo que se ha rechazado a los confines de la sociedad y al que se mantiene mezquinamente por no hacer nada, para que no se diga que se le ha dejado morir de hambre. Desempleado en potencia, desempleado en realidad, el trabajador se siente *de más*: la crisis le despoja a la vez de sus poderes y de sus responsabilidades. Tenía la ilusión de “colaborar” con el capitalismo: se da cuenta de su impotencia; ahora, ya no bastará el llenar correctamente el contrato de trabajo: si quiere conservar su puesto tiene que *merecerlo*, convertirse en lo que los capataces y los patronos llaman un “buen” obrero. Además, los empleadores se valen de la ocasión para seleccionar el personal: despedirán a los “respondones”, a los sindicados, a los militantes, conservarán a los otros, a los que la resignación, la fatiga, las cargas familiares les impiden protestar; de este modo se opera una especie de braceaje de la clase obrera: los mejores militantes desaparecen exiliados en ese *no man's land* que es el desempleo; pierden a la vez sus medios de acción y el contacto con las masas; entre los que, a pesar de su relativa impotencia, siguen capaces de ejercer una presión sobre la patronal, la proporción de los resignados tiende a aumentar. El trabajador ha perdido la ilusión de colaborar con el capital: todavía ayer, contribuía por su acción reivindicadora de la expansión de la industria; ahora sufre los efectos de la depresión sin poder ponerle coto: su integración progresiva le llevaba a compartir las responsabilidades de sus explotadores; el exilio le libera, pero le aísla, pierde todo contacto con la sociedad que lo excluye; esto es lo que lo hace particularmente hostil a las manifestaciones políticas.

“La conciencia de la clase obrera, —escribe Lenin—, no puede ser una conciencia política verdadera si los obreros no están acostumbrados a reaccionar contra *todos* los abusos, *todas* las

manifestaciones arbitrarias, *cualesquiera que sean las clases* que son víctimas de ellas y a reaccionar precisamente desde el punto de vista socialdemócrata”.⁷²

Tiene razón, sin duda, pero es infinitamente más fácil “lanzar las revelaciones políticas en las masas”, en período de expansión industrial que en tiempos de crisis: entre ellas y las clases dirigentes se han aflojado todos los lazos, incluso y sobre todo, el de la lucha social; el antagonismo tiende a dejar lugar a una relación de pura yuxtaposición.⁷³ No vayamos a sacar la conclusión de que el proletariado ha perdido el recuerdo de su tarea infinita: lo cierto es que la coyuntura le priva de todo porvenir obligándole a aferrarse a sus intereses inmediatos: se batía para conquistar, se bate para conservar. Nunca, sin embargo, la verdad se ha aparecido tan claramente: cada clase persigue la muerte de la otra; si el capitalismo quiere salvaguardar sus intereses, tiene que mantener al proletariado por debajo del mínimo vital. Lejos de impulsar a producir a la industria, las reivindicaciones más humildes corren el riesgo de llevarlo a la ruina. Y si por ello la crisis se agrava, puede conducir a la Revolución, es decir, al estallido de una economía minada por sus contradicciones interiores. Pero esta misma perspectiva frena con frecuencia la acción sindical: cuando las circunstancias no favorecen los grandes movimientos, una huelga local corre el riesgo de ser reprimida por la fuerza o de arruinar a la empresa.

La lección no se perderá: los patronos se basan en las observaciones precedentes para realizar artificialmente las condiciones objetivas del desaliento obrero. ¿El número de huelgas aumenta con la producción? Entonces se impedirá que la producción crezca. Si cae por debajo de un cierto nivel ¿son de temer insurrecciones? Entonces se hará de modo que no decrezca más. Bastará con mantener la economía nacional en estado de crisis larvada. Una consecuencia paradójica de lo que se llama ley de bronce, es que las clases se reflejan una en otra: a patronato progresista, proletariado de choque; a patronato haragán, proletariado fatigado. Para oscurecer la conciencia obrera, nuestros industriales han elegido ponerse a media luz; esperan que la marchitez

⁷² *Euvres Choisies*, edición de Moscú, I, p. 22.

⁷³ Claro está que se trata de la relación *social*: el vínculo económico sigue siendo la explotación. En cuanto a esta pura contigüidad, no hay que entenderla como una relación verdadera y permanente con la patronal, sino como una forma transitoria que toma la lucha de clases cuando la combatividad obrera tiende a acercarse al cero.

de la producción será vivida desde dentro por el proletariado bajo la forma de una anemia generalizada. En efecto, gracias a sus prácticas, el proletariado francés es a la vez deficitario y ligeramente excedentario. Para una economía que se propusiera colmar mediante una producción en masa todas las necesidades de la nación, no es lo bastante numeroso: el malthusianismo lo mantiene, pues, en un estado de subdesarrollo. Pero para una economía que pretende hacerse depresiva por miedo a la represión, la clase obrera corre en todo momento el riesgo de estar demasiado provista. En realidad, la crisis es nuestra única perspectiva y el miedo de la crisis lo condiciona todo. Rodeándose de las pequeñas empresas, como de un dispositivo de seguridad, la gran industria sugiere que la catástrofe se halla a nuestras puertas; el Estado acaba de convencernos por lo exagerado de sus precauciones: esta catástrofe no se puede conjurar del todo, pero se la puede diferir mediante una continua vigilancia. Nuestra única esperanza será, pues, la perpetuación del inmovilismo. Claro que hay trabajo para todo el mundo, pero es porque la nación se impone crueles sacrificios para *impedir* el desempleo; el obrero sería la primera víctima de una coyuntura desfavorable; es, pues, el primer beneficiario de la solicitud gubernamental; si se deja de cerrar el paso a los productos extranjeros, se verá de nuevo en la calle; y cuando sólo se dejase entrar los productos alimentarios, eso sería la ruina de nuestros granjeros, los campesinos tomarían el camino de las ciudades y vendrían a aumentar el proletariado en el momento mismo en que los mercados industriales soportarían las consecuencias del derrumbamiento de los precios agrícolas. Eso no es todo; los obreros deben su empleo a la benevolencia del patrono; si éste utilizase sin miramientos la mano de obra extranjera o colonial, la discordia y la competencia arriesgarían dividir a la clase obrera; si perfeccionase sus procedimientos de fabricación sin aumentar la producción, el proletariado sería afectado de desempleo tecnológico. De derecho el obrero francés es un desempleado; si no lo es de hecho, es gracias a la protección de los poderes públicos y del gran Capital. Hay que hacerle entender, pues, que nuestra economía se puede derrumbar al menor soplo. Que se declare en huelga si quiere: se le ha prevenido que no tiene más que perder.

Queda el convencerle de que no tiene nada que ganar. En ese punto, el malthusianismo ha hecho maravillas; el método fue perfeccionado hacia 1936 y hoy sirve todavía. Según el acuerdo Matignon:

“los salarios reales debían ser reajustados siguiendo una escala descendente comenzando en un 15 % para los salarios menos elevados y bajando hasta un 7 % para los salarios más elevados”.

En realidad no es imposible que, bajo la presión de las masas, el aumento total llegue al 20 %. El Gobierno y los sindicatos sugirieron a los fabricantes el compensar el aumento de las cargas por el de la producción, pero el patronato hizo oídos sordos. Apoyados en los pequeños negociantes que hablaban a gritos de su ruina, alzó deliberadamente los precios. De mayo a noviembre de 1936, sólo en los productos industriales, el índice de los precios al por mayor indica un alza de un 35 %. Este alza prosigue durante toda la experiencia Blum; siempre ha sido superior al alza de los salarios. En febrero de 1937, el propio León Blum declara, en un discurso a los funcionarios:

“El alza del costo de la vida desde hace ocho meses hace soportar a un matrimonio de asalariados cargas superiores a las ventajas que el conjunto de las medidas tomadas en su favor les ha procurado.”

A partir de ahí, se ha rizado el rizo y se organiza el famoso “ciclo infernal de los precios y de los salarios”. No hay que decir que nos lo presentarán como una inexorable ley de la economía, pero es una pura mentira y aquí no hay ley, ni ciclo, ni infierno. La verdad es que “la masa de las rentas consumibles” no puede acrecentarse si la producción no se acrecienta: la prensa de los billetes no ha enriquecido nunca a nadie. Reajustando los salarios, sólo se opera un desplazamiento de las rentas: queda por decidir a expensas de quién se va a hacer esta redistribución. En un régimen liberal, ya lo hemos visto, el patrón se tiene que acomodar a las nuevas cargas; en régimen de monopolios se las hará soportar al consumidor. La ventaja es doble: se levantan las clases medias contra el proletariado; se divide, se reina. Y luego, se mixtifica al obrero: cualquiera que sea en efecto el alza del salario nominal, el poder adquisitivo no varía. Todo cambia y no cambia nada; lo que una mano da a los asalariados, la otra mano se lo mete en el bolsillo. Después de la victoria popular de 1936, a los patrones les

bastó menos de dos años para volver el poder adquisitivo de la hora de trabajo a su nivel de 1929. Bajo la ocupación, descendió aún más y hoy en día, a los diez años de la liberación, no ha recobrado su nivel de 1938: después de un cuarto de siglo, a pesar de las fluctuaciones diversas y de los conflictos sociales, el salario real del obrero no ha cambiado: ha cesado de crecer al mismo tiempo que la renta nacional y sólo recomenzará con ella. He aquí el juego de manos que desconcierta a los trabajadores, y no pretendo insultarlos cuando los comparo a esos toros llenos de valor que embisten diez veces la capa y se detienen bruscamente, decepcionados, al no haber hallado más que un señuelo. El obrero hace todo cuanto puede, se impone privaciones para ganar la huelga, llega agotado a la victoria, y es para asistir a un alza general de los precios que dejan todo como antes. Se hace todo para convencerlo de que ha perdido el tiempo: ciertos fabricantes llevan su descaro hasta elevar apresuradamente los precios de la cantina para poder poner las nuevas tarifas el mismo día que los obreros han obtenido su aumento. En un abrir y cerrar de ojos se ha invertido la situación. Sin crisis y sin matanzas, los patronos se han valido de la combatividad obrera: el trabajador pierde toda esperanza de vencer; que actúe, si quiere, sobre los salarios, no hará nada si no congela los precios; pero sabe muy bien que no congelará los precios más que si toma el poder y las otras clases parecen completamente decididas a no dejárselo tomar. ¿Hay que decir, como en los períodos de crisis, que el proletariado no tiene porvenir? No: pero hemos visto ya que este porvenir es, en primer lugar, el del capitalismo.⁷⁴ Ahora bien, en Francia el inmovilismo depresivo es el que da a nuestra temporalidad sus dos caracteres contradictorios: la repetición y la involución. La repetición, es la apariencia inmediata: los días se suceden y se asemejan; durante tres siglos, los hijos han estado mejor alimentados y alojados que sus padres, pero desde hace veinticinco años no ha cambiado nada, y la masa de los bienes que hay que compartir no aumenta; si hay gentes que viven mejor, es porque hay otros que viven peor. Europa entera nos llama avaros; y, claro está, ese reproche no puede alcanzar al proletariado que, de todos modos, no tiene medios de ser avaro; pero tampoco concierne a las clases medias: la tacañería está en el sistema, no hay que ver en ella un carácter nacional, sino la situación colectiva que nos han

⁷⁴ Sencillamente porque la empresa revolucionaria, igual que la empresa reformista, se desarrolla dentro de los cuadros temporales del capitalismo.

creado nuestros señores. En los países de capitalismo avanzado, la avaricia es un accidente individual que el movimiento de los cambios empuja, pero nuestro malthusianismo desalienta las inversiones y el dinero en Francia, juega un papel eminentemente conservador; ya que se le desvía de las empresas nuevas, nos arrastra detrás de él hacia las más viejas; tomamos miedo a los riesgos, porque se nos impide el correrlos y terminamos odiando lo que es nuevo. Es verdad que guardamos todo; pero es porque se nos fabrica un porvenir que es la reproducción exacta de nuestro pasado; los norteamericanos tiran antes de haber gastado: mañana, los productos serán mejores y más baratos; en Francia los artículos no cambiarán de calidad, costarán más caros, sencillamente. ¿Cómo extrañarse después de esto, de que una vivienda francesa se parezca al nido de la urraca ladrona? Trajes de novia, ternos gastados, sombreros pasados de moda, frascos vacíos, cintas viejas, cajas desfondadas, bramantes: hay en nuestros armarios vestigios y monumentos suficientes para narrar las historias del medio siglo.⁷⁵ Parece que queremos a toda costa retener un pasado que se descompone: pero es que tenemos miedo del mañana.

Ese eterno retorno disimula una degradación continua; todo se gasta, se reemplaza de forma ruín y sobre todo se arregla. El país se enmohece por debajo: casas viejas, en ciudades viejas, material caduco en fábricas viejas, tierras viejas y viejas rutinas, poblaciones que envejecen, niños envejecidos, hijos de viejos. Durante ese tiempo, los otros países, lanzados a una inmensa aventura, levantan en torno de nosotros sus murallas de acero.

Ellos son los que suben, claro está: pero parece como si descendiésemos. Cuando todo cambia, hay que cambiar para seguir siendo el mismo: por querer, *en primer lugar* no cambiar, nuestra, economía engendra su propia muerte y esta muerte se convierte en nuestro porvenir: se nos repite cada día que nuestra grandeza está detrás y que diariamente nos alejamos de ella, se nos celebra no sé qué dulzura de vivir que nosotros no hemos conocido, que nuestros padres conocieron, quizás, cuando la maquinaria estaba nueva. Vivimos en la época de la recriminación y del lamento; Francia es Juana la Loca acostada sobre el cadáver de su hermoso marido.

⁷⁵ Ante el llamamiento del abate Pierre, se han visto aparecer bruscamente restos asombrosos: colchas, estufas, trajes viejos, etcétera.

El pensamiento burgués ha caído en el profetismo; se complace en hablar de Europa en “términos de destino”; se predice el diluvio, pero no es más que una manera de ocultar nuestro anhelo de morir en Paz: el diluvio sí, pero después de nosotros. Se palpan los muros, se sondean los suelos: esto se sostendrá hasta la mudanza final.

La clase obrera trabaja y combate en este clima debilitante. No se desespera; y los trabajadores no están contaminados por el infame deseo de morir tranquilos, porque no se los ha dejado siquiera vivir en paz. Pero en ese porvenir de plomo que se prepara a Francia, ¿cómo no han de ver su propio porvenir? El universo del trabajo manual ha sido siempre más o menos el de la repetición. Al menos el obrero conservaba, en los períodos de expansión, la esperanza de mejorar su suerte; al menos la miseria y la rabia le impulsaban, en los períodos de crisis aguda, a rechazar la carga que le abrumaba y a intentar la Revolución. Pero hoy en día todo conspira para convencerlo de que su suerte no cambiará, haga lo que haga. Se lleva la benevolencia hasta explicarle la situación varias veces por día: ¿qué espera? ¿No sabe que la renta nacional está estancada? Sin duda, una distribución más justa de las riquezas sería deseable y el gran patronato está dispuesto, por su parte, a darle ciertas satisfacciones: desgraciadamente eso no se puede hacer sin arruinar a los pequeños patronos. ¿Y acaso ellos no tienen derecho a vivir? Conclusión: nada cambiará, no puede cambiar nada. ¿Por qué ha de ser revolucionario el proletariado? ¿Tiene algo que perder? ¿Y por qué reformista? ¡No tiene nada que ganar! El obrero no cae en esas trampas; pero, de todos modos, no puede por menos de medir su impotencia. Ya he dicho en otra ocasión que sigue creyendo en la Revolución: pero no hace más que creer: ya no es su tarea cotidiana, ha perdido la orgullosa certidumbre de aproximarla mediante sus esfuerzos; en otros tiempos veía en el número creciente de sus victorias locales, una prueba de su victoria sobre el universo; pero el malthusianismo, al enmohecer sus armas, le ha despojado de su poder en el mundo: ha probado que no temía ni al patronato –incluso al más duro– ni al Estado, ni a los C.R.S.; pero su principal enemigo es un ser sin cara ni cuerpo que no logra asir: el *precio*. Durante el curso de estos últimos veinte años, los sindicatos han elaborado poco a poco la noción de “mínimo vital” y de “escala móvil”; se ha querido ver en esas ideas nuevas un progreso del movimiento obrero.

Por el contrario, han nacido del malthusianismo: el inmovilismo de nuestra economía obliga al obrero a combatir para mantener el *statu quo*. Esto es lo que permite comprender mejor, su repugnancia actual por las manifestaciones políticas. Porque los fines políticos y sociales del proletariado son progresistas por definición: cuando está en condiciones de imponer su voluntad en el terreno económico, la acción política nace por sí sola; es el significado de los progresos realizados en la lucha cotidiana; pero cuando la acción militar patina, cuando el obrero está reducido a la defensiva, los fines políticos se miden con relación a los fines económicos; corren el riesgo de quedar en el aire: precisamente porque son posiciones *avanzadas*, el obrero las considera de lejos como esperanzas o deseos, pero permanece enteramente separado de ellos, y ya no encuentra los caminos que podríán acercarlo. Le muestran, hasta perderse de vista, la repetición de sus trabajos y de sus penas; si se resiste a llevar a cabo la Revolución, ¿cómo va a imaginarse que la prepara? El mundo cambia y Francia no se mueve: el proletariado francés se pregunta si no ha caído fuera de la historia. En China se organiza una sociedad nueva; en la URSS se eleva el nivel de vida; el obrero francés nos comunica esas noticias con sentimientos apagados; exaltan su valor porque prueban que es posible el progreso social, le deprimen porque parecen marcar que él sigue inmóvil, separado de sus camaradas rusos y chinos por una distancia que crece sin cesar y que la salvación, si es que llega alguna vez, le debe venir del exterior. Volveré a ocuparme de esto: pero, desde ahora, si queremos comprenderlo, recordemos lo que experimentamos bajo la ocupación, cuando esperábamos que los Aliados ganasen para nosotros una guerra que no teníamos los medios de ganar con ellos.⁷⁶ Así, la estrategia malthusiana permite que la patronal conserve la iniciativa: la economía depresiva domina desde fuera la *praxis* obrera, bosqueja en hueco las operaciones posibles, define sus caracteres, delimita su alcance y su significado; es la que decide los fines y las oportunidades de la victoria.

⁷⁶ Estaban los de "*la Resistance*", sin duda, y debe entenderse que no subestimo la importancia de sus acciones, también estaba la resistencia pasiva de las masas: todo eso cuenta. Hoy está el Partido Comunista y los militantes de los sindicatos: está el enorme peso de las masas y la acción que ejercen a distancia, aun inertes, sobre todos los medios sociales. Pero la *Resistencia* nació de nuestra derrota militar; y las organizaciones actuales del proletariado tienen sus caracteres principales del gran reflujo obrero que comienza con el malthusianismo.

Desde que el trabajador se empeña en esa acción prefabricada, ésta se cierra sobre él; se encuentra preso en un espacio falseado que le impone sus caminos, su curvatura y sus perspectivas; el desaliento del proletariado es un producto de la subproducción industrial; revela subjetivamente los límites objetivos que la estructura de la economía impone a la *praxis*.

2º El malthusianismo, pues, quiere producir la fatiga del obrero.

Pero eso no es suficiente: hay que dividir para reinar.

Marchal ha mostrado que el número de huelgas entre 1890 y 1936, crece y decrece al mismo tiempo que la producción. Pero es el primero que ha denunciado esta excepción notable: a partir de 1920, la frecuencia de las huelgas y su porcentaje de triunfo, están en pleno retroceso; sin embargo, hasta 1929, nuestra economía sigue en expansión. Se explica el hecho por las disidencias obreras y se tiene razón. ¿Pero de dónde vienen esas disidencias? ¡Ah!, se me dirá, de la guerra, de la traición socialista, de la Revolución rusa, de todo, excepto del malthusianismo, que no se practicaba aún cuando tuvieron su aparición. Es verdad; el pluralismo sindical es anterior al estancamiento industrial y nuestros malthusianos hallaron al proletariado dividido en dos. ¿Pero quién nos dice que no han explotado a fondo esta oportunidad y perpetuado un estado provisional frenando la producción?

El proletariado jerarquizado de la otra anteguerra es el producto de la máquina de vapor. Ésta sustituyó al músculo pero todavía no a la habilidad; sigue *dependiente*-, hay que mantenerla, regularla, dirigirla, controlarla. El torno paralelo evita que el obrero mueva su herramienta y la aplique contra la pieza que talla: queda el preparar la tarea, fijar la posición de la pieza, los ángulos de corte, las velocidades, etc. Por sus mismas imperfecciones, el torno define al tornero: hay perfiles especiales que la máquina no puede dar y que se obtendrán mediante un trabajo manual, efectuado por medio de herramientas auxiliares; la operación y, por consecuencia, el operador, conservan en parte el carácter artesanal. El hombre que la máquina exige, lo forma la sociedad: ésta le confiere el conocimiento profesional y la experiencia técnica mediante un aprendizaje de varios años; la competencia selecciona en seguida a los mejores: a los que dan prueba de tacto, de habilidad corporal, de iniciativa. Pero el hacer un obrero especializado

cuesta caro: en régimen de capitalismo liberal, los padres son los que tienen que asumir la mayor parte de los gastos. Los campesinos que acaban de abandonar la tierra y los hijos de los peones no tienen, en su mayoría, ni los medios ni la voluntad para hacer el aprendizaje.⁷⁷

Así, las exigencias de la máquina llegan incluso a prescribir el modo de reclutamiento: los obreros profesionales son hijos de obreros profesionales o de artesanos; esta aristocracia cuenta con algunos advenedizos, pero a ella se llega sobre todo por derecho de nacimiento. Sin duda, el trabajador selecto es explotado igualmente que sus camaradas: pero difiere de ellos porque su competencia le designa para dirigir una máquina, es el productor por excelencia: principal agente y principal testigo de la transformación del material en producto manufacturado toma conciencia de sí en la elaboración de la cosa inerte. Para él, el aprendizaje representa mucho más que una formación técnica: ve en él una iniciación revolucionaria y un rito, de paso que le abre el acceso de su casta y del mundo obrero.

La unidad del grupo de trabajo, sigue siendo la máquina que lo asegura, o, más bien, la operación compleja y sintética que el profesional efectúa por medio de la máquina y con la ayuda de otros trabajadores. En una empresa de mecánica, a principios de siglo, se cuenta, por cada cien obreros, una veintena de “mecánicos” que han hecho sus cuatro años de aprendizaje, y que se consagran al montaje y al ajuste, unos sesenta taladradores, matriceros, fresadores, obreros hábiles y competentes pero que están lejos de tener la formación de los primeros; finalmente, una veintena de peones que viven aparte de las máquinas y no toman parte en la fabricación. El mecánico dirige al mismo tiempo su máquina y sus hombres: a los obreros semicalificados que le rodean los llama sus “accesorios” y los hace trabajar para él; los peones también le obedecen: le liberan de los trabajos inferiores. Esta jerarquía técnica está subrayada por la jerarquía de los salarios: el profesional gana siete francos y el peón cuatro. En esta época, se comienza a hablar de “masas” para designar la clase obrera, y se comete un error: las masas son amorfas y homogéneas, el proletariado de 1900 está profundamente diferenciado, la jerarquía del trabajo y de los salarios se encuentra integralmente en el terreno social

⁷⁷ En *Travaux*, Georges Navel muestra las dificultades que hallaba aún hacia 1919 el hijo de un peón para convertirse en profesional. Él y dos hermanos suyos se vieron obligados a falsificar para ser montador, calderero y ajustador, sin tener que pasar por el período de aprendizaje.

y político. Los peones por sí solos, su simple adición, no basta para constituir “las masas”: se los separará mediante la abstracción de los otros obreros y cada uno de ellos está más estrechamente unido a sus camaradas de taller que a los otros peones de la fábrica y de la ciudad; la clase obrera está constituida por una multitud de sistemas solares, pequeños conjuntos estructurados que gravitan en torno de una máquina. Esos equipos de trabajo se comunican por la cima: la forma del aparato sindical está determinada por la composición de la clase obrera: en 1912, Francia cuenta más de 6 millones de trabajadores manuales y la C.G.T. sólo tiene 400.000 adherentes. Sin embargo, las huelgas se conducen dura y lealmente, con disciplina, y hemos visto que tenían éxito en la mayoría de los casos: eso significa que en general un militante basta para arrastrar a una quincena de no agremiados; en la lucha reivindicadora, los profesionales conservan la autoridad que disfrutaban durante el trabajo. No todos, sin embargo, ya que figuran en el sindicato en la proporción de uno por tres: los mejores de ellos, los que han tenido el valor de procurarse una instrucción general y que unen a la voluntad revolucionaria la conciencia más clara de la condición obrera. A la máquina de vapor corresponde un proletariado jerarquizado que produce a su vez un sindicalismo de encuadramiento, con el taller como base, la empresa como campo de batalla, y el obrero selecto como militante.

Parece que era la buena época: un cuarto de siglo después de su muerte, nuestras buenas almas han descubierto el sindicalismo revolucionario y no dejan de darnos el ejemplo de él: en la edad de oro del Congreso de Amiens, la burocracia no existía; el aparato sindical emanaba directamente del proletariado y permanecía en él como un simple principio interno de organización: la defensa de los intereses obreros estaba asegurada por los obreros mismos, se militaba sin dejar el taller, por lo tanto sin perder el contacto con los problemas concretos de la empresa. En realidad, el estado mayor bergsonianos de la C.G.T. se hacía el campeón de la espontaneidad: tan pronto era Pelloutier que evocaba un “vínculo misterioso” que unía las organizaciones obreras y tan pronto Greffuelhe que “celebraba” la acción “espontánea y creadora” del sindicalismo francés; el Yo sindical, en suma, hundía sus raíces en el Yo profundo del proletariado. Antes de la Primera Guerra Mundial, la lucha de clases tenía un no sé qué.

Claro está que son bagatelas: el impulso vital de las clases trabajadoras disimulaba la dictadura de la minoría selecta profesional. La "minoría activa" desprecia lo que llama ya "la masa" y detesta la democracia.

“No es, dice Lagardelle, la masa pesada y retrasada la que se debe pronunciar aquí, como en la democracia, antes de emprender la lucida; ya no es el número el que hace la ley. Pero forma una minoría selecta activa que, por su calidad, arrastra la masa y la orienta en los caminos del combate.”

Traduzcamos: la capa "superior" del proletariado se encarga de hacer valer conjuntamente sus propias reivindicaciones y las de los "menos favorecidos"; esta minoría selecta pretende juzgar sola del bien de todos y trata, más que de comprender las resistencias populares, de romperlas. No tendré la injusticia de pretender que estos luchadores admirables han traicionado a su clase: si desconfían de sus camaradas, es porque sospechan que son más gregarios que revolucionarios; conservan el cuidado constante de conciliar sus intereses con los de los peones y, al principio al menos, en un país próspero y en vías de industrialización, esas conciliaciones no son demasiado dificultosas. Se hacen cada vez más raras en los últimos años de la anteguerra. La lucha obrera tiene dos caras: para la minoría activa, es una experiencia concreta y un instrumento de emancipación: para la mayoría que la sigue, permanece con frecuencia un imperativo abstracto. Y cuando los militantes arrastran a los peones a una acción reivindicadora, se puede decir, con nuestras buenas almas, que la clase obrera se ha unido en la acción y que su unidad permanece inmanente; en realidad tienen, cada vez con más frecuencia, que luchar en dos frentes: contra sus camaradas y contra los jefes de empresa. Sin embargo, en la cumbre, se halla un puñado de militantes con criterios más amplios, y que se llaman orgullosamente "minoría activa"; contra el particularismo de la minoría selecta, se han puesto como meta el defender los intereses generales de la clase. Pero cuando trata de convertir los profesionales al sindicalismo de industria y a la centralización, esta minoría va en contra de la corriente. La aristocracia obrera permanece favorable a "la administración anárquica" y al sindicalismo de oficio. Los Pelloutier, los Pouget, los Merrheim, los Monatte, habrían perdido la partida sin el brusco cambio de la industria.

1884: los primeros transformadores prácticos hacen su aparición. Diez años después, el motor eléctrico hace la competencia en todas partes a la máquina térmica y permite impulsar la mecanización: el progreso técnico reduce poco a poco la parte del obrero en la fabricación, lo que supone la descalificación progresiva del trabajo manual. El nuevo torno produce los nuevos torneros: no necesita más que un golpecito que se transmite por sí solo a los mecanismos de ejecución. De repente, entre los peones y los semiprofesionales, se descubre este desconocido, el obrero especializado, que llega a las máquinas como un profesional y cumple su misión sin aprendizaje ⁷⁸ como un peón. Ya estaba allí, pero nadie se había fijado en él: ¿de dónde viene? De todas partes; a veces es un campesino que acaba de llegar a la ciudad, en la mayoría de los casos era peón en otra industria. Desde 1900, en Saint-Etienne, en ciertos talleres de la Fábrica de Armas:

"ocurre que hay 50 mecánicos por 250 obreros; todos los demás son antiguos mineros o antiguos tejedores⁷⁹; tienen entre sus manos máquinas perfeccionadas que hacen inútil el saber profesional". ⁸⁰

Esos recién venidos son tímidos aún: no tienen el tiempo, la voluntad ni la fuerza para organizarse solos; reclaman la ayuda de la minoría selecta profesional y militante. En 1912, Merrheim, en el Congreso confederal del Havre, atribuye este discurso a un laminador del este:

"¿Cómo queréis que nosotros, pobres laminadores, que estamos fatigados por la noche cuando llegamos a nuestras casas, nos ocupemos del sindicato? Los que podrían ocuparse de ello, los obreros técnicos, han creado los sindicatos de oficio."

Como se ve, sus reivindicaciones son modestas; y si reclaman el derecho de ingresar en las organizaciones sindicales, es con la intención determinada de delegar en seguida sus poderes en la minoría selecta pero ésta no se preocupa de ello: defiende ásperamente el sindicalismo aristocrático contra los recién venidos. Antes que fusionarse con los metalúrgicos y los vaciadores para formar una Federación de los Mecánicos, en 1910, prefiere abandonar la C.G.T. En 1900, se encuentran 51 sindicatos de industria frente a 34

⁷⁸ O después de un aprendizaje de muy corta duración.

⁷⁹ La mecanización está ya muy adelantada en la industria textil. Los tejedores son Operadores Especializados (O.P.) que han cambiado de máquinas.

⁸⁰ Citado por Collinet: *Esprit du Syndicalisme*, p. 24

sindicatos de oficio; en 1911, se hallan 142 frente a 114: la proporción no ha cambiado. Durante ese tiempo, sin calificación, sin experiencia sindical, sin instrucción política, el Operador Especializado, queda abandonado a la propaganda y a la opresión de la patronal. Recuerdo los rasgos principales de ese nuevo proletario, bruscamente engendrado por las máquinas modernas y las técnicas de la organización.⁸¹

Fijado en las oficinas en función de las diferentes operaciones que se ejecutan al mismo tiempo en la empresa, el ritmo de su trabajo se le impone como una fuerza enemiga y le gobierna desde lejos; su fatiga resulta menos de un gasto muscular que de una continua tensión nerviosa y de un esfuerzo constante para adaptarse a las normas preestablecidas; al fin de la jornada, se le mete dentro; le acompaña hasta en el sueño, y la encuentra al despertar; ese cansancio crónico se convierte en una segunda naturaleza, y en el modo mismo en que siente su cuerpo. Está inscrita en su rostro, en su paso, limita sus poderes y hace de él, en el sentido propio del término, un hombre *disminuido*.

La degradación del trabajo supone la desvalorización del saber; a los patronos no les gusta que el obrero sea instruido: y sobre todo que sea inteligente: la inteligencia perjudica el rendimiento: el O.E. y la máquina realizan una simbiosis tan perfecta, que la idea del uno es asimilable a una avería de la otra. Sin embargo, la distracción total es imposible; la evasión y el olvido provocarían tantos desastres como el pensamiento lúcido; hay que *estar allí*, mantener una vigilancia sin contenido, una conciencia cautiva que sólo se mantiene despierta para suprimirse mejor. Pero si el obrero se lava de su propio pensamiento, es por ceder lugar al de los otros: desde que la racionalización ha consagrado el divorcio de la concepción y la ejecución, ignora el sentido de sus actos; se los roba, o los condicionan desde fuera, se decide, en lugar suyo, su finalidad y su alcance. En el mismo momento en que se hace agente de la producción se siente movido; en lo más profundo de su subjetividad, se experimenta como objeto. Cómplice involuntario del patrono, se esfuerza en olvidar lo poco que ha aprendido porque el conocimiento le haría intolerable su condición; se refugia en la pasividad porque le priva de toda iniciativa; ya que le han despojado de su pensamiento ¿cómo va a saber que las ideas son el producto del

⁸¹ No hay que decir que aquí no se trata de hacer el proceso de la semi-automatización, eso sería absurdo, sino de mostrar sus efectos *en el cuadro de la producción capitalista*.

hombre? Se habitúa a ver en el orden establecido por los técnicos una fatalidad exterior de la cual es la primera víctima. La historia social de la racionalización se contiene en dos fórmulas. A fines del siglo pasado, Taylor decía a los obreros: “No tratéis de pensar: otros lo harán por vosotros.” Treinta años después, Ford decía de los obreros: “No les gusta pensar por sí mismos.”

La mecanización del trabajo altera las relaciones humanas. Antes de 1914, el proletariado era una constelación: esta estructura aristocrática no excluía ni la solidaridad ni un vínculo de hombre a hombre que se parecía vagamente al vasallaje. Entre los O.E. y las “minorías selectas”, la solidaridad del trabajo se rompe: el profesional decidía de la tarea del peón; el burócrata es quien decide de la del obrero especializado; decide desde lejos y por todos, sin ver nunca a nadie: hoy el O.E. no tiene relación con los otros O.E.; sin embargo, la máquina interpone su rigidez entre ellos; cada cual percibe la existencia de sus vecinos bajo la forma del ritmo colectivo al cual hay que adaptarse; el *otro* aparece con los retrasos, las faltas, o las fallas; en el universo mecánico la persona es un error que supone una pérdida. La máquina semi-automática es por excelencia el instrumento de la masificación: hace estallar las estructuras internas del proletariado; quedan las moléculas homogéneas y separadas las unas de las otras por un medio fuerte y sin elasticidad.

Al aislarlo de sus camaradas, el trabajo parcelario devuelve al O.E. a sí mismo; pero no halla en sí más que una esencia general y formal: lo que él hace, lo puede hacer todo el mundo, luego es igual a todos y su realidad *personal* no es más que un espejismo. Sin embargo, las necesidades imperiosas le llevan a la pura subjetividad del deseo y el sufrimiento: el hambre, el dolor, la fatiga, le impulsan a la preferencia de sí, pero no le justifican. ¿Por qué tú más que yo? Porque yo soy yo. ¿Y quién eres tú? El mismo que tú. La injustificable subjetividad entra en conflicto con la intercambiabilidad objetiva. De ella resulta en el plano individual un profundo sentimiento de inferioridad: en el plano colectivo, las formas clásicas de la lucha reivindicadora han caducado: la aparición de esos trabajadores sin valor profesional, *reemplazables* y obsesos por el miedo al desempleo corre el riesgo de hacer las huelgas ineficaces.

En efecto, lo que es sensible en primer lugar, no es tanto la promoción de un obrero desconocido, es la liquidación de los antiguos. Los mecánicos lanzados a la calle por la crisis de 1907, no serán reintegrados; en 1913, durante la huelga de las fábricas *Renault*, los especialistas resisten más tiempo que los otros; se saben irremplazables, el patrono terminará cediendo. El patrono no cede: los reemplaza por máquinas y por obreros no calificados; todos ven que ha terminado el obrero profesional. Sin embargo, los O.E. se multiplican y el sindicalismo vegeta, desmoralizado, privado de su arma principal; los viejos militantes no tienen nada que decir a esos hombres nuevos, sin tradición ni pasado. Y luego, de repente, en agosto de 1914, la guerra abre los ojos de los sindicalistas; descubren las masas; la sorpresa fue grande cuando las vieron surgir de la tierra gritando: "¡A Berlín!" ¿Veinte años de propaganda para terminar en aquella locura? "¿Qué queda de nuestros mítines contra la guerra?" Y otro: "En un vagón de ganado, con otros hombres que gritaban «¡A Berlín!», he sentido el fracaso de la C.G.T., el fracaso de los educadores, el fracaso intelectual del país." Y Merrheim: "La clase obrera estaba levantada por una formidable ola de nacionalismo"; y Monatte: "La ola ha pasado y nos ha llevado." Ignoradas, luego bruscamente descubiertas, las masas necesitaban la creación de un sindicalismo de masas, de un partido de masas, de una propaganda y de una ideología nuevas. Incapaz de llenar esas tareas, ¡el sindicalismo revolucionario descubre de repente su caducidad! El viejo aparato de la clase obrera cae fuera del movimiento, la guerra! sorprende a los dirigentes sin las masas y las masas sin protección; esas jóvenes multitudes, víctimas de la distancia que separa su actividad productora del contenido real de su esperanza, no pueden aún ser por sí solas lo que son en sí: Su radicalismo, su inestabilidad, su furor pronto seguido de desaliento, expresan sencillamente el hecho de que la nueva condición obrera es insoportable; el mito fascinador de la guerra engañará algún tiempo sus aspiraciones revolucionarias y les hará tomar conciencia de la violencia que hay en ellas; pero esta violencia permanece cautiva, alienada.

Sin embargo, la desmixtificación vendrá de la guerra. De la guerra y no de las circunstancias de la producción; no son los dirigentes sindicales, es el Somme, es Verdún, los que destrozarán la imagen ilusoria que tienen de sí mismas;

“Cuando las he hallado nuevamente en Verdún, –escribe Dumoulin–, odiaban a todo el mundo: a los periodistas, a los diputados, a los socialistas, a los parisienses, a los gendarmes, a la retaguardia. La impresión más fuerte, más clara entre ellos era la de la engañifa, la de la mentira, la de la exageración, la del error.”

Cuando refluyen, en 1919, ebrias de cólera y de desconfianza, las masas están disponibles. En todas partes de Europa, las revoluciones dependerán del encuentro de los soldados y los obreros. En Francia dos millones de desmovilizados se mezclan con los tres o cuatro millones de obreros que trabajan en fábricas. Mezcla inestable, explosiva: los nuevos militantes llenan los cuadros de la C.G.T. Parece que la Revolución era posible y la burguesía estaba dispuesta “a otorgar los mayores sacrificios al proletariado”. Pero la huelga de junio de 1919 prueba que las masas no estaban dispuestas. ¿Cómo iban a estarlo? ¿Quién las había preparado? El 2 de junio los metalúrgicos; parisienses abandonan el trabajo; la huelga se extiende a tres sindicatos de Seine-et-Oise, se cuentan 130.000 huelguistas, se entregan 80.000 carnets sindicales. Huelga mitad política, mitad corporativa: hay reivindicaciones pero también “una gran angustia.... un pensamiento general que interesa al proletariado entero”. La huelga está dirigida en primer lugar por un *Comité de Alianza*, organismo sindical que acababa de ser creado. Pero la inmensa muchedumbre de los nuevos sindicatos –más de la mitad de los huelguistas– desconfía de todos los delegados, invade los lugares de reunión sindical, trata a sus propios representantes de vendidos y acaba por elegir un Comité de Acción que pretende sustituir al Comité de Alianza. El Comité de Alianza desbordado, abdica su autoridad entre las manos de la Federación Metalúrgica que se hace cargo de la huelga. El Comité de Acción irrumpe el 22 de junio en las oficinas de la Federación, exige asistir a las sesiones, trata a los dirigentes de “engaña bobos”. Sin embargo, la Federación quería la huelga general. Pidió la reunión de la Asociación Interfederal. Ésta se negó a extender el conflicto, pero aconsejó a los huelguistas que no volvieran al trabajo sin haber obtenido garantías. Ahora bien, desde el 26 de junio, el propio Comité de Acción, sacando las consecuencias de un desaliento muy anterior a la decisión de la Asociación, había ordenado el fin de la huelga. El fracaso fue total: las masas se vieron enfrentadas con una burocracia

cuyos métodos prudentes y previsiones de largo alcance les desconcertaron y eligieron un Comité cuya incompetencia y turbulencia habían comprometido la firmeza. El acontecimiento tiene el valor de una *indicación*: producto reciente del nuevo maquinismo, las masas necesitaban una dirección y una disciplina apropiadas a su estructura fundamental; rechazaban a los sindicalistas que les habían rechazado antes de la guerra, y sólo se habrían dignado someterse a una autoridad de hierro que combatiese implacablemente el desequilibrio constante de las formaciones masivas. ¿Dónde se iba a encontrarla en 1919? Los dirigentes del S.F.I.O. y de la C.G.T. se acusan, se justifican o se confiesan: sólo están de acuerdo en condenar a los recién venidos. La huelga de junio les proporcionó sucesivos “considerandos” para pronunciar su sentencia: uno habla de “Comités de desobediencia y de indisciplina”. Otro deplora que “los instintos de la muchedumbre de la calle que grita y que lincha hayan sido transportados a nuestros mítines”... Para un tercero, el peor sufrimiento es “haber hallado en Francia una situación revolucionaria sin espíritu revolucionario en las masas”. Blum dirá en 1821:

“Sabemos lo que son las masas desorganizadas... Sabemos detrás de quién van un día y detrás de quién el siguiente... Los que han marchado detrás de vosotros el día anterior, serán, quizás, los primeros en poneros contra la pared al día siguiente... No se hará la Revolución con esas bandas que corren detrás de todos los caballos”.

Y sin embargo, había que renunciar a hacerla o hacerla con “esas bandas”. Aun estando desorganizadas, sin duda alguna, aquello era sólo la prueba de que les faltaba una organización. Desgraciadamente, no podían sacarla de sí mismas, ya que no tenían la conciencia de sus necesidades. Desgarrada entre una aristocracia agonizante y una multitud que agotaba sus revueltas en el desorden ¿la clase obrera quedaría reducida a la impotencia?

No: esos desgarramientos parecían provisionales; la situación no podía por menos de evolucionar: seguramente, la organización no iba a surgir bruscamente de la multitud anárquica, pero ya los militantes más jóvenes de la C.G.T. y de la S.F.I.O. se acercaban a los kienthalianos y a la oposición socialista; sus experiencias de guerra les habían llevado a todos a condenar la IIIª Internacional; habían decidido ponerse al servicio de las masas y darles el aparato que les faltaba.

Y luego, sobre todo, se suponía que el movimiento de concentración iba a proseguir y que terminaría liquidando la aristocracia obrera. Para convencerse de que los O.E. terminarían por constituir la casi totalidad del proletariado, bastaría, en los alrededores de 1925, echar una ojeada a las estadísticas proporcionadas por los Establecimientos Ford:⁸² en esta empresa, un trabajador por cada 100 merecía aún el nombre de profesional; por cada 10 obreros, 8 eran O.E. Esta implacable degradación podía dar horror; rebajaba a los orgullosos militantes del sindicalismo revolucionario a la altura de esos subhombres de que habla Marx. Pero, por otra parte, eliminaba al peón. Y sobre todo devolvía su tuerza al movimiento obrero. Cuando ese “neo-proletariado” tan homogéneo hubiese hallado sus cuadros, y su fórmula de combate, su cohesión sería más rigurosa que nunca y la unidad obrera dejaría de ser una palabra.

Porcentaje de trabajadores	43 %	36 %	6 %	14 %	1 %
Duración de su formación en Ford	No mas de un día	De uno a ocho días	De una a dos semanas	De un mes a un año	Hasta seis años

Cuadro de Julius Hirsch: *Das Amerikanische Wirtschaftswunder*.
Reproducido por Friedmann: *Problèmes humains du machinisme industriel*.

No se había contado con nuestros malthusianos. Al detener el movimiento de concentración, han enviado la unificación a las calendas.⁸³ La gran industria no absorbe más del 45 % de los trabajadores, el resto se reparte entre 500.000 empresas. Naturalmente, no son siempre los establecimientos más importantes los que están mejor equipados: en la industria del automóvil, el sector de la construcción está mucho menos concentrado y automatizado que el de los accesorios. No importa: la empresa media no tiene los medios de impulsar la automatización; la pequeña empresa permanece artesanal. En 1948, de los 3.677.000 obreros de la industria de transformación, se cuentan 1.306.000 profesionales, 1.320.000 O.E. y 1.051.000 peones. Las dos primeras categorías se equilibran aproximadamente.⁸⁴

⁸² Con frecuencia los locales de la fabricación están situadas a varios kilómetros de los de la herramienta.

⁸³ *Calendas*, (*kalendae*, *-arum*): eran el primer día de cada mes en el calendario romano, que debía coincidir en principio con la luna nueva. De esta palabra deriva «calendario».

⁸⁴ 35,5 % frente a 35,9 %

La tercera está muy dividida: en el Libro y en la Construcción, donde los profesionales son con mucho los más numerosos, se conserva la estructura arcaica del proletariado: el peón trabaja bajo sus órdenes. En la siderúrgica y en la textil, el que domina es el O.E.; los profesionales se separan de la fabricación: forman equipos de mantenimiento y de herramienta que ya no tienen contacto con los otros obreros:⁸⁵ O.E. y peones forman entonces una masa aproximadamente homogénea, tanto que bastan unas horas o unos días para cambiar éstos en aquéllos. No hay que creer que ese cambio beneficie al proletariado con una experiencia nueva: por el contrario, provoca una ruptura de experiencia y un desdoblamiento del *sujeto* histórico: la clase obrera, con gran alegría de los patronos, corre el riesgo de quedar cortada en dos partes aproximadamente iguales, que no tienen las mismas estructuras, ni los mismos valores, ni los mismos intereses, ni la mismas técnicas de organización y de combate.

a) Dualidad de los valores

El obrero profesional ha fundado siempre sus exigencias en la calificación de su trabajo. El verdadero productor, la única fuente de toda riqueza, es él; él es quien transforma las materias primas en bienes sociales. La idea de la huelga general, tan popular antes de 1914, nace de esa orgullosa conciencia de sí: para hacer caer la sociedad burguesa, el trabajador no tendrá más que cruzarse de brazos; si reclama la propiedad de sus instrumentos de trabajo, es porque es el único que sabe hacer uso de ellos. Además en las pequeñas empresas, su conocimiento técnico es rara vez inferior al del patrono; el sindicato agrupa las *competencias* y se juzga, pues, habilitado para controlar la producción: se transformará, naturalmente, al día siguiente de la Revolución, en órgano de gestión. Ya que sus derechos emanan de sus méritos, esta aristocracia no está lejos de considerarse como la única víctima del capitalismo. En el Congreso Federal de 1908, esta intervención de un mecánico revela el sentimiento general:

“Negar el valor profesional del obrero, es más o menos dar circunstancias atenuantes a la explotación capitalista.”

⁸⁵ Con frecuencia los locales de la *fabricación* están situados a varios kilómetros de los de las *herramienta*.

De lo cual un espíritu pesimista concluiría, sin demasiado trabajo, que la explotación de los peones no es, después de todo, tan criminal. La minoría selecta obrera no llegaba hasta ahí: pero es cierto que consideraba sus auxiliares como “lastre”. ¿Les reconocía derechos? Es dudoso. Digamos que veía en ellos los objetos permanentes de su generosidad. Este humanismo del trabajo es ambiguo: se convendrá gustosamente en que realiza un progreso sobre el humanismo de la riqueza. Y sin embargo, no es más que una etapa; si uno se detiene en ella, la multitud quedará excluida de la humanidad. Hay, se dirá, que merecer el ser hombre. Eso es perfecto, en tanto que se pueda *adquirir* el mérito. Pero, ¿qué se hace con los que no tienen el medio de ello?

El nuevo proletariado no puede argüir el menor mérito ya que se ha hecho todo lo posible para hacerle entender que no tiene ninguno. Sin embargo, la fatiga y la miseria lo abruman: tiene que morir u obtener satisfacción. ¿Sobre qué va, pues, a apoyar sus exigencias? Pues bien, precisamente sobre nada. O, si se prefiere, sobre ellas; la necesidad crea el derecho. Con la aparición de las masas, se ha operado un cambio de los valores; la automatización ha radicalizado el humanismo. No tomemos al obrero especializado por un hombre orgulloso y consciente de sus derechos; es “un subhombre consciente de su subhumanidad” y que reivindica el derecho de ser hombre. El humanismo de la necesidad es, por consiguiente, el único que tiene por objeto la humanidad entera: la liquidación del mérito hace saltar la última barrera que separaba a los hambres. Pero este nuevo humanismo es una necesidad en sí; se vive *ilusoriamente*, como el sentido mismo de una inadmisibile frustración. Para los obreros profesionales, el hombre está hecho, no queda más que reorganizar la sociedad; para los O.E. el hombre está por hacerse: lo que le *falta al hombre*, es lo que está *en discusión*, para cada uno de nosotros, en cada instante, lo que, sin haber sido jamás, corre continuamente el riesgo de perderse.

Habría sido ventajoso que el humanismo del trabajo se hubiese apartado progresivamente ante el humanismo de la necesidad: y esto es lo que habría ocurrido si el malthusianismo no hubiesen detenido la revolución industrial. Hoy coexisten los dos humanismos y esta coexistencia confunde todo: si el primero se congela y se separa, se convierte en enemigo del otro.

Por otro lado, las masas están secretamente contaminadas de la ideología de la minoría selecta obrera: ante los burgueses no tienen vergüenza, porque el mejor de entre ellos, haga lo que haga, no *merecerá* nunca los privilegios de que disfruta; pero los profesionales pertenecen al proletariado, son explotados como el obrero especializado y si viven un poco mejor que él, esta diferencia parece insignificante desde que se compara su nivel de vida con el de los burgueses. Y sobre todo, pretenden deber esas ligeras ventajas a su mérito. ¿Si eso fuese cierto? Ya he dicho que eran, en su mayoría, hijos de profesionales: pero, en fin, no lo llevaban escrito en la frente. El O.E. se dice que sus padres, si se hubiesen impuesto algunos sacrificios, también habrían podido darle un aprendizaje. O, quizás, se reprocha el haber carecido de voluntad, de perseverancia. La aparente desigualdad de las condiciones subraya a sus ojos la desigualdad de los valores: si el profesional saca su valor de la operación, el O.E. no vale nada ya que es, por definición, reemplazable. En breve, tiene vergüenza ante los que deberían ser sus camaradas de combate; su combatividad corre el riesgo de verse disminuida por ello. Para librar a las masas de su sentimiento de inferioridad, ha habido que liquidar sistemáticamente todos los valores sociales de anteguerra; ha habido que hacerles comprender que ofrecían a todos los hombres la oportunidad de mirar al hombre y a la sociedad *en su verdad*, es decir, con los ojos del más desheredado; ya que la evolución de la técnica tenía por resultado descalificar el trabajo, esta última superioridad del hombre sobre el hombre, hubo que mostrar a esta joven barbarie, frente a todas las morales y todas las minorías selectas, que las “superioridades” son mutilaciones, que la única relación humana es la del hombre *real*, total, con el hombre total y que esta relación, disfrazada o pasada en silencio, existe en permanencia en el seno de las masas y no existe más que allí. Pero, a medida que la multitud se penetra de esta ideología radical, los profesionales, que ven discutido su *valor*, se afirman en sus posiciones. La aristocracia toma conciencia de sí cuando la atacan: desde los últimos años de la otra anteguerra, por reacción contra la subida de las masas, los teóricos bien intencionados bautizaron “caballería” al sindicalismo minoritario y quisieron hacer del militante un nuevo templario: déspota ilustrado, el profesional consiente en sacrificarse por las masas pero les niega el derecho de defender por sí mismas sus intereses. La postguerra ha operado un nuevo braceado y el sindicalismo revolucionario ha desaparecido. Pero su

espíritu no: incluso en el interior de la C.G.T. de 1921 a 1927, los partidarios del sindicalismo de la minoría selecta resistieron ásperamente a los comunistas. De 1919 a 1934, la C.G.T. de Jouhaux se ve obligada a burocratizarse “a consecuencia de la complejidad reciente de las tareas sindicales” pero el funcionario del sindicato representan a la minoría selecta obrera y las masas permanecen fuera de la organización. En 1936, cuando Sémard declara, en el Congreso de Toulouse:

“Dos ideologías principales continúan enfrentándose en el movimiento obrero y en el movimiento sindical. Esas dos ideologías son la de Proudhon y la de Marx.”

Jouhaux tiene razón de responderle:

“Después de 1909, no he oído a los militantes que debían tomar la palabra para exponer sus puntos de vista prevalecerse de Marx o de Proudhon.”

Tiene razón *en la forma*, pero en realidad yerra el tiro. Porque las dos tendencias de que habla Sémard no son, *en primer lugar* marxistas o proudhonianas: existen en el proletariado francés fuera de toda cultura filosófica o política. Preguntad a un militante comunista lo que piensa de la “*dignidad* humana”: alzaré los hombros. ¿Es un azar el que, bajo el reinado de Jouhaux, la Federación Metalúrgica y la C.G.T. se declaren favorables a la organización científica del trabajo, con tal de que “no menoscabe la dignidad humana”⁸⁶ y el que esas mismas palabras se hallen de nuevo en una declaración de la C.F.T.C.? La “*dignidad*” del trabajador profesional, es la superioridad de su operación. Ya es un hombre –puesto que está orgulloso de su trabajo–; ya libre –puesto que la máquina universal deja un amplio lugar a la iniciativa–: en nombre de la libertad y de la dignidad, reclama una sociedad más justa que reconozca su valor y sus derechos. Las masas no son *dignas*; no se imaginan siquiera lo que es la libertad: pero su simple existencia introduce, como un cuerpo extraño en la carne, la exigencia radical de lo humano en una sociedad inhumana.

⁸⁶ Congreso confederado de los metalúrgicos, 1927. Citado por Collinet, *ibid.*, pp. 60-61.

b) Dualidad de los intereses

Se ha notado con frecuencia – y no insistiré en ello– que la masa se pliega a un ritmo de trabajo que repugna al profesional. En las fabricas *Citroën*, las huelgas de 1926 y de 1927, enfrentan la ¡herramienta y la fabricación. Los sindicatos –todos obreros profesionales– querían reducir las normas de rendimiento; los O.E. quieren acelerar la cadencia: ya que, de todos modos, su trabajo es una maldición, por lo menos que produzca; su ganancia a destajo puede igualar la ganancia por hora profesional: es un desquite. En su nacimiento, el trabajo en cadena y con las máquinas semiautomáticas fue condenado por los representantes del proletariado pero, a la larga, produjo nuevos trabajadores que viven de la mecanización y, de buen o de mal grado, deben solidarizarse con ellos. No es dudoso, en efecto, que el “neo-proletariado”, por su misma función, responde a las exigencias de la producción en serie; ha aparecido en los Estados Unidos cuando los fabricantes, bajo el aguijón de la competencia, quisieron ensanchar el mercado interno y tomar a las masas como clientela, aumentando el rendimiento para reducir los costos. Eso no significa, ciertamente, que las masas trabajen para ellas: entre el O. E. productor y el O.E. consumidor se interpone la pantalla del provecho y de la explotación. Pero no es menos cierto que la elevación del nivel de vida acompaña el crecimiento de la productividad. En 1949, por una hora de trabajo, un obrero norteamericano produce cuatro vees más que un obrero francés. El mismo año, la renta nacional, por cabeza de habitante, sube a 1.453 dólares en los Estados Unidos frente a 482 dólares en Francia. El interés del O.E. francés, no es intensificar su esfuerzo ni aumentar el número de su horas de trabajo: por un mismo esfuerzo y por un mismo número de horas, debe existir el aumento progresivo de su productividad. Pero esto implica nada menos que el abandono de las prácticas malthusianas: habrá que renovar las herramientas, impulsar la concentración, la racionalización y la automatización. Ahora bien, la suerte del profesional depende del mantenimiento de las formas arcaicas de la producción: está, en cierta manera, aliado con el malthusianismo. Sin duda, la elevación del nivel de vida puede compensar la descalificación del trabajo y el aplastamiento de la jerarquía de los salarios: pero los que están en juego son los privilegios de la minoría selecta, su orgullo, su “alegría del trabajo”, y su dignidad, es decir, la conciencia de sus superioridades. Así, las reivindicaciones

de las masas tienden a romper los cuadros actuales de nuestra economía; por el contrario, la minoría selecta modera las suyas, para no provocar transformaciones que le serían fatales.

c) Pluralismo sindical

La calificación profesional exige y desarrolla en el obrero el juicio, la iniciativa y el sentimiento de las responsabilidades: también es la que le hace irremplazable. El empleador —al menos en las pequeñas; empresas, donde la automatización es nula— queda aún lo bastante cercano a su personal, constituido en su mayoría por trabajadores calificados. Éstos, por la finura misma de su operación, están en condiciones de ejercer una acción fina y continua sobre el patronato; el "contacto" y la tensión se mantienen por el enfrentamiento perpetuo de la aristocracia obrera y de los industriales. En la escala de la empresa, esta minoría selecta, en la misma medida en que es difícilmente reemplazable, puede obtener mucho por la simple amenaza de huelga y, finalmente, porque esta amenaza está constantemente sobrentendida por la negociación. El obrero profesional tiene sus triunfos en el juego; puede discutir, regatear; sólo emplea la violencia como último recurso. Avanza y retrocede, amenaza y se vuelve conciliador; se adapta a la actitud patronal, a la situación, a la relación siempre variable de las fuerzas en presencia; el todo *en palabras*: que no son en realidad ni susurros ni actos, sino *fichas* que se ponen sobre el tapete y que se pueden retirar. Antes de pasar a la acción, el profesional puede deshacer su trato todas las veces que quiera; chantaje y amenazas recíprocas, promesas, ruptura y reanudación de las negociaciones: estas maniobras abstractas y casi simbólicas, con frecuencia evitan la prueba de fuerzas, una solución de carácter de transacción interviene en el momento oportuno. La calificación del sindicato permite al sindicato conservar su libertad de maniobra.

Hay que añadir que esta minoría selecta es homogénea: sin duda, el movimiento de centralización ha dado nacimiento a una burocracia. Pero el militante básico se puede considerar como un dirigente en potencia, no cede a sus jefes ni en experiencia ni en saber teórico; ejerce sobre ellos un control efectivo y permanente; a la inversa, la dirección no se puede equivocar acerca de los sentimientos de la base; los sindicatos hablan, dan su parecer, las corrientes de opinión se

manifiestan; todos contribuyen personalmente a fijar las grandes líneas de la acción sindical. Contacto permanente de los jefes y de la base, presión constante del trabajador sobre los patronos: se reúnen las dos condiciones de una *política* sindical.

Con las masas, las oportunidades de negociación disminuyen. Descalificado, el trabajo deja de ser un medio de acción por sí solo. Mientras funcionen los motores, el "factor humano" parece insignificante. Con un mismo ademán el obrero, privado de la garantía que daba el valor profesional, y la dirección cada día más lejana, se pierden uno por otro en el anonimato. En ese sentido, la nueva condición del proletario tiende a romper la continuidad de su acción: para pesar en las decisiones patronales, la resistencia de los trabajadores debe atravesar un cierto umbral, más allá del cual, ni siquiera se la percibe. En una palabra, la huelga –es decir, la violencia– es su único recurso. Pero esta "arma específica de los obreros" ⁸⁷ha cambiado de naturaleza: el profesional es indispensable; para bloquear la producción no tiene más que quedarse en su casa. Es cierto que ejerce una violencia: pero esta violencia es legal y luego –al menos en principio– tiende a permanecer abstracta y como pasiva. Simultáneamente, la reacción patronal debe contenerse dentro de ciertos límites, el empleador puede, si gana, multiplicar las sanciones: le costará trabajo hacer correr la sangre. Pero el O.E., como productor, siendo un cualquiera, puede ser reemplazado por cualquiera; no es, pues, bastante abandonar el trabajo, hay que impedir que los otros no lo hagan. Después de veinte años de incertidumbres y de fluctuaciones, las masas han hallado el arma nueva, la única adaptada a su condición: la huelga con ocupación de las fábricas. Eso era violar el más sagrado de los derechos burgueses y exponerse, en consecuencia, a la intervención de la policía. Toques de atención, gases lacrimógenos; si eso no es suficiente, se dispara. ¿Diremos que las masas son más encarnizadas, más "malas" que la minoría selecta? Eso sería sencillamente absurdo. La verdad es que la evolución de la técnica ha radicalizado la violencia: para defender su salario, el obrero especializado tiene que arriesgar su pellejo.

⁸⁷ León Jouhau, *Conferencia en el Instituto Superior Obrero*, 1937.

Por la misma razón, las masas no tienen más defensa que la acción masiva: se trata, mediante operaciones de conjunto llevadas a la escala nacional, de obtener convenios colectivos valederos para las ramas enteras de la industria. Pero esas operaciones sólo son posibles si las masas se adhieren con un solo movimiento a una sola consigna. Ahora bien, ya lo hemos visto, que se las caracteriza injustamente por una especie de unidad salvaje: son esparcimiento molecular, agregado mecánico de soledades, puro producto de la automatización de las tareas. Sin duda la estructura en archipiélago es un límite puramente ideal de la masificación: en la realidad, las fuerzas desintegradoras encuentran numerosos obstáculos. En particular, cuando la tensión social se afloja, la sola presencia del aparato sindical —ese sistema nervioso— conserva al proletariado un “tonus residual”, que da que las masas obreras pueden pasar difícilmente por un ejército alerta; sin duda la lucha de clases no cesa un instante: ni un solo instante el obrero deja de sufrir la violencia y de oponerse a ella por su simple realidad de hombre. Pero la actividad de los individuos no prueba en modo alguno que las masas sean activas. Ya hemos dicho, que se las toma injustamente por un *sujeto* colectivo del cual se podría “hacer la psicología”. Los comportamientos de la masa no son psicológicos en absoluto y el peor error sería compararlos con las conductas de las personas. El hombre de las masas, es cualquiera, tú y yo; y sus actitudes personales no tienen ninguna importancia; por sí solo, es un agente consciente pero las fuerzas de dispersión, al enfrentarlo con su vecino como un *alter ego* que le refleja su impotencia y duplica su soledad, neutralizan su actividad y producen un conjunto colectivo que reacciona como una cosa, como un medio material donde las excitaciones se propagan mecánicamente. Las masas son el objeto de la historia: no actúan jamás *por sí mismas* y toda acción de la clase obrera exige que comiencen por suprimirse como masas para llegar a las formas elementales de la vida colectiva. No se tiene derecho de hablar de una “presión” que iban a ejercer en sus empleadores; y su influencia sólo puede ser negativa: los patronos saben que la explotación, si pasa de un cierto límite, actúa en sentido contrario a las fuerzas masificadoras y corre el riesgo de provocar una cristalización rápida de las masas en proletariado. Pero, en lo que concierne a la acción cotidiana del militante, la contradicción salta a la vista: su trabajo se ejerce sobre las masas-objeto para transformarlas en proletariado-sujeto; se esfuerza, donde esté, de liquidar su estructura

granular en beneficio de una unidad orgánica. Ahora bien, la unidad sólo puede realizarse si se da al principio de algún modo; cada cual, viendo su soledad en la del otro, sólo puede evadirse si el otro se evade; en una palabra, donde se esté, es preciso que el comienzo esté en *otra parte*. En las grandes concentraciones industriales el modo de propagación mecánica puede, al principio, hacer las veces de unidad. Es lo que se llama la imitación: no se la tendrá por una acción colectiva, pero es ese movimiento anónimo que hace posible la acción: el militante es quien tiene que transformar la oleada contaminadora en una operación precisa. Pero hay que añadir que la imitación en sí supone una cierta unidad previa. Es verdad que las “leyes de la imitación” rigen únicamente en los sectores sociales en estado de desintegración permanente:⁸⁸ lo que he imitado en mi vecino no es el Otro, es mi propio yo, convertido en mi propio objeto; no repito su acto porque *él* lo ha hecho, sino porque yo, acabo de hacerlo, en él. En suma, tengo que percibir su situación y sus necesidades como *mi* situación y *mis* necesidades de manera que mi conducta se me aparezca *desde fuera* como un objeto surgido de mi cabeza; el imitador y el imitado son a la vez intercambiables y separados, y la conducta imitadora es el resultado de una dialéctica de la identidad y de la exterioridad; el O. E. como es un cualquiera, el modo de propagación del movimiento reivindicador a través de las masas será contagioso porque cada cual ve venir al otro a él como cualquiera, es decir, como él mismo. En la medida en que la masificación engendra a la vez el aislamiento y el intercambio, da nacimiento a la imitación como una relación mecánica entre las moléculas y la imitación no es una *tendencia* ni un carácter psíquico; es el resultado necesario de ciertas situaciones sociales. Sin embargo, es necesario que esas relaciones puramente mecánicas se funden en una síntesis previa que permita al menos la *puesta en presencia* de los imitadores y de los imitados, ya sea la unidad puramente material de la región o de la empresa; se necesita al menos la unidad del peligro corrido o de la esperanza experimentada. Ahora bien, la relativa diseminación de la industria francesa va en favor del patronato. El alejamiento no suprime la propagación contagiosa: eleva el límite de ella; a distancia, él *mismo* se convierte en el *otro*; para que se perciba la unidad de la situación, tiene

⁸⁸ Los miembros de una colectividad integrada difieren por su función (y por consiguiente por su situación) en la misma medida en que están unidos por la ley del grupo; diversos en el seno de la unidad, ¿por qué habían de imitarse? Cooperan.

que aumentar la urgencia del peligro: sólo unas circunstancias excepcionales revelarán a las masas dispersas la unidad concreta y presente del proletariado. En 1936, para no citar más que un ejemplo, el triunfo político del *Frente Popular* desencadenó la propagación contagiosa de los movimientos sociales: las masas conocían su unidad, al percibirla fuera de ellas en la alianza de los tres partidos populares y reaccionaban a su manera, casi mecánicamente, por la identidad de sus conductas; si el movimiento no hubiera sido frenado, se habría transformado, pronto o tarde, en acción revolucionaria.

Las circunstancias que realizan la cristalización de las masas en multitudes revolucionarias, se las llamará con razón "históricas": están unidas a las transformaciones sociales económicas y políticas del continente; es decir, que no se encuentran todos los días. Así, el paso del estado de masa a la unidad primitiva de la multitud, ofrece necesariamente un carácter de intermitencia; las masas están afectadas de una inercia que les impone reaccionar a las excitaciones finas: no se puede esperar de ellas esos movimientos rápidos y rápidamente cortados, esas demostraciones de potencia y esas operaciones de detalle, esas fintas y esas maniobras que permiten ejercer una presión continua sobre el adversario, sin entrar en lucha abierta con él. Además las cristalizaciones primarias no tienen equilibrio: la mecanización del trabajo ha robado el porvenir de los obreros: si se mueven, es porque su condición *presente* es inaceptable y entrevén la posibilidad de modificarla inmediatamente. No se puede esperar de ellos que se agoten sosteniendo una empresa a largo plazo; a la rigidez y a la discontinuidad que caracterizan los movimientos de masa, conviene, pues, añadir, una cierta inestabilidad.

No vayamos, sobre todo, a sacar de ello la conclusión de que el "neoproletariado" es más reformista que revolucionario: es todo lo contrario. Es verdad que sólo se puede movilizar a las masas para la defensa de intereses inmediatos: pero cuando se ponen en movimiento, quieren todo, en seguida. La propaganda burguesa les había persuadido de que no se podía llevar, sin catástrofe, el menor cambio a su condición. De este modo, la realidad cotidiana se convertía a sus ojos en un sistema riguroso de prohibiciones. Pero lo que les arranca a su estado de masa, es una imposibilidad más fundamental aún: la de soportar sus necesidades más tiempo; ante esta imposibilidad mayor, todas las prohibiciones se derrumban y el

cambio es el que se convierte en su posibilidad más inmediata; la desesperación engendra la esperanza, la cristalización de las masas en multitud, engendra la creencia de que todo es posible. El obrero calificado se puede limitar a *varias* reivindicaciones; las masas quieren *todo* porque no tienen nada. Una acción concertada, fundada en años de experiencia, en plena posesión de sus técnicas y de sus tradiciones, consciente de ser una empresa de larga duración se puede limitar en el instante a un objetivo definido: pero, ya que las masas no tienen memoria colectiva, y ya que sus “despertares”, son intermitentes, su acción es siempre nueva, siempre recomendable, sin tradición ni prudencia: nada la limita, ni el miedo al fracaso ni la reflexión acerca de la historia; descansa en su esencia pura, como eficacia soberana y poder absoluto de cambiar el mundo y la vida. Simultáneamente, *todas* las necesidades se descubren a la vez. La palabra de “mínimo vital” dice bien lo que quiere decir: por debajo de ese límite, es la muerte. Para el hombre de las masas, vivir es sólo no morir inmediatamente. En período “normal”, el trabajador no puede saciar más que un número muy pequeño de necesidades: aquellas cuya insatisfacción supondría su muerte; y como las fuerzas de dispersión lo han penetrado del sentimiento de su impotencia, tiene que ejercer una censura permanente sobre todas las necesidades que no son *vitales*. Mitad reprimidas, mitad disfrazadas, esas necesidades siguen siendo presentes a toda hora; sencillamente no son reconocidas ni nombradas. Pero cuando un brusco deterioro de su nivel de vida pone de repente en peligro de muerte al trabajador, nace un movimiento popular y las masas se transforman; al instante, la relación de lo posible y lo imposible se invierte y las necesidades se descubren porque la acción las puede satisfacer. Cuando todo es posible, se hace intolerable el “vivir al mínimo”. A partir de ahí, el movimiento popular va siempre más lejos, a menos que no se rompa contra la resistencia armada de la patronal: cada uno de sus éxitos es un incentivo para exigir más; siempre más radical sin cesar de ser inmediato, necesariamente pone en tela de juicio la esencia misma de la sociedad. Para la mitad de los franceses, los salarios oscilan alrededor del mínimo vital: si hubiera de la noche a la mañana, que aumentar en un tercio su poder adquisitivo real, la Francia burguesa saltaría. Poco importa, pues, que los huelguistas o los manifestantes tengan o no la voluntad de hacer la revolución: objetivamente, toda demostración de masa es revolucionaria: se la comienza *para no morir*, y se la continúa

para vivir; y luego, incluso, aun siendo posible, en el cuadro del capitalismo, el satisfacer mediante una política sostenida mediante un trabajo de diez, de veinte años, algunas de sus exigencias, la realidad es que no pueden esperar: un burgués mal alojado puede tener paciencia: vive estrechamente, eso es todo; una familia de obreros se amontona en un tugurio; tiene que morir o mudarse. Pero lo que le prometen no existe aún; cómo mudarse a menos de ocupar lo que ya existe: para obtener entera satisfacción, la multitud revolucionaria debe tomar el poder.⁸⁹ Eso sería perfecto si la miseria no lo moviese más que en los casos en que el poder está para tomar. ¿Pero cómo creer en esta “armonía preestablecida”? Es cierto que todo “movimiento de masas” es un comienzo de revolución; y, a veces, las circunstancias que determinan una acción popular pueden debilitar, simultáneamente, la resistencia de las clases dirigentes. Pero la historia heroica y sangrienta del proletariado es suficiente para mostrar que las condiciones de una victoria obrera rara vez se dan todas juntas. Y luego, el proletariado sólo representa un tercio de la nación y las masas sólo son una fracción de ese tercio. Para que puedan ganar un día, hay que preparar su triunfo; anudar las alianzas en el interior de la clase obrera y, en caso necesario, fuera de ella, determinar un plan, definir una estrategia, inventar una táctica; precisamente de eso es de lo que no son capaces. En consecuencia, el papel del militante va a cambiar enteramente.

En primer lugar, es un funcionario. Collinet dice muy bien:

“La masa no puede, por sí sola, participar en la vida sindical; da su confianza a los militantes responsables, juzgándolos de acuerdo a los resultados inmediatos que le den”.

¿Pero por qué viene en seguida a describirnos un militante ideal que serviría de intermediario entre los dirigentes y las masas? Sin duda, sería bueno que ese mediador consagrara su jornada como los camaradas, “al trabajo puramente técnico y profesional”, mientras se elevase, por una sucesión de ascensos, por encima de su especialidad para juzgar los problemas profesionales, por encima de las profesiones, para considerar “los problemas sociales en su generalidad”.

⁸⁹ Y cuando lo tomase, sus dirigentes deberán *al mismo tiempo* dedicarse a satisfacerla y a luchar contra su impaciencia. Nace una nueva dialéctica: se necesita una empresa de larga duración para realizar lo que la masa exige al instante.

Desgraciadamente, ese personaje “arraigado” y “separado” a la vez no tiene nada en común con el O.E. contemporáneo: es un viejo conocido y Collinet, bajo otro nombre, nos presenta sencillamente el obrero profesional y sindicado de 1900. No nos asombremos, si confiesa a continuación que “el militante es raro e inestable entre los obreros especializados”. Es posible que ciertos hombres estén a la vez separados y situados: todo depende de la condición, de la salud, del tiempo libre, de la cultura, en una palabra, del género de trabajo. Pero los que yacen abrumados bajo el peso de la tierra, no es posible que al mismo tiempo planeen por encima de ella. A primera vista, no hay la menor dificultad de principio a que un O.E. haga un excelente militante: el único impedimento serio parecerá vulgar y circunstancial: es la fatiga. Pero ocurre que esta fatiga no es un accidente; se acumula sin fundirse, como las nieves eternas, y ella es la que *hace* el O.E. Sin duda pasará: cuando se hayan reducido las horas de trabajo o llevado al límite la automatización. Pero el O.E. pasará con ella. Y luego no soñemos con las posibilidades de la industria norteamericana o de la industria soviética, ni con la condición del hombre en el año 2.000; hablo de 1954 y de la Francia malthusiana; hablo de los trabajadores minados *al mismo tiempo* por la fatiga y la miseria. Desde 1912, los laminadores citados por Merrheim se quejaban de estar demasiado cansados para ocuparse del sindicato y deseaban explícitamente que otros lo hicieran en su lugar. Después, las cosas no han hecho más que empeorar; para ganar *igual* que en 1938, el obrero debe trabajar *más*. Se levanta al las cuatro o las cinco de la mañana, sale a las seis, vuelve a su casa a las ocho, cena y se acuesta a las nueve; se queja amargamente de verse privado de la vida familiar: ¿cómo se quiere que tenga tiempo de militar? Los horarios de trabajo tienen por otra parte el efecto de impedir las reuniones sindicales, a menos que se realicen en el taller; con frecuencia, hay que hacer que los obreros abandonen el trabajo si se quiere que den su parecer acerca de una cuestión que les concierne. En cuanto a los “raros” militantes que satisfacen las exigencias de Collinet, comprendo que sean “inestables”: se ven obligados a prescindir de su sueño y, pronto o tarde, se derrumban. *A menos* que abandonen el trabajo manual y los mantenga el sindicato, es decir, sus camaradas. Sin duda es indispensable que el militante salga de la masa: pero precisamente *sale* de ella. Después de eso, ¿hablaréis aún de “traición comunista”? ¡Vamos!

Esta “burocratización” es una necesidad de la época del *scientific management*: En los Estados Unidos, donde el P.C. ha quedado prácticamente sin influencia sobre la evolución sindical, todos los delegados obreros de las grandes fábricas –incluso los “delegados de taller”– son permanentes, pagados por la sección local e incluso por el empleador. La división del trabajo que se opera, entre militantes y trabajadores, en el seno de las organizaciones corporativas, sólo es el reflejo de la que se ha operado en la fábrica y ha creado el nuevo proletario; y la “burocracia” sindical es la copia exacta de la burocracia patronal. Ya que “otros piensan por el O.E.”, ya que los especialistas, en las oficinas de la empresa, se encargan de distribuirle las tareas, es preciso que otros especialistas, en otras oficinas, piensen frente a ese pensamiento y decidan las modalidades de la acción reivindicadora. La eliminación del hombre por el hombre⁹⁰ en la fábrica debe tener su contrapartida sindical, el “tándem del técnico y del O.E.” debe estar compensado por el del O.E. y el militante profesional. ¿Es una lástima? Quizás: ¿pero qué hacer? La forma del aparato sindical está determinada por la estructura del proletariado. Y luego, por añadidura, esas recriminaciones suenan a falso. Collinet muestra la punta de la oreja cuando emplea la palabra “minoría selecta” para designar sus equipos de mediadores; es el nombre que se daban las “minorías activas” de la preguerra pasada; nuestro autor conoce sin duda a las masas y muestra una loable preocupación por sus intereses; pero, cuando quiere juzgarlos, no logra librarse de los prejuicios aristocráticos y, aunque no sea un proletario, proporciona el medio de comprender las disensiones obreras, ya que lleva a una parte del proletariado, el punto de vista de la otra parte. Si, en nombre de una minoría selecta vieja, critica la burocracia nueva y su entendimiento de las masas tiene su límite en el desprecio que siente por ellas.

Pero si aceptamos las perspectivas de un humanismo de necesidad, todo cambia y los nuevos funcionarios están legitimados por la necesidad que se tiene de ellos. Son más convenientes a las masas que cualquier minoría selecta, porque no tienen la obligación contradictoria de defender a la vez el interés general y un interés particular. Se dirá, quizás, que constituyen también una minoría selecta pero eso no es verdad: el obrero selecto es el que realiza el mismo trabajo que sus camaradas y milita *por añadidura*, es *primus inter*

⁹⁰ La expresión es de Friedmann: *¿Dónde va el trabajo humano?*.

pares, su oficio suplementario y benévolo, le da mérito, fama, el derecho de ser escuchado. El funcionario sindical ha nacido, por el contrario, de la división del trabajo; hace lo que sus camaradas no tienen tiempo de hacer y, por esta misma razón, no hace más que ellos. Ya que retribuyen sus servicios, no tienen ningún derecho a su gratitud, ni otros poderes que los que se delegan en él. Claro está que tiene sus riesgos: y con frecuencia se ha señalado la tendencia de la organización burocrática a considerar su propio fin pero, contrariamente a lo que se ha dicho, ese defecto es menos sensible en el sindicalismo de masas. Sin duda hay que abandonar para siempre la concepción romántica y participacionista de una minoría selecta con sus raíces en las capas profundas del inconsciente popular: las masas no tienen inconsciente ni consciente, ya que son pura dispersión mecánica; por otra parte, es muy cierto que son incapaces de ejercer un control permanente y detallado sobre el aparato. ¿Debe sacarse la conclusión de que se las puede llevar a donde se quiera? Todo lo contrario; su misma diseminación las sustrae a todas las influencias. La vieja idea burguesa del “agitador” es tan tenaz que los escritores políticos de hoy no logran librarse de ella. Y Burnham ha dicho sobre el tema muchas necedades sorprendentes. Collinet, mucho más prudente, no se contiene y escribe:

“La masa da prueba de capacidades explosivas... Pero una vez extinguidas éstas, dimite entre las manos de los cuadros en que se resume entonces la totalidad de la vida sindical”.

Ahora bien, no hay nada más falso: sin duda, las masas no tienen la voluntad ni los medios de renovar los cuadros, prefieren conservar sus dirigentes. Pero es más por rutina que por indiferencia. Antes de 1914, cuando se llevaba a un militante a las funciones de secretario general, es porque había merecido la confianza de sus camaradas; pero, en seguida, se le obedecía porque era secretario; en el sindicalismo minoritario, la fuente de la autoridad es institucional en gran parte. Las masas de hoy en día se burlan de las instituciones; y, en primer lugar porque un gran número de O.E. permanecen al margen de las organizaciones obreras, se reservan el seguir las consignas cuando las juzgen conformes a sus intereses. El obrero profesional y sindicado obedece porque reconoce la autoridad de los dirigentes que ha elegido; cuando el O. E. reconoce la autoridad de jefes que ni siquiera, quizás, ha contribuido a elegir, es porque las circunstancias le llevan a

obedecer. De este modo, la acción equivale a un plebiscito: las masas no se rebelan nunca, no protestan ni exigen la renovación de los cuadros y no se puede hablar de una presión de la base sobre los jefes: las masas siguen o no siguen, eso es todo. Eso quiere decir que se organizan en colectividad activa o se derrumban y se abandonan a las fuerzas de la masificación. Y, según los resultados obtenidos, los efectivos sindicales se hinchan o se deshinchán: claro está a los cuadros esto no les alcanza; sólo sucede a veces que constituyen por sí solos la totalidad del sindicato. No es dudoso que esta inestabilidad favorezca una oligarquía de funcionarios; pero es falso que lleva a la rutina: por el contrario, obliga a los dirigentes a rectificar sin cesar su política. Claro está que ese flujo y reflujo no pueden pasar por *testimonios* de satisfacción o de descontento: son signos involuntarios y síntomas. No importa: constituyen a su manera un control riguroso aunque no consciente; las masas controlan al militante como el mar controla al hombre del timón. Es jefe cuando se ponen en movimiento; si se dispersan, no es nada. Aunque fuese más cuidadoso del aparato que sus camaradas, tiene, pues, el interés general por interés particular; sus ambiciones personales, si es que las tiene, sólo puede realizarlas inspirando a las masas una confianza que se renueva cada día; y no les inspirará confianza si no acepta conducir las donde van. En una palabra, tiene que ser *todos* para poder ser él.

No importa: es inútil que exista sólo por ellos, ha dejado de formar parte de ellos; compartía la condición de sus camaradas pero, desde que milita, ya no la comparte. No podía ser de otro modo: las masas no son más que una falsa unidad de soledades, que disimulan una perpetua diseminación; si hubiese permanecido en ellas, estaría condenado al aislamiento y a la ineficacia, como cualquiera. En 1900, la diferenciación del proletariado permitía a los militantes permanecer en la clase: las diferencias profesionales aseguraban la jerarquía: el fundamento del poder era el lazo que unía al señor profesional con el peón vasallo. Las masas son de arena: ¿si no soy más que un grano, cómo voy a mandar a otro grano? La extraña realidad formal que se llama "cualquiera" es sólo una solución conmutativa: sólo soy cualquiera a los ojos de cualquiera; a mis ojos, cualquiera soy yo, por ello ese carácter abstracto se me escapa: está siempre en otra parte; eso no tendría importancia si pudiese definirme por mi actividad singular; pero como el obrero especializado hace cualquier cosa, se reduce a

esa esencia abstracta que no le pertenece siquiera. Esta huida perpetua de mi realidad explica la imitación, ya lo hemos visto: imito para recuperar mi realidad de persona que se presenta siempre como Otro y apoyada en Otro; pero si cualquiera pretende mandarme, se cambia en *alguien* y yo le pido sus títulos. Sin duda, cuando las masas se mueven, los jefes salen de sus filas: pero es que han dejado de ser masas y se han cristalizado en alguna forma primaria de colectividad cuyo jefe improvisado concentra y encarna la soberanía difusa: cuando vuelven al estado disperso, el jefe desaparece. El aparato en sí, permanece; justifica su permanencia por su carácter institucional; pero la autoridad del militante es sólo un exilio: si da órdenes a las masas en su propio nombre, se refiere a su unidad de ayer o de mañana, es que actúa como depositario de su soberanía con eclipses. Testimonia sus metamorfosis a esta multitud, recordándole que fue una sociedad terrible, violenta, autoritaria, y que ejercía sobre cada uno de sus miembros una presión infinita. A la vez, las masas le tienen a distancia; no discuten su autoridad puesto que no pueden oponerle otra, y su estructura dispersa les impide ser una fuente legítima de poder; sin embargo, no la *reconocen*; en realidad viene de *fuera*, de ese grupo integrado que han dejado de ser. La unidad del proletariado –que el aparato sindical encarna en permanencia– permanece una consigna abstracta o un ideal irrealizable más bien que una síntesis viva; hay incluso una especie de antisindicalismo de las masas: los obreros desconfían siempre un poco de esos funcionarios que, por abnegados que sean, no comparten enteramente la condición obrera. Cuando las fuerzas de masificación le arrebatan, la presencia del aparato impide la total desintegración del proletariado sin asegurarle la total cohesión de la clase; mantiene la población obrera en un estado sin equilibrio que no cesa de oscilar entre la yuxtaposición puramente mecánica y la composición orgánica. Braceadas por una corriente imperiosa, las masas volverán a ser una colectividad; en la organización sindical, comenzarán a ver su emancipación y la cifra visible de su unidad; al recuperar la soberanía difusa, *reconocerán* la autoridad de los funcionarios;⁹¹ poco importa entonces que la mayoría de los obreros tenga o no su carnet sindical: se siguen las órdenes y se juzgan los

⁹¹ Más o menos. Y en todos los grandes movimientos populares se observan conflictos, latentes o declarados, sobre los jefes improvisados y los responsables sindicales. La mayoría del tiempo, son los “permanentes” lo que terminan venciendo; tienen más experiencia. Sin embargo, tienen que poner su competencia al servicio de los verdaderos intereses obreros.

resultados. La velocidad es la que aglutina esas partículas discontinuas, la *praxis* la que las integra al diferenciarlas, el aparato que opera la mediación entre todos y cada uno. Pero el origen de la corriente permanece extrasindical; el movimiento proviene del hambre, de la cólera, del terror, o, a veces, como en 1936, del súbito rayo de la esperanza. Sin el organismo sindical, los movimientos se detendrán quizás: su presencia mantiene la apariencia de unidad que permite su propagación contagiosa; sus periódicos y sus delegados suprimen las distancias, ponen al obrero de Estrasburgo en contacto inmediato con el de Perpiñán.⁹² Pero es por sí mismo incapaz de *producir* los movimientos; cuando los desencadena, es que ha ganado en velocidad su causa verdadera. Por el contrario es responsable, en una cierta medida, de su fuerza, de su amplitud, de su dirección, de su eficacia; él es quien tiene que ilustrar a las masas acerca de sus fines propios, que acelerar o frenar los desarrollos locales en función de la evolución general. Además tiene que estar al corriente de la coyuntura económica, conocer la situación social y la relación de las fuerzas en presencia. Y, sobre todo, tiene que estar en condiciones de prever las reacciones obreras: ¿el movimiento que se inicia es duradero? ¿Hay que sostenerlo con todos los recursos sindicales e impulsar al obrero a emplearse a fondo en él? ¿O bien no es más que un fuego de paja que vale más dejar que se extinga? ¿Cómo decidir si no se han reunido informes, operado sondeos y consultado estadísticas? Las masas no dejan de *dar signos*: el militante tiene que interpretarlos; ya no es tiempo de invocar no sé qué conocimiento confuso nacido del arraigo, ni de apoyar las decisiones en alguna intuición creadora: como son objeto por naturaleza, las masas se convierten en el *propio objeto* del

⁹² Los hechos que siguen mostrarán la importancia de la información y el papel que puede desempeñar para frenar o acelerar un movimiento supuestamente espontáneo: en 1936, la primera huelga con ocupación de fábrica estalla en el Havre, el 11 de mayo; el 13, en Toulouse, los obreros de las fábricas *Latéooère* dejan el trabajo y se quedan en la fábrica. Pero ambas huelgas se desconocen en París; la prensa sindical no dice una palabra. Sólo en la prensa burguesa, *Le Temps*, las menciona en algunas líneas y sin detalles. El 14 de mayo, en Courbevoie, nueva huelga en el taller. Silencio de la prensa. Por fin el 20 y sobre todo el 24 de mayo, *L'Humanité* une las tres huelgas y destaca la novedad y la identidad de los métodos de combate. El mismo día, 600.000 manifestantes desfilan ante el Mur des Fédérés, invitados por el Comité de Alianza socialista-comunista de la C.G.T. Los obreros se enteraron entonces al mismo tiempo de su nueva potencia y de los nuevos métodos de lucha. Ahora bien, a partir del 26 de mayo, el movimiento huelguístico se extiende a toda la región parisiense, y a partir del 2 de junio a toda Francia. El papel de la información está bien definido por estos pocos datos: el silencio casi total difirió en doce días la propagación del movimiento. Desde que los periódicos mencionaron las tres primeras huelgas, el movimiento se generalizó. Toulouse y el Havre se habían puesto a las puertas de París.

militante ⁹³ y hay una técnica de las masas como la hay de la navegación. El siguiente texto de *Force Ouvrière* es característico:

“...A nuestro parecer, no se trata de que (los movimientos huelguísticos de 1947) estén apoyados en las dificultades materiales de vida de la gran masa de los pequeños y los medios asalariados... No hay necesidad de acelerador para poner en marcha un vehículo detenido en una pendiente. Basta que se suelten los frenos. En cuanto a las características particulares de ese movimiento –porque cada proceso huelguista tiene las suyas propias– no dejará de recordarse lo que nos han enseñado los técnicos de las ciencias nucleares, a saber: que el origen de la bomba atómica reside en el desencadenamiento de un fenómeno de reacción en cadena por el que se realiza y propaga la desintegración de la materia”.⁹⁴

El carácter francamente mecanicista de estas imágenes hace un contraste asombroso con la fraseología “organicista” de la anteguerra pasada. Se reconoce el papel de la propagación contagiosa y el carácter extrasindical de las causas del movimiento. Pero, sobre todo, esos sindicalistas aterrorizados (que muy pronto abandonaron la C.G.T.) confiesan claramente su impotencia; se puede frenar, poner dique a un movimiento, pero si los frenos saltan o el dique se rompe, el coche rueda hasta el final de la cuesta o el agua cae a la llanura. En esas páginas se halla un eco del terror que Blum y los antiguos sindicalistas experimentaban ante las masas; la secesión de F.O. es un sálvese quién pueda.

Centralización, burocracia, técnica: esos rasgos del nuevo sindicalismo son una imposición de la naturaleza del “neo-proletariado”. Y todavía es ella la que va a transformar la táctica sindical aportándole tres caracteres nuevos: se mantendrá la agitación social, se favorecerá la extensión de las huelgas siempre que eso sea posible; se tratará de “radicalizar” los conflictos.

⁹³ Lo cual no prejuzga naturalmente las relaciones personales que pueda tener con los obreros.

⁹⁴ Número del 1 de junio de 1947, *Force Ouvrière* estaba aún integrada en la C.G.T., y la posición de Jouhaux era ambigua: no quería ni aprobar las huelgas ni condenar a los huelguistas.

La agitación permanente

Las masas van siempre detrás o delante de sus jefes. Pero guardémonos de sacar en conclusión su estupidez o la infamia de los burócratas: caeríamos en el psicologismo. En realidad, esa separación no es más que la proyección *temporal* de la distancia *espacial* que separa al militante de su objeto: se explica por el carácter conjetural de la técnica de masas. El militante de base invita a la acción *frente* a sus camaradas; *les* habla y ellos escuchan, pero no es frecuente que puedan hablar *con* ellos. Un sindicalista, Guy Thorel, se expresa en estos términos:

“Recorred las fábricas, id a los talleres, hablad en las oficinas, asistid a las reuniones de auditorio numeroso o restringido. Escuchad la voz de los militantes y observad la masa: os asombrará el constatar que rara vez hay un diálogo entre los militantes y la masa. Hay un monólogo de los militantes y una gran pasividad de la masa. Con frecuencia sucede que los militantes no logran romper esa pasividad. La masa escucha, pero no dice nada. Y si interrogáis directamente a alguno de la masa, no obtendréis, en la mayoría de los casos, ninguna reacción que os ilustre”.⁹⁵

Eso no es de extrañar: esos hombres están solos en su totalidad. Separados por la fatiga y la miseria; ¿cuál de ellos iba a tener la audacia de hablar en nombre de todos? Unidos por la conciencia común de su aislamiento, ¿cuál se iba a atrever a hablar en nombre propio? El militante permanece un extraño para ellos: no les refleja siquiera su potencia y su unidad. Sin embargo, es el que tiene que hacer las conjeturas acerca de sus disposiciones, del efecto que han producido sus discursos, de las posibilidades objetivas de la situación. Admitiendo que su diagnóstico sea exacto, queda el que la transmisión altere los mensajes transmitidos: las “centrales” reciben los informes de segunda mano, rara vez tienen el contacto directo” y, cuando al fin la cumbre reúne todos los informes de que dispone, la síntesis que opera no es más que una reconstrucción cuya probabilidad, en el mejor de los casos, no puede ir más allá de una hipótesis científica antes de la verificación experimental. Naturalmente, habrá una contraprueba: pero, como es la acción la que hace las veces de experimentación, el error

⁹⁵ Aparecido en *Esprit*, julio-agosto de 1951, p. 170.

cuesta caro y puede conducir a un desastre; felizmente, en muchos casos, no será necesario esperar el resultado del conflicto para darse cuenta de que la lucha estaba mal emprendida desde el comienzo: la orden será muy pronto seguida de una contraorden. Pero precisamente porque la masa es *otra* que los militantes, el aparato corre el riesgo de aislarse al exigir tropas que las masas no pueden dar en el momento y, para rectificar su error, los dirigentes corren el riesgo de ponerse a remolque de los dirigidos. Sin duda la experiencia, el juicio, las cualidades personales intervienen en todos los escalones: queda, pues, que el "autoritarismo" y el "seguidismo" son las Escila y Caridbis de la acción sindical; los funcionarios dirigen los movimientos por aproximaciones sucesivas: una maniobra a la izquierda, una maniobra a la derecha. He aquí el porqué los militantes tienen por tarea esencial "conservar el contacto con las masas". Esas palabras no habrían tenido un gran sentido en los tiempos del sindicalismo selecto. ¿Se dirá que tampoco tienen más hoy en día? Porque al fin lo propio de la dispersión molecular es hacer imposible el contacto. Se entra en contacto con un grupo, por medio de sus representantes, pero no con una suma de partículas discontinuas. Si el militante quiere "ponerse en contacto" con las masas, necesita, en primer lugar que le den un remedo de organización. ¿Es acaso un círculo vicioso? No, porque para él se trata de afectarlas sin cesar de una especie de eretismo colectivo para mantenerlas en vías de solidificación. Y como solamente la acción puede batirlos hasta hacerles que se "traben", se multiplicarán las consignas para suscitar sin cesar los comienzos de acción: aun cuando esos comienzos no tengan resultado, acercan a los individuos, provocan corrientes emocionales, permiten experimentar y controlar la combatividad obrera. Los patronos y la minoría selecta profesional tomarán pretexto de ello para reprochar a la burocracia preferir el desorden a los verdaderos intereses obreros: el "buen" sindicalista, según ellos, actúa en el buen momento, lleva su acción limpia, claramente para obtener resultados limitados y termina la lucha en el momento en que se han obtenido dichos resultados. Pero esta lucha, fina y precisa, que comienza y termina en el orden, sólo es posible a los sindicatos selectos que son *enteramente actividad*. La inercia de las masas por el contrario, hace que el movimiento venga de fuera; supone, pues, su contrapartida, la agitación, que tiene por objeto el mantener, mediante un braceado perpetuo un rudimento de vida colectiva allí donde la muerte corre el riesgo perpetuo de instalarse.

Sin la agitación, los grandes movimientos populares serían más vacilantes, tardarían más tiempo en nacer, y se cedería con más facilidad.

La extensión

El Obrero-Operario Especializado. es “intercambiable”, la competencia ha cedido el lugar al monopolio: por esta doble razón, la huelga ya no puede triunfar en el nivel de la empresa; tiene que extenderse a toda la rama de la industria o a toda la nación. Por ello, en cada fábrica particular, la decisión escapa al obrero. O mejor dicho, decide, pero bajo presión: antes de la guerra pasada, apreciaba una situación local, medía los riesgos y las oportunidades, entraba en acción por intereses concretos; hoy en día se le pide que emprenda un movimiento que está fuera de sus alcances y cuyo significado no puede más que entrever. El militante sirve de intermediario entre el todo y las partes. El aparato se ha identificado con el movimiento que se prepara; así, el funcionario local habla *en nombre de todos*; cada uno de sus oyentes está aún aislado en la masa pero se le hace comprender que el proletariado se recompone por todas partes: no tiene más que ceder al entrenamiento general y escapar a la soledad. Aun antes de que se acabe la integración, experimentan la potencia coercitiva de una colectividad primaria en vía de recomposición. Eso no ocurre sin alterar profundamente la democracia sindical, en el sentido clásico del término. Desde que el sujeto colectivo⁹⁶ se manifiesta, se le reconoce por la presión que ejerce sobre sus miembros. Las decisiones se toman a alta temperatura. Sin duda, hay que deliberar y las masas pretenden decidir libremente la conducta a seguir. Pero saben que la eficacia de su acción será proporcional a la integración del grupo. Cada

⁹⁶ Entiendo por “sujeto colectivo” el *sujeto de la praxis* y no sé qué “conciencia colectiva”. El sujeto es el grupo *reunido* por la situación, *estructurado* por su acción misma, *diferenciado* por las exigencias objetivas de la *praxis* y por la división del trabajo, primero improvisado, luego sistemático, que introduce, *organizado* por los dirigentes que elige o que descubre y hallando *en su persona*, su propia unidad. Lo que se ha llamado el “poder carismático” prueba lo bastante que la unidad concreta del grupo es *proyektiva*, es decir, necesariamente exterior a él. La soberanía difusa, se reúne y se condensa en la persona del jefe que la refleja en seguida en cada uno de sus miembros y cada cual, en la medida misma en que obedece, se halla con respecto a los otros y a los extraños, depositario de la soberanía total. Si hay un jefe, cada cual es jefe en nombre del jefe. Así, la “conciencia colectiva” está necesariamente encarnada; para cada cual es la dimensión colectiva que capta en la conciencia individual del otro.

cual puede dar su parecer; pero, para que una proposición sea aceptada, no basta solo que sea *práctica*: como el peligro de derrumbamiento subsiste en permanencia en el seno de la unidad, es preciso que la moción propuesta realice *el acuerdo de todos*. Si una opinión no logra reforzar la unidad colectiva, pasa y desaparece sin dejar huellas, olvidada por los mismos que la han expresado primero. Se dirá que igual ocurre en las asambleas parlamentarias, ya que la minoría se inclina ante las decisiones de la mayoría. Pero eso no es cierto: se inclina pero subsiste yuxtapuesta a la mayoría como su tentación permanente, y conserva sus pretensiones de convertirse un día en mayoritaria. En las masas, la mayoría se come a la minoría. O, mejor, hay minorías *en movimiento* que se esbozan y desaparecen desde que se han contado; y la unidad se rehace sin cesar por la liquidación de los opositores: si se resisten, se llegará hasta hacerles violencia: a los ojos del grupo, el disidente es un criminal que prefiere su sentimiento particular a la opinión unánime, un traidor que, antes que reconocer su error, acepta el riesgo de romper la cohesión obrera. Nuestro gobierno ha sabido sacar partido de la situación: ha impuesto la práctica del referéndum y extendido el derecho de voto a los no sindicados. Se trataba, claro está, de proteger los derechos del hombre. En realidad, se querían aflojar los lazos colectivos. Esta superchería, muestra a la luz el abismo que separa una democracia burguesa de una democracia de masas. Es cierto: votar levantando la mano es ceder por adelantado a las presiones colectivas; pero el voto secreto sume de nuevo a las masas en su dispersión original. Cada cual, al hallar de nuevo su soledad, sólo expresa lo que piensa solo, por no saber lo que pensaría *en grupo*; hace un momento, en el mitin o en el taller, *veía* formarse su pensamiento, lo *oía*, lo *conocía* en los labios de sus camaradas; ahora su opinión, si es que la tiene, es sólo la ignorancia de la opinión de los otros. Al pretender salvar la persona, nuestros ministros la han hecho caer al nivel del individuo. Esas consultas favorecen la inercia: la decisión de luchar se toma en común, en caliente; el entusiasmo es contagioso; pero en el aislamiento, renace la duda; cada cual teme el desfallecimiento de los otros, se vuelve a ser cualquiera. Un ejemplo entre mil: en noviembre de 1947, los obreros de las fabricas *Citroën* deciden hacer la huelga en la fábrica. La policía interviene y hace evacuar el local. A continuación, los poderes públicos organizan un referéndum; el fin es manifiesto: se hace votar a los obreros sobre un semifracaso. La C.G.T. les recomienda

en seguida la abstención. El referéndum se realiza: de los 10.000 inscriptos, hay 3820 abstencionistas: éstos son los duros, los que se niegan a capitular. Y, naturalmente, son también los más hostiles a esta forma de consulta popular. Entre los votantes, 1201 se declaran en favor de la continuación de la huelga; de acuerdo con los primeros sobre los objetivos y la táctica, no han seguido las consignas de la C.G.T.; es que entienden usar libremente del derecho de voto, aun siendo el gobierno quien lo garantice.⁹⁷ En total, 5.021 partidarios de la huelga. En favor de la vuelta al trabajo: 4.978 votos. Ahora bien, la huelga comenzó sin voto previo; pero es evidente que no se habría osado el decidirla con una mayoría tan pequeña. Dicho de otro modo, los 5.000 “duros” han arrastrado a los otros; los vacilantes se han unido al grupo por miedo a quedarse solos, los opositores se han callado, abandonado su resistencia al reconocer su ineficacia. He aquí, pues, dos clasificaciones diferentes; los patronos quedan en libertad de pretender que la segunda es la única valedera: en realidad, son valederas las dos, pero corresponden a dos estados muy distintos del grupo. Es cierto que la evacuación de las fábricas ha dado un golpe serio a los partidarios de la huelga. Sin embargo, sin el referéndum, la huelga proseguía: y los indecisos se declaraban en su favor, por no conocer un medio de pararla; el voto reaviva las vacilaciones de los “blandos” y da valor a los opositores. De este modo, la huelga revela la brusca integración del grupo y la consulta provoca su desintegración parcial. La unidad de combate es una formación primaria que se establece en la pasión y con frecuencia se mantiene por la fuerza. Los funcionarios sindicales son *autoritarios* en la medida en que el grupo los ha elegido para ejercer en su nombre la dictadura sobre cada uno de sus miembros.

La radicalización

Las masas no dan nunca un *mandato*; no votan programas; indican el fin a alcanzar; el militante es quien tiene que hallar el camino más corto. Y sus exigencias son tan sencillas, que en principio parecen al alcance de la mano: el pan, la vivienda, la derogación de una ley malvada, el fin de una guerra.

⁹⁷ Se podría suponer –pero faltan los detalles y no es más que una conjetura– que se trata de obreros profesionales: son a la vez “duros” y partidarios de un sufragio que garantice los derechos individuales.

En realidad, su deseo más elemental está separado de su objeto por el universo, y sólo puede colmarse por un trabajo de larga duración. ¿Pan, viviendas? Ya hemos visto que habría que producir más y, por consiguiente, renunciar completamente a las prácticas malthusianas, lo que implica, *por lo menos*, que se forme otra mayoría y que otro gobierno imponga su voluntad a los grandes patronos. La ilusión “espontaneísta” inclina a las buenas almas a creer que la exigencia popular es una política comprimida: bastaría con *desplegarla* para hallar en ella el medio de satisfacerla. Eso no es así: la necesidad es una carencia; puede servir de fundamento a un humanismo pero no a una estrategia. Al reclamar el pan, las masas llevan sus representantes a luchar contra el malthusianismo; pero su reivindicación no implica, *por sí sola*, una condenación de las prácticas malthusianas.⁹⁸ Así, el militante toma a cargo suyo el conflicto permanente con que se enfrenta el movimiento revolucionario, cuyas tareas son infinitas; y el impulso revolucionario, que presenta los fines simultáneamente para reclamar su realización inmediata. Ya que no pueden moverse sin conmover la sociedad, las masas son revolucionarias por su situación objetiva: para servir las, los responsables deben elaborar una política revolucionaria. Pero, por eso mismo, se oponen doblemente a ellas: el objetivo preciso y limitado que se proponen alcanzar en tal momento de la historia, es a la vez demasiado lejano y demasiado particular para sus tropas. Demasiado particular: en la medida en que el fin que se las propone es sólo un medio de alcanzar otro medio, no reconocen siempre los fines absolutos por los cuales han aceptado combatir y morir. Demasiado lejano: en la medida en que ese fin no es más que un resultado técnico, se aleja de la satisfacción inmediata que reivindican. Porque para ellas es un todo el reclamar el pan que el establecimiento de un orden humano: pero no sacarán, por sí solas, la conclusión de que hay que estar en pro o en contra de la escala móvil. En una palabra, la esencia misma de las masas les impide pensar y actuar políticamente. Y, sin duda alguna, la política del aparato es la expresión práctica y temporal de su exigencia; y, como ellas representan las formas mismas que pueden realizar la empresa revolucionaria, se dirá que tienen los medios de esta política en la medida misma en que son su fin. Pero como la estrategia es por

⁹⁸ O, si se prefiere: *objetivamente* la satisfacción de esas exigencias es incompatible con el mantenimiento de una economía depresiva. Pero pueden ser establecidas *subjetivamente* sin que los obreros tengan el menor conocimiento del malthusianismo.

principio extraña para ellas, no se puede sostener, hablando con propiedad, que las masas *hacen* esta política, sino más bien son sus instrumentos. Claro está, los dirigentes se niegan a *maniobrar* sus tropas: exhortan sin cesar, explican sin cesar y tratan de convencer. Pero la dificultad no viene de los jefes, ni de sus relaciones con los soldados; manifiesta sencillamente la contradicción fecunda que enfrenta lo inmediato con lo diferido, el instante con la duración, la necesidad con la empresa, la pasión con la actividad. Convencidos de que es completamente imposible movilizar a las masas con fines lejanos y abstractos, los dirigentes hacen un uso constante de lo que se llama el “doble objetivo”; esto quiere decir que apoyan el objetivo más general y alejado en un objetivo inmediato y concreto y que, recíprocamente, no dejan nunca de mostrar, detrás del objetivo próximo, un objetivo lejano que constituye, por así decir, el significado político. De este modo explicarán a los asalariados que la revalorización de los salarios está unida a la cesación de las hostilidades en el Vietnam, y al desarme general. En cierto sentido, este uso tan calumniado del “doble objetivo” es sólo un medio de *explicar* la historia; se descubre a las masas las consecuencias lejanas de su acción reivindicadora, se les enseña con qué condiciones generales se satisfarán sus reivindicaciones. Y no es dudoso, en efecto, que el proletariado, en la circunstancia presente, deba imponer el desarme si quiere elevar su nivel de vida y que, recíprocamente, frene cada día “el esfuerzo de la guerra”, en la medida en que defienda su salario contra los patrones. Pero el carácter contradictorio de la acción popular, su “desplazamiento”, su inestabilidad, sus bruscas rigideces, sus imprevisibles derrumbamientos tienen por efecto sacar a la luz la “politización” del sindicalismo. Una huelga ganada aparece como un hecho total: su significado político no se aísla. Una huelga perdida, es lo contrario: ¿los trabajadores han vuelto al trabajo porque la caja sindical estaba vacía?; poco importa: siempre parece que han renegado de sus jefes; ¿y qué han desautorizado sino la política de la huelga? El aparato queda en el aire, abstraído su “distancia de las masas” se acentúa; reviste a los ojos de todos el aspecto de una burocracia política. Los jefes decían a las masas: al luchar por vuestros salarios, no olvidéis que lucháis *también* contra la guerra. Vencidas por el hambre, las masas abandonan provisionalmente la lucha: de ello se saca la conclusión que no les importa el desarme.

Al fraccionamiento del proletariado corresponde un estallido de la soberanía popular. Para la minoría selecta profesional, la soberanía se funda en el mérito, es decir, en la competencia, la energía y la cultura: el peón no es “soberano”, por su parte, más que en la medida exacta en que está encuadrado, entrenado, controlado. Para el obrero especializado, la soberanía emana directamente de las masas y sólo de ellas; se identifica al movimiento por el cual, bajo la presión de las circunstancias exteriores, se constituyen en *cuerpo*. La clase obrera está desgarrada por un conflicto de poderes.

El pluralismo sindical es, pues, más un efecto que una causa: sin duda contribuye a acrecentar las divisiones obreras, pero en primer lugar no hace más que reflejarlas. Antes del 36, la C.G.T. de Jouhaux agrupaba esencialmente a los obreros profesionales, a los funcionarios o trabajadores de servicios públicos y a pequeños empleados; en general, “la minoría selecta” del secundario y algunos elementos del terciario. Después de la fusión del 36, que se operó en caliente y bajo la presión de los acontecimientos, esos militantes se inquietaron: hablaban ya de colonización; en las proximidades de la guerra, se apresuraron a recobrar su libertad. Después de la liberación, los efectivos de la C.G.T. se hinchan de nuevo; la C.F.T.C. queda sola frente a ella; la unidad orgánica está a la orden del día. Pero casi en seguida los antiguos militantes de la C.G.T.-Jouhaux se quejan de no estar ya en su casa. “Parecen extraños en su propio hogar”, escribe Bothereau en 1947.

La frase es reveladora: la C.G.T. del 45, a pesar de su nombre venerable, tiene todos los caracteres de una organización nueva y que busca aún su camino; pero la “minoría selecta” obrera persiste en considerarla como una institución muy antigua y que le pertenece: acoge en sí a los recién venidos como si fuese su propia casa y deplora la mala educación de los invitados. Claro está, que esos militantes no sueñan con incriminar a sus camaradas de la gran industria racionalizada; acusan a los dirigentes comunistas; sin ellos, la unidad sindical se mantendría sola. Pero los reproches que dirigen al P.C. alcanzan *primero* a las masas. Los comunistas, dicen, prefieren los trabajadores desorganizados a los militantes experimentados: los primeros son más fáciles de maniobrar que los segundos.

¿Pero es acaso menoscabarlos decir que representan las masas mejor que la minoría selecta? Los nuevos dirigentes recurren a la violencia con demasiada facilidad, mantienen en las fábricas una agitación sin objeto que daña los intereses del proletariado, dan prueba en las negociaciones de una intransigencia que corre el riesgo de hacerlas fracasar. ¿Se concibe que esta barbarie escandalice a los militantes avisados?

Pero antes he mostrado que la violencia nace de la misma situación; la agitación no es más que la lucha perpetua contra la acción continua de las fuerzas masificadoras; en cuanto a la intransigencia, tiene dos causas principales: primero, que la condición del O.E. es intolerable; y luego, que no tiene la posibilidad de *maniobrar*, como su solo recurso es la violencia, hace valer sus reivindicaciones en un clima de violencia: se ocupa la fábrica, la policía la hará evacuar; disparará si hay resistencia; la situación no es propicia a la componenda: se necesita mucho valor y mucha cólera para hacer frente a los peligros; las masas consideran, pues, al patrono como un enemigo; las concesiones, las conciliaciones, las tienen por traiciones: exigen todo, mientras resisten; si sus fuerzas les abandonan, se derrumban. Los dirigentes comunistas han ahogado la democracia sindical. ¿Pero cuál? La única que se ha practicado era aristocrática. La “minoría selecta” ha olvidado que una democracia puede ser autoritaria si la autoridad emana de las mismas masas. La “dictadura” sindical –si hay dictadura– se ejerce sobre las minorías en nombre de la mayoría, pero sería absurdo creer que se pueda ejercer sobre la mayoría misma: no se puede movilizar ni maniobrar a las masas, se determinan a la acción cuando se transforman en comodidad activa bajo la acción de las circunstancias exteriores.

¿Los sindicatos “comunistas” están politizados? Es que la existencia de las masas como tales es incompatible con el régimen económico y social que las produce. Me explicaré: no pretendo que la estructura actual del P.C., sus objetivos y sus métodos estén entera y exclusivamente determinados por las exigencias objetivas del O.E.; ese partido tiene su historia, su dialéctica propia; está condicionado por el universo. Pero sostengo que esas acusaciones están dirigidas a las masas en primer lugar; el militante de selección las condena a través de una tercera persona; tiene miedo de ellas y le fascinan; mañana, la automatización de las tareas le puede rebajar a la altura del O.E.

A su vez, los representantes de las masas acusan F.O. y la C.F.T.C. de hacer “taimadamente” política y tienen razón. Cuando todo está unido, el malthusianismo y la miseria, el alza de los precios, el rearme y la *marshallización*, rechazar la política del P.C. es hacer la del Gobierno; además la C.G.T.-F.O. se apoya sobre el partido socialista y la C.F.T.C. sobre los ministros M.R.P. Contener las reivindicaciones obreras en el terreno económico y profesional, es querer cambiar los efectos sin tocar las causas: es, sobre todo, dejar las manos libres a la mayoría parlamentaria. Se quiere obtener el máximo en el cuadro del régimen; se piden pequeños favores y, para merecerlos, se condena el comunismo en los discursos “apolíticos” y se recibe “apolíticamente”, a los emisarios de los sindicatos norteamericanos. Y, sin embargo, los reproches que la C.G.T. dirige a los dirigentes, llegan también al militante de base: después de todo, *Forcé Ouvrière*, hasta en 1947, sólo representaba una “tendencia” minoritaria de la C.G.T.; ni Jouhaux ni sus lugartenientes querían tomar la iniciativa de romper la unidad, y los militantes de provincia son los que han impuesto la ruptura amenazando con no renovar sus carnets sindicales. En la conferencia de los Amigos de *Force Ouvrière*, convocados precipitadamente, los dirigentes propusieron un arreglo: se exigiría a los “mayoritarios” la “democratización” de la C.G.T. En vano: los militantes no quisieron saber nada y el estado mayor los siguió de mala gana en la secesión.⁹⁹

¿Diremos que las masas se han colocado todas detrás de la C.G.T.? ¿Que sólo los obreros profesionales se han inscrito en F.O. o en la C.F.T.C.? Eso sería simplificar. Muchos obreros calificados se han quedado en la C.G.T. por disciplina de clase.¹⁰⁰ Otros han ingresado en los sindicatos autónomos. Y luego el carácter confesional de la C.G.T. viene a complicar aún más el problema: en ciertas regiones, la corriente de descristianización no ha penetrado aún en las masas. De todos modos, si se toman las cosas en su parte principal, nuestra división sigue siendo verdadera: la C.G.T. polariza las tendencias revolucionarias del proletariado mecanizado de la gran industria; la mayoría de los otros sindicatos representan la tendencia reformista de una minoría selecta profesional que lucha contra la descalificación.

⁹⁹ Las huelgas del verano pasado permiten, por el contrario, esperar un acercamiento impuesto por la base.

¹⁰⁰ La Federación del Libro, por 28.000 votos frente a 18.000 decidió, en 1947, seguir en la C.G.T., a pesar de una larga tradición reformista.

En un sentido, el pluralismo sindical es legítimo ya que es el reflejo de un profundo desgarrón; en otro, es una catástrofe para la clase obrera, ya que la pluralidad de los aparatos agrava los conflictos dando configuración y límites a cada una de las tendencias y obligando a cada grupo a definirse mediante su oposición a los otros. Pero, de todos modos, el desgarrón tiene una causa más profunda: es el más bello regalo que el malthusianismo patronal ha hecho a la clase obrera.